LEO PERUTZ

¿ADÓNDE VAS, MANZANITA?

MUCHNIK EDITORES SA

www.todocoleccion.net

¿ADÓNDE VAS, MANZANITA?

Título Original: *Wohin rollst du, Apfelchen—*

Traductor: Leita, Joan

Autor: Perutz, Leo

©1992, Muchnik

Colección: Literatura

ISBN: 9788476691670

Generado con: QualityEPUB v0.30

Llega el día

El control inesperado en la gran enfermería de la estación había sido el último suceso emocionante. Desde Moscú, el viaje transcurrió sin ninguna otra clase de incidente. Cuando Kohout sacó del bolsillo la baraja medio rota y, haciendo observar que se le debía una revancha, propuso una partida de veintiuno, todos estaban allí presentes, incluso Feuerstein, que en la estación había sufrido un desvanecimiento durante la lectura de los nombres y apellidos.

El doctor Emperger, que se encargaba del dinero del viaje, bajó en Tula y compró pan, huevos y té caliente, consiguiendo incluso comprar dos tabletas de chocolate. Cuando volvió, dijo que se había despedido definitivamente y para siempre de Rusia y que había pisado el suelo ruso por última vez en su vida. Según él, en efecto, desde ahora se encontraba ya propiamente en suelo neutral, porque no podía considerar aquel tren de socorro sanitario como algo que perteneciera a Rusia.

El rostro de Vittorin se ensombreció. Pensaba para sus adentros: ¿es que el doctor Emperger ya no quería volver jamás a Rusia? Y si la elección recaía sobre él, ¿qué ocurriría entonces? ¿Es que se ocultaba algún propósito detrás de sus palabras? ¿Quería anunciar al fin y al cabo, indicar de modo hábil y discreto que no se sentía unido al acuerdo establecido?

Alzó la vista de las cartas. Pero no halló en el rostro del doctor Emperger, con sus ojos saltones y totalmente inexpresivos, nada que pudiera confirmar su sospecha.

¡Era imposible! Los cinco habían dado solemnemente su palabra de honor. «Juro como oficial y como hombre de honor…», había sido la fórmula para establecer el acuerdo. Ya no había manera de volverse atrás. Quizás el doctor Emperger no se había dado cuenta del alcance de su observación, quizás había hablado sin reflexionar en absoluto sobre lo que decía. En tal caso, se trataba de hacerle una reprensión en un tono enteramente amistoso.

Vittorin soltó las cartas y se abrochó la americana. Sin embargo, mientras reflexionaba todavía, se le adelantó el teniente Kohout.

—¡Eh, tú, amigo! —dijo a Emperger—. Me parece que quieres escabullirte. Uno de nosotros ha de volver, ya lo sabes. ¿Quién te dice que no serás tú?

—No me has entendido bien, Kohout —explicó el doctor Emperger—. Uno de nosotros ha de volver, por supuesto. Pero la santa Rusia no me verá ya más como prisionero de guerra. Si vuelvo, será como hombre libre. Supongo que reconocerás que se trata de algo completamente distinto.

—Retendré bien en mi memoria el nombre de Seljukov —dijo Feuerstein—. No olvidaré este nombre hasta el fin de mis días. Podéis contar conmigo.

—Hace tiempo que este asunto quedó resuelto —dijo gritando desde la ventana el profesor Junker—. ¿Quién ha vuelto a empezar con ello? ¿Por qué vamos a estropear con el recuerdo de ese capitán del Estado Mayor este magnífico viaje en un vagón de tren tan espléndido y de aspecto casi europeo?

Vittorin cerró los ojos para reflexionar con tranquilidad. No cabía pensar en que pudiera confiarse un asunto tan serio al doctor Emperger. Era un hijito de mamá, afeminado, consentido, en ningún aspecto digno de confianza. Por otra parte, era un hombre simpático, un buen camarada, quizás incluso valiente: tenía, por supuesto, la pequeña medalla de plata. ¡Pero todas aquellas historias de mujeres! En su cabeza

no tenía más que sus aventuras amorosas. Cientos de veces he tenido que oír sus amoríos con mujeres como Fritzi, Hansi o Frieda, la de la asociación de patinaje sobre hielo. Cada noche, después de jugar una partida de ajedrez, empezaba diciendo: «¡Qué tiempos aquellos!», como frase introductoria a sus relatos. Y luego hablaba de Hansi, de la bella esposa del jefe de negociado y de Lilly, la del bar Kaiser, la que siempre le había mordido los labios. El hombre se cree irresistible. Y por lo que respecta a su coraje, tampoco medra demasiado, a pesar de la medalla de plata. Al principio no quiso venir con nosotros. Día y noche tuvimos que oír cómo decía: «Ya lo veréis: no pasaremos de Omsk; en Omsk quedaremos detenidos». Ahora se ha convertido de repente en el gran señor: aquí, en este tren de asistencia sanitaria, se da mucho postín como comandante de transporte. No puede ser: si los votos recaen sobre él, ya encontraré la manera de impedirlo. Tampoco puede pensarse en el profesor: nunca ha sido oficial. Si fuera propuesto el profesor, diría que es imprescindible para la ciencia. ¿Y qué hay que decir de Kohout, con su brazo tieso? Sólo queda Feuerstein. Con él he de contar, sin duda alguna. Feuerstein es listo, taimado, sabe salirse de cualquier apuro, consigue todo lo que quiere. Respecto al desvanecimiento en la enfermería, seguro que lo simuló únicamente: no tiene papeles, no ha tenido nunca un certificado médico. El único punto dudoso es si renunciará sin más a mi favor. Por otra parte tiene dinero; debe poseer incluso una buena fortuna, ya que es industrial. Sin embargo, tanto el dinero como la profesión son más bien argumentos contra él. En todo caso aduciré que un hombre que se encargue de un asunto como éste no puede estar ligado por nada. Feuerstein pensará siempre sólo en su fábrica y en los negocios que posiblemente se le escapen. Pero no: será mejor que no diga eso; de lo contrario, al final… Ha de poner su dinero a nuestra disposición; lo necesitamos; no puedo prescindir de él fácilmente. Desde luego, no será fácil conseguir que se vuelva atrás. Kohout votará por mí, sin duda alguna; puedo confiar tranquilamente en él.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué pasa con este tren? ¿Es que vamos a quedarnos aquí para siempre? —exclamó Kohout—. ¿Dónde está Emperger? Cierre esa ventana, profesor; hay una corriente de aire bestial.

El profesor pasaba el tiempo gritando a las campesinas que se encontraban ante el edificio de la estación: «¡Adiós, Dosvisdanja, adiós!». El doctor Emperger regresó trayendo noticias.

—Se trata tan sólo de una pequeña avería de la máquina, sin ninguna importancia; dentro de media hora puede estar reparada. ¿Sabéis quién es el anciano que está en el departamento contiguo? Es un mariscal de la nobleza zarista, hijo político de un gran duque, que ha huido de San Petersburgo porque peligraba su vida. No posee más que los vestidos que lleva encima: todo lo demás se lo han quitado los bolcheviques. Me lo ha dicho el teniente mayor que ha sido adscrito a la Cruz Roja danesa. ¿Quién quiere cerveza? ¿Quién quiere cigarrillos? Dentro de una hora estaremos en territorio ucraniano. El teniente mayor dice que cada uno de nosotros tiene derecho a pedir a la oficialidad cinco semanas de vacaciones.

—Es del todo evidente que tendremos vacaciones —dijo Kohout en tono gruñón—. Para esto no necesitamos a tu teniente mayor. Sigamos jugando. ¿Quién lleva ahora la banca?

—Sí, pero antes habrá tres semanas de cuarentena —prosiguió diciendo el doctor Emperger—. En algún villorrio miserable; no podrá evitarse; será inútil cualquier trámite. Bonita sorpresa, ¿eh? ¿Qué dice usted a esto, profesor?

El profesor frunció las cejas. Kohout mezcló la baraja, la hizo cortar, repartió las cartas y dijo:

—Tus muñequitas tendrán que esperar durante tres semanas más. Mientras tanto, siéntate.

—¿Cuándo atravesaremos la frontera, a tu parecer? —preguntó Vittorin.

—Dentro de una hora, a lo sumo.

—¡Ha llegado el momento, Kohout! Hemos de poner en orden nuestro equipaje.

Kohout se levantó, estiró sus miembros y bajó del anaquel destinado a poner el equipaje la maleta militar de madera que contenía sus pertenencias y también las de Vittorin.

—Bien, ahora pongamos orden —dijo mientras, según su costumbre, se sostenía alternativamente en uno y otro pie y hacía girar sus manos alrededor de sus articulaciones—. ¡Puro divorcio! Se ha terminado la comunidad de bienes.

Vittorin abrió la maleta y puso sus cosas sobre el banco. Los utensilios de aseo, el blusón de estilo ruso, la ropa blanca, la chaqueta de piel con el cuello de terciopelo. Las botas altas de fieltro que no podría usar en su país natal, pero que eran un buen recuerdo de la época pasada en Siberia. La cadena de crin, artísticamente elaborada, con las cuatro monedas chinas de plata, agujereadas en el centro. Luego las cartas de su padre y de sus hermanas: Vally le había escrito sólo raras veces; por el contrario Lola, la mayor, lo había hecho puntualmente cada primero de mes y cada quince días, contándole noticias. Un pequeño paquete atado con cordeles: eran las cartas de Franzi Kroneis. Todas empezaban diciendo: «Mi querido pequeño»; no necesitaba comprobar su contenido. La escritura de aquella carta que estaba encima, de renglones torcidos, era la de su hermano Oskar. La desplegó y empezó a leerla.

«¡Querido hermano! Hace ya mucho tiempo que no te he escrito ninguna carta, querido hermano, y te ruego que no te enfades conmigo a causa de la desatención que te he tenido, querido hermano. Ahora quiero comunicarte más cosas sobre mis ocupaciones. Desde hace algún tiempo, un profesor de la escuela de comercio me da clases de alemán, estenografía, correspondencia y francés. Son cuatro horas por semana, por

las cuales pago dos coronas la hora. En mi tiempo libre, que es ciertamente muy breve, me dedico a trabajos escritos y también al piano. Espero que esta guerra que dura ya tanto tiempo acabe pronto y tú puedas volver, querido hermano, a nuestra casa. Recibimos tu amable carta del día 16 de enero, por la que supimos que no te encuentras bien en las circunstancias en que estás allí, por lo cual estamos muy preocupados. Te comunico además que voy al teatro y que incluso estuve en el carnaval participando de las diversiones de mis compañeros. Ya te he comunicado muchas cosas en esta carta, querido hermano, para que puedas estar contento. Acabo, pues, estas líneas con un saludo. Tu hermano Oskar.»

Vittorin sonrió. Su hermano pequeño, que al estallar la guerra jugaba aún con el lazo, el arco y las flechas, estaba a punto de convertirse ya en un hombre adulto.

¡Más cosas! El cuaderno rojo con los vocablos rusos. Una cantidad de números del diario publicado con un hectógrafo en el campamento. Un bloc de papel de carta chino, de múltiples colores. El chaleco de piel, la gramática inglesa, la gorra propia de los nómadas de Siberia. Un cenicero de madera, que había tallado un dragón prisionero de guerra. Una caja de cigarrillos y al fondo de todo, cuidadosamente empaquetados, los dos vasos de mayólica, con sus isas en forma de cabeza de pájaro y sus dragones blancos sobre fondo azul, así como la vasija de porcelana con incrustaciones de cristal verde: todos ellos objetos costosos, probablemente del período Ming, tal como lo había explicado el doctor Emperger que entendía mucho de estas cosas; lo había adquirido todo por muy poco dinero y sólo la vasija de porcelana valía por lo menos quinientos rublos.

Con ayuda de su chaqueta de piel y una correa, Vittorin hizo de todas estas cosas un paquete, enrollado como una manta de viaje. Luego se puso un cigarrillo en la boca.

El tren se puso en movimiento. El profesor saludó con su pañuelo y gritó: «¡Adiós, Dosvisdanja!». Feuerstein confesó

que no se había creído lo de la avería de la máquina. Estaba convencido de que en la estación se había recibido un telegrama de Moscú y de que en el último momento irían a sacarlo del tren. Para él había sido una media hora horrible. ¿Y si alguien se había fijado en él?

—Yo sí —dijo Kohout—. Tenías la cara pálida como el mármol.

El doctor Emperger empezó a arreglar las cuentas. Ya no cabía esperar más asuntos comunes. Se alegró de poder comunicar que, como consecuencia de los ahorros económicos llevados a cabo por la dirección, del dinero destinado para el viaje había sobrado bastante: a cada uno de los impositores se podía restituir la cantidad de diecisiete rublos y medio. Según él, sin embargo, no podía exigirse ningún recibo.

Entonces llegó el momento solemne. Vittorin sacó su agenda de anotaciones y pidió a los que viajaban con él sus direcciones, a aquellos hombres que durante dos años habían sido sus compañeros de habitación en el campo de concentración de Chernavjensk.

Como ya suponía, el doctor Emperger vivía naturalmente en el barrio más elegante, en la calle del Príncipe Eugenio. Su nombre y dirección aparecían también en la guía telefónica. Kohout no tenía actualmente ninguna dirección fija. Pero, según dijo, se le podía escribir al café Splendid, y al mismo tiempo hizo girar las manos alrededor de sus articulaciones. El café Splendid estaba en la calle Prater. Era su café de tertulia; cuando estaba en Viena, pasaba por allí una o dos veces al día.

Vittorin escribió los cuatro apellidos en su agenda de anotaciones y, al lado de cada uno, apuntó el rango militar, la profesión civil, la calle y el número de la casa. Y debajo escribió con grandes letras claras: Michael Michajlovich Seljukov, capitán del Estado Mayor en el regimiento de Semjenov.

De este modo se había dado el primer paso. El esquema fundamental estaba hecho. Frente a Michael Michajlovich Seljukov había ahora una organización firmemente unida, una alianza de cinco hombres que tenían claro su objetivo y que estaban dispuestos a llevar a cabo cualquier sacrificio para lograrlo. Desde aquel momento, el asunto tenía que seguir su propio curso.

El tren llegó a Riechovo. El viaje había terminado. Dos oficiales bolcheviques, con la estrella soviética en sus gorras de plato, iban de un lado para otro entre las pilas de madera amontonadas en grandes cantidades. Al otro lado del edificio de la estación, junto al depósito de agua, había un centinela austríaco, con el arma al hombro y la bayoneta en ristre. Un gran perro de color castaño corría entre los vagones de mercancías, mientras dos campesinos arrastraban por encima de la vía un montón de gallinas. En la puerta abierta del puesto de mando de la estación apareció un mayor de la milicia húngara, de patillas encanecidas, y el teniente mayor del tren de asistencia sanitaria se dirigió hacia él para darle el parte.

Cuando Vittorin, en el salón restaurante de la estación de Cracovia, esperaba el expreso de Viena, le hizo señas desde la cantina, de forma familiar y campechana, un teniente que llevaba la charretera y las solapas negras propias de un regimiento de dragones. Vittorin le devolvió el saludo con gesto incierto y un tanto rígido. Luego el oficial de dragones se acercó a su mesa.

—¿Pero qué es esto? —le preguntó, al tiempo que Vittorin reconocía al doctor Emperger—. ¿Acaso he de presentarme? Me mira de hito en hito y no sabe qué tiene que ver conmigo. Me da la impresión de que sólo me conoces cuando llevo un chaquetón ruso o ando calzado con botas de piel. Cuando tengo el aspecto de una persona, ya no me conoces. Pero no, amigo mío: mi época de esquimal ya pasó, gracias a Dios. ¿Y

tú qué haces? ¿Cómo te va la vida? ¿Ya has vuelto de hablar con la oficialidad?

No esperó la respuesta de Vittorin, sino que empezó a contar en seguida cosas de sí mismo.

—A mí todo me ha ido muy rápido, me las he arreglado bastante bien. Cinco días en Brest-Litovsk bajo observación, luego nuevo uniforme e inmediatamente hacia Viena. Ahora estoy a punto de ir a un batallón de reemplazo; ya sabes: vacaciones. Cuando vayas a Viena abrirás bien los ojos. ¡Qué panorama, Dios mío! ¡Qué triste! Hay gripe; por la noche, las calles están sumidas en la más completa oscuridad; no hay nada que comer; en los establecimientos, ni siquiera en los mejores, no es posible adquirir nada; la gente hace cola por adquirir un trozo de carne de buey. Sí, amigo mío, fueron otros tiempos aquellos en que yo podía conseguir en Hietzing ganga mechada y carne de venado estofada en vino tinto. Ahora no puede pensarse en nada de todo esto. La ópera es lo único que queda. ¿Quieres un buen cigarrillo? *Cercle du Bosphore*, una marca excelente; los he conseguido de un comerciante de tapices que la semana pasada volvió de Constantinopla. En Viena se dice que todo el ejército búlgaro se ha pasado a los aliados. No sé qué hay de cierto en eso.

Una enfermera de la Cruz Roja, que abandonó el salón restaurante del brazo de un capitán de caballería húsar, le hizo al pasar una inclinación de cabeza. El doctor Emperger se cuadró y le hizo a su vez una reverencia.

—Es Vicky Frohlich. ¿La conoces? Es la sobrina del barón Kohlen, que presta ahora sus servicios en Neusandec —dijo en voz baja a Vittorin—. Me gustaría saber cómo el capitán de caballería Nadherny consigue arrimarse a ella. ¿Lo conoces? Lleva un ojo de cristal. Cada mañana se le ve sentado en el café Fenstergucker.

El jefe de estación anunció desde la puerta el tren de pasajeros para Jordanov, Neusandec, Gorlice y Sanok.

—¿Te has vuelto a encontrar con alguno de los camaradas? —preguntó Vittorin.

El doctor Emperger siguió con la mirada a la enfermera de la Cruz Roja.

—¿No debería yo darle un susto a ese Nadherny? —dijo —. Esa chica vale demasiado para él. ¡Si yo tuviera la misma suerte!

—¿Has sabido algo de los demás? —repitió Vittorin la misma pregunta.

—El profesor ya está en Viena —informó el doctor Emperger—. Aparece en todos los periódicos: el profesor Junker ha vuelto de Rusia después de haber permanecido allí como prisionero de guerra. Le van bien las cosas, naturalmente. Un paisano no tiene que preocuparse por lo que mande la oficialidad. A Kohout lo encontré en Brest-Litovsk, al entregar el uniforme. Es terrible ese hombre; anda siempre comprometiéndose; fraterniza con la tropa; alguna vez le volverán a ir las cosas mal, te lo digo yo. —¿Y Feuerstein?

—Feuerstein se quedó en Kiev esperando a su hermano, con su orden de licénciamiento ya en el bolsillo. Mis asuntos personales están también en buen orden. Así que acabe la guerra, entraré como procurador en el instituto de crédito. El empleo ya me está esperando.

Vittorin escuchaba sólo a medias. Durante todo aquel tiempo había estado esperando que se hablase finalmente del asunto que día y noche lo ocupaba sin cesar. Pero el doctor Emperger hablaba solamente de cosas banales y sin importancia. ¿Se trataba a fin de cuentas de un plan premeditado? ¿Era un intento de convertir en una bagatela el acuerdo establecido en Chernavjensk? Este punto tenía que esclarecerse por completo.

—¿Hay algo nuevo sobre el asunto que ya sabes? —preguntó Vittorin de forma directa—. ¿Hablaste quizá de ello con Kohout?

—¿De qué?

—¿De qué? —repitió Vittorin, excitado—. Del capitán del Estado Mayor, naturalmente.

—¿Del capitán del Estado Mayor? ¿Qué hay de nuevo en eso? Por ahora no se puede hacer nada. Hablando con sinceridad, no he vuelto a pensar en ese capitán del Estado Mayor, ni tampoco en Chernavjensk: como si nunca hubiera estado allí. Te ocurrirá lo mismo cuando vuelvas a Viena. Sólo el primer día, ¿sabes?, cuando me desperté en casa echado en la cama… Miré el reloj: las seis menos cuarto. «¡Dios mío!», pensé, «las seis menos cuarto: esto significa que hay que levantarse enseguida; pronto tocarán la diana.» Pero luego, naturalmente, como puedes imaginarte, seguí echado en la cama con una sensación de bienestar tan grande que no se puede describir. Y estando así echado recordé el horario impuesto en el campo de prisioneros; el párrafo segundo decía: «Al tocar la diana, al amanecer, todos los prisioneros de guerra han de levantarse, arreglar su cama, asearse y limpiar sus habitaciones. Sólo está permitido beber té hasta las ocho de la mañana…» «¡Ah!», pensé en mi interior, «todo eso ha terminado. Ahora puedo beber té cuando me plazca.»

Vittorin miró el reloj, llamó al camarero y pagó la cuenta. Dentro de cinco minutos tenía que llegar el tren expreso de Viena. El doctor Emperger no se dignó acompañar hasta el andén al amigo y compañero de habitación en el campo de concentración de Chernavjensk. A toda prisa, sin embargo, le hizo aún unas cuantas indicaciones para cuando se encontrara en Viena:

—Si te gusta, puedes ir tranquilamente por la calle de paisano: nadie se preocupa por ello. Cuando quieras comprar algo para comer, vete a la estación del Norte. Allí cerca encontrarás de todo: carne, mantequilla, huevos, harina… Lo traen los soldados licenciados de Galicia, en Polonia, aunque los precios son naturalmente altos. En cuanto a cafeterías, no pruebes la que llaman Mokka. Si quieres beber un buen café

mokka, vete a la cafetería Pucher y habla con el camarero. Dile que vas de mi parte. Allí todavía hay auténtico café turco, aunque sólo para clientes especiales.

—Creo que nuestra primera entrevista será por Navidad —dijo Vittorin—. Hemos de arreglar la cuestión de la licencia para estar todos al mismo tiempo en Viena.

—Me parece que todos estaremos pronto licenciados —dijo el doctor Emperger—. Hay algo en el aire que hace presentirlo. ¡Adiós Vittorin, hasta pronto! ¡Que todo te vaya bien!

El tren iba repleto de gente. Vittorin se acurrucó en un rincón del pasillo mal iluminado, junto a su paquete envuelto en forma de manta de viaje. Quería dormir. Pero una y otra vez se lo impedía una voz que odiaba, surgiendo de su estado de somnolencia.

—*Sdravstvutje* —decía la voz en tono cantarín—. Os saludo.

Al oír aquellas palabras, a Vittorin le pareció ver por un momento aquel perfil de formas extrañas, aquella frente curva, un poco saliente, la boca medio abierta de rasgo altanero en los labios, la delgada mano bronceada que sostenía el cigarrillo. ¿Había visto alguna vez sin cigarrillo a Michael Michajlovich Seljukov? Una vez sí, no cabía ninguna duda… Un cosaco borracho golpeó en cierta ocasión al capitán general del Estado Mayor de Przemysl, y el capitán Seljukov fue personalmente al quinto pabellón para expresar su pesar al capitán general. Acudió vestido con su mejor uniforme, con la medalla de Vladimir sobre el pecho y la cruz de san Jorge. «Este hombre será juzgado con la mayor severidad», dijo, «ya sabe usted qué pena le corresponde según la ley rusa. ¡Un cosaco, un simple campesino! Créame, señor camarada, si le digo que estoy consternado.» Luego, con una ligera inclinación de su cuerpo, tendió la mano al señor camarada. ¡Oh, sí! Michael Michajlovich Seljukov sabía comportarse. No

era ningún campesino, ningún cosaco. Sabía ser encantador cuando quería. ¡Tanto peor para él!

El tren se detuvo. Vittorin se asomó a la ventana y miró afuera. Allí, en aquella región, pasó una vez sus vacaciones; de eso hacía doce…, no, catorce años. Por entonces, su tío aún tenía el molino, pero ahora va a los pueblos y vende máquinas trilladoras.

¡Qué rápido pasa el tiempo! Catorce años. Y aquella noche no acabaría nunca, no llegaría a su término. Sólo es la una menos cuarto. Mañana estaré en Viena. ¿Habrán recibido mi telegrama? ¿Quién me estará esperando en la estación? Será mi padre, mis hermanas, quizá Franzi. Dormir; si pudiera dormir por lo menos..

Cerró los ojos. Pero, en lugar de sueño, lo que le vino fue una imagen del pasado, un recuerdo que lo perseguía de forma inexorable. Fue de nuevo en Chernavjensk; estaba ante la puerta de la cancillería. Tiene que presentar una petición… Seljukov puede ser también encantador. «Exponga su deseo, teniente», dirá, «lo escucho; *ce qui est dans mon pouvoir de faire pour les prisionniers de guerre…*»

Los dedos de Vittorin están entumecidos por el frío. Starchi, el suboficial ruso que lo acompaña, se sacude la nieve del abrigo, golpea varias veces los pies, se arregla bien la gorra y llama a la puerta.

El capitán del Estado Mayor Seljukov está sentado frente a su escritorio. No levanta la vista; hojea un libro, fuma y escribe. Tiene un modo indolente y elegante de sostener el cigarrillo mientras escribe. Con la punta del dedo meñique de la mano izquierda lo oprime contra el dedo anular. Sobre el escritorio hay libros de tema militar, toda suerte de impresos y novelas francesas.

El criado Gricha se asoma a la puerta, ve a su amo ocupado y desaparece. En la habitación se percibe un olor suave, fino: es el aroma del cigarrillo, de tabaco chino. Pero

también hay algo más: un perfume exótico; como es natural, algunas veces se recibe también allí la visita de una dama. Cuando está en la habitación la mujer de rostro pequeño y ojos que miran inquietos, cuyo nombre no conoce nadie en el campo de prisioneros, sólo puede esconderse detrás del biombo. Vittorin escucha con atención, para comprobar si se percibe el aliento de la mujer.

Pasan cinco minutos. Seljukov sigue sin levantar i mirada. De vez en cuando ocurre que, mientras escribe, entre sus dientes aparece la lengua, que pasa por encima del labio superior de su boca y desaparece— Vittorin contempla este juego silencioso cuya explicación no logra encontrar. Han pasado ya ocho minutos. La cruz blanca de esmalte con la cadena amarilla es la cruz de san Jorge. Seljukov tiene también la medalla de Vladimir y el sable de san Jorge, pero los lleva únicamente en alguna ocasión especial.

Ahora ha terminado su trabajo. El suboficial ruso pone sus manos sobre la costura de los pantalones y dice algunas palabras en lengua rusa.

Michael Michajlovich Seljukov apoya la frente en una de sus manos y pasa la mirada por Vittorin con los ojos medio cerrados.

—Tiene que comunicar sus deseos al suboficial de jour —dice lentamente y en un tono de indiferencia, como si hablase con el abrigo que cuelga allí sobre la pared—. Mi trabajo no consiste en oír reclamaciones de prisioneros de guerra. Ya conoce usted la ley rusa. Se opone al orden establecido en el campo de prisioneros. Viene usted aquí por tercera vez, para molestarme con sus peticiones y quejas. Vittorin enrojece y mira hacia el biombo. —No es la conducta propia de un oficial —prosigue diciendo Seljukov—. En Francia esto se llama *bochisme*. Se le imponen diez días de arresto en su habitación para que aprenda a entender la ley rusa. Puede irse.

Vittorin no se marcha. Quiere hablar, quiere justificarse; se expresa en francés siempre que le es posible. Seljukov ha de

ver que se relaciona con un hombre de formación y educación, que es capaz de hablar fluidamente la lengua francesa. Quiere decir: «*Mon Capitain, c'est cruel, c'est inhumain, vous comprenez, d'interrompre l'expédition des lettres pendant trois semaines, parce que deux lampes étaient encoré allumés a onze heures de la nuit. Mes camarades…*».

Pero no consigue pronunciar ni una sola palabra; no es capaz de hacer frente a aquella situación. El capitán del Estado Mayor sacude la ceniza de su cigarrillo. Luega indica dirigiéndose al suboficial:

—*Pascholl*.

Lo dice con toda tranquilidad; no suena como si dijese: «Fuera», sino algo así como: «Espere usted un momento», o bien: «Haga el favor de aguardar un instante». ¡*Pascholl* ! El suboficial da media vuelta, agarra por los hombros al teniente Vittorin y lo hace salir por la puerta.

El cabo tirolés de última reserva de la tropa del campo de prisioneros estranguló con sus propias manos al médico militar que lo había golpeado en la cara y al día siguiente se dejó fusilar sin pestañear siquiera. ¿Y yo? ¿Y yo?

Bien, Michael Michajlovich Seijukov. Le complació tratarme *à la canaille. Pascholl*. Bien. En Francia esto se llama *bochisme*. Como usted prefiera. Para todo llega el día. Volveremos a hablar sobre ello, Michael Michajlovich Seijukov. ¿Piensa usted que voy a olvidarlo? Se equivoca, señor capitán del Estado Mayor. Hay cosas que nunca se olvidan. ¿Dijo usted que aquello no era el comportamiento propio de un oficial? ¿Dijo que en Francia se llama hochisme? Paciencia, basta tener paciencia, señor capitán del Estado Mayor: la hora de arreglar las cuentas llegará; no suelo olvidar nunca nada.

Pascholl. ¿Acaso lo oyó todo la mujer escondida detrás del biombo? En el campo de concentración se decía que era una

francesa, la esposa de un terrateniente con el cual se había casado muy joven; recorría cuatro horas en trineo para ver a Seijukov. *Pascholl*. ¿Acaso lo entendió todo? ¡Oh, sí! Seguro que lo entendió todo; es muy posible que se burlara; quizá se rió en su interior, sin hacer ruido, de modo imperceptible, mientras estaba escondida detrás del biombo.

Vittorin se mordió los labios. La vergüenza y la cólera le hicieron subir la sangre al rostro; oprimió su frente contra el cristal frío de la ventana. No había dicho absolutamente nada a sus camaradas de lo que había sucedido en la habitación de Seijukov; pero el recuerdo de aquella hora ignominiosa le hacía arder su alma azorada como si fuera un veneno corrosivo.

No estaba solo. También sus camaradas tenían que arreglar cuentas con Seijukov. Los obligaba y los mantenía sujetos un juramento, el juramento que en una hora solemne habían prestado ante la tumba abierta de un camarada.

Vittorin se enderezó. Una ola de resolución lo invadió.

Dijo susurrando para sí mismo: así que acabe la guerra, cuando todos volvamos a estar en Viena, acometeremos el asunto. El profesor, como es el de mayor edad entre nosotros, presidirá las discusiones.

Feuerstein pondrá el dinero a nuestra disposición y yo recibiré el encargo de viajar a Rusia. Sí, seré yo, sin duda alguna; no dejaré que nadie me discuta este derecho.

Sí, soy yo. ¿Me reconoce usted, señor capitán del Estado Mayor? Soy el teniente Vittorin, del campo de concentración de Chernavjensk, pabellón número 4. Estoy enteramente de acuerdo: en Francia esto se llama *bochisme*. ¿Por qué se pone usted tan pálido, ilustrísimo señor? ¿Es que ya no me esperaba? ¿Pensaba que ya lo había olvidado? ¡Oh, no! No lo he olvidado. ¿Cómo era aquello? ¿Pascholf? Pues, no, señor capitán del Estado Mayor: me quedo aquí, me quedo para hablar con usted. ¿Se acuerda de aquel teniente de aviación a

quien usted le quitó el tratamiento de oficial porque sus papeles no estaban en orden? Piénselo bien: le doy tiempo. Como se negó a realizar ningún trabajo en la cocina de la tropa, usted lo encerró en la bodega del barracón C. Estaba enfermo; tenía ataques de fiebre, producida por una malaria grave. Usted lo hizo quedar en su horrendo camastro dentro de aquella bodega inmunda, hasta que él… ¿Cómo dice usted: que lo simuló? Le dijo que el médico del campo de concentración no estaba allí para satisfacer los caprichos de prisioneros de guerra. «*Il feint, il fait le malade, il se trouve en parfaite santé*», fueron sus palabras. El día en que fue enterrado, hicimos un juramento, lo hicimos nosotros cinco, y ahora, mire usted, ha llegado el día de arreglar cuentas. ¿No se acuerda de todo eso? Pero de mí se acuerda perfectamente, ¿no? No es el comportamiento propio de un oficial; en Francia esto se llama… ¡Tome! Esto es por el *bochisme*. Y esto por interceptar el correo y esto por los registros corporales y esto… ¡Quieto! ¿Qué busca? ¿El revólver? De eso nada, señor capitán del Estado Mayor. ¡Ah, Gricha está también aquí! ¡Sdravstvutje, Gricha! Diga a criado, señor capitán del Estado Mayor, que si hace un solo movimiento dispararé sobre él. ¡Ah, magnífico! Me lo había figurado. ¿Quiere usted batirse conmigo? Bien. Sobre esto podemos hablar. Le dejo que escoja las armas. Mis padrinos serán…

El revisor que recorría el tren con la linterna en la mano se encontró de pronto ante un teniente de infantería que, pálido como un cadáver, estaba en medio del corredor con un brazo levantado y un puño cerrado. El revisor avanzó unos pasos, movió la cabeza, de un lado para otro, volvió de nuevo hacia la puerta y desapareció en el vagón contiguo frunciendo las cejas. Con un leve asomo de disgusto y vergüenza, Vittorin volvió a su rincón. Era la una y media. Debía intentar dormir. ¿Qué puede haber pensado ese revisor, el muy idiota? Estoy muerto de cansancio. Me ha mirado de hito en hito. ¿Por qué tenía que mirarme de hito en hito? ¡Qué insolencia! Gricha: el criado del oficial se llamaba Gricha. Grigorij Ossypovich

Kedrin o Kadrin, de Staromjena, en el departamento gubernamental de Charkov. Dictó muy a menudo sus cartas al profesor para que se las escribiera. Por si acaso lo escribiré.

Sacó su agenda de anotaciones y apuntó bajo el nombre y los apellidos del capitán del Estado Mayor:

Gricha, ordenanza de Seljukov. Grigorij Ossypovich Kedrin (¿o es Kadrin?), del pueblo llamado Staromjena, estación de ferrocarril de Glavjask, en el departamento gubernamental de Charkov.

Tiempo de espectros

Desde la ventana del vagón reconoció a sus hermanas entre la multitud que esperaba. Habían venido, pues, las dos a recibirlo: Lola y Vally. Vally, de diecinueve años, se había hecho muy hermosa. Ya no era ninguna niña: esbelta, de ojos grandes, de movimientos ágiles y simpáticos. Tres años significaban bastante. Y allí estaba también su padre, alto y erguido, en la misma actitud del oficial que había sido en otro tiempo, aunque un tanto envejecido.

Vittorin descendió del vagón. El joven de rasgos exóticos, de rostro anguloso, algo bigotudo y con unos guantes de color marrón, que le quitó de la mano el paquete enrollado como una manta de viaje, era su hermano Oskar. Hacía tres años llevaba aún un vestido de marinero azul. En el modo amistoso, aunque mesurado, en que tendió la mano a su hermano mayor se percibía la exigencia, planteada con gran énfasis, de ser reconocido por quien regresaba a casa como un hombre completamente adulto.

Miles de preguntas: cómo había transcurrido el Viaje, si en Moscú hacía ya frío en aquella época, qué

había visto de la revolución de octubre, si estaba contento de volver a estar en Viena…

—Déjame que te mire, Georg, para ver qué aspecto tienes. ¡Bah, pasable! Tienes la cara un poco más delgada.

—Franzi Kroneis ha venido cada día a casa para preguntar si teníamos noticias y ayer, cuando acababa de marcharse,

llegó el telegrama.

—¿Por qué nos paramos aquí? ¡*Avanti, avanti*! Sigamos andando.

Las preguntas se multiplicaban: si tenía hambre, si estaba cansado, si se resentía aún a veces del tiro que había recibido en una pierna.

—Ese Lenin tiene que ser un hombre fabuloso; resulta imponente —dijo Oskar ofreciendo a su hermano un cigarrillo enrollado por él mismo.

Poco a poco se fueron acercando a la salida del andén. Allí estaba Franzi Kroneis, deslumbrante, llena de emoción y acalorada por una rápida caminata.

—No has cambiado nada —dijo—. Ni lo más mínimo.

Luego tomó su brazo como si fuera la cosa más natural del mundo. Ahora las cosas eran completamente diferentes de como habían sido en épocas anteriores. Entonces, hacía tres años, se habían puesto de acuerdo en mantenerlo en secreto ante los demás.

Durante aquel viaje interminable a través de Siberia, Vittorin había unido una y otra vez con la hora de su llegada, que le parecía tan lejana e inalcanzable, una imagen agradable: un día cálido y hermoso de verano volvería a casa a través de las calles repletas de gente, reclinado indolentemente en un coche abierto. Aquella imagen se la había representado de un modo especialmente vivido en la estación de Manchuria cuando, cargados con sus equipajes y envueltos en nubes de polvo, habían tenido que seguir a pie el camino de la vía del ferrocarril destruida y atravesar el puente de madera provisional. Ahora había llegado la hora anhelada, pero utilizaron el tranvía.

En la parada Franzi se despidió. Había pedido permiso para ausentarse de la oficina durante una media hora, a fin de poder saludarlo en la estación. Ahora tenía que volver.

Apartándolo un poco del grupo, le preguntó si por la tarde quería ir a recogerla en la oficina.

—Sigue estando en Seilerstatte, 17.

—De acuerdo.

—Pero, no; hoy no vuelvas a salir a la calle; estarás cansado. Es mejor mañana. Puedes telefonearme. Duerme bien y no sueñes mucho con… ¿Cómo se llaman las chicas en Rusia? ¿Sonia? ¿Natacha? ¿Marfa?

—Anjuta, Sofja, Jelena —dijo Vittorin.

—¿Tantas? Bueno, hasta mañana a las siete. ¿Has pensado algunas veces en mí?

En el tranvía no se habló demasiado. Con el propósito de dar una alegría a su hermano, Lola dijo que Franzi era una criatura encantadora y muy fiel. Oskar insistió en pagarse él mismo el billete. Su padre se sacó del bolsillo una pipa corta de magnesita, y dijo que la guerra iba a acabar pronto, que ya no podía durar más tiempo. Según todas las previsiones, la decisión iba a tomarse en la parte occidental, aunque en los otros frentes la disposición también era buena. Un teniente mayor que vino del Piave le dijo también que había una buena disposición con respecto al hecho de terminar la guerra. Llenó la pipa con un tabaco al que había añadido asperilla olorosa y hojas de calabaza maceradas, a fin de que cundiera más.

—Se fuma bien. Es muy bueno —explicó—. En el periódico, una eminencia médica cuyo nombre no recuerdo ha escrito incluso que esta mezcla actúa de forma muy estimulante en la actividad de los pulmones. Con todo, el jefe de contabilidad de nuestra oficina sigue fumando puros igual que trabucos. ¿Que de dónde saca el dinero? ¡Bah! Prefiero no hablar de esto.

Después de cenar, el padre propuso una partida de ajedrez, pero las hermanas protestaron diciendo:

—No. Hoy no es día de jugar. Ya podréis jugar otras veces. Georg ha de contarnos muchas cosas.

—Ahora, pues, procedamos por orden —dijo la menor de las hermanas—. Empezaremos por el día en que te hicieron prisionero, en Dunajec; ya sabes; nos lo escribiste. Pero ahora tienes que contárnoslo todo con detalle: en qué estado de ánimo te encontrabas, cómo te pusieron los cosacos en aquel carro con adrales y cuándo te pusieron el primer vendaje. El hermano de Ella también fue herido: un tiro en los pulmones; está todavía en el hospital. ¿Sabes? Hace quince días encontré casualmente por la calle al apoderado de tu oficina, el de las pecas. Llevaba del brazo una dama alta y rubicunda; desde luego, no era su esposa. Si hubiera ido solo, le habría dado noticias tuyas.

—Es conveniente que vayas a verlo —opinó su padre—. Podría tomar a mal que no le dijeras nada. Seguro que sabrá que has vuelto a Viena. Las noticias corren pronto.

—Si te gusta, la semana que viene podemos ir al teatro —dijo Oskar—. Puedo conseguir entradas. Ahora suelo frecuentar mucho los círculos dedicados a espectáculos.

Georg Vittorin sintió un doloroso malestar, como si estuviera a las puertas de una enfermedad grave. Su secreto lo oprimía. En cada palabra pronunciada por su padre y sus hermanas podía percibirse lo felices que eran por el hecho de que él volvería pronto a seguir la misma vida de antes, regulada de modo uniforme y monótono. ¿Debía quitarles ya ahora esta creencia, el primer día de su regreso? ¿A quién podía confiarse? ¿A su padre? Quizá sí. Su padre había sido oficial en su juventud, un teniente mayor activo. Allí, en la pared, bajo el retrato de su madre fallecida, colgaban su sable y la fotografía desteñida de un grupo en la que aparecía entre sus camaradas de regimiento. ¿Debía levantarse y llamarlo aparte diciéndole: «Oye, padre, tengo que decirte algo»? No. Desde hacía diecisiete años, su padre era funcionario en el departamento de contabilidad del Ministerio de Finanzas.

Cada mañana, a las nueve, iba a la oficina; comía puntualmente a las tres y media; luego el periódico; luego el paseo diario; los domingos daba el «gran paseo», más allá de Dornbach; cada día de la semana daba el «pequeño paseo» por el centro de la ciudad; a última hora de la tarde la tertulia o el vaso de cerveza mirando a la calle. Este era el mundo de su padre, así vivía desde hacía diecisiete años. No. Su padre no debía enterarse de nada.

Llamaron a la puerta. Lola alzó los ojos de la labor que estaba haciendo y prestó atención. Vally se fue corriendo, regresó, asomó la cabeza a través de la puerta entornada e hizo una mueca.

—Alégrate, Lola —dijo susurrando—. El señor Ebenseder está aquí.

—¡Oh, el señor interventor! —exclamó el padre—. Nos honra de nuevo con su visita. ¡Que entre, que entre, el señor interventor!

Oskar se levantó, se abrochó la chaqueta y dijo, dirigiéndose a Georg, que le sabía muy mal de verdad, que con gusto se quedaría aún un rato, pero que, por desgracia, era muy tarde y tenía un compromiso con unos amigos.

—Es un colega de la oficina —dijo el padre—, de hecho el único con quien me relaciono; todos los demás son más o menos personas ambiciosas e intrigantes. Es un hombre sumamente inteligente; te entenderás muy bien con él; además es un coleccionista apasionado; compra todo lo que está relacionado con el teatro; tiene también dinero para hacerlo; es dueño de cuatro edificios. Colecciona retratos de actores, libretos, cuadros que se han colgado en escena, rótulos de anuncios antiguos, vistas panorámicas del teatro Ring y del teatro Karntnertor, incluso resguardos de guardarropía: todo. ¡Bienvenido, señor interventor! Permítame que los presente: mi hijo Georg, el esperado durante tanto tiempo, que acaba de volver de Siberia. El señor interventor Ebenseder. —Me alegro de conocer a otro miembro de este círculo familiar tan

distinguido. He oído hablar mucho de usted. ¡O sea que ha llegado hoy! Me alegro. Me alegro de verdad —dijo el señor Ebenseder, un hombre bajo y regordete, con una barba señorial, una gran calva y unas manos rechonchas.

Se acercó a Lola y le besó la mano ceremoniosa y devotamente.

—Con mis respetos, señorita Lola, y mi mayor afecto. Veo que está otra vez muy atareada. ¡Qué hábiles son esos deditos, siempre en movimiento! Es un placer contemplarlos.

El padre trajo una botella de vino y sirvió al invitado un vaso de «Gumpoldskirchner». El señor Ebenseder, tal como lo exigían las buenas costumbres, se hizo rogar un poco.

—No es en modo alguno necesario hacer esto por mí, querido colega, en unos tiempos en que todo está tan caro. Si me ofreciera una taza de té, no diría que no; incluso llevo siempre conmigo un terrón de azúcar. ¡Pero un auténtico «Gumpoldskirchner»! Bueno, pues, si no hay más remedio… ¡A su salud, querido colega! ¿Tiene diecisiete años, no? Ya lo he notado en seguida, ¡qué cosecha! ¡Una delicia!

Produjo un chasquido con la lengua. Lola se sobresaltó, un tanto nerviosa. El señor Ebenseder se sacó del bolsillo un gorrito de seda negra y se lo puso sobre la calva, ya que nunca se puede estar seguro de la corriente de aire. Luego se acercó un poco más a Lola.

Con la mirada, Vally hizo un signo a Georg de que ahora iba a empezar el ataque. Con cara inocente se dirigió al señor Ebenseder, preguntándole: —¿Es verdad, señor von Ebenseder, que usted es uno de aquellos que quedan que conocieron personalmente a Nestroy?

—¡Pero criatura! —exclamó el señor Ebenseder con una amplia y amable sonrisa—. ¿Qué me dices ahora? ¿Cómo puedo haber conocido a Nestroy si murió ya en los años sesenta? En cambio, siendo niño, sí que pude ver aún en el teatro Cari a Matras, como también a Knaack y a Katharina

Herzog, que en su tiempo participaba aún en los estrenos para darles más aliciente.

—¿Desde cuándo nos tratamos de tú, señor von Ebenseder? ¡Qué novedad tan grande! No recuerdo que hayamos brindado para establecer ese trato.

—Bueno, lo que no ha ocurrido puede suceder todavía —respondió muy respetuosamente el señor Ebenseder. .

—¡Ah, muy bien! ¡Pero para esto han de estar dlp acuerdo los dos! —exclamó Vally—. Mañana, desde las doce hasta primeras horas de la tarde, mé puede llamar de tú.

El padre lanzó a Vally una mirada maligna e intentó desviar la conversación. Según él, aquel mismo día había visto en el escaparate de la librería Feldmayer una acuarela en la que estaba representada la actriz Wolter disfrazada de gitana y conversando con un señor mayor que la miraba a través de sus impertinentes.

—He pensado en seguida que sería algo apropiado para la colección del señor interventor.

Aquello despertó inmediatamente el interés del

señor Ebenseder.

—El señor de los impertinentes es sin duda Laube, el director del teatro Burg —explicó—. Naturalmente, ese cuadro me interesa mucho. Mañana mismo iré a verlo a la librería Feldmayer. La actriz Wolter disfrazada de gitana: ¿qué clase de pieza teatral puede haber sido?

Contó con los dedos los papeles en que había admirado a la gran actriz trágica del teatro Burg. La había visto como Fedra, como María Estuardo, como lady Milford, como Safo, como Medea, como Ingenia, luego en un drama moderno cuyo título ya no recordaba y por última vez, un año antes de su muerte, como Adelheid, en la obra *Götz von Berlichingen*.

—¡Oh, la actriz Wolter! —dijo a Lola—. Quien no la haya visto… La gente que va hoy al teatro me da pena. Como ella

ya no habrá nunca otra actriz. Se ha terminado… Lo digo con toda sinceridad.

Y con un suspiro volvió a echarse vino en el vaso.

Georg Vittorin permanecía sentado con los ojos medio cerrados. Las palabras del señor Ebenseder, pronunciadas en un mismo tono, resonaban en sus oídos como si vinieran de un lugar muy lejano. Le sobrevenía una sensación de bienestar y de seguridad frente a la que tenía que precaverse. Las cosas que había en aquella habitación lo asían y lo sujetaban con fuerza, como si él mismo fuera de su propiedad. El tic-tac del reloj de pared, la luz amortiguada de la lámpara, el tintineo suave de los vasos, las bocanadas de humo azuladas que salían de la pipa de magnesita de su padre, los movimientos silenciosos de sus hermanas: todo eso estaba allí únicamente para arrullarlo, para apartarlo de la gran misión que tenía que cumplir. Le parecía como si aquel combate que se le presentaba fuera decisivo para todo el futuro y como si tuviera que resolverlo por las armas ahora mismo, en seguida, sin conceder ninguna dilación. Tenía que estar solo. Se levantó haciendo un pequeño esfuerzo. Dijo que estaba cansado y que quería irse a la cama. Y en el mismo momento en que se levantó, el combate quedó también decidido. Las cosas que había a su alrededor perdieron su poder sobre él, lo dejaron libre. El tic-tac del reloj de pared resonaba tristemente; los anillos de humo de la pipa de su padre subían hasta el techo en muda melancolía.

Abandonó la habitación.

Lola fue tras él. Lo encontró en el pequeño despacho por cuya ventana enrejada podía verse el patio interior de la casa. Vittorin se arrodilló en el suelo y empezó a desatar las correas de su paquete enrollado^ en forma de manta de viaje.

—Oskar tampoco lo soporta —dijo Lola después de un momento de silencio—. Viene sólo por mí. Estoy contenta de que vuelvas a estar con nosotros, Georg. Creo que ya ha hablado con nuestro padre.

—¿Quién? ¿El señor Ebenseder? —Sí. Pero prefiero morirme. Ha estado ya dos veces casado. Su primera mujer murió muy joven; le amargó la vida hasta su muerte; y la segunda lo abandonó. A las dos las pescó en el teatro de *varietés*. ¿Pero qué pretende conmigo este hombre antipático? No sé montar a caballo de modo elegante y artístico ni dar saltos pasando a través de unos aros. Georg había abierto ya su paquete. —Esto es papel de carta chino y éstos son los sobres. Fíjate que bien pintados están.

—Muy bonito. Son selectos de verdad. ¡Magníficos! Quería decirte algo… Pero no has de enfadarte. Durante unos cuantos días tendrás que dormir con Oskar en el despacho. Tu habitación… Ya te escribí diciendo que la habíamos realquilado. ¿No te lo escribí?

—No sé. No. Creo que no.

—Seguro que te lo conté en una carta. Es un hombre muy correcto y muy amable; en este sentido hemos acertado plenamente; durante el día no se le ve ni se le oye. Ahora paga ciento ochenta coronas. Es una ayuda muy buena para la economía, puedes creerme. ¿Tienes idea de lo que cuesta todo ahora? Los precios han ido subiendo cada vez más. Naturalmente, al estar tú de nuevo en Viena… Ya le dije a este señor que tendría que buscarse otro alojamiento.

—No será necesario —dijo Georg—. Puede quedarse tranquilamente con la habitación. No me quedaré en Viena.

—Padre dice que la guerra acabará muy pronto.

Georg se levantó lentamente.

—Cuando acabe la guerra, volveré a Rusia.

—¿A Rusia otra vez? ¿Lo dices en serio?

—No grites así; los demás no han de saberlo todavía. A ti te lo he dicho, pero ha de quedar entre nosotros. Sí, he de volver a Rusia.

Lola lo miró fijamente a los ojos.

—¿Por mucho tiempo? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Prometiste a la chica que volverías? ¿Por qué no la has traído contigo? ¿No ha sido posible? Georg no respondió a ninguna de estas preguntas.

—Los cigarrillos son para Oskar —dijo—. Hazme el favor de repartir todas estas cosas. La chaqueta de piel es para nuestro padre. La porcelana china…

—Georg… ¿Y Franzi? ¿Qué vas a decir a Franzi? Me da mucha pena. ¡Pobre! ¿Tienes una foto de ella…, de la otra?

—La porcelana china es para ti. Según parece, es una pieza muy antigua y rara. Ponía en la vitrina. Los dos vasos son para Franzi. Por lo demás, te equivocas. No es por ninguna mujer.

Al cabo de dos semanas, durante los días de la revolución, Vittorin recibió noticias de Chernavjensk, de un soldado austríaco que había vuelto de Siberia y que había tenido que hacer la última etapa del viaje de pie en el estribo de un vagón repleto de gente. Legionarios checos habían ocupado aquel lugar; el capitán del Estado Mayor Seljukov ya no era comandante del campo de concentración. Inmediatamente después de la entrada de los checos, explicó aquel hombre, el capitán del Estado Mayor se marchó, probablemente a Moscú, para ponerse a disposición del ejército rojo, al que le faltaban oficiales experimentados en la guerra. El soldado que había vuelto a casa le dijo que lo había visto otra vez fugazmente en una pequeña estación fronteriza de Siberia, cerca de Krasnojarsk.

La huida de Seljukov era sin duda un acontecimiento de gran trascendencia. Vittorin decidió informar primero al doctor Emperger del cambio de situación. Sería una conferencia celebrada entre dos, un reducido comité preparatorio; los demás tenían que saberlo sólo posteriormente. No podían tomarse resoluciones precipitadas. Había que esperar otros

informes, intentar conseguir una confirmación de la noticia. Una estación cerca de Krasnojarsk. Según todas las apariencias, el objetivo del viaje del capitán del Estado Mayor había sido Moscú… ¡Cómo abrirá los ojos Feuerstein! Me dirá: «¿Estás todavía en contacto con Chernavjensk, Vittorin?» «¡Naturalmente! ¿Qué te habías creído? Por supuesto que he seguido en contacto ^onel campo de concentración. Tomé antes mis medidasxsé todo lo que ocurre allí.» Sin duda alguna, ahora tenían que darse ciertos pasos preparatorios. Sería bueno que Feuerstein soltase enseguida el dinero. Y luego el pasaporte, el visado para viajar a Rusia.

La revolución le planteaba algunos problemas que lo preocupaban. ¿Había aún funcionarios en medio de ese caos? ¿Qué autoridad oficial concedía el visado? No puedo ir allí sin pasaporte… ¿Se mantendría la conexión ferroviaria con Rusia?

Corrían rumores terribles por la ciudad. Se decía que militares checos querían ocupar Viena y toda la parte baja de Austria. En un intento de atravesar la frontera húngara, el emperador habría sido apresado por tropas revolucionarias. Wollersdorf y la parte nueva de Viena, según decían, estarían en llamas. Un chófer militar, enajenado mental, pasó a toda velocidad en su coche por las calles y alarmó a los transeúntes. Fue gritando que los servios y los rusos del campo de prisioneros de guerra de Siegmundsherberg, en número de catorce mil hombres, marchaban sobre Viena. Según él, tenían que cerrarse todas las puertas y quien tuviera armas tenía que personarse en la dirección de policía.

Los hechos acreditados de modo fidedigno no eran menos preocupantes. Una junta de oficiales y de personas pertenecientes a la tropa, que actuaba en los medios revolucionarios, había establecido un nuevo consejo de soldados formado por nuevos miembros a fin de «acabar con la burocracia anquilosada, redactar un nuevo reglamento de servicio militar y poner fin a la cobardía y perversidad de las clases dominantes». Un capitán del regimiento de tiradores de

Stocker, que propuso la creación de una guardia roja, fue acallado y un cabo de escuadra, que planteó la misma demanda con palabras enérgicas, fue levantado en hombros y aplaudido calurosamente. En la estación de ferrocarriles del Norte, bandas de obreros dedicados a la explotación de la hulla y desertores saquearon los almacenes y los vagones. Por la noche les cayó en las manos un tren entero de avituallamiento militar. De la penitenciaría de Wollersdorf se escaparon doscientos criminales peligrosos que se aprovecharon de la confusión general. En un santiamén los escaparates de las joyerías desaparecieron detrás de tablas de madera. Un batallón checo, al que querían desarmar en la estación de maniobras Brigittenau, se resistió y, armado con bombas de mano y ametralladoras, avanzó en tropel contra el cuerpo de guardia de la estación.

Muchos artículos bajaron de precio: tabaco, mantas de lana, morrales, suelas, bramantes de adorno y cacharros de rancho. Todo ello podía comprarse en gran cantidad a los que volvían a casa. Por el contrario, una barrita de pan llegó a valer quince coronas. La oficina estatal de abastos hizo saber que la cuota de doce decagramos y medio de carne por semana y por cabeza no podía mantenerse, ya que Checoslovaquia había cerrado sus fronteras respecto a la exportación de víveres. Por las calles y en los locales públicos, la gente tarareaba una vieja melodía con la letra siguiente:

«¿Quién gobernará Austria?

Los vieneses pronto lo sabrán.

Checoslovaquia,

lo tiene todo en el saco.

Los vieneses ya pueden diñarla».

Falsas patrullas militares detenían a los soldados y les quitaban sus víveres y efectos personales. Si tropezaban con

divisiones del cuerpo de guardia de la ciudad, se producían tiroteos. Aisladamente aparecían aún signos de una voluntad férrea de vivir, de una confianza inquebrantable en el futuro. Junto a los rótulos que anunciaban el estreno de la película *La princesa de Berania, una canción de amor y de sufrimiento*, se enganchó el aviso oficial de que los «sucesos ocurridos» no influirían en modo alguno en la celebración de la lotería clasificada con el número once. Ediciones extraordinarias de periódicos pregonaban constantemente los informes de las agrupaciones del ejército «El príncipe heredero alemán» y «Gallwitz»: «En ambas orillas del Mosa, viva actividad de la artillería. Detuvimos potentes fuerzas de las tropas americanas en el bosque situado al norte de Boval».

Cuando Vittorin entró en su habitación, el doctor Emperger estaba ocupado en la clasificación de su ropa de paisano. En un revoltijo pintoresco, sobre el sofá y las sillas había desperdigados un smoking, un chaqué, pantalones de moda listados, corbatas, camisas de diversos colores, una chaqueta de invierno, una americana corta de deporte y un chaleco tejido con brocados. Un olor penetrante de alcanfor y naftalina inundaba la habitación. Sobre el escritorio había, alineados de forma militar, zapatos, botas altas de montar, zapatillas, botas atadas con cordones y chanclos.

Con una gorra de oficial que le había quedado en la mano, el doctor Emperger saludó a su camarada de la época en que habían sido prisioneros de guerra.

—Mírala —dijo—. Esto es la recompensa del mundo. Dos años en las trincheras, dos años en Siberia. En agradecimiento por todo ello, ayer me quitaron de la gorra la insignia rosa. Chicos imberbes, aprendices, simples novatos. ¡Bah, dejémoslo estar! No voy a derramar lágrimas por esa insignia. Pero siéntate Vittorin; es decir, si puedes encontrar sitio; ya ves cómo lo tengo todo. ¿Qué voy a hacer ahora con el abrigo y la chaqueta militar? ¿Crees que me los pueden comprar en alguno de esos establecimientos que alquilan trajes y prendas de vestir? Le pondré también la pequeña medalla de plata.

Quizá se ponga de moda ir a los bailes de disfraces vestido como un oficial austríaco del año dieciocho. Sí, amigo mío, éste es un momento histórico. ¡Señora Wessely! ¿No podría poner orden de una vez en todo eso? ¡No puede quedar todo así, diantre! ¡Señora Wessely! ¡Otra vez no oye nada esa vieja zorra! Pero siéntate, Vittorin. ¿Qué te trae por aquí?

—Te traigo noticias importantes —dijo Vittorin—. Quería hablar primero contigo, en privado, sobre este asunto, saber tu opinión, antes de comunicarlo oficialmente a los demás… Oye: Seljukov ya no está en Chernavjensk. Todos los informes que he conseguido durante los últimos días coinciden en que… ¿Qué pasa? ¿Adonde vas?

El doctor Emperger salió precipitadamente de la habitación.

—¿Qué le ocurre, señora Wessely? —oyó Vittorin que gritaba el doctor—. ¿Por qué no acude usted cuando se la llama? Mi habitación parece una cueva de ladrones. Ya son las cinco y media. Déjeme ver lo que ha traído. ¿Eso es todo? Le he dicho que trajera sardinas y empanadas de hígado de cerdo. Podría haber conseguido también un trozo de salchichón. ¡Por todos los santos! No puedo ofrecer a mis invitados mermelada de remolacha. Le dije que trajera dos botellas de curasao y otra de anís. Faltan terrones de azúcar, salchichón y sardinas; las prefiero portuguesas, pero compre las que usted quiera, con tal que sean apetitosas. ¿Dinero? ¿Ya pide más? Acabo de darle hoy, esta misma mañana… ¡Es inaudito! ¿Qué hace usted con tanto dinero: lo arroja por la ventana?

El doctor volvió a la habitación sin aliento.

—Perdóname, Vittorin. Ya no sé dónde tengo la cabeza. Hay que airearse un poco. Esta noche espero invitados. Tengo que ocuparme de todo personalmente… Pero cuenta, ¿qué ocurre con Seljukov?

Vittorin estaba disgustado en sumo grado. Ya no tenía ganas de contar nada sobre Seljukov al doctor Emperger, para

quien el curasao, los terrones de azúcar y las sardinas parecían ser más importantes que las noticias que pudiera comunicarle.

—Han llegado informaciones —dijo brevemente—. Tenemos que celebrar una reunión mañana o, a más tardar, pasado mañana: el asunto es urgente. Haz el favor de gestionar todo lo que sea necesario.

—Mañana, pasado mañana… ¡Imposible! —exclamó el doctor Emperger—. Mañana por la noche estoy invitado en casa de mi jefe, pasado mañana tengo entradas para la ópera y al día siguiente… ¿De dónde he de sacar el tiempo, ahora que he de empezar a familiarizarme con los asuntos del banco? Quizá por esta vez podáis arreglároslas sin mí o… ¡Espera un momento! ¡Por supuesto! Creo que será lo más acertado. Esta noche vienen a mi casa Feuerstein y el profesor. Puedes venir tú también; conocerás a unas cuantas personas muy simpáticas. ¡Entonces hecho! Ven alrededor de las ocho y media o nueve menos cuarto. Me alegraré mucho. Luego, más tarde, nos quedaremos juntos durante un rato y hablaremos sobre el asunto. Perdona que no haya pensado antes en invitarte.

—Bien —dijo Vittorin—. Vendré. Yo mismo haré que Kohout lo sepa también.

Esta notificación pareció afectar al doctor Emperger de un modo que no era precisamente de agrado. —¿Kohout? ¿Quieres traer contigo a Kohout? —preguntó—. Bueno, si tú lo quieres… ¡Muy bien! Como quieras. No tengo nada en contra.

A las nueve menos cuarto, Vittorin llamó a la puerta de la casa del doctor Emperger. Un criado, que durante el día trabajaba como contable en el instituto de créditos, lo hizo entrar. El doctor Emperger recibió a su amigo en la antesala.

—¡Ah, vaya, ya estás aquí! —dijo—. Te he anunciado ya a mis invitados. Te encontrarás con un pequeño grupo de

personas muy diferentes. Kohout ya ha venido también. ¡Qué hombre tan extraño! Ha traído consigo a un colega suyo. Se pasa todo el rato burlándose de la burguesía. Es penoso. No sé qué puedo hacer con él. Me está resultando una situación muy embarazosa. Tutea a Feuerstein, no sé si por una simpatía especial o para expresarle su menosprecio. Ven deprisa: ¿quién sabe lo que habrá pasado mientras tanto aquí dentro? Quizás han empezado ya los altercados entre todos ellos.

Con el presentimiento impreciso de que con su levita que se remontaba a los tiempos de paz no tendría demasiado buen aspecto, Vittorin entró en la sala. ¡Gracias a Dios! Al menos conocía unas cuantas caras. El profesor le estrechó la mano. Feuerstein sudaba dentro de un chaqué demasiado estrecho e hizo un intento inútil por levantarse. Kohout, que parecía sentirse muy bien junto a la mesa cargada de té, bocadillos y toda clase de licores, le hizo una especie de reverencia de estilo militar. El doctor Emperger lo presentó a los invitados.

—El teniente Vittorin, también un camarada de Chernavjensk. La señorita Edith Hoffman, que ha asumido las obligaciones propias de una ama de casa, aunque las descuida, tal como debo constatarlo, ya que se dedica a flirtear con el profesor. Ditti: ocúpate también un poco de mis otros invitados; al consejero comercial le falta licor y mi amigo Vittorin quiere una taza de té…

—Estoy de vacaciones, ya te lo he dicho. Me sustituye Irene —dijo la joven de aspecto enfermizo.

—La señorita Irene Hamburger… Tampoco se esfuerza demasiado —prosiguió diciendo el doctor Emperger—. Las ayudas femeninas resultan deplorables. La señorita Franzi Roth, una joya, una belleza, algo apropiado para los entendidos. No me mires de este modo tan hostil, Franzi. Ya sé que no me quieres y que tu corazón pertenece a otro. No lo niegues; puedo imaginarme quién es el afortunado; vino, vio y venció; no se puede hacer nada. ¡Dios mío, cuánto humo de tabaco! ¿No se podría abrir la ventana un momento? Bueno,

estaría muy bien que los caballeros se fueran presentando ellos mismos, ¿no creen? Dos jóvenes se levantaron y dieron sus apellidos: ingeniero Glaser y Simich, pintor académico. El señor mayor, perfectamente afeitado, que se había apoderado de la mano de Franzi Roth con el pretexto de interpretarle las líneas de la vida, era quien tenía el título de consejero comercial. El amigo de Kohout llevaba un jersey de lana verde bajo la camisa de uniforme y además bandas y zapatos de militar.

—Es el camarada Blachek. Desde ayer forma parte del consejo de soldados —dijo Kohout en un tono muy respetuoso —. Fue elegido por ciento veinticuatro votos a favor. Está muy metido en el movimiento actual.

—Siéntate con nosotros, Vittorin —le dijo Feuerstein—. Me alegro mucho de verte otra vez. Fuimos —explicó dirigiéndose al pintor académico—, por decirlo así, compañeros de celda cuando estuvimos prisioneros en Siberia.

—¿Cuánto tiempo estuviste cazado? —preguntó el miembro del consejo de soldados a través de la mesa.

—¿Cómo dices?

—Te he preguntado cuánto tiempo estuviste en chirona.

—El camarada Blachek quiere saber cuánto tiempo permaneciste como prisionero de guerra —explicó Kohout haciendo de intérprete.

—Dos años…, si te interesa tanto saberlo —respondió Feuerstein, molesto.

—¡Vaya! Pues te pusieron guapo los rusos durante esos dos años. Lo tienes merecido, porque te dejaste cazar.

—¡Qué tipo tan simpático! —dijo la señorita Hamburger —. ¡Qué hombre tan divertido!

Kohout se echó a reír. Feuerstein, que era bondadoso por naturaleza y prefería vivir en paz con todo el mundo, encontró

palabras muy mesuradas para protestar contra aquel reproche de cobardía.

—En primer lugar, respetable camarada, no me dejé cazar; las cosas fueron así. Y en segundo lugar, por lo que respecta al honor…

—¿Fuiste obligado? —preguntó el miembro recién elegido del consejo de soldados—. No deberías haberte dejado cazar. ¡Mira por dónde! ¿Es que los rusos te ganaron fácilmente jugando a la lotería?

—Ha sido un impacto certero —observó el profesor en tono elogioso—. Feuerstein, está usted vencido. Deponga las armas.

—Es muy interesante lo que veo aquí —dijo el consejero comercial, que no había soltado aún la mano de su vecina de mesa—. De esta línea con sus numerosas ramificaciones pueden deducirse aptitudes musicales. La pequeña desviación que hay a la derecha indica un temperamento especialmente fuerte, que por ahora procura reprimir. Pero no hay nada que hacer: la naturaleza se manifiesta inexorablemente. Irá a la opereta: esto puedo asegurárselo hoy. Hay un amigo que se preocupa por su formación cultural.

—¿Todo esto lee en mi mano? —preguntó la señorita Roth.

—En parte, también en la mía —dijo el consejero comercial en voz baja y de forma respetuosa.

Vittorin hizo una seña al doctor Emperger para que se le acercara.

—Sólo una palabra, Emperger —le dijo al oído—. Ya sabes que he venido solamente para comunicaros una noticia importante. Arregla las cosas para que podamos hablar un momento entre nosotros, sin que nadie nos moleste.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo? —susurró el señor de la casa, nervioso—. Estaría enormemente contento si lograra

separarlos. Ya verás como aquí va a haber jaleo. Ya se ve que Feuerstein no va a tolerarlo todo.

—¿Por qué has invitado a los demás? ¿Qué hace aquí este señor consejero comercial?

—¿El consejero comercial? Esto mismo me pregunto yo —dijo el doctor Emperger, pensativo—. ¿Por qué crees tú que dice tantas tonterías? Ha echado el ojo a la pequeña, a Franzi. Es un viejo asno presumido, pero mira cómo se impone y se la lleva.

—¿Usted también fue herido, señor profesor? —preguntó el ingeniero desde el otro lado de la mesa.

—¡Oh, no! A mí no me ocurrió nada de eso. Fui detenido de la forma más simple y sencilla: vinieron los rusos, me sacaron de la cama y me arrestaron. Tuve la mala suerte de que me sorprendiera la guerra haciendo un viaje de estudios por el sur de Turquestán.

—¿Turquestán? —exclamó la señorita Hamburger, entusiasmada—. ¿Cuál es concretamente su especialidad? ¿Historia del arte oriental?

—Todo lo contrario, distinguida señorita: doy clases sobre granos y semillas en la escuela superior de agricultura. No es algo apropiado para damas jóvenes.

—Quizá… le interesará nuestra empresa, señor profesor —dijo el ingeniero—. Poco antes de estallar la guerra, nuestra empresa puso en el mercado una máquina de abonar y sembrar grano, un nuevo tipo que hace posible la siembra de toda clase de semillas en una cantidad exactamente regulada.

Pidió un lápiz y una hoja de papel y trazó con la mano un pequeño esbozo en el que podía comprobarse cómo la máquina, retirando la caja sembradora, podía usarse también para abonar.

El profesor tomó el esbozo, lo estuvo observando, frunció las cejas y asintió varias veces con la cabeza. El consejero

comercial se quejó de las exigencias cada vez mas desmesuradas del proletariado. Sólo Dios sabía a dónde podía conducir todo eso.

Feuerstein, por el contrario, se mostró sumamente optimista de cara al futuro; según explicó, se ganaría mucho en todo lo que significase mercancía. Estaba decidido a dedicarse por completo a la importación y exportación; no pensaba en modo alguno en producir. Con gran elocuencia desarrolló sus ideas dirigiéndose al consejero comercial y, cada vez que pronunciaba la palabra «mercancía», este vocablo adquiría en su boca una resonancia de fervor casi religioso. El profesor seguía sosteniendo en su mano el esbozo de la máquina de abonar. Las damas, a quienes les interesaba poco aquel debate, quisieron saber cuándo podría conseguirse de nuevo chocolate suizo, telas de seda buenas, revistas francesas de modas y jabón de baño inglés.

Vittorin, enfurecido, tenía la vista fija en su taza de té vacía. Aquella conversación, que parecía no querer terminar nunca, lo indignaba enormemente. Era como si aquellos dos, Feuerstein y ese señor consejero comercial, se hubieran confabulado contra él. Hablaban sin cesar de los privilegios de la importación, de las ofertas extranjeras, de los posibles campos de venta y de las cotizaciones del mercado, como si se hubieran propuesto impedir que se llegara a hablar sobre el asunto de Seljukov. ¡Y además las mujeres con su estúpida chachara! Aquella risa candida, enteramente absurda, era algo insoportable. ¿Para qué había venido? Vittorin hizo furtivamente señas al doctor Emperger, pero éste hizo como si no se diera cuenta.

Mientras tanto el amigo de Kohout, que estaba sentado junto a la parte más estrecha de la mesa, esbozó con grandes aspavientos y mucha prosopopeya un programa para la actividad futura de los consejos de trabajadores y de soldados,

mientras iba agitando su taza de té de un modo que suscitaba inquietud.

—¡Compañeros y compañeras! —exclamó—. Ahora basta de charla; ahora ha llegado mi turno. Durante demasiado tiempo… Déjame hablar, Kohout; si no, te voy a dar una bofetada que te vas a quedar idiota… Durante demasiado tiempo, camaradas, hemos tenido que aguantarlo todo y nos ha salido chepa como a los camellos. Ahora nos toca a nosotros hablar. En primer lugar, a los explotadores del pueblo y a sus preciosas muñecas les arrancaré el pellejo así que empiece la cacería. Luego les tocará a los coches: van a quedar confiscados; en la república se ha de ir solamente a pie.

—¡Perdón! —dijo Feuerstein para pedir la palabra—. No hemos llegado tan lejos todavía. Por lo que sé, hasta ahora no se ha tomado ninguna resolución definitiva sobre nuestra futura forma de Estado. De momento seguimos viviendo en una monarquía.

Blachek continuó su discurso pasando por alto lo dicho.

—Puedes llamarlo como quieras; por mi parte, ya puedes llamarlo así si te gusta —dijo—. Después usaremos los coches para visitar las viviendas. El carbón, la harina, la manteca…, todo lo que ellos han acaparado pertenece a la población y a las clases trabajadoras.

—Y aquellos a quienes se ha quitado todo eso ya pueden morirse de hambre, ¿no? —objetó el consejero comercial.

—¿Nos preguntaron acaso a nosotros si pasábamos hambre? —dijo gritando Blachek. —Señores, señores míos, ¿para qué tanto alboroto? No lo entiendo a usted —dijo el doctor Emperger, asustado—. Le pido calma, camarada Blachek. Tiene toda la razón; cualquier persona razonable ha de estar de acuerdo con lo que dice. Pero las damas no quieren hoy oír hablar de política; las damas quieren bailar. ¿Baila también usted, camarada?

—Naturalmente —respondió el consejero general

de los trabajadores.

—Entonces mire usted lo que haremos. Escoja una de las damas. ¿Qué quieren que toque, señores míos: un vals o algo moderno? ¿Un *onestep*? ¿Un *foxtrot*?

—¡Un *foxtrot*! ¡Un *foxtrot*! ¡También a mí me has vuelto loca! —exclamó la señorita Hamburger, aunque no se trataba de ningún reproche, sino del título de una canción de moda.

El ingeniero dijo que se tocara lo que más le gustase al señor de la casa; la señorita Hoffman pidió la canción de Boston titulada *La chaquetita de color marrón listada*; Franzi Roth aclaró que, si no se tocaba un tango, le daba lo mismo cualquier cosa. Al fin se pusieron de acuerdo en que se tocara un vals.

Se bailó en la habitación contigua. El consejero comercial y el pintor académico formaron lo que se llama la «isla», dejando que las parejas bailaran a su alrededor e intercambiando en voz baja sus opiniones sobre las excelencias estéticas de las damas allí presentes. El consejero general de los trabajadores eligió como «camarada» a la señorita Hamburger y, por otra parte, demostró ser un bailarín de izquierdas de cualidades muy notables.

Vittorin se quedó junto a la mesa de té con Feuerstein y el profesor. Finalmente había llegado su hora. Se levantó y cerró la puerta.

—Así está mejor. Espero que ahora nos dejen solos —dijo —. He tenido que esperar demasiado tiempo.

El profesor alzó la vista para mirarlo.

—¿Se aburre usted, Vittorin? —le preguntó—. ¿Por qué? Encuentro que aquí hay un ambiente muy agradable. Sólo el ingeniero me pone nervioso. ¡Qué lata, ese hombre, con su máquina de abonar! En realidad, me interesan muy poco esas cajas sembradoras que pueden separarse en un momento dado. No he venido aquí para…

—¿No le interesa a usted saber por qué he venido? —lo interrumpió Vittorin en tono irritado—. ¿O es que cree usted de verdad que no tengo nada mejor que hacer que pasar toda una velada con personas que me son indiferentes…?

Buscó una palabra que pudiera expresar todo su menosprecio por aquella clase de compañía, pero no encontró ninguna.

—Es usted un tanto exigente, Vittorin —opinó el profesor —. ¿Qué clase de distracciones esperaba encontrar? ¿Las habilidades de un faquir indio o una chica haciendo gorgoritos? ¿Le hubiera gustado quizás una de esas bailarinas que mueven el vientre? A mí la conversación me ha resultado muy brillante y divertida. ¡Qué cara ha puesto usted, Feuerstein, cuando ese camarada lo ha puesto en aprietos…! Era para morirse de risa.

—A mí no me ha parecido tan cómico —dijo Feuerstein, ofendido—. ¡Qué desvergüenza! ¿Qué se ha creído ese hombre? No ha sido más que insolencia. ¿A santo de qué ese niñato tiene derecho a tutearme?

—La cara que usted tiene de satisfacción, lisa y rosada, tiene sin duda algo provocativo para la gente del pueblo —aseveró el profesor—. Son malos tiempos para las personas obesas, amigo Feuerstein.

—Si los señores no han terminado de hablar —dijo Vittorin en tono de cólera reprimida con gran esfuerzo—, sigan hablando, por favor; no se molesten, se lo ruego. Tengo que comunicarles algo; por esto he venido. Pero, como ya he dicho, puedo esperar.

El profesor le miró a la cara, sorprendido.

—Veo que se está usted irritando, Vittorin. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —dijo Vittorin con indiferencia fingida—. Simplemente que tengo noticias de Rusia. Seljukov está en Moscú.

Encendió un cigarrillo para ocultar su propia emoción. Luego esperó el efecto de la frase que había pronunciado lanzándola como si fuera una bomba de mano.

—¿De verdad? Es interesante —dijo el profesor—. O sea que Seljukov está en Moscú. Muy interesante. Dígame, Vittorin, viejo amigo…: ¿todavía no se ha sacado de la cabeza a ese capitán del Estado Mayor?

Vittorin fumaba su cigarrillo haciendo chupadas cortas, pero vigorosas.

—¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir, profesor? No lo entiendo.

—No me entiende usted. Bien. Reflexione: Chernavjensk, el campo de prisioneros, nostalgia, depresiones anímicas, la monotonía insoportable de cada día, la prohibición de recibir cartas, ninguna noticia de tu patria y de los tuyos, la conciencia de estar sujeto a cualquier capricho del comandante. Todos perdimos la serenidad y el equilibrio cuando aquel pobre diablo, el teniente de aviación, murió de malaria; fue algo duro para nosotros; nos pusimos psíquicamente enfermos, Vittorin. Nos refugiamos en el sueño típico de todos los presos: ¡volver allí alguna vez y ajustar cuentas! Sin duda fue una idea muy beneficiosa: nos ayudó a pasar aquellas horas tan horrendas. Con todo, no era más que un síntoma de nuestra enfermedad. ¿No lo cree usted asi? ¿No lo ve ya todo claro hoy?

Vittorin apagó el cigarrillo. Se levantó de un salto y miró fijamente al profesor, sin decir palabra.

El camarada Blachek vino de la habitación contigua, donde se estaba bailando. Se enjugó el sudor de la frente y se quitó el jersey de lana.

—Ahí dentro hace un calor bestial —dijo—. Disculpen los caballeros: ya me marcho.

La puerta permaneció abierta. Dejó de sonar la música de vals y se hizo una pausa en el baile. Acompañado de Blachek,

que tocaba una armónica, Kohout se puso a cantar con voz animada por el vino una canción propia de soldados:

«¿Quién llevará mi cadáver?

¿Quién llevará mi cadáver?

Los vasos y la vajilla, el vino y la cerveza,

la tabernera me los lleva».

—Fue una psicosis tremenda —siguió diciendo el profesor —. No fue una situación normal; esto está claro. Pero alguna vez tiene que acabar todo eso. Estamos de nuevo en casa; todo ha pasado ya. Ahora se trata de trabajar, empezar otra vez desde el principio, olvidar la guerra. ¡Que se vaya al diablo Kohout con sus cancioncillas! Casi ni podemos oír las palabras pronunciadas por nosotros mismos. Decía que hay que olvidar la guerra; tenemos que borrar de nuestra memoria todo lo que padecimos. Siberia fue solamente una pesadilla; Chernavjensk no fue más que una alucinación. ¿Qué le importa ya a usted hoy ese capitán del Estado Mayor? Déjelo tranquilo en Moscú o dondequiera que esté.

—¿Ha terminado? —le preguntó Vittorin. De la habitación contigua llegaron los sonidos del tintineo de vasos, de risas, las notas quejumbrosas de la armónica y la voz de Kohout que cantaba:

«¿Qué habrá junto a mi lápida mortuoria?

¿Qué habrá junto a mi lápida mortuoria?

Un poco de pan y de salchicha;

aquí yace un soldado

que todo se lo bebía».

—Si ha acabado usted, profesor —le espetó Vittorin, pálido a causa de la emoción—, le voy a decir una cosa. Es lamentable, ciertamente; se lo digo a la cara: es mezquino y lamentable el hecho de estar de acuerdo al principio y dar su palabra de honor, y luego excusarse diciendo que todo… diciendo que todo era psicosis o como usted lo llame. ¡Vayase usted al diablo! Es todo lo que puedo decirle; me avergüenzo de usted. Es un cobarde. Lo que tiene es miedo. Eso es todo. Detrás de todas sus palabras referentes a psicosis y síntomas de enfermedad, como también desde el principio, no hay más que miedo. Es triste que haya personas como usted. Ahora ya lo conozco; por lo menos ahora sé que…

—¡Atención, camaradas! —se oyó que gritaba el consejero militar desde la otra habitación—. Ahora viene algo completamente nuevo. Kohout: haz que lo oigan bien estas damas y estos caballeros tan honorables.

—Vamos allá —dijo Kohout. Y empezó a cantar, acompañado por la armónica:

«¿Quiénes barrerán ahora las calles?

¿Quiénes barrerán ahora las calles?

Los caballeros más nobles con las estrellas de plata.

Son éstos quienes barrerán las calles».

—¡Bravo! —gritó el consejero comercial, lleno de entusiasmo, que durante la guerra había trabajado dos meses al servicio de la cancillería—. Así ha de ser. Ahora han de trabajar como nosotros, han de ganarse el pan.

—Por lo menos ahora sé cómo tengo que tratarlo y qué puedo esperar de su palabra de honor —dijo Vittorin cuya cólera había llegado a uno de sus grados más profundos.

El profesor intentó dar un giro al asunto, confiriéndole un tono festivo.

—Naturalmente, tengo que dejar bien claro, Vittorin —opinó—, que todo lo que he dicho era sólo para su propio beneficio. ¿Qué puedo hacer yo? He de arreglármelas para pasarlo lo mejor que pueda. Mi único consuelo es que usted, dentro de dos meses, llegue a pensar exactamente igual que yo sobre este asunto. Por lo demás, ¿piensa de verdad que ahora, en estos tiempos, es tan fácil volver a Rusia?

Se encontró con una mirada hostil, llena de repulsión y de menosprecio.

—Si es fácil o no, ya me ocuparé yo de ello: desde ahora usted ya no ha de preocuparse por eso —dijo Vittorin—. Si se quiere, todo sale bien. No hay que tener más que una voluntad firme; pero la gente de su ralea no entiende esto. Téngalo por seguro: ajustaré las cuentas con Seljukov. Y aunque todos ustedes me dejen en la estacada, aunque tenga que ir a pie hasta Moscú…

—No siga hablando, Vittorin —interrumpió el profesor—. Me ha revelado la verdadera naturaleza de su odio. Lo que ha dicho suena casi como una balada. Es verdaderamente una clase muy especial de odio. ¿Conoce usted, Vittorin, aquella canción antigua que empezaba diciendo: «Ningún fuego, ningún carbón»?

—¡Oye, Kohout! —gritó el camarada Blachek—. ¿Qué pasa? ¿No vamos a engrasar hoy ninguna guillotina?

—Ya viene, ya. Basta tener paciencia, camarada:

una cosa después de otra; ahora viene —dijo Kohout.

Se puso al piano y tocó con la mano izquierda una vieja canción. Blachek empezó a cantar con voz atronadora:

«Engrasa la guillotina,

engrasa la guillotina,

engrasa la guillotina con grasa de príncipes.

Arranca las cabezas…»

—¡Por el amor de Dios, camarada! ¿Qué significa todo esto? ¡Pare usted de una vez! —exclamó el doctor Emperger, desesperado—. Así no van bien las cosas. Se lo digo de verdad. Encima vive un consejero real, que se quejará. De hecho, ya ha llamado dos veces a la puerta.

—¡Deja entrar a ese perrillo, a ese reaccionario! —dijo gritando Blachek—. ¡Ya puede prepararse! Le voy a dar un mamporro en todo el coco que se va a quedar media hora arrastrándose en el suelo como un gato ciego. ¡Cantad conmigo, camaradas! «Arranca las cabezas de las concubinas, arranca las cabezas de las concubinas…»

Cogidas del brazo, las tres chicas volvieron a la sala. La señorita Hamburger cerró la puerta tras de sí.

—Ahí dentro van a llegar a las manos… —dijo—. Parece cosa de locos. El pobre Rudi va a quedar mañana bien escaldado. Hay que agradecérselo.

Vittorin se dirigió a Feuerstein.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿También tú tienes el propósito de escabullirte del asunto?

Feuerstein, que una vez, no hacía demasiado tiempo, aseguró que se podía contar con él, frunció las cejas y se calló.

—Bien —dijo Vittorin—, con vosotros dos he terminado entonces. Con vosotros dos ya no tengo nada que hablar.

La señorita Hoffmann se acercó a ellos con curiosidad.

—¿Han discutido los señores? —preguntó—. Da la impresión de que es así. ¿Ha ocurrido algo?

El profesor se reclinó en el respaldo de su butaca. Sonrió y, antes de hablar, expulsó el humo de su cigarrillo.

—¡Bah! No es nada de importancia —dijo—. Mi amigo quiere ir sea como sea a Moscú para matar a un oficial ruso.

Traicionado y burlado, abandonado a las risas estúpidas e insolentes de las tres jóvenes, Vittorin abandonó la sala con el rostro demudado por la turbación, la ira y la vergüenza. Ya no tenía que buscar nada en aquella casa.

Fuera, en la antesala, mientras el criado lo ayudaba a ponerse el abrigo todavía húmedo por la lluvia, tuvo una breve conversación con Kohout.

—De haber podido, te habría dicho antes de entrar que pasaría esto, amigo mío —le explicó Kohout, mientras iba sosteniéndose alternativamente sobre un pie y sobre el otro—. La burguesía no tiene carácter ni sentimiento del honor. ¿No te has dado cuenta de cómo se han marchado los dos, Feuerstein y el profesor, cuando hemos empezado a cantar las canciones revolucionarias? ¡Menuda pandilla!

Lola abrió la puerta del despacho. Al mirar por la hendidura comprobó que Georg ya no dormía. Estaba echado en la cama, medio vestido, y hojeaba un cuaderno rojo.

Entró.

—¿Estás despierto? —preguntó—. Si hubiera sabido que ya no dormías, habría venido mucho antes. ¿Sabes qué hora es? Las once menos cuarto. Volviste a casa alrededor de la una; padre te oyó. ¿Te divertiste? Bien, al menos te digo «buenos días». ¿Quieres que te traiga el desayuno?

Georg Vittorin cerró el cuaderno.

—No, gracias. Salgo en seguida. Ya hace rato que estoy despierto; he estado repasando un poco el ruso, vocablos y frases usuales que se necesitan para que te entienda la gente. ¿Que si me divertí? ¡Bah! Según como se mire. En todo caso, la velada de anoche fue muy instructiva… ¿Querías algo más, Lola?

Tenía que hablar con su hermano sobre un asunto que albergaba muy hondamente en su corazón. El doctor Bamberger, el huésped, por quien mostraba un respeto ilimitado, se había interesado por Georg; había manifestado el deseo de conocerlo. Esto podía ser muy importante para su hermano. Sin embargo, prefirió hablar primero de cosas a las que daba poca importancia.

—Franzi ha estado ya aquí esta mañana, muy pronto —dijo—. Quería preguntarte si a mediodía quieres esperarla en el café que hay junto a la catedral. Por la tarde seguirá trabajando y alrededor de la una tendrá una media hora para comer algo en la cafetería. Te ha pedido si quieres estar con ella durante ese rato. Se ha quejado mucho de que durante toda la semana no te has preocupado en absoluto por ella.

—Sabe muy bien que tengo mucho que hacer —dijo Georg Vittorin alzando la voz con impaciencia—. Durante todo el día, desde la mañana hasta la noche, entrevistas, conferencias, unas veces allí, otras veces allá. Ayer, por ejemplo, tuve que ir por la tarde al barrio cuarto para una conversación importante…; al cabo de media hora tuve que ir al café Splendid, en la calle Prater, desde allí a casa, para cambiarme de ropa, y de nuevo a la calle del Príncipe Eugenio para celebrar una conferencia… ¡Un auténtico ajetreo! Y luego el trabajo en las estaciones: estar en pie durante horas y esperar los trenes de los que vuelven a casa; necesito ciertas informaciones, son necesarias ciertas pesquisas, y éste es un trabajo que no puedo dejar por ningún otro. Pero Franzi ya sabe todo eso. ¿Qué quiere, pues? ¿Por qué me molesta? Lola no supo qué contestar. —Por lo demás, desde hoy las cosas van a ser diferentes —siguió diciendo Vittorin—. Ya no tendré que ir a las estaciones; todo lo que quería saber ya lo sé. Las entrevistas se han terminado también. Desde ahora, todo se resumirá en trabajar y ganar dinero. ¿Son ya de verdad las once menos cuarto? Ha llegado la hora de arreglarme y de marchar. Hoy he pasado demasiado tiempo en casa. No puede ocurrir más que pierda tontamente toda la mañana.

—Puedes descansar aún unos cuantos días —opinó su hermana—. Padre dice que sólo has de volver a tu oficina a partir del quince.

—¿A la oficina, para estar tecleando en la máquina de escribir? —dijo Georg Vittorin alzando la voz—. Ni pensarlo. Ciento ochenta coronas al mes o quizá doscientas a partir de año nuevo, si todo va bien… ¿Es esto ganar dinero? Si tocara el violín en el cine, ganaría más. ¿Tienes alguna idea, Lola, de cómo se puede ganar dinero ahora?

Lola se sentó en el extremo de su cama.

—Oye, Georg —dijo—. Ayer quería ya decírtelo, pero apenas te vi. Por lo demás, eso del cine… No lo dirás en serio; no es un trabajo apropiado para nosotros. Con mi voz, yo también podría… cantar *chansons* en un teatro de *varietés* de los arrabales; serviría para eso; quizá lo haré; preferiría una cosa así antes que ese Ebenseder y yo… Hoy ha vuelto a haber jaleo, Georg. Nuestro padre se ha excitado de una manera terrible; desde hace algún tiempo se irrita a menudo. Está muy preocupado. Creo que quieren jubilarlo y ha estado trabajando sólo durante diecisiete años. ¡Es una injusticia! Pero haz como si yo no te hubiera dicho nada. No quiere que se hable de ello.

La guerra perdida, el desmoronamiento del ejército antiguo, la caída de la dinastía, la desintegración del reino habían desequilibrado por completo al señor Vittorin *senior*. Ya no le era posible acomodarse al proceso evolutivo que seguían las cosas. Se volvió porfiado y pendenciero; creía que todo el mundo se le había vuelto hostil y lo perseguía. Sin preparación jurídica, incapaz de comprender la naturaleza de los asuntos jurídicos más complicados, en el ajuste de los emolumentos que caía bajo su incumbencia había cometido ya varias veces errores aplicando tarifas incorrectas. Cuando le pidieron cuentas, se consideró como una víctima de intrigas políticas y recurrió a un tipo de defensa que no hizo más que empeorar las cosas. En una solicitud que dirigió a instancias superiores colmó de imputaciones graves a su jefe inmediato.

Lo llamó intrigante; lo calificó de necio incapaz y de parásito que se aprovechaba de los fondos del Estado; lo acusó de corrupción, de tener sentimientos bajos y de ser un funcionario estatal que llevaba una forma de vida indigna. Una investigación ordenada de inmediato dio como resultado la completa inconsistencia de esas acusaciones. Entonces le sugirieron que podía jubilarse y recibir una pensión; pero a eso respondió que «no había ningún motivo para ello, que quería llevar aquel asunto hasta el final y que el derecho era ante todo el derecho».

Así fue como lo suspendieron del cargo: la decisión definitiva fue confiada a una comisión disciplinar. En su casa intentó mantener la ficción de que nada había cambiado en su vida. Como siempre, cada día abandonaba la vivienda a las nueve de la mañana, con su cartera de documentos, y regresaba puntualmente a las tres y media. El tiempo intermedio lo pasaba en pequeñas cafeterías de los suburbios, donde leía los periódicos: aquellos pasajes que suscitaban su desagrado los pertrechaba de exclamaciones y de interrogaciones de asombro. Cuando terminaba la lectura, se entregaba a monólogos pronunciados en voz baja o llenaba pliegos con interminables discursos de defensa, los que pensaba sostener ante la comisión disciplinar…

—¿Jubilar a nuestro padre? Es ridículo. Siempre ves las cosas negras, Lola —dijo Vittorin—. ¿Qué edad tiene? En verano cumplió cincuenta y cuatro años… ¿Qué ha ocurrido, en realidad, esta mañana?

—¡Bah! Ha sido otra vez a causa de Ebenseder —explicó Lola—. Padre ha empezado a chillarme… ¿No lo has oído? Me ha dicho: «Es un escándalo como tratas a los hombres. ¿Qué es lo que te crees de hecho? Es un milagro que venga todavía a nuestra casa. No sabes valorar lo que es un hombre ordenado y decente. Y así has sido siempre: tonta y desconsiderada, presumida y atolondrada, y esto ya no puede seguir así». Entonces he salido corriendo de la sala y me he echado a llorar con grandes sollozos. ¿No hago cara aún de

haber llorado? Al mismo tiempo, padre me da pena. Yo había creído, Georg, que, cuando volvieras a estar con nosotros, por lo menos tendría un apoyo en ti…

—Has de tener paciencia, Lola —dijo Georg, con un rasgo de aflicción en los labios—. Puedes contar conmigo, naturalmente: a mí tampoco me gusta ese señor Ebenseder. Pero ya sabes que he de marcharme. Cuando vuelva, y quizás esté de nuevo aquí dentro de cuatro o cinco semanas, entonces tendré la cabeza despejada, tendré una entrevista con nuestro padre y le hablaré seriamente: o ese señor Ebenseder desaparece, ya que Lola no quiere saber nada de él, o los dos nos vamos de casa, Lola y yo. Y si no cede…

Su hermana sonrió.

—Eres un buen muchacho, Georg, ya lo sé —dijo—. Pero no es tan sencillo como tú te lo imaginas. Ahora no podemos dejar a nuestro padre en la estacada. Pero no quería hablarte de esto. ¿Cómo he ido a parar ahí? Quería explicarte algo completamente diferente. Anteayer por la noche, yo estaba sentada sola en el comedor y ya quería irme a dormir, cuando llamaron a la puerta: era el doctor Bamberger, el señor que tenemos de huésped. Me preguntó si tenía un minuto para él. Le dije que sí, naturalmente, que con mucho gusto. En resumen, hablamos precisamente de ti. Había oído que hablas perfectamente francés e italiano, además de que eres un experto en la manipulación de aduanas y en todos los asuntos de transporte en general, y cree que esto es precisamente lo que busca.

—¿Quién le ha dicho que yo hablo francés e italiano? Me parece muy raro que esté tan informado sobre todo eso. No le he dedicado nunca mi atención. ¿Lo conoces tú mejor?

—Lo veo de vez en cuando, naturalmente; soy yo quien le arreglo la habitación. Es un hombre tranquilo, educado y modesto. Parece que Vally le gusta mucho; habla con ella muchas veces. Quizá Vally se lo haya contado.

—Bien. Prosigue. ¿Qué quiere de mí?

—Hace muchos negocios con extranjeros, con italianos y gente de los Balcanes. A primeros de mes tendrá incluso su propio despacho; hasta ahora ha tenido que tratarlo todo en cafeterías. Le gustaría hablar personalmente contigo. Dice que, naturalmente, podría hacer tratos con bastante gente, pero que contigo es distinto, porque ya sabe quién eres. Según él, durante la primera época no podrá ofrecerte mucho, ciertamente, porque al principio cuenta solamente con medios muy modestos, pero después… Está completamente seguro de que tendrá éxito y quiere que participes en su negocio.

—Lo que quiere es que le saquen las castañas del fuego. He de trabajar para él, ¿no es así? He de trabajar para él como un negro, pero no quiere pagar nada. Todos hacen lo mismo. Simples promesas, ya lo sabemos. Eres ingenua, Lola.

—Tendrías que hablar con él, Georg. No es que quiera persuadirte, naturalmente, porque no entiendo nada de esas cosas. Pero si quieres conseguir una buena colocación… Da muy buena impresión, créeme; parece un hombre que sabe exactamente lo que quiere.

—Bien. Podemos hablar algún día. ¡Dios mío! Son ya las once. De todos modos, no espero mucho de esa clase de relaciones. No pienso aventurarme con simples promesas. Todos los hombres son canallas, desechos de la sociedad sin ninguna clase de . honor; todos son iguales. Ya los he conocido. Sí, querida Lola, la experiencia te lo demuestra.

Estaban sentados uno frente a otro junto a uno de los ventanales del café situado cerca de la catedral. Franzi había terminado de comer y pidió un cigarrillo. Georg le ofreció su petaca abierta.

—Tengo aún unas cuantas cajetillas de tabaco ruso. Coge uno, de esos que tienen boquilla. Es tabaco de Crimea. En Siberia fumamos también tabaco chino. Era una clase de

tabaco muy caro y refinado, con un aroma muy particular, pero era muy difícil de conseguir. Conocí sólo a un hombre que fumaba normalmente esa clase de tabaco.

Se calló e intentó sostener su cigarrillo de una forma muy especial, aguantándolo entre el dedo anular y la punta del dedo meñique de la mano izquierda. Pero no consiguió hacerlo bien y lo dejó estar.

—A la una tengo que volver a la oficina —dijo Franzi—. Pero antes tengo que contarte un montón de cosas. Oye primero la noticia más reciente: el señor de Agram ha vuelto a presentarse.

La chica veía que su amigo se le escurría de entre las manos; cada día advertía con mayor claridad que sus pensamientos ya no le pertenecían; temía perderlo por completo. Intuía oscuramente la fuerza lejana y enigmática que lo atraía y estaba decidida a no dejarlo escapar sin presentar batalla. Para retenerlo, para atizar de nuevo su amor que se apagaba, le había contado aventuras amorosas que no habían sucedido y le había hablado de personas que la habían acosado con pasión. La figura de un estudiante universitario de Croacia, que se esforzaba por hablar en dialecto vienes, le había resultado especialmente lograda. Vivía cerca. Lo usaba muy a menudo y, siempre que lo necesitaba, lo hacía aparecer en Viena. Hubo además un tipo sentimental: cantaba maravillosamente acompañándose con el laúd y era correo de la embajada sueca. Finalmente hubo todavía un barón joven, un individuo desvergonzado, que quería poner un apartamento para Franzi y llevársela consigo en los viajes que hacía.

—¿El señor de Agram? ¿El médico? ¿Está otra vez en Viena? —preguntó Vittorin.

—Sí. Oye. Anteayer me llamó a la oficina. ¿Sabes? Ya se lo he prohibido dos veces. No me gusta que todas las personas que quieran me llamen tan a menudo. ¿Qué va a pensar de mí el jefe? «Espera», he pensado para mis adentros, «ahora me vas a oír. Ya puedes prepararte, tunante.» Pero de nuevo ha

estado muy correcto y simpático por teléfono. Me ha dicho: «¡Hola, tesoro! Me gustaría mucho volver a verte. ¿Cómo te va todo? ¿Qué hace tu jefe, ese viejo granuja?» ¿Sabes? Por teléfono me trata de tú; se toma esta confianza, porque sabe que no puedo tirarle de los pelos.

Hizo una breve pausa y miró a Vittorin. Sin embargo, no encontró en su rostro nada de lo que buscaba. La escuchaba en silencio y con un gesto de absoluta indiferencia.

—¿Sabes? —siguió diciendo la chica—. Entonces he pensado para mis adentros: «Voy a gastarle una broma». Y le he preguntado de un modo completamente inocente: «¿Se quedará usted esta vez más tiempo aquí, señor Miloch? ¿Estará usted aún por casualidad en Viena a primeros de diciembre?». No te lo he contado todavía. A final de mes, mis padres quieren ir al campo a pasar el domingo. ¿Sabes? Quieren ir a ver a mi tío, el que trabaja de ingeniero agrónomo en Gloggnitz; les gusta mucho hacerle una visita. De aquí a tres semanas, pues, se marchan de viaje y no volverán hasta el lunes por la mañana. Me voy a quedar completamente sola en casa; voy a dar fiesta a María, nuestra vieja sirvienta, para que vaya con su familia. Pero de esto, naturalmente, no he dicho nada al señor de Agram. ¿Cómo iba a decírselo? Además he pensado para mis adentros: «¡Si éste lo supiera!». Pero ahora escucha bien: ¿qué crees que me dice el hombre?

—¿Qué te dice?

—Se echa a reír y dice: «Naturalmente que estaré aún en Viena a primeros de diciembre. ¿Por qué me lo preguntas, tesoro? ¿Es que vas a estar sola en casa? Sería magnífico; podría hacerte una visita». Me he quedado atónita. ¡Cómo lo ha captado en seguida! Entonces se me ha ocurrido… Estaría muy bien, Georg, que vinieras a pasar todo el día en mi casa; a tu familia les dices simplemente que vas a hacer una excursión. Y cuando el señor de Agram llame, vas tú, abres la puerta y le dices: «¿Qué desea el señor?», y tiene que marcharse… ¿No sería divertido?

Georg la miró. En sus ojos había una súplica angustiosa y una promesa tácita.

—Estaríamos juntos durante todo un día, completamente solos —dijo en voz baja—. Algo así, tan maravilloso, todavía no nos había ocurrido nunca, Georg.

Le puso el brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí. La chica no opuso ninguna resistencia. Durante un rato permanecieron sentados, estrechamente unidos uno junto a otro.

—Iré, naturalmente. Seguro que iré —le susurró al oído—. Ya puedes imaginarte la alegría que siento al pensar solamente en ese día.

—¡Cuidado, Georg! El camarero nos está mirando… Entonces, de acuerdo, ¿no es asi? Haz que te quede libre ese día.

—De acuerdo. Dime sólo una cosa, Franzi: ¿ya no has sabido nada más del barón?

Con un gesto de la mano indicó que dejaba aparte al barón. Ya no lo necesitaba para nada.

—¡Bah! ¿Te refieres a ese hombre? —dijo—. Sí, me escribió. Pero yo le devolví la carta, sin abrirla, naturalmente. Ni siquiera puedo imaginarme lo que quería. Pero ahora tengo que irme en seguida. No puedo esperar más. El jefe se pondrá furioso. ¿Pero qué pasa contigo? Aún no rae has contado nada de ti… ¿Has vuelto a la oficina?

Con un gesto de indignación, Georg Vittorin echó al suelo el resto de su cigarrillo.

—Es absurdo —dijo—. ¿A esa plantación de esclavos? ¿Crees que tengo ganas de sentarme ante la máquina de escribir desde la mañana hasta la noche por ciento ochenta coronas? Esto se terminó. Pienso en cosas mejores. No voy a ir más allí, pase lo que pase. Ya pueden pensar de mí lo que quieran; ya no me verán más.

La chica meneó la cabeza en señal de negación.

—¡No te vas a marchar sin más! Esto sería estúpido por tu parte, Georg. Si te presentas de manera oficial, percibirás como finiquito el sueldo correspondiente a tres meses. Ahora es lo normal en las grandes empresas. El sueldo de tres meses equivale a… Espera un momento… Son quinientas coronas… No se las vas a regalar a esa gente. Óyeme bien. No seas tan generoso.

A Georg, la sangre se le subió a la cara. No había pensado aún en la posibilidad de ganar de aquella manera un dinero que tanto necesitaba.

—Naturalmente —dijo—. Tienes razón. Quinientas cuarenta coronas siempre son algo… Tienes toda la razón. Al dinero no renuncio; hoy mismo voy a ir a la oficina.

En su interior calculó rápidamente que con la mitad de aquella suma podría llegar hasta la frontera rusa. Viena, Radkersburg, Belgrado, Bucarest, Galati… Desde Galati pasando por Tiraspol…: el cálculo era acertado. Se levantó.

—Tienes toda la razón —repitió—. Es lo mejor que puedo hacer. Voy a llamar en seguida para ver si todavía está el director. ¿Dónde está el teléfono?

—Al otro lado, en la sala de billar. Es la tercera puerta —dijo Franzi—. Espera, que vengo contigo. Todavía me quedan dos o tres minutos de tiempo.

En la cabina telefónica, la chica se dejó besar y Georg volvió a besarla, mientras fuera rodaban las bolas de billar, se oía resonar sobre las mesas las fichas de dominó y los camareros iban de un lado para otro llevando los periódicos acabados de imprimir. Luego, la chica permaneció aún de pie durante un rato, sonriendo feliz, como si con aquel beso hubiera vencido para siempre aquel poder lejano, oscuro y desconocido que le quería arrebatar a su amado.

El edificio, sobre cuya entrada había un rótulo que rezaba: «Mundus, empresa internacional de almacenaje y de transporte, tanto para el comercio en las zonas del Danubio como para los transportes de ultramar», le causó una impresión un tanto sobrecogedora, con sus ventanas pequeñas que miraban de una forma triste y sus paredes grises y sucias de las que se habían ya desconchado la argamasa y el estuco. Había sido siempre así: la empresa no había valorado nunca el hecho de dar una buena imagen en lo tocante a su exterior. No había cambiado nada y, sin embargo, Vittorin atravesó la puerta principal de aquella casa con la sensación de haberse convertido en un extraño, siendo así que al estallar la guerra la había abandonado con el uniforme de un aspirante a oficial de la segunda reserva. Un portero nuevo se tocó la gorra de forma indolente. En el patio descargaban carbón. En la escalera y en los pasillos iluminados por lámparas de gas, Vittorin encontró a gente joven que no conocía. Uno de aquellos jóvenes lo detuvo y le preguntó cortesmente a qué departamento deseaba ir el señor. Según él, el despacho correspondiente a la salida de mercancías estaba en el segundo piso. Vittorin murmuró una respuesta poco clara y siguió adelante.

Al fin vio una cara que le era familiar. Se trataba del viejo conserje que se podía haber tomado por un consejero áulico jubilado, ya que cuando se cerraba la oficina iba a jugar su partida de billar a la pequeña cafetería que había enfrente. Saludó a Vittorin como si fuera un amigo de los mejores tiempos.

—¡Señor Vittorin! ¡Qué sorpresa! O sea que también ha vuelto usted. ¿Cuánto tiempo hace? Déjeme calcular… Fue llamado a filas en el año quince; no, en el año catorce, inmediatamente después del ultimátum. ¿Quién había de pensar entonces que todo acabaría de ese modo? ¡Qué lástima! Tanta gente joven… ¿Para qué…? Me pregunto yo… Pero me alegro de verdad de verlo otra vez, señor Vittorin. Ha sido pura casualidad, ya que la semana que viene el señor Vittorin ya no

me habría encontrado aquí, porque me jubilo. Sí, es cierto. Cuarenta años de servicio.

—Probablemente se retira usted muy a gusto. Después de cuarenta años de servicio… Puedo imaginármelo —opinó Vittorin—. ¿Va a quedarse en Viena?

—¿A gusto? Bien, según como se mire —dijo el viejo mientras seguía doblando y ordenando los pliegos y los documentos que había sobre su mesa pequeña—. Desde luego, ya no es como antes. No hay más que gente nueva y rostros nuevos…: mírese donde se mire, no hay más que doctores en derecho, y tantos nombres ya no me caben en el cerebro. No voy a quedarme en Viena. ¿Qué me dice usted de la carestía? ¿Qué se me ha perdido en Viena? No tengo hijos… Me voy a ir a Voralberg, con los parientes de mi mujer. En el campo se puede comprar aún alguna cosa por el dinero que vale. He ahorrado un poco y bastará para tener una casita y quizá también un trocito de jardín. De aquí a una semana diré: «*Adieu*, que lo pases bien, que Dios te bendiga, ciudad de Viena».

Vittorin asintió con la cabeza. Luego preguntó si podía hablar con el director. El viejo conserje le estrechó de nuevo ambas manos con una emoción especial y luego se dirigió al despacho del director, con pasos inaudibles, para anunciar al visitante.

El director recibió a Vittorin con gran cortesía y amabilidad. Le dio la enhorabuena por haber regresado a casa, intercalando una cita latina que rezaba: «*Post tot discrimina rerum*», y expresó su satisfacción por el hecho de que estuviera de nuevo a disposición una fuerza tan útil para la empresa. Al principio, Vittorin no dijo nada. Según el director, ahora se trataba de moverse, de despabilarse, de mantenerse firmes a pesar de todos los contratiempos; trabajo había suficiente en aquellos momentos, ya que se habían iniciado de nuevo las relaciones comerciales entre las distintas naciones, aunque ciertamente aún no en toda su extensión. Se trataba de

curar las heridas que la guerra había causado a la vida económica; aquella nueva época había provocado nuevos problemas, de ahí que fuera imprescindible el hecho de que todo el mundo, ocupase el puesto que ocupase, cumpliera con sus obligaciones. Vittorin sería asignado provisionalmente al departamento de teneduría de libros, ya que su puesto anterior, el de un segundo encargado de la correspondencia francesa, había tenido que ser ocupado naturalmente después de su partida.

El director hablaba en voz baja, en un tono amable, y acompañaba sus palabras con ademanes escasos, aunque muy expresivos. Vittorin permanecía en una actitud militar. Su mirada pasaba por encima del director y no oía nada. Le había sucedido algo extraño. Se había distraído pensando. Había intentado imaginarse sólo por un momento, únicamente por pasatiempo, que estaba lejos de allí en otra habitación y que la sombra que se proyectaba en la pared era la sombra de Seljukov. Pero aquella idea fue más fuerte que él y ya no lo abandonó. Fuera hay ventisca de nieve; detrás de la puerta, Gricha limpia el samovar; el fuego flamea de modo inquieto en la estufa. El escritorio está lleno de libros; encima hay una novela francesa: la dama desnuda que aparece en la cubierta juega con un gato-tigre. Al otro lado, en el pabellón cuarto, los camaradas esperan sus noticias. Seljukov levanta la vista del trabajo que tiene ante sí; se pasa la lengua por el labio superior; la luz de la lámpara cae sobre su mano afilada, ligeramente bronceada. Y entonces…

—Este no es el comportamiento propio de un oficial. En Francia esto se llama… Puede irse. Basebol.

¡Ah, villano! ¡Injuriarme así! ¿Por qué lo soporté? Tendría que haberlo golpeado en la cara y luego dejar que me fusilaran. ¡Si le hubiera golpeado el rostro! Demasiado tarde. Ahora ya es demasiado tarde.

—Da la impresión de que usted se sorprende de forma desagradable —dijo el director—. Entiéndame usted bien: se

trata de algo provisional. No debe creer que…

Vittorin se despertó. El momento pasado soltó sus amarras y lo dejó libre. No, no era demasiado tarde. Se trataba tan sólo de una cuestión de dinero, de unos cuantos centenares de coronas. «Cuando los tenga, si consigo sacarlos, volveremos a hablar, Michael Michajlovich Seljukov.»

—No debe creer —siguió diciendo el director— que la empresa tenga el propósito de renunciar de forma duradera a sus conocimientos lingüísticos y a su experiencia práctica en asuntos de correspondencia. Como puedo asegurarle, no es éste el caso. Mantendremos los ojos puestos en usted. Mañana o pasado mañana preséntese, dispuesto a entrar en funciones, a su nuevo jefe, el señor procurador Schodl, y todo lo demás puede dejármelo tranquilamente a mí.

Con una sonrisa de desamparo y de perplejidad, Vittorin se quedó mirando fijamente la pantalla de seda verde de la lámpara colocada sobre el escritorio, al lado del director. El transcurso de aquella entrevista se había desarrollado en una contraposición desconcertante con el plan que se había hecho para ella. Antes estaba convencido de que iba a ser recibido de forma indiferente, con la frialdad propia de los asuntos empresariales; entonces le habría resultado fácil devolverle al director el puesto de trabajo que le aseguraba y reclamar el dinero, la suma del finiquito, que tenían que abonarle en buen derecho. Sin embargo, dado que el director le hablaba en aquel tono de simpatía, casi amistoso, e incluso ensalzaba con reconocimiento sus aptitudes con respecto al dominio de los idiomas, se producía un cambio agravante de la situación con el que no había contado. ¿Podía en tales circunstancias exigir su despido pronunciando sólo cuatro breves palabras? Pero tenía que conseguir el dinero; no se podía ir con las manos vacías. Además, le pareció entonces que el director mostraba cierta impaciencia: iba golpeando con el lápiz la carpeta de tela que cubría el escritorio.

—Perdone —dijo Vittorin tomando una rápida resolución —. Le pido disculpas por seguir quitándole su tiempo tan precioso…, pero me es preciso… No resulta fácil, naturalmente…

Se cortó. No era cosa fácil encontrar las palabras adecuadas. Arrancó de nuevo.

—Estoy perplejo; no sé cómo se lo tomará usted, señor director, pero las circunstancias me obligan a…

El director se reclinó sobre el respaldo de su asiento y lo miró a la cara por encima de los cristales de sus gafas.

—Bueno, ya puedo figurarme más o menos dónde le aprieta a usted el zapato —dijo—. Es curioso que todos los caballeros que vuelven del campo de batalla padecen los mismos males. Parece que a ninguno de ellos le haya sido posible acumular riquezas allí en el frente. Bien. Veamos. El consejo de administración, por resolución del 17 de agosto del presente año, autorizó a la dirección la facultad de conceder a todos aquellos funcionarios que han vuelto del campo de batalla y que mantienen a su familia una ayuda única correspondiente a la suma de tres sueldos mensuales. ¿Está usted casado?

—No…, pero ciertamente tengo la intención de…

El director hizo con la mano un gesto de recusación.

—No tiene por qué precipitarse —dijo—. Tiene usted tiempo… Como no mantiene a la familia, puedo concederle un anticipo por la suma indicada que a partir del uno de enero irá devolviendo a plazos mensuales. Vaya al segundo piso, al despacho del doctor Weber…

Sonó el timbre del teléfono. El director cogió el auricular.

—Aquí la dirección de «Mundus, empresa internacional de almacenaje y transporte»… Sí, soy yo, al aparato… Un saludo cordial, señor Nussbaum. Cierto: ya he examinado el expediente… No, por desgracia no puedo estar de acuerdo con

su punto de vista; hemos llegado al límite máximo de lo que nos concierne a nosotros… Está descartado. Somos ciertamente tolerantes, pero… Se trata de que… Por favor, óigame usted. Exacto. Se trata de que… Se lo pido por favor, reflexione bien sobre este asunto; le mantengo mi propuesta hasta mañana… Me sabría mal que… ¿Cómo dice usted? Sí, esto puede hacerlo sin más… Señor Nussbaum, veo con tranquilidad el desenlace de todo este proceso. Por favor. Un saludo cordial. Vittorin vio en aquello la oportunidad de demostrar al director su celo respecto al cargo que había desempeñado y sus conocimientos referidos al grupo de compradores.

—Adolf Nussbaum y Compañía, calle Prater, n.° 15 —afirmó con seguridad—. Jabones y lubrificantes. Dirección para los telegramas: Lubribaum, Viena. Debía de ser el mismo jefe, si no me equivoco.

—Cierto: era el mismo señor Nussbaum. ¿Tuvo ya usted relaciones con esta empresa?

—Naturalmente. Es uno de nuestros clientes más antiguos. Exporta principalmente a los países balcánicos y a las zonas de levante. El señor Adolf Nussbaum es un hombre muy nervioso. Ante cualquier reclamación, amenaza siempre en seguida con ir a los tribunales.

—Bien. No tardará usted en familiarizarse con todo eso —opinó el director—. Respecto al anticipo, diríjase, como le he dicho, al doctor Weber, que es quien tiene la reseña del personal. Me ha de presentar la nota de la caja para que yo la firme. Por lo demás, ya que usted está aquí, tome esta cartera y llévela de paso al departamento de reexpediciones.

Kohout se ofreció para conseguir el pasaporte y los visados necesarios para realizar el viaje. Para esta tarea, que no era fácil en absoluto, se sentía totalmente capacitado, ya que en el bufete de abogado del doctor Sigismund Eichkatz, donde desde hacía catorce días ocupaba un puesto que podía

considerarse poco más o menos como de confianza, había visto y aprendido toda clase de asuntos.

El doctor Eichkatz debía la afluencia de clientes de que disfrutaba su bufete a su capacidad de respetar y despreciar a la vez las leyes y decretos que se oponían de forma obstaculizadora a la premura de las actividades de sus clientes. Valoraba leyes y decretos porque, ideados por mentes humanas, revelaban sobre todo su origen en sus debilidades e imperfecciones, y los despreciaba porque se envolvían con el nimbo de la infalibilidad. Por esto no se decidía nunca a infringir las leyes, porque sabía que frente a un individuo de espíritu versátil no se mantenían firmes en su inmutabilidad y rigurosidad. A los candidos que las violaban los hacían polvo; en cambio, a los listos que las honraban, que las exigían, les dejaban el camino libre.

El doctor Eichkatz era un maestro en la táctica de envolvimiento propia de la guerra de guerrillas. En ciertas partes de la ciudad, su nombre era pronunciado con respeto; su dirección iba de mano en mano en aquellas cafeterías en las que se trataba con yute, ganado de matadero, cebada perlada o seda artificial. Cuando al comienzo de octubre de 1918 se demostró que el personal de su bufete, compuesto por una mecanógrafa y una asistenta, ya no podían hacer frente a las crecientes exigencias del establecimiento, Kohout, a quien el doctor Eichkatz había conocido en la sala de billar del café Élite, entró en el bufete como ayudante y se le confió la tarea de poner al corriente los expedientes y exigir el cobro de cuentas atrasadas a los pagadores morosos.

Vittorin había avisado por teléfono a su amigo que iba a visitarlo. Kohout lo recibió con la expresión penosa en el rostro de un hombre sobre cuyos hombros pesa todo el lastre de un trabajo de gran responsabilidad.

—Tendrás que esperarte un momento —dijo—. He de ocuparme antes de la gente que está en la sala de espera.

Siéntate y ponte a escuchar un poco; a veces es muy divertido lo que dicen. Dentro de media hora aproximadamente habré acabado. Luego podremos tratar tranquilamente de tu asunto. El jefe no nos molestará. Si le digo que tengo una visita privada… Señorita Gusti, el señor doctor está llamando. Es para usted.

La mecanógrafa fue corriendo al despacho del jefe y regresó inmediatamente.

—¡Señor Kohout, rápido! ¡El expediente de Spannagel!

A través de la puerta abierta, se oyó la voz irritada del doctor Eichkatz, estruendosa como los sonidos de un órgano:

—Señor Spannagel, me pregunta usted demasiado. No soy profeta, sino abogado. No sé cómo irá su proceso. Si pudiera profetizar, no ejercería la abogacía, sino que me iría juntamente con usted a exhibirme en un circo.

—Por favor, cierre la puerta, señor Kohout; hoy vuelve a ser una cosa de locos —gritó la señorita Gusti desde su máquina de escribir.

Kohout cerró la puerta del despacho del jefe. Luego se dirigió a Vittorin:

—Así estamos cada día. No aguantaré mucho tiempo aquí, ya lo sé. ¿Has visto la gente que hay ahí afuera, en la antesala? ¡Menuda clientela! ¡Qué aspecto tienen! Si cada uno de esos hombres honorables es destrozado a hachazos con tres años de litigio, no se comete ninguna injusticia, no… Pero, bueno, vamos a lo nuestro. Empecemos. Señorita Gusti, deje de teclear durante un rato. No podemos oír siquiera nuestras propias palabras.

Kohout sacó un pliego de la pila de expedientes que se amontonaban sobre su escritorio y luego gritó con voz estentórea:

—¡Señor Jonas Eiermann! ¡Pase, por favor!

Procedente de la antesala, entró un señor bajito, rechoncho, con una perilla, que llevaba un abrigo que le quedaba un poco corto. Se inclinó ante Kohout, se restregó las manos y, dirigiéndose a Vittorin, dijo para presentarse: «Eiermann»; luego tomó asiento y depositó su sombrero almidonado sobre el escritorio de Kohout.

—Señor Eiermann —empezó diciendo Kohout—. Usted quiere presentar una demanda en la jurisdicción de Innsbruck para que le restituyan una deuda de catorce coronas. ¿Puedo pedirle un anticipo por los costes?

—¿Es que no les parezco una buena persona? —preguntó el señor Eiermann.

—Si es usted buena persona o no, no nos interesa en absoluto —explicó Kohout—. Aquí no hacemos excepciones; no concedemos créditos; aquí se trata de tener las cuentas claras: usted nos entrega un anticipo por los costes y se inicia la demanda. Hasta que no haya depositado aquí, sobre la mesa, ciento sesenta coronas, no muevo ni un solo dedo.

—No puedo pagar ciento sesenta coronas —dijo el señor Eiermann después de pensarlo un poco. —Bien. Estoy dispuesto a ser condescendiente con usted. ¿Cuánto puede entregar?

—A lo sumo cien coronas.

—Entrega, por tanto, cien coronas. Señorita, acuse recibo de que el señor Eiermann entrega ahora…

—Pero yo no puedo pagar las cien coronas hasta dentro de tres semanas.

—¿Dentro de tres semanas? —dijo gritando Kohout—. Descartado. ¿Cuánto puede pagar hoy, ahora mismo?

El señor Eiermann frunció los labios como si se hubiera tragado algo que tuviera muy mal sabor y, tras dar claras muestras de estar librando un duro combate en su interior, dijo:

—Quizá sesenta coronas.

—Acuse recibo, señorita, de que el señor Eiermann entrega sesenta coronas como anticipo por los costes… A ver si así solucionamos de una vez esto…

—Pero no llevo encima las sesenta coronas —replicó el señor Eiermann.

—No las lleva encima. ¡Naturalmente! Entonces, usted no quiere pagar, ¿no es así?

—¿Quién habla de no pagar? —exclamó el señor Eiermann, ofendido.

—Bien. Entonces quiere pagar. ¿Cuánto lleva exactamente encima, si me permite la pregunta?

—A ver… No sé… Treinta coronas.

—¡Qué cliente tan simpático! ¡Por el amor de Dios! Pague usted entonces treinta coronas… —dijo Kohout, resignado.

El señor Eiermann se sacó de la chaqueta una

cartera de piel de color indefinido. Rebuscó con gran trabajo entre el montón de cosas que llevaba dentro y sacó dos billetes medio rotos.

Kohout cogió el dinero con la punta de los dedos y lo arrojó en el cajón abierto de su escritorio. Luego hizo que el señor Eiermann pasara al despacho del doctor Eichkatz.

El doctor Eichkatz estaba sentado ante su escritorio con los ojos cerrados. Parecía estar agotado. Su cabeza calva, de grandes proporciones, descansaba sobre sus puños vellosos; entre sus labios pendía un cigarro de Virginia que estaba apagado. Cuando el señor Eiermann entró en el despacho, la vida resurgió en la figura enjuta del abogado.

—El señor Jonas Eiermann —anunció Kohout—. Va a ir al Tirol, a Innsbruck.

—Usted quiere, pues, trasladarse a Innsbruck —dijo el doctor Eichkatz—. ¿De qué sitio es usted?

—No soy austríaco —explicó Jonas Eiermann.

—No le he preguntado lo que no es usted; le he preguntado de dónde es —exclamó el abogado con voz amenazadora—. No es austríaco. Tampoco es esquimal. No pertenece a ninguna tribu africana. No es mahometano. No es ningún cowboy. No es ningún vizconde inglés. No es ninguna bayadera. Todo eso es lo que no es usted, ya lo sé. Pero ahora quisiera saber de dónde es usted.

—Soy de nacionalidad polaca —respondió el señor Eiermann, completamente amedrentado.

—Bueno, por fin. ¡Gracias a Dios! Entonces usted es de nacionalidad polaca y quiere trasladarse a Innsbruck… Gracias, colega —dijo el doctor Eichkatz y Kohout se retiró.

La mecanógrafa había terminado su trabajo y comía un bocadillo de queso con aspecto abnegado. Vittorin se levantó y empezó a pasearse a grandes pasos por la habitación, yendo de un lado para otro.

—¡Qué clientes tan magníficos! ¿No es verdad? —dijo suspirando Kohout—. Es un placer tratar con el señor Eiermann. El doctor Eichkatz no hace más que repetir: «¡Desplumar, desplumar, desplumar!». Bueno, sí, está bien. Pero ¿qué le vas a sacar a un hombre como ése?

Se dio cuenta de que Vittorin empezaba a impacientarse y siguió diciendo:

—Ahora podemos ir a nuestro asunto. Los clientes que hay ahí afuera tienen que esperar. Si no viene la asistenta, podemos hablar sin que nadie nos moleste. En todo caso, siempre se marcha corriendo a las cinco y media: abajo la espera un ferroviario. Son prometidos o algo así; no creo que se case con ella.

—Dime —empezó diciendo Vittorin—. No hace mucho estuviste otra vez en casa del doctor Emperger. ¿Se siguió

hablando del asunto?

—Sí, hicieron bromas sobre ti —explicó Kohout, mientras iba apoyándose alternativamente sobre un pie y sobre el otro, al mismo tiempo que hacía girar sus manos sobre las muñecas.

&&

—. Emperger, ese cabeza de chorlito, afirmó que te habías dejado atrapar por arte de magia por un oficial subalterno ruso… Estas fueron exactamente sus palabras. El profesor dijo que irías a Rusia para aumentar simplemente el cómputo total de los sufrimientos humanos… Ya lo conoces: hay que ver de qué forma tan filosófica

puede expresarse. Por su parte, Feuerstein dijo que era una cosa estúpida.

Vittorin se mordió los labios.

—Una cosa puede ser estúpida y, sin embargo, necesaria —dijo con mirada atónita.

—Naturalmente —confirmó Kohout—. ¿Tienes el dinero?

—Sí. Seiscientas coronas.

—Tienes que cambiarlas en seguida en dólares. Lo mejor es que vayas al café Élite; allí coges aparte a uno de los que comercian con moneda extranjera; están sentados ante la sala de juegos; entonces le pides fideos americanos: así se llaman los dólares en su argot. Pero ve con cuidado de no tropezar con algún mirón. Quizás es mejor que vaya contigo… Prosigamos: no es posible obtener el visado ruso por los cauces normales. Me he informado bien. Existe, ciertamente, en Viena una delegación de la Cruz Roja rusa; expide también visados; pero antes de conseguir el permiso de entrada pasan a menudo meses. El asunto tiene que hacerse de otro modo. Escucha: te vas a Galati.

—¿A Galati? ¿Puedo conseguir el visado rumano?

—Te lo expedirá la delegación militar rumana. Tampoco es muy sencillo, pero con dinero puede hacerse. Una vez hayas llegado a Galati, podrás atravesar fácilmente la frontera rusa. Puedes ir a pie, en camión o bien, si quieres viajar con toda seguridad, en todas partes de Rumania: en Galati, en Braila, en Foc^ani, en Boto^ani, hay sitios donde fabrican pasaportes. Un pasaporte te costará doscientas coronas. Es mucho dinero, sin duda, pero con ello puedes contar. Con el señor Jonas Eiermann la cosa es mucho más sencilla, ya que en primer lugar no quiere ir a Rusia, sino solamente al Tirol…

—¿Se trata también con ese hombre de un permiso de entrada? —preguntó Vittorin.

—Naturalmente. ¿No lo has entendido? El gobierno autónomo del Tirol no permite que atraviesen la frontera personas que pertenecen a Galicia de Polonia. ¿Qué hace entonces? A través de nosotros presenta una demanda en la jurisdicción de Innsbruck por cualquier bagatela: catorce coronas o algo así, y en el control de pasaportes enseña la citación judicial. Todo en orden. No se puede hacer nada. Hay que dejarlo pasar.

—¿Y os dedicáis a esta clase de prácticas? —exclamó Vittorin.

—¿Qué quieres, amigo mío? Esto son todavía negocios relativamente limpios. ¿Tienes alguna idea de cuáles son las pretensiones, las propuestas y los deseos de la gente que viene a nosotros? Muchas veces me pregunto para qué habré estudiado cuatro semestres de la carrera de Derecho. Un curso de carteristas habría sido la preparación adecuada. Y aún puedo estar muy contento por el hecho de que el doctor Eichkatz me haya tomado a su servicio. ¿Dónde encuentro yo ahora fácilmente un puesto de trabajo con este brazo que casi no puedo mover? Y en mi casa… Mi padre se ha vuelto a casar; no puedo soportar a mi madrastra. Por cada bocado que me dejan dar, observaciones maliciosas. ¡Si pudiera seguir estudiando! ¡Si pudiera sacar el doctorado! Pero, no: ¡ganar

dinero, ganar dinero, ganar dinero! ¿No sería mejor hacerse bolchevique en esta sociedad lamentable, corrupta y podrida en que vivimos.

Vittorin se levantó.

—Tendrías que venir conmigo a Rusia —dijo.

—Ya había pensado en esto —respondió Kohout.

Por consejo de Kohout, Vittorin vendió todo lo que poseía respecto a objetos de valor: su bicicleta, dos anillos de oro, autores clásicos y ediciones de lujo de su biblioteca particular. Los prismáticos que había adquirido antes de la guerra y que había ido abonando a pequeños plazos mensuales. Una máquina de fotografiar Kodak, un bastón de paseo de madera quemada de la Costa de Marfil, un alfiler de corbata con dos pequeños zafiros (regalo de su padre en el día de su cumpleaños), y finalmente una reproducción en miniatura de la catedral y unos patines de la marca Halifax. Sus hermanas no notaron que, una tras otra, las piezas iban desapareciendo del piso. El producto de la venta, junto con el dinero que ya tenía, bastaba para asegurar el viaje a Rusia. Y ahora, como según la previsión humana ya nada podía impedir la realización de su plan, Vittorin encontró de nuevo finalmente su tranquilidad y su equilibrio interior. El fantasma que se había apoderado de su cerebro le concedió un breve plazo de vida serena, antes de hacerlo presa del mundo de la aventura.

Se propuso no pensar más en lo que él llamaba su tarea, su misión, hasta que llegara la hora en que esta misión lo reclamase. Era tiempo de vacaciones, aunque también había deberes que cumplir. Durante los días que le quedaban quería corresponder a aquellas personas que tenían un derecho sobre él: su padre, sus hermanas, su empresario y la joven que amaba. No debían tener motivo para quejarse de él.

Cada día, a las ocho de la mañana, se presentaba el primero en su oficina. Como no se le había asignado aún

ningún cometido determinado, ayudaba allí donde podían necesitarlo. Con el único propósito de ser útil del modo que fuera, «sin sacar ningún provecho para sí mismo», emprendió toda suerte de trabajos secundarios. Se ponía al teléfono, rellenaba largas columnas de cifras, escribía a máquina las cartas que le dictaban sus compañeros de trabajo más jóvenes. En casa se mostraba siempre dispuesto a hacer los deberes de francés de su hermano, ir a buscar para sus hermanas libros y apuntes sacados bajo préstamo de una biblioteca pública, jugar una partida de ajedrez con su padre, que fumaba en silencio su pipa, ensimismado y fuertemente abrumado por sus preocupaciones. Si dentro del círculo familiar se proponían planes para las semanas siguientes, como por ejemplo una visita a conocidos o una excursión el domingo por la tarde, los escuchaba en silencio con una sonrisa indulgente, apenas perceptible, que no dejaba adivinar en modo alguno que no se interesaba en absoluto en todas aquellas cosas.

Las tardes las pasaba con Franzi. Cuando la chica abandonaba la oficina, lo veía esperándola de pie en la esquina de la calle, vestido con su guerrera militar. Iban a un cine, a una taberna o a alguna tasca de los arrabales. En todas partes había gente; nunca estaba sola con él. Estaba cansada de esperar;

le habría gustado vivir con él en una pequeña habitación alquilada, como su esposa o como su amiga: le daba lo mismo. Pero la chica veía claro que aquello no podía ser en seguida. Había que superar demasiadas dificultades. Con más impaciencia todavía deseaba que llegara el día en que ambos estarían completamente solos. De aquel día, el primero de diciembre, la muchacha hablaba haciendo insinuaciones misteriosas; no revelaba ninguna de las pequeñas sorpresas que había preparado para su estancia juntos en casa de sus padres. Una compañera de trabajo le había prestado un gramófono con la música de baile más reciente. Se había provisto también de una pequeña cantidad de madera y de carbón; había logrado adquirir al mismo tiempo ron, azúcar y

limones, para poder preparar un ponche, y una botella de coñac, todas ellas cosas que desde hacía ya mucho tiempo poseían el valor de lo que no es cotidiano.

Después de haber bebido dos copas de vino, la chica se volvía alegre y petulante. Empezaba a interesarse por los demás clientes del local; les lanzaba miradas provocativas y, si aquellas miradas eran contestadas, si alguno bebía familiarmente a su salud o le dirigía alguna palabra en son de broma, entonces se volvía a Vittorin con rostro sorprendido y como si buscara ayuda le preguntaba: «¿Qué quiere de mí esa gente?». Luego su entusiasmo se convertía de repente en tristeza. Apoyaba su cabeza en los hombros de Vittorin y sollozaba, mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Nunca dejaba de aducir el motivo de su tristeza: lloraba a causa del tiempo nuboso de aquel otoño, porque su jefe le había gritado durante el día, porque su madre no le había permitido tener en casa un canario o bien, en general, porque la vida era tan triste, tan bella y, sin embargo, tan corta.

Después de llevarla a su casa, Vittorin se iba aún al café Élite. Kohout interrumpía su partida de billar para darle información. El asunto iba adelante. El plan de viajar a Rumania se había abandonado, pues era mucho más fácil conseguir el visado de entrada en la zona oriental de Galicia, en Polonia; se necesitaba simplemente aducir que quería visitarse la tumba de un hermano caído durante la guerra. Una vez en la zona oriental de Galicia, explicó Kohout, estaba todo arreglado. Se trataba únicamente de atravesar las formaciones dispersas del ejército rojo; pero para ello no se necesitaban papeles, ya que en la nueva Rusia no existía la burocracia. Bastaba tener personalmente valentía, astucia y una forma de actuar decidida.

Era cosa hecha que Kohout iría con él a Rusia, pero su padre no debía saber nada de esta resolución; tenía que atenerse sólo a los hechos consumados; había de proceder con suma precaución. Kohout miraba a su alrededor, por si había cerca alguien que estuviera escuchando: por todas partes tenía

enemigos y gente envidiosa. Su voz adquiría el tono de un simple susurro.

—Seguro que no me dejaría ir por las buenas —dijo haciendo girar las manos sobre sus muñecas—. No debes hablar con nadie de esto, ¿lo oyes? En Moscú tengo por lo menos perspectivas; allí se busca con linterna camaradas leales, gente intelectual. ¿Pero aquí? Aquí puedes acabar estirando la pata en medio del estiércol. El dinero para el viaje lo tendré cuando lo necesite. No te preocupes. Ya encontraré el modo de conseguirlo. Esto es cosa mía. Y ahora… ¿Me perdonarás, no es cierto? Mi compañero de juego se está impacientando. Por otra parte, mi única distracción es jugar un poco al billar por la noche.

La entrevista entre Vittorin y el doctor Bamberger tuvo lugar uno de los últimos días de noviembre. Lola lo había preparado todo. Estuvo todavía un rato arreglando la habitación; alisó una manta y puso una silla en su sitio. Luego se marchó y, mientras cerraba la puerta tras de sí sin hacer ruido, dirigió a su hermano, que se encontraba en la habitación como perdido, una mirada de ánimo y estímulo.

—Siéntese, señor Vittorin —dijo el doctor Bamberger, que tiritando de frío y con los hombros alzados se movía de un lado para otro en el espacio estrecho que había entre el escritorio y la chimenea de azulejos.

Era un hombre de baja estatura y aspecto elegante, en cuyo rostro pálido y enfermizo había una expresión de inteligencia muy despierta. No parecía poner demasiada atención en su forma de vestir; a su traje, que evidentemente no se lo había hecho a medida y que le sentaba muy mal, había añadido una corbata pasada de moda e incluso remendada. Sólo sus pequeños zapatos de charol eran de una elegancia exquisita y de una gracia casi atildada.

—Me gustaría poder ahorrarme una larga introducción —siguió diciendo— y quizás usted preferirá también que

vayamos rápidamente al grano. Ya sabe que estoy dispuesto a proveer un puesto de trabajo. Su hermana, la señorita Lola, ha tenido la gentileza de informarme sobre su persona, sus conocimientos y sus facultades. Tiene usted experiencia en los asuntos de exportación y en la forma de tratar con las aduanas. Sabe llevar correspondencia francesa e italiana…

—Sé también hablar ruso —objetó Vittorin, incorporándose un poco en el sofá.

El doctor Bamberger acogió esta información con una inclinación de cabeza.

—También habla ruso. Muy bien. Y lo que es más importante para mí es que usted está incluso familiarizado con las valoraciones usuales en los distintos puntos bursátiles. ¿Podría decirme quizás en qué condiciones se trataba el estaño antes de la guerra en la bolsa de Londres?

—¿El estaño? Un momento, por favor —dijo Vittorin—. Un momento.

Aquello había suscitado su ambición. Su memoria funcionaba y podía demostrar lo que valía. ¡Ah, si Seljukov le hubiera hecho una pregunta como aquella! Pero, no. Tenía que dejarlo a un lado. ¡*Pascholl*!

—Estaño —repitió—. Lista de efectos prontos para entregar: Clase A. Estaño de Singapur, estaño de Penang, estaño australiano, estaño refinado inglés. Clase B. Estaño ordinario de calidad reconocida, con un contenido puro de por lo menos el 99 por ciento. En barras, en planchas, en bloques. Pago al contado contra documentos. Las demás condiciones de acuerdo con las «*rules and regulations*» del mercado bursátil de Londres. Máximo de cinco toneladas o de varias cantidades equivalentes a lo mismo. Descuentos en la clase B de…

—¡*Stop*! —exclamó el doctor Bamberger—. ¡Eso basta! ¡Eso basta! He de confesarle que no tengo ni idea de esas cosas. Pero, con lo que ha dicho, veo que usted es

efectivamente el hombre adecuado para el puesto de que le he hablado.

—¿Qué clase de puesto sería? —quiso informarse Vittorin.

—El de un secretario adjunto mío —respondió el doctor Bamberger, sin interrumpir su rodeo por la habitación—. Usted tendría que estar a mi disposición en lo tocante a mis negociaciones comerciales, es decir, durante toda la jornada laboral, muchas veces también por la tarde y, si fuera necesario, hasta las once de la noche.

—Por las tardes, de acuerdo —explicó Vittorin, a quien le había halagado el reconocimiento tributado a sus conocimientos—. Pero por las mañanas… Usted ya sabe…, o quizá no lo sepa, que tengo una colocación. Soy empleado de «Mundus» y, dentro de dos o tres años, tengo la posibilidad de convertirme en director suplente de mi departamento.

El doctor Bamberger se detuvo, hundió sus manos en los bolsillos de los pantalones y miró a Vittorin a la cara.

—Director suplente de su departamento —dijo—. Reciba mis felicitaciones. Quinientas coronas mensuales y una pensión equivalente al sueldo completo tras un período mínimo de treinta y cinco años de servicio en la empresa. Muy bonito. Las perspectivas que yo le ofrezco son de naturaleza diferente. Tengo la intención de marcharme dentro de medio año y llevármelo a usted conmigo.

—No lo entiendo —dijo Vittorin—. Llevarme consigo, ¿adonde?

—¿Adonde? ¡Qué pregunta tan extraña! A la *table d'hôte* de la vida, señor Vittorin. O para expresarlo con más precisión: en coche propio a la Riviera, si usted quiere.

Y como si al pensar en la Riviera el frío que imperaba en la habitación se le hubiera hecho por primera vez realmente perceptible, el doctor Bamberger se acercó a la chimenea con los hombros muy levantados y se calentó las manos.

—¡Magnífico! —exclamó Vittorin, divertido—. En esto estoy de acuerdo. Mentone, Cannes, Montecarlo… Me gusta, me gusta mucho. ¿Cuándo piensa empezar el viaje, doctor?

El doctor Bamberger pareció no querer oír el tono burlesco de aquella pregunta.

—Antes tengo que ocuparme de algunas cosas —explicó sin volver la cabeza—. Le he dicho que dentro de los primeros seis meses del próximo año voy a hacer una fortuna que bastará para mis necesidades.

—En Montecarlo, por supuesto —observó Vittorin.

—No. Las posibilidades que ofrece Montecarlo son demasiado inseguras —dijo el doctor Bamberger con la seriedad imperturbable de un hombre práctico.

—¿Pero cómo es posible —opinó Vittorin— que hacerse rico en Viena sea una cosa completamente segura?

—Es segura para quien prevea la evolución económica de los próximos meses.

—Bueno. Pero me va usted a explicar, doctor, un punto importante: ¿cómo puede un hombre darse maña para, tal como ha dicho usted, llegar a la *table d'hôte* de la vida?

El doctor Bamberger arrojó al fuego dos de los trozos de virutas y desperdicios de madera prensados que había junto a la chimenea. Luego se incorporó.

—No puedo censurarle a usted en absoluto el hecho de que se tome con escepticismo mis proposiciones —dijo—. No contaba con que hoy mismo nos pusiéramos de acuerdo. Sin duda, mi posición ante usted no es fácil. Le pido que deje por completo un modo de ganarse la vida ciertamente modesto, aunque siempre seguro en cierta medida, y yo no le ofrezco a cambio de ello otra seguridad que la explicación de que he sopesado mis posibilidades de éxito con toda precaución, aunque sobre la base de reflexiones muy consecuentes, y de

que soy plenamente consciente de la responsabilidad que tomo sobre mí con respecto a usted.

Hizo una pausa y se cercioró de que el fuego estaba perfectamente encendido en la chimenea. Luego siguió diciendo, mientras andaba de un lado para otro por la habitación:

—Quizá se subestima usted, señor Vittorin, como también sus propias facultades. No puedo creer que un hombre con sus conocimientos encuentre satisfacción en la existencia pobre y lamentable de un simple empleado. Usted es joven… —Tengo veintinueve años. —Por tanto, sólo dos años mayor que yo —aseveró el doctor Bamberger—. ¿Significa realmente para usted lo que puede llamarse «modo seguro de ganarse la vida» el objetivo final de todos sus deseos?

—No me importa en absoluto este modo seguro de ganarse la vida —dijo Vittorin—. Es posible incluso que muy pronto suceda algo que me induzca a abandonar mi puesto de trabajo. Pero esto lo digo sólo de paso; no quisiera hablar ahora de ello; se trata de algo que es únicamente un aspecto de la cuestión. El otro, y perdone usted, es que quiere atarme sin conocerlo apenas; le hablo con toda franqueza. Ignoro cuáles son sus propósitos comerciales; no sé qué proporciones tiene su empresa y cómo está fundada; no sé si usted ha tenido antes experiencias comerciales ni dónde… Todas ellas son cosas que he de aclarar antes de decidirme. Sin duda ya lo comprende usted.

—Lo comprendo, por supuesto —confirmó el doctor Bamberger—. Quizás ha llegado el momento de que hable un poco sobre mí. Estudié… Lo que estudié resulta aquí indiferente. No he tenido ninguna experiencia comercial. Poseía una pequeña fortuna que me ha permitido indagar, observar, esperar el momento adecuado para el inicio de mi actividad. Considero que es ahora cuando ha llegado el momento adecuado. Me he procurado contratos de suministros de grandes empresas extranjeras y solicito créditos bancarios.

—Es verdad —dijo Vittorin—. Ahora que se han abierto las fronteras y se han reanudado las relaciones comerciales con las naciones…

El doctor Bamberger levantó su mano izquierda en señal de advertencia.

—¡Cuidado! ¡Escuche! —exclamó—. ¡Las relaciones comerciales con las naciones! Siempre ha habido fronteras abiertas. Conozco gente que durante la guerra se dedicó a suministrar madera a Italia… Por ello obtuvieron de Italia… Bien, ahora no sé lo que obtuvieron exactamente. ¡Durante la guerra! Usted habla de las relaciones comerciales con las naciones. ¡No! Son otros motivos completamente distintos los que me inducen a sostener que ha llegado el momento adecuado. Tenemos una revolución a nuestras espaldas. Y a la cola de la revolución victoriosa marcha siempre, tal como ha sucedido en todas las épocas, formando una extensa columna, el dinero que no sirve para nada. Las revoluciones empiezan con sangre y acaban con un diluvio de papel. El Estado se ahoga en un déficit gigantesco; los titulares de los libramientos están en camino. No sé si llevarán la imagen de la diosa de la libertad, pero lo que es seguro es que vendrán. El torrente del nuevo dinero reducirá a escombros el reino antiguo, aniquilará los derechos de propiedad… Todo aquello que hoy envidiamos como posesiones quedará como bienes sin amo y pertenecerá al primero que le eche el guante. La guerra llega a su fin sólo en apariencia; entre nosotros sólo empieza. Habrá una guerra despiadada, una guerra de todos contra todos, y pienso que usted puede estar de mi parte.

Dejó de hablar y miró su reloj.

—Perdone —dijo a continuación—. He de ir aún a correos a llevar dos cartas. Hablaremos mañana sobre el asunto o bien en otra ocasión. He de apresurarme; de lo contrario van a cerrarme la ventanilla ante las narices.

Alarma

La tarde del treinta de noviembre, las hermanas de Vittorin estaban sentadas en el comedor: Vally tenia en sus manos un libro sacado de la biblioteca pública, que no leía, y Lola trabajaba con su labor. Fuera hacía un tiempo frío y húmedo, propio de otoño; las luces de los faroles de las calles flotaban en medio de la niebla. Gotas de lluvia se deslizaban por los cristales de la ventana. En la estancia imperaba el silencio; sólo podía oírse el zumbido suave de la lámpara de gas y el tic-tac del reloj de pared.

Georg Vittorin era tan ajeno al mundo en que vivía, que ni siquiera llegaba a percibir la opresión de aquel silencio. Se preparaba para marcharse; de pie ante el espejo, se anudó con cuidado la corbata. Tenía que hacer tiempo. En su casa, Franzi había de acabar aún de hacer sus preparativos: Georg tenía que encontrar la mesa cubierta con el mantel, la estancia cálida y agradable. Habían quedado que él iría a las siete en punto de la tarde, ni un minuto antes, y que llamaría a la puerta del piso de modo muy suave.

—Sí, no llames fuerte —le había instado—. Ya te oiré. Los vecinos no deben saber que recibo visita.

Dieron las seis. Vally se acercó a la ventana y miró a la calle. Humedad, niebla y lluvia hacían brillar las vigas de hierro y los rótulos de las tiendas, las carrocerías de los coches, el empedrado de la calle y las vías del tranvía. Algunas figuras pasaban apresuradamente; surgían de las sombras de los edificios y se mostraban a la luz de los faroles de gas; tanto

eran rostros cansados como indiferentes, disgustados o despreocupados; luego volvían a perderse en la oscuridad. Del extremo de la calle llegaban bocinazos y las voces enronquecidas de los vendedores de periódicos.

—Hoy, pues, si no vuelvo a casa —dijo Georg mientras se alisaba con un cepillo mojado el cabello, después de haberse hecho la raya—, no tenéis que preocuparos. El amigo que me ha invitado vive fuera de la ciudad, en Hietzing, o más exactamente cerca ya de Ober-Sankt-Veit. Me parece que pasaré la noche en su casa. No hay posibilidad de transporte y a pie hasta aquí con este tiempo…

En el rostro de sus hermanas le pareció advertir una sonrisa burlona e indulgente; no se dio cuenta de que Lola no lo estaba escuchando. El pretexto que había aducido para poder salir de casa le pareció de pronto demasiado simple y poco creíble. Y disgustado por el hecho de que no se le hubiera ocurrido nada mejor prosiguió diciendo:

—Naturalmente, no vale la pena que salga con este tiempo tan horroso. Pero habiéndolo ya prometido… Además, al fin y al cabo, hoy es mi última noche libre: desde el lunes, mi tiempo pertenece exclusivamente al doctor Bamberger. *Tu l'a voulu*, querida Lola. Ya veremos qué sale de todo eso.

—¡Finalmente! Ya están aquí —exclamó Vally desde la ventana.

Lola levantó la vista de su labor; por un momento, en su rostro apareció la expresión de una tensión angustiosa. Sin embargo, logró dominarse.

—¡Gracias a Dios! —dijo en voz baja—. Esperar es lo peor de todo.

—Han venido en un cabriolé —informó Vally—. A padre lo he visto sólo un segundo; se ha metido en seguida en casa. El señor Ebenseder está todavía abajo y habla con el cochero.

—¿Qué pasa? —preguntó Vittorin. Lola no respondió. Vally miró de forma vacilante a su hermana; no sabía si debía

hablar.

—¿Qué significa esto? —preguntó Vittorin con impaciencia—. ¿Se trata de secretos? Está bien. ¡Guardadlos para vosotras!

—Creo… —dijo Vally—, es decir, Lola cree que hoy se ha decidido si jubilan a nuestro padre.

Aquella noche, Vittorin no estaba dispuesto a ocuparse demasiado de cosas que le resultaban intempestivas.

—¡Crees! ¡Lola cree! —exclamó mirando el reloj, que indicaba las seis y cuarto—, ¡Qué forma de hablar tan estúpida! Padre me habría hablado de ello. —A mí tampoco me ha dicho nada —replicó Lola—. Pero ya conoces a nuestro padre. Ayer, Ebenseder estuvo dos veces aquí; se encerraron en el despacho y hablaron durante mucho tiempo… ¿No te llama la atención? Y esta mañana ha llegado una carta certificada, que padre ha…

Oyó ruido en la puerta, del cerrojo que se abría. Llegaban voces desde la antesala.

—Hazme sólo un favor, Georg: no hagas ninguna pregunta —le pidió aprisa y en voz baja—. Haz como si no supieras absolutamente nada. Ya empezará a hablar por sí mismo, si las cosas han ido bien.

Al mismo tiempo se inclinó sobre su labor, con una expresión de ingenuidad y de indiferencia en la cara.

Tras la figura rechoncha del interventor superior Ebenseder, a quien le faltaba un tanto el aliento por el hecho de haber subido demasiado aprisa la escalera, el señor Vittorin *senior* entró en la estancia y la expresión de su rostro no permitía dudar de que estaba contento y satisfecho. Saludó con su bastón, manejándolo como si fuera un sable, y dijo en voz bien alta: «*Servitore*», ya que desde su época de servicio militar en Trieste le gustaba usar algunas expresiones italianas: solía presentarse con un «*Ecco mi pronto*» cuando lo llamaban; para marcharse decía «*Avanti*» o «*Andemo*», y un

breve y enérgico «*Basta cosi*» significaba que ya no quería que se hablase más de un asunto que le resultaba desagradable.

Al cabo de entrar llenó también la estancia de vida y de alboroto. Gritando a un lado y a otro en una actitud propia de militar, pidió a Vally que le diera su americana de estar por casa y que para el señor interventor superior trajera del dormitorio la butaca de almohadones; a Lola le pidió un té fuerte y supercaliente.

—Si es posible con ron; si aún queda, trae también un poco de Slivovitz. A Georg le preguntó si sabía por dónde andaba Oskar.

—Este chico mal criado debe de estar probablemente paseando otra vez con sus amigos por cualquier parte. Tendrías que ocuparte un poco de él.

A todos sin excepción mostró una cara de alegría y de felicidad.

—¿Va a quedarse a cenar con nosotros? —preguntó dirigiéndose al señor Ebenseder—. ¡Por favor, señor interventor superior, nada de cumplidos! Naturalmente, tomaremos tan sólo lo que haya: unas cuantas salchichas y unos vasos de cerveza. ¡Vally, espera! ¿Dónde se ha metido Lola? ¡Lola! —dijo gritando en dirección a la cocina—. Deja el té. Ya no hace falta; vamos a cenar en seguida. Como ya sabéis, pues, hijos, hoy era el día decisivo.

Completamente seguro del efecto de sus palabras, encendió su pipa, mientras el señor Ebenseder, moviéndose constantemente de forma inquieta en su butaca, intentaba atraer sobre sí la atención de las dos hermanas a base de guiños y de cualquier otra clase de señales.

—Se trataba de una comisión que casi podía considerarse como un tribunal de arbitraje —prosiguió diciendo el señor Vittorin *senior*—. La constituían tres señores, uno de ellos consejero áulico del ministerio, que actuaba como presidente. Al final me han concedido la palabra. El consejero áulico, que

por lo demás era un hombre encantador, un caballero de pies a cabeza, me ha dicho: «Pero, por favor, hable usted tranquilamente, querido colega; para esto estamos aquí: para oírlo a usted». Entonces, como podéis ya imaginaros, he dicho a esos caballeros lo que ya había preparado anteriormente. No me ha quedado nada por decir. No he hablado con pelos en la lengua.

Se volvió hacia el señor Ebenseder, buscando confirmación y apoyo a sus palabras; el señor Ebenseder se puso de repente muy tieso en su butaca y asintió solícitamente con la cabeza.

—«Señores míos: se pueden cometer equivocaciones y errores, por supuesto; no voy a andar con disimulos; no quiero presentarme mejor de lo que soy. Pero, señores míos, no hay que olvidar una cosa, la cuestión principal: ¡las manos limpias! ¿Qué hay de todo eso?…» Entonces, sin ninguna clase de consideración, he abierto los ojos de esos caballeros sobre la situación existente en nuestro departamento… «¡Si al menos hubiera estado aquí el señor director…!»

Se levantó, respirando profundamente y disfrutando por el hecho de poder repetir su discurso, de poder arrojarlo a la cara de un público que seguía sus palabras con admiración.

—«¡Si al menos hubiera estado aquí el señor director del departamento de contabilidad! Por supuesto, señor presidente; tiene toda la razón; con todos los respetos; sus asuntos personales no me incumben para nada. Pero, señores míos, llama ciertamente la atención el hecho de que cada uno de los días que Dios ha creado vuelva a su casa en coche; ¿quién puede pagar hoy en día un automóvil con su propio sueldo? La propiedad privada equivale a cero; por el contrario, supone deudas; pero para su señora esposa, medias de seda, sombreros caros y quién sabe Dios cuántas cosas más… ¿De dónde sale todo eso, si se me permite hacer esta pregunta? Prosigamos: desde el comienzo de la guerra no ha tenido vacaciones. ¿Por qué? Se podría creer que se trata de un funcionario muy

consciente de su deber, dotado de una conciencia muy especial. ¡Oh, no! El sabrá, el señor director del departamento de contabilidad, por qué no permite a nadie echar una ojeada a su agenda particular… No quiero decir nada más; los señores ya habrán podido hacerse una idea exacta de todo ello…» Mi discurso ha causado una gran impresión. El señor consejero áulico me ha dado la razón; estaba enteramente a mi lado; he podido darme cuenta… Naturalmente, no podía manifestarse de un modo directo, siendo el presidente de la comisión; es decir, se trataba de mostrar objetividad. Pero en el tono con que ha pronunciado las palabras: «Ruego que se presente a declarar el señor director del departamento de contabilidad», se ha advertido lo que yo he supuesto… Cuando al salir se ha cruzado conmigo en la puerta, estaba pálido como el mármol; por nada del mundo hubiera querido yo estar en su lugar…

—Bien. ¿Y el resultado cuál ha sido? —preguntó Georg—. ¿Cómo le ha ido al señor director del departamento de contabilidad?

El señor Ebenseder, que se había puesto la gorrita para tapar la calva, levantó los hombros y guiñó ambos ojos para indicar que tenía su propia opinión con respecto al resultado.

—Por desgracia, no se ha decidido nada hasta el día que ellos mismos determinen —dijo el señor Vittorin *senior*—. El señor consejero áulico ha dicho que la sesión de hoy tenía solamente un carácter informativo. Me imagino que el lunes esos señores… ¿No han llamado a la puerta? ¿Quién puede ser a estas horas? Oskar tiene la llave de casa. Quizá sea alguien de la oficina. Quédate aquí, Vally. Iré a abrir yo mismo.

Salió de la estancia. Las dos chicas miraron al señor Ebenseder, observando su rostro con espera angustiosa. Reclinó su espalda en la butaca, alzó sus ojos al techo de la habitación y movió la cabeza en señal de negación.

—No sabe nada; no tiene ni idea de lo que ha ocurrido —dijo—. Todo ha sido un simple formalismo, una pura farsa. De antemano ya estaba decidido que lo iban a jubilar.

Hubo un momento de silencio. Vally miró a Lola, que estaba pálida como un cadáver. El señor Ebenseder se restregó la barbilla, pensativo, y siguió diciendo:

—A todos nos sabe muy mal, especialmente a mí; ya había hablado varias veces con él, pero todo ha sido en vano. En el mejor de los casos, se le llegará a asignar una pensión equivalente al cuarenta por ciento de su sueldo actual. Desde luego, no le será nada fácil salir adelante. Quizá la señorita Vally tenga que prestarse a ejercer algún oficio, de contable o de mecanógrafa, para poder colaborar en el sustento de la casa, sin seguir viviendo al día como hasta ahora…

Georg Vittorin levantó la cabeza.

—¿Se le ha pedido a usted consejo, señor Ebenseder? —preguntó—. Puede dejarnos tranquilamente a nosotros la tarea de cómo nos arreglaremos desde ahora y cómo vamos a participar todos en el sustento de la casa. Al fin y al cabo, también yo estoy aquí.

—Me alegro, me alegro mucho —dijo el señor Ebenseder —, porque hasta ahora he tenido que colaborar siempre, cuando su señor papá no llegaba a final de mes.

Georg se sobresaltó como si lo hubieran golpeado en la cara. Miró a sus hermanas. Vally se había quedado rígida mirando fijamente la tapicería de la pared, mientras Lola asentía sin darse cuenta y sin apartar los ojos de su labor.

—No volverá a suceder, señor Ebenseder; puede estar bien seguro de ello —dijo Vittorin, avergonzado e indignado—. ¿Cuánto le debe mi padre?

Sacó su cartera en la que, envuelto con papel de seda, había guardado el dinero para realizar el viaje a Rusia.

El señor Ebenseder lanzó una mirada asustada hacia la puerta e intentó transigir.

—Por favor, no tiene tanta importancia —dijo—. Hay tiempo; no era ésa mi intención; no corre prisa.

—Le he preguntado cuánto le debe mi padre —repitió Georg.

Y como si de repente se le hubieran abierto los ojos a la realidad, se dio cuenta de que el pequeño mundo que era parte de su vida, que era su hogar, amenazaba con derrumbarse bajo los golpes de la triste vida cotidiana. Olvidó a Seljukov, olvidó el viaje hacia la aventura. Y con el profundo alivio que le proporcionaba la conciencia del deber cumplido, pensó cargar sobre sus hombros el peso de los esfuerzos y de las preocupaciones a los que sus hermanas y su padre ya no eran capaces de hacer frente. Pero sólo por un momento cargó ese peso.

Su padre entró en la estancia. No sospechaba que el sentido del mensaje que traía lo había determinado el destino para su portador.

—Georg —dijo—, ahí fuera hay un señor que dice llamarse Ferdinand Kohout y que quiere hablar contigo.

Kohout estaba sentado en la banqueta del recibidor; estaba pálido y muy conmovido; en su nerviosismo, había deformado por completo el sombrero de fieltro que llevaba en la mano; sus labios se movían constantemente en silencio. Se levantó, dio un paso hacia Vittorin y luego se llevó la mano a la frente.

—¡Qué suerte que te he encontrado! —dijo—. Pensaba que ya no estarías en casa; estaba desesperado. No sé cuántas veces te he llamado por teléfono… No me ha sido posible ponerme en contacto contigo en la oficina. Luego he ido allí… Ya no había nadie: sólo el vigilante y las mujeres de la limpieza.

—Ya sabes que los sábados la oficina cierra a las dos. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Estás de broma. Aquí está el pasaporte, aquí está el visado y aquí está el billete con la reserva de asiento. Ha sido un trabajo duro. Puedes creerme, amigo, si te digo que

cualquier otro lo habría dejado estar ya diez veces por lo menos. En la nota que te he puesto aquí hay escrito lo que me debes. Date prisa: el tren sale a las once y media.

—A las once y media —repitió Vittorin de forma mecánica.

Cogió la nota, el pasaporte y el billete que Kohout le tendía, mientras intentaba aclarar sus ideas. —Bien. Finalmente ha llegado nuestra hora. Nos marchamos a las once y media —dijo Kohout—. Con todo, será mejor que estés una hora antes en la estación. Tenemos reserva, desde luego. Está bien, muy bien. Pero no me fío de las reservas. Es mejor andar sobre seguro.

—¿Pero no será hoy? —exclamó Vittorin, alterado—. ¿Qué te has pensado? ¿Cómo se te ha ocurrido esto?

Kohout retrocedió un paso y observó a su camarada con una mirada de indignación y de completo menosprecio.

—¿Qué quieres decir? —empezó diciendo—. ¿Es que al final has cambiado de parecer? ¿Se te ha ido de repente el coraje? ¡Naturalmente! Ya me lo podía haber pensado. Primero grandes palabras y luego, cuando la cosa va realmente en serio…

—¡No digas tonterías! —exclamó Vittorin—. Me marcho. Esto es evidente. ¡Pero hoy no! Por el amor de Dios, no puedo entrar ahí y decir a mi familia: «Bien. Os deseo buena suerte. Esta noche me marcho a Rusia». No puede ser. Has de entenderlo.

Con un gesto de superioridad y de burla, Kohout expuso su objeción.

—He ahí la forma de pensar típica de la burguesía —explicó, mientras se apoyaba alternativamente sobre un pie y sobre el otro y hacía girar sus manos sobre las muñecas—. Tendrías que haberlo pensado antes, amigo. Esta mañana a las diez he recibido los visados; los trenes van repletos; precisamente había aún dos plazas libres; esto significaba

tener que decidirse rápidamente. Y ahora tienes que decidirte tú: ¿te quedas o te vienes conmigo?

Vittorin suspiró, dejó caer la cabeza y se puso a mirar fijamente al suelo.

—No voy —dijo—. Hasta el lunes no puedo marcharme.

—Bien, entonces —aseveró Kohout—. Decides quedarte aquí. Pero en este caso quítate de una vez este asunto de la cabeza. Los trenes salen sólo dos veces por semana y sin reserva no podrás coger ninguno. Y aunque puedas conseguir una reserva, que desde luego no es nada fácil, ya te lo digo yo, tu visado, amigo, ya no será válido, habrá caducado. Por lo tanto, o te marchas hoy o ya no te marcharás nunca; piénsalo bien.

Vittorin permaneció en silencio y siguió mirando fijamente al suelo.

—Bueno, haz lo que quieras —dijo Kohout mientras se dirigía hacia la puerta para marcharse—. En todo caso yo me marcho. ¿Te molesta que salude a Seljukov de tu parte?

Con un movimiento enérgico, Vittorin levantó la cabeza. ¡Seljukov! Aquella palabra, cuyo sonido hacía ya tiempo que no había oído, lo embargó y le destruyó la voluntad. Ante aquella palabra, todo lo que lo retenía en su casa adquirió de repente el peso propio de una pluma. En aquel momento no vio ya nada que pudiera hacerlo vacilar.

—Es verdad —dijo—. No tenemos tiempo que perder. Hemos esperado demasiado tiempo. ¿Quién sabe si Seljukov está todavía en Moscú? Me marcho, es evidente. A las diez y media estaré puntualmente en la estación. ¿Se lo has dicho ya al doctor Emperger?

Pareció que Kohout tenía una impresión desagradable frente a aquella pregunta. —¿Al doctor Emperger? ¿Para qué? ¿Qué tiene que ver él con este asunto?

—Emperger tiene que saberlo —explicó Vittorin—. Insisto en ello. Es el único de los compañeros que en cierto modo se ha comportado correctamente.

—¿Ah, sí? Te equivocas —repuso Kohout, alterado—. Precisamente ése no. No ha hecho más que burlarse siempre de ti.

—Entonces debe ver que la cosa iba en serio. Le llamaré por teléfono.

Kohout se dio cuenta de que era inútil seguir resistiéndose.

—Bueno. Si te empeñas… —dijo—. Pero hazme el favor de no mezclarme a mí en eso. No le digas nada de que me voy contigo. ¿Lo oyes? ¡Prométemelo! ¡Dame tu palabra de honor! No quiero saber nada de ese Emperger. Tengo mis motivos. Entonces…, estamos de acuerdo: a las diez y media en punto en la estación del Norte.

Se estrecharon las manos.

Cuando Kohout se marchó, Vittorin permaneció aún durante un minuto de pie en el recibidor, sin moverse y reflexionado. Luego apagó la luz y volvió a entrar en la sala.

Su padre, sus hermanas y el señor Ebenseder estaban sentados a la mesa, cenando. Vittorin se dirigió lentamente hacia su padre: intentaba que fuera él el primero en oír la palabra decisiva. Lola lo miró y le bastó una sola ojeada para leer en su rostro alterado que había llegado el momento de despedirse.

De forma muy suave, tal como habían convenido, llamó a la puerta. Oyó los pasos de la muchacha, abrió y lo cogió de la mano para que entrara en el recibidor oscuro.

—¡Tan tarde! —dijo susurrando—. ¿Por qué llegas tan tarde? Nadie te ha visto, ¿verdad? Cierra la puerta y encenderé la luz. No: nos quedaremos todavía un rato en la oscuridad. Tienes las manos muy frías. ¿Tienes frío, querido? Dentro está

caliente; he encendido un buen fuego y la estufa está ardiendo. ¡Hace ya tanto rato que te estoy esperando!

Con un leve estremecimiento se dio cuenta de lo que iba a pasar. Había pensado decírselo en seguida, que no podía quedarse, que tenía que marchar, muy lejos, esa misma noche, que el tiempo y las circunstancias de la vida lo apremiaban. Sin embargo, al estar de pie frente a ella y sentir su cuerpo tan cerca del suyo, no pronunció ni una sola palabra. La besó y percibió que su boca era tan fresca como un viento de marzo. Al mismo tiempo, mientras la besaba, dejó caer al suelo su mochila y la empujó con el pie hacia la pared, sin hacer ruido. Ahí podía quedarse.

La chica no se dio cuenta. Echó la cabeza hacia atrás y oprimió la mano de Georg sobre su frente. —Nunca, nunca, nunca habíamos estados solos, Georg; siempre había gente a nuestro lado y nos miraba. Bueno, una sola vez estuvimos solos, pero ya no debes de recordarlo; hace ya tanto tiempo, que parece que no haya ocurrido. ¿Te acuerdas de aquel verano en Dürnstein? Me da la impresión de que aún ahora veo ante mí la habitación en que dormía. Una vez jugamos en el bosque a escondernos y perseguirnos con otros niños; a nosotros dos nos tocó ser los «ladrones» y los demás tenían que buscarnos. Al jugar al escondite, una de las niñas gritaba siempre: «¡Vosotros, los ladrones, meteos en lo más hondo del bosque, donde hace más frío!». Se llamaba Berta; era rubia y larguirucha; tenía pecas en la cara y llevaba gafas. A veces me la encuentro aún por la calle, pero no me reconoce. Entonces nos gritó eso a nosotros; hicimos caso de lo que nos decía y nos sentamos entre setos de madroños, observando las hormigas; éramos aún pequeños y tontos. No, tú ya eras un chico mayor que yo. Mientras estábamos entonces como ladrones en lo más hondo del bosque, donde hacía más frío, me contaste que querías ser profesor de natación… ¿Te acuerdas?

Georg no lo recordaba.

—Pues desde entonces no hemos vuelto a estar nunca más solos. Pero hoy nos hemos escondido muy bien; no nos va a encontrar nadie. Berta lleva ahora quevedos, pero su aspecto no es mejor. Dime una cosa: ¿es que no querían dejarte marchar en casa? ¡Como has llegado tan tarde! ¿Sabes? Tus hermanas… Vally es simpática, pero Lola me da un poco de miedo: parece muy rigurosa. No dices nada; ¿te he molestado? Tienes frío, pobre; te hago estar aquí de pie, en el recibidor, y te hago pasar frío. Pero has de saber que sólo aquí estamos verdaderamente solos; ahí dentro hay gente; dos señores; los he invitado. Estás desilusionado; ya me lo figuraba. De hecho no los he invitado yo; pero ¿qué se le va a hacer? Una vez están ya aquí… No pongas esta cara de disgusto; quítate el abrigo y ven; son gente muy simpática; te los voy a presentar.

Dentro, en el salón bien caldeado, había dos figuras inmóviles sentadas en el sofá. Eran muñecos construidos con mucha maña con toallas, cojines y viejas prendas de vestir; parecían realmente dos visitas que conversaran animadamente entre sí. Una de aquellas figuras, vista desde una distancia adecuada, parecía casi una persona real. Estaba sentada inclinándose hacia adelante y apoyándose en un paraguas viejo.

Franzi estaba casi fuera de sí, de tan contenta que se puso por el efecto causado.

—¡Le has saludado! —exclamó—. Le has saludado de verdad cuando has pasado por la puerta; lo he visto; no me lo niegues. ¡Qué chasco! ¡Qué tonto has sido creyendo que de verdad iba a dejar que alguien se quedara aquí esta noche! Lo he hecho por aburrimiento, porque me has hecho esperar tanto. Permíteme que te los presente: ése de ahí con el paraguas es el señor Miloch Pavisich, el señor de Agram vi vito y coleando. Y el otro es su excelencia el señor barón.

Entonces le dio la impresión de que con su broma había puesto un tanto en entredicho todas las historias que le había contado anteriormente, de que podía haber suscitado en Georg

Vittorin ciertas dudas sobre la existencia real de aquellos dos personajes que ahora veía sentados en el sofá deformados de una forma tan ridicula y caricaturesca. Por esto se apresuró a enmendar el posible error cometido.

—El señor de Agram, en efecto, ha tenido la impertinencia de venir hoy —explicó—. Imagínate que ha llamado a la puerta a las seis y media. No me he movido de la habitación; naturalmente, sabía que no podías ser tú, en primer lugar porque era demasiado pronto y, en segundo lugar, porque no habrías

pulsado el timbre, sino que habrías llamado a la puerta con los nudillos. Me he quedado, pues, tranquilamente en la habitación y he dejado que llamara al timbre dos veces más, tres…, hasta que al fin se ha marchado. Posiblemente patrulla todavía ahora por la calle y va deambulando al estilo de los servios o de los croatas. ¿Lo has visto acaso?

—Es posible —dijo Vittorin—. Ante la puerta de la calle había un señor bajito, delgado y con un bigote pelirrojo, que iba andando de un lado para otro.

Pero aquella descripción no coincidía en nada con la imagen que Franzi se había hecho del señor de Agram. Movió la cabeza en señal de negación.

—No. Descartado. No es él. ¿Bajito? ¿Delgado? ¿Con bigote pelirrojo? Podría haber sido más bien el barón.

—¿Sabe también el barón que tus padres se han ido de viaje? —preguntó Vittorin.

—No tiene ni idea. ¡Ni idea! —dijo rápidamente Franzi—. ¿O quizá se lo debe de haber dicho al final el señor Miloch? Es posible.

—¿Es que se conocen los dos? —preguntó Georg, sorprendido.

Aquel asunto empezaba a llevar de cabeza, a Franzi.

—No…, es decir, naturalmente que se conocen, pero sólo de un modo completamente superficial. Los dos son miembros del club *Highlife*. Como es normal, todos los miembros de un club se conocen. Pero puedes creerme: si hubiera sabido que el barón estaba ahí, le habría dicho unas cuantas cosas. ¡Qué hombre tan desvergonzado! ¡Qué cartas me escribe! ¡Que se quede abajo y se muera de frío! Le está bien empleado. Pero ahora voy a hacer el té. ¿Vienes conmigo a la cocina, Georg, o quieres esperar aquí? Dentro de dos minutos lo tengo listo.

Se fue con paso ágil, mientras Vittorin se quedaba de pie junto a la estufa. En su alma confusa se enardecieron a la vez indignación y bochorno. En discrepancia consigo mismo se llamó cobarde despreciable. Con rostro alterado, se repitió varias veces aquel insulto que no habría soportado en boca de otro; atormentándose a sí mismo, se lo aplicó una y otra vez mientras miraba fijamente el fuego con semblante sombrío. Sí, era un cobarde despreciable; no se retractó de aplicarse aquel insulto. Mientras ella había estado en la sala…, ¿dónde había quedado su valentía? No había pronunciado ni una sola palabra. Y el tiempo corría; el tiempo no quería detenerse; sólo le quedaban unos cuantos minutos. Tenía que hablar; el tiempo apremiaba; ya no podía concederse ninguna dilación. Únicamente era muy difícil de encontrar las primeras palabras; pero, una vez pronunciadas, lo peor ya había pasado. Y tenía que hablar; a las once y media tenía que estar en la estación y ella seguía sin saber nada…

Se oyó de repente una risa alegre que provenía del recibidor. Franzi había descubierto la mochila. Abrió triunfalmente la puerta de la sala.

—¡Casi he tropezado con ella! —exclamó—. ¡La mochila! ¡Claro! Ya me había olvidado de ello. Tenías que decir en casa que ibas a hacer una excursión; de lo contrario, no te habrían dejado marchar. Dime, Georg: ¿adonde has dicho que era el viaje?

—A Rusia —dijo Vittorin; pero le falló el coraje y aquella condenada palabra la pronunció con voz tan baja que la chica no llegó a oírla. Le echó los brazos al cuello.

—¿Se han creído lo de la excursión? —le preguntó—. ¿Sabes, Georg? Quiero decirte una cosa: me es indiferente que sepan o no que estás en mi casa; me es absolutamente indiferente, de verdad. ¿Para qué jugar al escondite? Lo que hago, lo digo también francamente. Nunca he sido cobarde.

Estaba frente a él con un rasgo de resolución y de arrojo en su boca juvenil y con una sonrisa resplandeciente en sus ojos, dispuesta a olvidar el mundo entre sus brazos. Pero él no lo vio, no quería verlo.

La chica recogió la mochila del suelo y la puso sobre la mesa.

—¡Veo que pesa! Voy a ver todo lo que has metido dentro.

Desató las correas y lo primero que cayó en sus manos fue el cuaderno rojo con los vocablos rusos. Con mirada curiosa estudió aquellos signos extraños.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Es griego?

—Es ruso —dijo Vittorin de forma breve y cortante.

—¿Es que quieres trabajar aquí? ¿Sabes? ¡A veces se te ocurren algunas cosas! No creo que ni hoy ni mañana vayas a aprender mucho ruso.

Puso el cuaderno sobre la mesa y, al mismo tiempo, se deslizó entre las hojas una fotografía: era la imagen de una mujer joven, de alta estatura y mirada firme, que estaba en una actitud rígida ante un macizo de tulipanes y que llevaba un vestido de talle marcado con pliegues en las mangas.

—¿Qué es esto? —preguntó Franzi. —Es un retrato de mi madre fallecida, de cuando era joven —respondió Vittorin—. Tú no la has conocido. Según dicen, me parezco a ella. Lo llevo conmigo siempre que…

Había llegado el momento. Ahora ya no podía volverse atrás.

—… siempre que me voy de viaje por un largo tiempo. Entonces, en el año 1900 aproximadamente, se llevaban esos pliegues en las mangas. Aquella moda no era bonita, pero es el único retrato que guardo de ella. Tanto en el campo de batalla como en el campo de prisioneros lo he tenido siempre conmigo.

Franzi lo miró con ojos horrorizados.

—¿Te marchas, Georg?… ¡Respóndeme! ¿Te marchas? ¿Lo dices en serio? ¿Y me lo dices hoy? ¿Adonde?

Vittorin le sacó de la mano el retrato de su madre y lo puso dentro del cuaderno rojo.

—A Rusia —dijo—. Pero por esto no has de preocuparte. Dentro de un par de semanas volveré a estar aquí.

—Ya me hablaste una vez de que querías volver a Rusia. Entonces iba en serio —dijo Franzi en voz baja y llena de desaliento—. ¿Qué buscas allí?

—No puedo decírtelo. No es un asunto adecuado para tratarlo con mujeres. He emprendido una tarea muy determinada; no he acabado de arreglar las cosas en Rusia… No me sigas preguntando. No has de tener ningún miedo con respecto a mí; no voy solo; somos dos. Y dentro de un par de semanas volveré a estar aquí. He conseguido también un nuevo empleo; cuando vuelva, empezaré; voy a ser secretario particular de un gran empresario. Con todo, quizá me lo pensaré todavía; de hecho, es un personaje bastante sospechoso; hablando con sinceridad, lo considero más bien como un chanchullero; pero ¿quién no lo es hoy en día? Paga bien y, en todo caso, esto es lo principal. Y me guarda el empleo hasta el primero de enero: así hemos quedado.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Franzi, completamente ajena al giro que había dado la conversación.

—El tren sale esta noche a las once y media —dijo apresuradamente y con ligereza—. Pero he de estar ya en la estación a las diez y media. Si quieres acompañarme, tendrás que arreglarte en seguida. No puedo esperar ya más tiempo.

La chica lo miró sin decir palabra. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Molesto por ello, sabiendo que cometía una injusticia y queriendo evitar sus reproches, añadió en tono duro y hostil:

—Si quieres ahora hacerme una escena, hazla; pero te advierto que no tiene ningún sentido; te lo digo antes de empezar. No tengo tiempo y por ti no voy a perder ese tren.

La chica no respondió. Se fue a buscar su sombrero y su abrigo.

El tranvía ya no funcionaba a aquellas horas. Había que ir a pie.

Durante todo el largo trayecto hasta la estación, la muchacha no pronunció ni una sola palabra.

En el vestíbulo de la estación, Kohout salió al encuentro de los dos. Llevaba en la mano una maleta de madera, propia de los militares, y sudaba a causa de su excitación. Para Franzi, a quien fue presentado, tuvo sólo una mirada fugaz y desinteresada; se inclinó ante ella torpemente y le estrechó la mano de forma apresurada, dejando notar la humedad de la suya.

Dejó la maleta en el suelo, a su lado.

—Podrías haber venido antes. Yo he sido puntual —dijo a Vittorin, mientras miraba nerviosamente a todas partes—. Ha sido totalmente innecesario comunicárselo a Emperger. No me gusta ese hombre; me ha sido siempre antipático. ¡Supongo que no le habrás dicho nada de que yo voy también a Moscú!

—No, te lo aseguro, puesto que así lo querías —le aseveró Vittorin.

—¡Espero que tampoco se lo habrás dicho a nadie más! —prosiguió diciendo Kohout, echando una mirada huraña a Franzi, que se había apartado de ellos—. Me molestaría mucho. ¿Lo sabe tu amiga…?

—Te conoce sólo desde hace dos minutos y probablemente ni siquiera ha entendido tu nombre —lo tranquilizó Vittorin—. Pero no comprendo en absoluto tu temor. ¿De quién tienes miedo? Al fin y al cabo, eres señor de tus propios actos y sólo a ti te incumbe la responsabilidad de tu conducta.

Kohout sudaba; guiñó ambos ojos e hizo girar las manos sobre sus muñecas.

—Dentro de un par de minutos el tren estará colocado en la vía —dijo—. Hazme el favor de ir a buscar tú mismo los asientos reservados. Te dejo aquí la maleta.

—¿Sales fuera? —preguntó Vittorin.

—Naturalmente. Sólo te estaba esperando a ti —explicó Kohout—. ¿Crees que me hace alguna gracia encontrarme con Emperger? Te dejo a ti ese gusto. A las once y media subiré al tren: ni un minuto antes. No tienes que preocuparte por mí: llegaré a tiempo. Cuida también de mi maleta.

Agitó su sombrero hongo, que estaba estrujado, y se alejó andando a grandes zancadas.

El doctor Emperger se hizo esperar. Apareció sólo pocos minutos antes de la salida del tren, saludando y haciendo señas ya desde lejos, en el andén. Se mostró agradablemente sorprendido al encontrar a Vittorin en compañía de una muchacha joven. Con el ademán y la actitud propios de un barón inglés antiguo, cogió la mano de Franzi y le besó la punta de los dedos.

Se encontraban exactamente delante del departamento en el que Vittorin había tenido que luchar para reservar sus asientos.

—No me ha resultado nada fácil llegar aquí a tiempo —informó el doctor Emperger—. Por desgracia, he tenido muchos compromisos. A las diez y media he tenido que ir a recoger a la ópera a una dama joven y llevarla a su casa; no era mi tipo, desde luego, pero siempre hay obligaciones que cumplir. Además, por si fuera poco, vive cerca del parque de la calle Doblinger. Por suerte, había coches. Y luego, a las once, me esperaban en su casa unos conocidos; me ha sido imposible dejarlos plantados; no se puede ser descortés. ¡Y así día tras día! De hecho, resulta para mí mismo un misterio cómo aún me queda tiempo para dormir.

Como prueba de que no estaba exagerando lo más mínimo, apartó a un lado su bufanda de seda y dejó ver que debajo de su abrigo llevaba un smoking.

Vittorin lo tomó aparte.

—¿Comunicarás a los otros que me he ido a Moscú? —le preguntó.

—Por supuesto. Mañana por la mañana, en seguida —prometió el doctor Emperger—. Con todo, he perdido bastante el contacto con el profesor. Es de no creer cómo se pierde tan rápidamente de vista a la gente. Cada uno tiene sus propios intereses, desde luego. ¡Entonces hablabas en serio! Te vas a Rusia, por decirlo así, a proseguir la guerra con tus propios puños. Ten mucho cuidado, Vittorin; tienes carácter; en eso hay que envidiarte. Sobre la cuestión práctica del asunto y sobre su valor, se pueden tener al fin y al cabo opiniones distintas…

El rostro de Vittorin adoptó una expresión dura y amenazadora.

—Personalmente, sin embargo, tengo el mismo punto de vista que el tuyo —se apresuró a asegurar el doctor Emperger —. Una palabra de honor es siempre una palabra de honor. Y cuando pienso en lo que aquel Seljukov… Tienes una amiga encantadora, Vittorin. Es una chica elegante y exquisita. ¿Es

de fecha reciente esta adquisición? En todo caso, te felicito por el gusto que tienes. Por tu forma de hablar, me habías parecido siempre como una especie de anacoreta.

Vittorin no lo escuchaba. Pensaba en Seljukov cuando, empujando a un lado a su criado Gricha, entró en la habitación del capitán del Estado Mayor y le pidió cuentas. Vio su uniforme, la cruz de san Jorge, su mano delgada y ligeramente bronceada, el cigarrillo que sostenía, las bocanadas de humo en forma de anillos, el fuego de la estufa, los libros que había sobre el escritorio… Todo lo veía con gran claridad, pero el rostro de Seljukov se le había quedado informe y sin figura; ya no lo recordaba; había olvidado la cara de su mortal enemigo; sí, era cierto: lo había olvidado. Y mientras aquel hecho surgía de modo torturante en su conciencia, la locomotora lanzó un pitido; saltó inmediatamente al estribo y el tren se puso en movimiento.

Por un segundo pudo estrechar aún la mano de Franzi.

—¿Me escribirás? —preguntó la chica y sus palabras resonaron como si entonces se hubiera despertado por primera vez de un sueño muy profundo.

—Te escribiré desde Moscú —gritó Georg.

Y de repente sintió la necesidad imperiosa de decirle una palabra amable, algo tierno y cariñoso, pero una distancia infinita ya se extendía entre ellos.

Permaneció de pie en el estribo. Le pareció extraño que ambos, que se habían conocido tan sólo hacía unos minutos, se quedaran juntos ahora, de pie uno junto a otro y haciéndole señas para despedirlo, como si tuvieran alguna relación entre sí. Con todo, no se paró a pensar mucho en ello. Lo dejó estar. Con un sentimiento de satisfacción ilimitada abandonaba aquella ciudad en la que la vida no había sido para él más que una sombra.

Fue a su departamento. Kohout ya estaba allí; había puesto en el anaquel destinado al equipaje su maleta de estilo militar

pintada con rosas y tulipanes blancos.

—Bien —dijo a Vittorin respirando profundamente y secándose el sudor de la frente—. Todo ha ido perfectamente. Dentro de unas horas estaremos en la frontera.

El doctor Emperger insistió en acompañar a Franzi en coche hasta su casa. Según explicó, era un placer para él; tenía tiempo más que suficiente y, por otro lado, no era su costumbre dejar que una chica joven volviera sola a su casa a una hora tan tardía.

Durante el viaje de regreso, todo el peso de la conversación recayó únicamente en él. Franzi permaneció taciturna. Hizo que la luz de su linterna de bolsillo iluminara la cara de la chica, la enfocó a sus ojos y al mismo tiempo citó a Shakespeare:

«*Here did she fall a tear. Here in this place*

I'll set a bank of rue sour herb of grace».

Al darse cuenta de que la muchacha no sabía inglés, pasó a otro tema. Reveló a Franzi que sin duda alguna él iba a hacer una gran carrera en su banco. Quizá dentro de unos meses podría disponer ya de su propio coche… Sería fantástico, ¿no? No se había decidido aún por una marca determinada. Le explicó también que vivía en un pequeño piso amueblado, limpio y curioso, aunque naturalmente no estaba contento del todo: necesitaba más espacio para sus libros y en general había que tener más libertad de movimientos en el lugar donde se vive. Pero actualmente resultaba difícil encontrar algo adecuado, dado que por desgracia se vivía en medio del bolchevismo. ¡Tristes circunstancias! El no era ningún burgués, por supuesto; al contrario, encontraba que todos los partidos burgueses eran un poco estúpidos. Sin duda alguna, él

no estaba «*behind the times*», pero tampoco podía entusiasmarse por un radicalismo extremo.

A continuación, Franzi se enteró de que hasta hacía poco había tenido como amiga a una actriz, bastante famosa, por cierto. Una *liaison* como aquella tenían también, naturalmente, sus aspectos sombríos. Una artista tan celebrada suele tener incluso sus caprichos y con ciertas tendencias extravagantes no se puede andar siempre contemporizando. Por eso había roto con ella. A pesar de todo, seguía metido en la vida de sociedad; no pasaba ningún día sin tener alguna invitación; a veces, sin embargo, había horas en que se sentía verdaderamente solo.

Cuando llegaron ante la casa de la muchacha, el doctor Emperger comunicó a Franzi que de hecho no tenía ningunas ganas de despedirse. Las respetables damas y los distinguidos caballeros que lo aguardaban podían irse, hablando sinceramente, al diablo. Según dijo, lo que le habría gustado hubiera sido seguir conversando en un bar, de clientela honesta y distinguida, por supuesto; ir solo no le hacía ninguna gracia. Al ver que Franzi rechazaba esa invitación, tomó una actitud notablemente más fría. A pesar de todo, al despedirse, le pidió permiso para poder verla de vez en cuando durante la ausencia de su amigo Vittorin. Le preguntó en qué sitio trabajaba y anotó su número de teléfono.

Cuando estuvo arriba, en su habitación, Franzi se echó en una butaca y empezó a llorar ruidosa y apasionadamente, tapándose la cara con las manos; sus hombros se movían sin cesar; se entregó desenfrenadamente al dolor causado por la desilusión. Sin embargo, cuando se secó las lágrimas de los ojos, sintió su corazón más aliviado. Se puso ante el espejo y observó con cierta satisfacción sus ojos enrojecidos por el llanto.

Entonces le sobrevino un afán obstinado y desesperado de desenfreno. Lo que deseaba era una orgía enfurecida, una bacanal salvaje que aniquilara su vida. Se fue corriendo a la

cocina y preparó el ponche, todavía con lágrimas en los ojos. Al terminar y sentarse a la mesa, puso en marcha el gramófono; los vecinos tenían que advertir qué bien lo estaba pasando en su casa. Y mientras el gramófono hacía resonar con fuerza trozos de opereta, danzas de negros y la obertura de *Los maestros cantores*, no paró de fumar cigarrillos y de beber ponche, un vaso tras otro, aunque resultó que se había olvidado de echarle azúcar.

A causa del ponche y de la gran cantidad de vino le sobrevino el sueño. Durmió hasta las dos de la madrugada, completamente vestida y echada sobre el sofá, entre el barón y el señor de Agram, a quien se le había deslizado de la mano su viejo paraguas.

Con tres horas de retraso aproximadamente, el tren llegó a la estación fronteriza. Vittorin se despertó de su duermevela llena de inquietud. Le dolían todos los miembros. Vio a Kohout subido al asiento y ocupado en su maleta.

—¿Dónde estamos? ¿Qué hora es? —preguntó con aire todavía soñoliento.

—Las cinco. No es ya noche, pero tampoco es día —dijo Kohout en voz baja—. Tengo dolor de cabeza. ¿Se nota que no he dormido en toda la noche? Apresúrate; hemos de bajar. Hay que ir al control de pasaportes y a la revisión de aduanas.

Cargados con sus fardos, recorrieron el terraplén. Ante el edificio de la estación se unieron a la larga cola de los que esperaban. Lentamente, sólo paso a paso, la fila de personas avanzaba. El hombre que estaba de pie en la puerta sólo dejaba entrar cada vez a un pequeño grupo.

—¿Llevas muchos cigarillos? —le preguntó susurrando Kohout—. Entonces te pondré en la mochila unos cuantos de los míos. Sólo se permiten veinte paquetes. ¿Sabes? No quiero tener ningún contratiempo.

Tuvieron que esperar media hora; luego les llegó el turno. Justo delante de la puerta, detrás de una especie de compartimiento, estaba sentado el funcionario de control de pasaportes. Kohout le entregó el suyo, permaneciendo de pie y levantando los hombros a causa del frío que sentía.

El funcionario abrió el pasaporte y leyó los datos. Por un segundo posó su mirada en el rostro de Kohout. Intercambió unas palabras con un hombre vestido de uniforme, que estaba de pie junto a él, y luego indicó un banco que había detrás suyo, al fondo.

—Vaya usted allí y espéreme —dijo.

Kohout se puso pálido como el mármol.

—Mi equi… paje… —dijo tartamudeando—. Tengo que ir a la revisión de aduanas. ¿Qué quiere usted de mí?

—Lo encontrará todo en orden —dijo el funcionario tranquilamente—. Vaya usted allí y espéreme.

—¿Qué pasa? —preguntó Vittorin, inquieto—. ¿No están en regla nuestros pasaportes? Vamos juntos.

El funcionario levantó la cabeza.

—¿Van juntos? Entonces vaya usted también allí. Terminaré en seguida.

Al mismo tiempo, hizo una señal al hombre que estaba de pie en la entrada. La puerta fue cerrada. Luego siguió examinando los pasaportes de los demás viajeros.

Vittorin puso su mochila sobre el banco, al lado de la maleta de madera de Kohout.

—¿Qué has hecho? —le preguntó susurrando—. ¿No está mi pasaporte en regla? En este caso, dímelo en seguida.

Kohout volvió la cabeza hacia la pared y no respondió.

Mientras tanto, el funcionario de control había terminado de revisar los demás pasaportes. Se levantó.

—Vengan conmigo —indicó a los dos.

—¿Adonde? —preguntó Vittorin.

—Ya lo verán en seguida. No hagan comedia y síganme.

Vittorin tuvo que esperar ante la puerta de un despacho. Kohout y el funcionario entraron dentro.

«Jefe del servicio de seguridad fronterizo», podía leerse en el rótulo. No cabía ninguna duda de que el pasaporte era falso. Vittorin apretó con fuerza los dientes. ¡Si todo hubiera pasado ya! ¡Aquella espera, aquella larga espera interminable! ¡Luego un interrogatorio! ¡Luego vuelta atrás! ¿Vuelta atrás? ¡No! Vittorin estaba decidido a no volver. Si le rechazaban el pasaporte, tendría que atravesar la frontera aunque fuera a pie.

Se abrió la puerta. Salió Kohout. Tras él apareció un hombre que llevaba la maleta de madera, de estilo militar.

—No ha sido más que un malentendido —dijo Kohout con voz ronca y con un parpadeo nervioso en los ojos—. Se aclarará todo en seguida. Con todo, puedes seguir viajando; ya te seguiré.

—Entre —dijo a Vittorin el hombre que llevaba la maleta —. El jefe lo está esperando. Luego ya podrán hablar.

El jefe, un hombre mayor, con un bigote corto, rubio y bien atusado, indicó a Vittorin con un movimiento de la mano que tomara asiento. El funcionario de control estaba de pie en una actitud servicial junto al escritorio de su jefe.

—Georg Vittorin, empleado de una empresa privada — empezó diciendo el jefe, al tiempo que entregaba el pasaporte al funcionario de control—. Responda usted a las generalidades de rigor.

Luego hizo a Vittorin un montón de preguntas que se refirieron al objetivo de su viaje, a su relación con Kohout, al dinero que poseía y a la forma de conseguir ese dinero. Todas las respuestas las apuntó en un papel.

—¿No está en regla mi pasaporte? —preguntó Vittorin.

—Su pasaporte está en regla. No hay ningún impedimento para que usted pueda proseguir su viaje —explicó el jefe—. Cuando haya firmado esto, podrá marcharse.

Vittorin respiró, aliviado.

—Quisiera esperar a mi amigo —dijo—. Viajamos juntos.

El jefe se alisó el bigote rubio.

—Su amigo queda detenido y vamos a entregarlo al departamento de justicia correspondiente —observó—. Ha confesado haber cometido un desfalco en el despacho donde trabajaba. Ha sustraído a su jefe, el abogado doctor Sigismund Eichkatz, de Viena, calle Grosse Mohren 11, la suma de doscientas setenta liras, ciento dieciocho marcos alemanes, cuatrocientos veinte leis y mil ochocientas sesenta coronas, correspondientes a la caja que se le había confiado. Todo ese dinero lo llevaba consigo. Lo hemos comprobado.

—¡Pero yo no tengo nada que ver con todo eso! —exclamó Vittorin, asustado—. ¡Se lo juro! ¡Le doy mi palabra de honor…!

El jefe levantó la mano en señal de advertencia.

—Si usted hubiera sido afectado por los hechos o por alguna indicación de su amigo —afirmó—, entonces lo hubiera detenido a usted también. Firme esta declaración. Si se apresura, todavía podrá subir al tren.

Kohout no estaba en el andén. Sólo cuando el tren abandonaba la estación, Vittorin logró ver de nuevo a su amigo.

Kohout estaba de pie entre dos policías, junto a la sala de espera. Miraba al suelo. Al pasar el tren

por delante, Vittorin le hizo por señas un saludo de despedida, pero Kohout no se dio cuenta. Parecía hablar de modo vehemente consigo mismo, ya que iba apoyándose

alternativamente sobre un pie y so bre el otro, al tiempo que hacía girar sus manos sobre las muñecas.

La frontera

Novochlovynsk está aproximadamente a unos veinte kilómetros al sur de Berdiczev y consiste en tres o cuatro calles miserables y una plaza de mercado. Cerca del río hay unas cuantas cabanas de pescadores que los habitantes de Novochlovynsk llaman «el arrabal». La posada que hay en la plaza del mercado, el «Hotel Moskva», fue ocupada, tras la retirada de las tropas austríacas, por el alto mando del tercer regimiento de voluntarios ucranianos, para los oficiales y los miembros de las diversas oficinas. En el edificio de la escuela, que durante la guerra se había utilizado como depósito de monturas, se había instalado la oficina telegráfica del Estado Mayor. La estación de ferrocarril se halla fuera de la población. Quien quiere llegar hasta ella a pie, durante el invierno, se hunde en la nieve hasta las rodillas.

Hasta aquel punto, el viaje de Vittorin había ido bien; pero, desde allí, parecía imposible seguir adelante. Entre Novochlovynsk y Berdiczev se extendía el frente de los voluntarios ucranianos de Petljura y, ante él, se encontraba el segundo regimiento letón de tiradores del ejército rojo.

En la vivienda de un zapatero, Vittorin encontró alojamiento. Evitaba mostrarse por la calle. Era una habitación oscura, mal conservada y pobremente amueblada. Le servía tanto de dormitorio como de cocina y sala de estar. El zapatero se había retirado con sus herramientas de trabajo a una especie de cuarto para trastos viejos.

En la cuarta noche de su estancia allí, Vittorin fue despertado por unos enérgicos golpes dados a la puerta de la casa. Se puso encima el abrigo y bajó por la escalera que crujía bajo sus pies. El zapatero abrió la puerta que daba a la calle. Fuera había un hombre enjuto, bastante mayor, de cejas muy pobladas; a pesar del frío que hacía, no llevaba abrigo ni chaqueta de piel. Junto a él y sobre la nieve, cubierta con un abrigo marrón, se acurrucaba una figura que no cesaba de hablar para sí misma en voz baja. El zapatero iluminó el rostro del que estaba de pie.

Con rápida mirada reconoció en él al oficial ruso. Quiso entrar de nuevo en su casa y cerrar bien la puerta con cerrojo: éste fue su primer pensamiento; pero Vittorin se interpuso.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué desea?

El extranjero se llevó la mano a su gorra de piel de corderillo.

—Capitán de caballería Stackelberg, del regimiento de dragones de Nishgorod —dijo con voz ronca—. Busco alojamiento para mí y mi camarada.

—¿Alojamiento? Para los oficiales rusos hay habitación en el Hotel Moskva.

El capitán de caballería sacudió la cabeza.

—Para nosotros, no. No pertenecemos a ese ejército de voluntarios. Mi camarada está enfermo; si no le encuentro una habitación caliente y ropa seca, morirá aquí, sobre la nieve; ya no lo puedo llevar más lejos.

—¿Qué le ocurre a su camarada?

—No lo sé. Cierta fiebre. Como ve usted, delira. Ha hecho un viaje muy pesado. Necesita tranquilidad, una habitación caliente, una cama.

Sólo había una cama en aquella casa. Pero Vittorin no se lo pensó por mucho tiempo.

—Hay una cama para su camarada —dijo—. Encontraremos también sitio para nosotros dos; ya nos arreglaremos. ¡Entren!

El capitán de caballería se llevó otra vez la mano a su gorra.

—Se lo agradezco —dijo—. ¡Mitja, levántate! Mitja, ¿no me oyes? Esto sí que es una enormidad: ¿ahora quieres pasar la noche sobre la nieve? Levántate; hay un poco de fuego en la estufa.

Se sacudió la nieve de la cazadora de cuero y se dirigió de nuevo a Vittorin diciendo:

—Mi camarada se llama Dimitrij Alexejevich Gagarin. Los del otro lado —indicó con la mano hacia el este—, los del otro lado mataron a su padre. Lo fusilaron. Era el conde Gagarin. Usted no es ruso, pero quizá conozca ese nombre.

Los tres pasaron tres semanas en la habitación del zapatero. El capitán de caballería dormía en el suelo; Vittorin se había construido una yacija para pasar la noche con dos sillas y una chaqueta de piel.

Durante ese tiempo, se distribuyeron los cuidados del enfermo y el trabajo de la casa. Por la mañana, Vittorin iba al arrabal para comprar pan, harina, huevos, queso de oveja o pescado. Mientras tanto, el capitán de caballería barría la habitación y encendía fuego en la estufa. Al atardecer venía el médico, un hombre mayor que había sido anteriormente cirujano militar en un regimiento de Volhinia, y examinaba al enfermo. Cuando volvían a estar solos, tenían conversaciones interminables sobre Europa, sobre Rusia y sobre su propio destino, mientras el enfermo, con las mejillas hundidas y enrojecidas por la fiebre, se incorporaba en la cama y escuchaba en silencio.

—¿Por qué he de tener secretos para usted, si es nuestro benefactor? —dijo el capitán de caballería—. Por otra parte,

llegaría a adivinarlo. Mitja llega ahora de Moscú, atraviesa el frente y lleva ya por tercera vez papeles, documentos; yo también realizo esta tarea para el gobierno legítimo. Algunas veces paso igualmente…

—¿Es tan fácil? —preguntó Vittorin, excitado—. ¿Resulta algo tan sencillo atravesar el frente? Su camarada es joven; seguramente no tiene aún dieciocho años y, sin embargo, tiene el coraje…

El capitán de caballería soltó una carcajada breve y ronca.

—¿Coraje? Tiene tanto coraje, que casi se le ha convertido en un vicio. Por otra parte, ¡ese frente! ¿Qué clase de frente es?

—Serjocha, ¡dame ya el té! —exclamó desde la cama el enfermo con voz débil.

—En seguida, Mitja; pronto estará hecho; debes tener paciencia —dijo el capitán de caballería, al tiempo que su voz ronca adquiría un tono de ternura—. En Moscú lo hacen de remolacha, pero éste es té auténtico. ¿No te lo crees? ¡Ay, Mitja! Te lo han de poner todo ante los ojos para que lo veas; de lo contrario, no te crees nada. Eres así de incrédulo.

Cortó el pan en rebanadas. Luego prosiguió dirigiéndose a Vittorin:

—¿Qué clase de frente es? No hay fosas; ocupan casas de labranza: aquí una, allá otra. Ponen un centinela en el tejado y una ametralladora en la ventana: eso es el frente rojo. ¿Y qué hay que decir de los voluntarios ucranianos? No hacen más que hablar; discuten sobre si los oficiales deben llevar charreteras; van de una reunión a otra; hoy eligen un comandante y mañana lo deponen. Imprimen carteles de propaganda: «El ejército de voluntarios lucha por la democracia. ¡Entrad en nuestras filas! ¡Ayudadnos a defender Rusia!» Bonitas palabras, pero a mí, amigo, no me engañarán. Si he de morir, quiero hacerlo por otra Rusia, no por ésta.

Con un movimiento enérgico de cabeza indicó que aquel asunto se había terminado para él. Llevó luego al enfermo el té y un huevo duro.

—Mira —dijo señalando el huevo con la punta de su dedo manchada por la nicotina—: te traigo un pequeño tonelete que tiene más fuerza que dos cervecitas juntas. Ahora come, bebe y alégrate, Mitja, de que no te hayan quitado el alma.

Cuando Vittorin se fue por la mañana al «arrabal», pasó por delante de una maderería cubierta de nieve. La cerca de tablas que la rodeaba estaba llena de carteles del gobierno contrarrevolucionario. Entre rótulos azules, verdes y blancos, con llamamientos dirigidos al pueblo ucraniano, podían verse las caricaturas de Lenin, de Dserhinski, el presidente de la checa, de Joffe y de Sverdlov, el asesino del zar, como también representaciones impresas y sanguinarias de la atrocidad bolchevique. Una de aquellas imágenes mostraba un pueblo saqueado; miembros de la guardia roja, con caras brutales y repugnantes, derribaban a sablazos a los campesinos que salían huyendo de las cabanas incendiadas, se apoderaban de las mujeres y soltaban el ganado. En primer término aparecía un oficial del ejército rojo, vestido con pantalones de montar con galones rojos y botas altas de charol, con la estrella soviética en los brazos de su chaqueta de piel, a quien se le habían dado los rasgos del general soviético Vorochilov. Apoyado sobre su sable, miraba con sonrisa satánica y triunfal el cadáver inundado de sangre del pope que yacía a sus pies. Y debajo había escrito con tipos de letra de un rojo chillón: «Así liberan a nuestros hermanos rusos».

Cada vez que Vittorin pasaba por delante de aquella cerca construida con tablas se detenía ante esa imagen. La sonrisa orgullosa del oficial rojo lo mantenía asido, lo colmaba de cólera desamparada… «Tal como está ahí», pensaba, «elegante, con sus botas de charol y sus pantalones de montar, cuidadosamente arreglado hasta la punta de los dedos, seguro

que este asesino perfumado se lava en casa las manos con agua de Colonia, lee novelas francesas y tiene tras él a las mujeres. ¡Y mientras tanto yo… continúo metido en este maldito villorrio ucraniano, sin seguir adelante…!»

Sólo haciendo un esfuerzo violento conseguía separarse de aquella imagen. Cuando volvía a casa hablaba de Seljukov con su compañero de habitación.

—¿Michael Michajlovich Seljukov? No. No conozco a nadie que se llame así —opinó el capitán de caballería—. Tiene usted que preguntar por él en el departamento de registros de la comisaría de guerra. ¡Pero, Dios mío, qué lío se han hecho allí! Michael Michajlovich Seljukov. ¿Ha reconocido la revolución, ha traicionado al zar y ha prestado juramento al Soviet Supremo? Entonces, si está en uno de esos frentes, ya no es capitán del Estado Mayor, sino más bien comandante de batallón. Dijo usted que sirvió en el regimiento de Semjenov… Pero hoy en día anda todo revuelto; ¿quién puede desentrañar algo? Nuestro regimiento de dragones de Nishgorod se llama ahora «Regimiento rojo de caballería Lassalle». Cosas como éstas suceden en el mundo. Ahora bien, si se trata de un sanguinario, de un alma vulgar de este estilo, un sádico y un sicario de Satanás, tiene usted que buscarlo entonces en las dependencias de la Lubianka, ya que allí están metidos los maleantes de peor ralea.

—¿Qué es la Lubianka? —preguntó Vittorin.

—¿No ha oído usted hablar aún de la Lubianka? En tal caso, ¡qué Dios lo proteja! La Lubianka es el mayor matadero de toda Rusia, el cuartel general de la muerte. La Lubianka constituye el domicilio social de la checa moscovita.

El conde Gagarin, que estaba sentado detrás de la estufa cubierto con mantas de lana, levantó la cabeza y empezó a hablar.

—¿No conoce usted la Lubianka? Yo sí que la conozco, bien lo sabe Dios. Fui allí con un pase donde ponía:

«Departamento C.R.», es decir: contrarrevolución. Y yo me pregunto: ¿por qué C.R.? Mi padre no se había metido nunca en política… Ante la puerta hay un individuo, un marinero con brazal rojo, que me deja entrar. Dentro hay un comisario que lleva gafas y una bufanda que le envuelve la cabeza: quizá tiene dolor de muelas. Y yo pienso para mis adentros: «¿Por qué no ha de tener compasión? Al fin y al cabo, no es más que un alma bendita». Coge el pase que llevo… «¿En qué puedo servirle, ciudadano?» Le respondo: «Esta misma mañana he llegado de San Petersburgo, camarada. El martes trajeron aquí a mi padre. Quisiera preguntarle por qué motivo lo han encarcelado». El comisario echa un vistazo a la lista… «No. No está aquí.» «Le ruego, camarada, que lo mire otra vez.» Empieza a molestarse. «¿Qué quiere usted? En mi lista no está. Vuelva mañana; como ve, estoy ocupado. ¡El siguiente!» «Pero me han enviado aquí. El acta deben tenerla ustedes.» Golpea la mesa con el puño: «Me está haciendo perder el tiempo. ¡Vayase de aquí! ¡El siguiente!». Empieza a escribir y ya no vuelve a prestarme ninguna atención.

El capitán de caballería se puso en pie y empezó a pasearse, inquieto, por la habitación, andando de un lado para otro.

Luego cogió de la mesa un vaso de vino tinto y se lo llevó a su compañero.

—¡Bebe, Mitja! —dijo con voz ronca—. Ya verás cómo se te alegrará el corazón.

—Fuera esperan personas: mujeres con los ojos llenos de lágrimas. Pero yo continúo de pie en la estancia y sigo pensando: «Debe de estar en el sótano, yace sobre el suelo húmedo y debe de tener hambre». El comisario levanta la vista: «¿Aún está usted aquí? ¡Vayase al diablo! ¡Largo de aquí en seguida!» «Camarada», digo, «le ruego…». En ese momento entra un individuo en la habitación; trae el periódico. El comisario lo coge y empieza a leer… De repente se vuelve

amable; me hace señas para que me acerque; frunce los labios; su voz se vuelve muy dulce… «¡Qué casualidad tan grande! ¡Qué feliz coincidencia! Me alegro de verdad. Me hallo en la agradable situación de poder informarle. Lea usted aquí, por favor…» Cojo el periódico; es el hvestija; y allí aparece, exactamente en la primera página: «Esta noche han sido fusilados en el campo de Chotynski el general S.I. Nelidov…». Luego seguía otro nombre: un profesor que no conocía; y después… Tuve que aferrarme a un canto de la mesa; ante mis ojos, una niebla blanca; caí al suelo; no tuve ni siquiera tiempo de santiguarme.

El capitán de caballería se había liado un cigarrillo. Suspiró mientras lo encendía con su encendedor.

—Sí, es triste este mundo de Dios —dijo—. Un ejército de verdugos impera sobre la gran y santa Rusia. Ten paciencia, Mitja: los aplastaremos como cáscaras de huevo. Llegará el día en que su sangre será lavada con agua bendita y quitada del suelo ruso.

El capitán de caballería pasó todo el día fuera de casa. Sólo regresó hacia las nueve de la noche, calado hasta los huesos y tiritando de frío. Echó sobre la mesa su gorra de piel de cordero y se apartó los cabellos de la frente. Luego se agachó para atizar el fuego de la estufa.

—Es tal como dije —informó sin enderezarse—. Los voluntarios han recibido refuerzos y munición de artillería. Habrá combates. El frente se vuelve a despertar.

Vittorin comprendió que se trataba de una mala noticia. Tal vez significaba que desde ahora sería absolutamente imposible seguir adelante. Consternado, se volvió hacia el conde Gagarin e intentó leer en su rostro. Pasaron los minutos. Fuera aullaba la tormenta de nieve.

El conde Gagarin mantenía su cabeza inclinada hacia un lado y reflexionaba.

—Dios está entonces con nosotros —dijo finalmente—. Será, pues, esta misma noche.

Vittorin se levantó. Si el frente aumentaba en viveza y actividad, era claro que el asunto adquiría entonces el carácter de una empresa arriesgada y temeraria. Y sin embargo… el conde Gagarin estaba decidido a mantener su palabra. Vittorin se acercó a él; quería darle las gracias y buscaba las palabras adecuadas… Pero el joven oficial ruso lo sacó de su perpejidad con una sonrisa.

—¿Por qué hay que seguir hablando sobre este asunto? ¿Para qué? Son doce verstas: un pequeño paseo.

—¿Doce verstas? ¡Las habrá contado el diablo! —dijo refunfuñando el capitán de caballería—. Son más de veinte. Y luego, Mitja, no lo olvides: la tormenta de nieve.

—Bien; quizá sean veinte. No nos moriremos de frío. ¿Quieres hacerme enrojecer de vergüenza, Serjocha? ¿Quieres que no mantenga mi palabra? Entre nosotros, en el Don, los cosacos tienen un proverbio: «Echa tu corazón sobre la fosa y tu caballo lo seguirá».

El capitán de caballería se encogió de hombros y no respondió nada.

Ya no se dijo gran cosa durante aquellas primeras horas de la noche. El conde Gagarin hizo sus preparativos. Los anteojos, el mapa, la brújula. Una botella pequeña de coñac. Víveres para dos días. Luego examinó con cuidado su revólver Smith & Wesson y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta gris de campesino.

Una hora antes de medianoche se pusieron en marcha. A llegar a las últimas cabanas del arrabal, el capitán de caballería se despidió.

—Ahora ve, Mitja, y que Dios te proteja. Siguiendo la costumbre rusa, besó a su amigo en ambas mejillas. Luego estrechó la mano de Vittorin.

—Debo darle a usted las gracias por el alimento, por el fuego y por el alojamiento que nos ha dado. No lo olvidaré. ¡Que todo le vaya bien!

Se marcharon. Algunos rodrigones recubiertos con paja, que se elevaban por encima de la nieve, les indicaron el camino. A su derecha se extendía la cinta brillante del río cubierto de hielo. Una luna hostil y amenazadora aparecía en el cielo. El viento azotaba ante sí nubes deshilachadas y sacudía la nieve de las ramas deshojadas de los avellanos y los nísperos. Las cabanas de pescadores desaparecían en la oscuridad de la noche y la soledad invernal pesaba como una losa en el alma de Vittorin.

Entre las nubes, que impulsadas por la tormenta corrían a toda velocidad por el cielo, apareció la luna. Bajo su resplandor, el conde Gagarin divisó a la derecha del camino la manipostería oscura de una casa de labranza abandonada. Eran alrededor de las tres de la madrugada. Se detuvo.

La nieve seguía cayendo en copos espesos; con todo, el frío había menguado un poco. A Vittorin le pareció que había llegado al final de sus fuerzas. Daba tumbos como un borracho; resbaló dos veces, cayó al suelo y volvió a levantarse. Con los ojos cerrados, se esforzaba por andar a través de la nieve. Su aliento se volvía jadeante; sus pies estaban entumecidos por el frío; en sus mejillas aparecían las heridas candentes producidas por la helada.

—¿Hemos de seguir andando aún mucho tiempo? —preguntó con un leve quejido cuando hubo alcanzado a su guía.

—Hemos recorrido ocho verstas, no más —el conde indicó la casa de labranza—. Descansaremos un poco; dormiremos; esto le irá bien.

—¿Está habitada la casa?

El conde Gagarin movió la cabeza en señal de negación.

—Aquí, en esta región, no hay nadie —dijo—. Estamos entre los dos frentes. Es triste ver una casa abandonada como ésta. Aquí vivieron antes campesinos; vivían al estilo propio de sus antepasados: dormían, bebían, zurraban a sus mujeres, rogaban a Dios y araban la tierra. Aquí la tierra es negra y la semilla prospera. Ahora se han marchado; nadie sabe adonde.

Sacó el seguro de su revólver, porque siempre era posible que alguna patrulla pernoctara en la cabana. Entraron. La estancia estaba vacía; por las hendiduras del techo penetraba la luz de la luna.

—Hay paja aquí y allí hay una manta para caballerías —exclamó el conde Gagarin—. Esto no es una simple cabana, sino un auténtico castillo de zares. Dormirá usted aquí como si se encontrara al abrigo del mismo Dios.

Vittorin, completamente exhausto, se dejó caer en el suelo en el mismo lugar donde se hallaba. El conde Gagarin extendió sobre él la manta y puso bajo su cabeza un montón de paja. Se colocó junto a la mesa y encendió un cigarrillo.

—¿No dormirá usted? —preguntó Vittorin. —Uno de los dos debe vigilar y estar despierto —dijo el oficial—. Aquí tengo la botella de coñac. Pero es mejor que lo ahorremos para mañana.

—Todo ha ido bien, ¿no es verdad? —preguntó Vittorin.

El hecho de hablar le producía cansancio. Sus labios, que se habían agrietado a causa del frío, le producían dolor.

El conde Gagarin no respondió. —Volverá usted por el mismo camino —siguió diciendo Vittorin—. ¿Esperará al capitán de caballería en Novochlovynsk?

—No. Ha recibido la orden de ir hasta Tiaspol pasando por territorio polaco. Allí abajo, junto al Dniéster, algunas tropas rusas dispersas han formado un nuevo ejército.

—¿Y usted? ¿Qué es lo que va a emprender?

El conde Gagarin calló. Parecía reflexionar y estar sumido en sus propios pensamientos. En la oscuridad no podía verse otra cosa que el resplandor de su cigarrillo.

—Seré galgo o liebre, según sea la caza —dijo tras un momento de silencio—. ¿Quién de nosotros puede decir lo que traerá consigo la hora siguiente? Quizá llevaré de nuevo el distintivo azul de mi regimiento; quizá reventaré como una rata en uno de los sótanos de esas checas. No vale la pena pensar en ello. Sea como sea, mi alma alcanzará su meta.

—¿Y cree usted que la vieja Rusia, la Rusia que usted amaba, volverá?

—Quizá, tal vez —dijo el conde Gagarin, y su voz resonó al mismo tiempo con un dejo de cansancio y de tristeza—. A través del fuego y del dolor, Rusia sigue su camino. No nos es dado saber, sin embargo, adonde lleva.

Dio una chupada a su cigarrillo. Luego bajó de un salto de la mesa, donde se había sentado, y dijo en un tono de voz enteramente distinto:

—Hace frío aquí. ¿Le molesta si, para calentarme, bailo una «*lesginka*»?

Vittorin se despertó. En la cabana, la oscuridad era aún más profunda que antes. Le pareció como si hubiera dormido sólo durante unos pocos minutos. A lo lejos se percibía un trueno sordo y un fragor apagado. Vittorin levantó la cabeza y se puso a escuchar.

—¿Esperaremos hasta que haya pasado la tormenta? —preguntó, medio dormido.

—Lávese la cara con nieve; esto lo reanimará —se oyó desde la puerta la voz del conde Gagarin—. Quien habla ahora es el infierno, no el cielo. Desde hace media hora están disparando los voluntarios; preparan su ataque. Pero usted no ha oído nada; ha dormido como un hombre bendecido por

Dios… ¿Está listo? Tenemos que cambiar la dirección de nuestra ruta; no podemos perder ahora demasiado tiempo.

Abandonaron la cabana. La tormenta de nieve les golpeó la cara. El conde Gagarin indicó el sudeste.

—Allí hay el bosque, oscuro como el alma de un hombre desconocido. Sígame muy de cerca: el camino es malo. Un poco de nieve sobre una capa delgada de hielo y debajo hay terreno pantanoso.

Durante dos horas fueron andando en medio de las tinieblas nocturnas y las primeras luces del amanecer. Cuando la tormenta de nieve se hacía violenta, buscaban refugio bajo los sauces. El conde Gagarin se arrojó una vez al suelo: el cono luminoso de un proyector recorrió las colinas y los campos cubiertos de nieve. Al hacerse de día, llegaron a una pendiente de abedules que ascendía hasta la cima de una colina. Cuando estuvieron arriba, en la cumbre, descansaron. Nubes grisáceas y azuladas se extendían sobre un cielo frío y transparente. Entre los troncos de abedules podía verse la nebulosa lejanía.

—Ahora estaría bien prepararnos un té —opinó el conde Gagarin—. Pero no podemos. Mire usted… ¡Allí!

Señaló un recodo del valle. Soldados rojos de caballería se hallaban allí abajo, a la orilla de un charco: tres de ellos se habían apeado y golpeaban con las culatas la superficie de hielo, a fin de hacer un agujero en el que pudieran abrevar los caballos. Su comandante se encontraba a cierta distancia de ellos: parecía estar escuchando a lo lejos fuego de artillería.

El conde Gagarin dio la orden de marcha. Bajó de la colina y se puso a andar por el cauce de un arroyo helado, profusamente bloqueado por la nieve. Durante mucho tiempo, el camino los llevó por un campo llano, recubierto de espesos arbustos. Una vez dio la impresión de que el conde Gagarin se había extraviado. Consultó la brújula y el mapa; dio un fuerte giro hacia la izquierda y encontró el camino adecuado.

Hacia las nueve de la mañana se detuvo: señaló los postes telegráficos y una garita destruida por la artillería.

—Hemos atravesado la línea del ferrocarril —dijo—. Tenemos que andar aún un cuarto de hora y estaremos a buen recaudo.

La niebla había desaparecido y ante sus ojos apareció el objetivo de su caminata: el bosque de Berdiczev.

—Nos queda aún un cuarto de hora —siguió diciendo el conde Gagarin—. Pero me gustaría que hubiéramos superado ya este último tramo. El viento ha despejado la niebla; no es nada bueno. Si al otro lado, al linde del bosque, ronda una patrulla, podrá vernos a mil pasos, pero nosotros no la veremos. Ahora bien, tenemos que llegar hasta allí y, como no podemos volar como los grajos, correremos como liebres. Antes, sin embargo, voy a inspeccionar un poco los alrededores. Se puso los anteojos en el bolsillo y subió al tronco de un pino, que había crecido de un modo un tanto torcido, a fin de reconocer el terreno. Por la parte del norte seguía oyéndose el sonido débil de fuego de artillería y, a menor distancia, se oía el fragor intermitente de una ametralladora. Las ramas crujían y se balanceaban; la nieve caía en abundancia; una corneja pasó volando y graznando por encima del árbol.

De repente sonó un tiro procedente del bosque. Vittorin se sobresaltó; pero el conde Gagarin permaneció encima del pino en la actitud de quien acecha y está escuchando; se puso los prismáticos sobre los ojos y no se movió. Pasaron varios minutos. Luego, el oficial ruso bajó lentamente del árbol, sujetándose con precaución a cada rama. Cuando llegó abajo, se quedó apoyado al tronco del pino.

—Ha llegado la hora de despedirnos —dijo—. Desde ahora tendrá que arreglárselas usted solo. Coja la brújula y el mapa. Si al otro lado tropieza con algún centinela, hágale leer cualquier papelucho y, mientras lo lee, lo abate de un golpe. Pero si son varios…

—¿No viene usted conmigo? —lo interrumpió Vittorin.

—No, no. ¿Para qué? Quiero hablarle con toda franqueza. Ya sé que es una vergüenza, pero al fin y al cabo es así: tengo miedo.

Vittorin lo miró fijamente sin pronunciar ni una sola palabra.

—No me cree —prosiguió diciendo el conde Gagarin en voz baja—. Pero le estoy hablando tan sinceramente como si lo hiciera ante el mismo Dios. ¿Por qué no debería tener miedo, puesto que amo la vida? Usted, sin embargo, tiene un deber que cumplir; le espera una gran misión, tal como nos dijo. Tiene que seguir adelante. Apresúrese; no puede perder tiempo; de lo contrario será demasiado tarde.

—¿Y usted se queda aquí?

—No. Tengo que regresar. Sería bonito yacer aquí, en medio del campo, cerrar los ojos y soñar lo mismo que sueña la tierra.

Cayó al suelo, sobre la nieve. La gorra se deslizó de su cabeza y los cabellos le cubrieron la frente.

Sobrecogido por un miedo súbito, Vittorin se inclinó sobre él.

—Está usted herido.

El conde Gagarin meneó la cabeza en señal de negación.

—¡Sí, está usted herido! —exclamó Vittorin—. Déjeme ver…

—Bien, sí, estoy herido —dijo el conde Gagarin con un movimiento de impaciencia—. Pero, ¡por el amor de Dios!, vayase ahora. Cuando llegue a los arrabales de Berdiczev, envíeme un campesino, que por la noche podrá llevarme en un trineo… Ha sido un vigía letón; estaba allí arriba, a la izquierda, en el linde del bosque; lo he visto; pero ha sido demasiado tarde; el disparo me ha alcanzado la pierna. Y

ahora apresúrese; debe ir siempre por la derecha; de la contrario, se precipitará en manos de la patrulla. Pero vayase… No quisiera haberlo traído hasta aquí inútilmente.

—Yo mismo volveré con el trineo para recogerlo —dijo Vittorin—. Pero, ¿qué pasará, si mientras tanto lo encuentra la patrulla? —Demasiadas preguntas, mientras el tiempo pasa. No se preocupe. Sé cómo hay que hablar con esa gente; les explicaré cualquier cosa. Les contaré que he desertado de los voluntarios para luchar al lado de la Rusia roja. Me sacarán una libra de té y unas cuantas pastillas de jabón, y luego me llevarán a cualquier hospital. No ocurrirá nada más… Pero ahora basta ya de ceremonias de despedida, camarada. Ármese de valor y corra por su vida.

Corrió ciertamente por su vida, pero no llegó lejos. En medio del camino tropezó con la patrulla roja.

Una bala pasó zumbando por encima de su cabeza y otra le rozó el oído. Se arrojó sobre la nieve. Permaneció tendido, jadeante; le bullía la sangre y sentía arder sus sienes. Cuando recobró el aliento, se puso a gritar tan fuerte como pudo, dirigiendo su voz en dirección contraria:

—¡Desertor! ¡No disparéis! ¡Desertor!

Tras un alud de nieve aparecieron cuatro soldados rojos. Se le acercaron con las armas preparadas para disparar. El que iba en primer lugar, que llevaba un abrigo de arpillera y una escarapela en la gorra, se detuvo y dijo con una expresión de burla en la cara:

—Un desertor. Lleva una chaqueta de campesino y quiere atravesar el frente. Pero ya veremos qué clase de desertor eres. ¿Dónde está el otro?

Vittorin se levantó.

—Estoy solo.

—¡No mientas, hijo de puta! —bramó el que dirigía la patrulla—. El otro que ha subido al árbol, ¿dónde lo has dejado?

Vittorin se sacudió de la frente los copos de nieve.

—Allí, junto a la garita —dijo—. Quizá se haya marchado.

—Bien, no habrá ido muy lejos. ¡Ve tú delante, camina! Si intentas escaparte, te alcanzará una bala por el camino.

Junto a la garita encontraron al conde Gagarin. Se había quitado una bota y se estaba vendando la rodilla herida con una tira de tela blanca. Al ver llegar a los soldados rojos, dio lentamente un par de chupadas a su cigarrillo. Sin darse prisa, se sacó del bolsillo una cinta con los colores de Rusia y la sujetó con mucho cuidado en la manga de su chaqueta. Luego asió el revólver que estaba junto a él, sobre la nieve, dejó que brillara por unos segundos bajo la luz de aquel sol invernal, se lo puso en la sien y apretó el gatillo.

En pocos saltos, el que dirigía la patrulla estuvo junto a él. Cogió la mano del muerto y la examinó.

—Lo que pensaba —dijo—. Un hijito de terrateniente. Un oficial de la guardia blanca. Bueno, él mismo se ha dado lo que se merecía; no ha hecho más que ocuparse él mismo de su propia suerte… ¡Registrad sus bolsillos!

Nadie se fijaba en Vittorin. Podría haber huido. Pero permaneció de pie, como aturdido, y lleno de horror miraba fijamente al joven oficial ruso, que yacía allí, sobre la nieve, pálido y con los ojos cerrados, soñando lo mismo que soñaba la tierra.

—Es joven; la leche mana todavía de sus labios —dijo uno de los soldados—. Pero ya tenía novia y llevaba su fotografía en el pecho.

Arrojó el retrato sobre la nieve.

—¿Y qué hacemos con éste, camarada? —siguió diciendo el soldado—. Ha de ser también un espía. ¿No debemos

mandarlo a hacer compañía a este señor oficial, como ayudante de una persona tan ilustrísima?

—Ya lo decidirá el comandante —dijo—. ¡Lleváoslo! Hay que interrogarlo.

Encerrado en un granero, que se encontraba inmediatamente detrás de la línea que constituía el frente, Vittorin esperaba inútilmente que lo llamaran para ser interrogado. Parecía que lo hubieran olvidado por completo. El soldado rojo que lo vigilaba no respondió a ninguna de sus preguntas. Al mediodía fue relevada la guardia. Una hora más tarde llevaron a Vittorin a Berdiczev, a la prisión de Grigorov.

Un silencio opresivo reinaba en las calles de la ciudad. Empezaba a oscurecer, pero en ninguna ventana aparecía el resplandor de una luz. En el mercado de baratijas había gente que quería vender lo que le parecía superfluo entre las cosas que poseía. Una chica, con una expresión de temor en el rostro, ofrecía a un traficante utensilios de cocina y una cortina de seda amarilla apta para cubrir una ventana. Un viejo que andaba encorvado llevaba en una mano un jarro chino y en la otra un par de zapatos de escota zurcidos. Cuando los soldados rojos que escoltaban a Vittorin se acercaron a la plaza, tanto compradores como vendedores se dieron rápidamente a la fuga; quedó solamente el viejo que llevaba el jarro chino, intentando esconderse detrás de una caseta construida con tablas.

Los montantes de madera habían sido arrancados: habían sido utilizados ya en otoño como material de calefacción. Sobre los peldaños de la escalera de la iglesia estaba sentada una mujer, que llevaba un vestido de seda negra, roto; al oír los pasos de los que cruzaban la plaza, se puso en pie sin levantar la cabeza y extendió sus manos. De una celdilla oscura surgió de repente un guardia e iluminó con una linterna de bolsillo el rostro de Vittorin y de sus acompañantes. En un patio se alineaban en fila algunos ciudadanos, silenciosos y

con las cabezas gachas, que se habían reclutado para utilizarlos en el frente en trabajos de desmonte y terraplén. En las puertas de las casas, en las paredes y en las empalizadas colgaban decretos del Soviet del lugar. Exigían de cada habitante la entrega de tres juegos de ropa para las necesidades del ejército rojo.

En la prisión de Grigorov, el nombre de Vittorin fue inscrito en el registro. De lo que hablaron entre sí sus acompañantes sacó que era sospechoso de espionaje a favor de la contrarrevolución, pero no pudo saber a qué se referían concretamente esas palabras.

Sólo cuando la puerta de la celda se cerró tras él, cedió la impresión que lo había dominado durante todo el día. Bajo el brillo mortecino de una lámpara de aceite, que colgaba del techo, pudo ver a varios hombres; eran más de una docena; algunos yacían en camastros de madera o en el suelo; otros estaban acurrucados sobre hatos de paja; un hombre estaba sentado sobre una caja rota… Y aquella visión produjo en Vittorin una especie de tranquilidad: ya no estaba solo, sino que era uno entre muchos; tenía compañeros de destino.

Sentía cansancio; tenía necesidad de sentarse y de reflexionar tranquilamente sobre su situación, hacerse una idea clara de cómo había sucedido todo. Y mientras se deslizaba lentamente hasta el suelo, palpando con las manos, oyó junto a él un grito que era más bien un chillido salvaje, un grito que se convirtió en el bufido de un gato irritado, un grito que resonó provocado a la vez por la cólera, el miedo y la desesperación:

—¡No me toque! ¡Vaya con cuidado! ¡No me toque! ¿No ve que estoy muerto?

Vittorin se levantó en seguida y vio, asustado, una figura rígida e inmóvil que yacía en el suelo: tenía el rostro vuelto hacia la pared y mostraba un estado de deformación que no era natural.

Procedente del camastro de madera, pudo oírse un quejido proferido en tono suave:

—No es posible. No es posible. ¡Santo y todopoderoso Dios, no me dejan dormir!

Un viejo se levantó del sitio que ocupaba junto a la ventana. Pasando cuidadosamente por encima de los que yacían en el suelo, se dirigió hasta donde estaba Vittorin.

—No haga caso de ese que está ahí: está enfermo —dijo —. Esos de arriba han llegado a quitarle la razón. Tendrían que llevarlo a un hospital; pero aquí, en esta casa, la enfermedad no tiene derecho a un mejor trato. ¡Venga! Soy el más antiguo de la celda: le indicaré un sitio.

Junto a la ventana había más espacio. Los prisioneros se habían amontonado en el centro del calabozo para protegerse del viento helado que penetraba por los cristales rotos. El más antiguo de la celda se sentó al lado de Vittorin.

—Usted es extranjero; no es de esta ciudad, ¿verdad? —dijo—. ¿De qué lo acusan? Como ve usted, soy un especulador. Teníamos aún un poco de harina y azúcar; mi mujer cocía pasteles, y yo los vendía en las cafeterías por las esquinas de las calles. Este es mi delito; por eso estoy aquí. Me encarcelaron entonces, cuando empezaron a perseguir a Artemjev. Artemjev… ¿No conoce usted este apellido? Artemjev. Es un antiguo revolucionario socialista, un terrorista, un instigador de la época de los zares… Según dicen, va camino de Moscú, con la misión, encomendada por el comité ejecutivo de París de los mencheviques, de ajustar las cuentas con Sinovjev, con Lenin y con Kamenev, sus viejos amigos. Ha de saber usted que los que ostentan el poder hoy en día temen más a ese Artemjev que a todos los generales de la guardia blanca, ya que conoce los métodos de combate: no trabaja con proclamas, sino con dinamita, con máquinas mortíferas…

Vittorin apretó con fuerza los dientes y ahogó un gemido de cólera y desesperación. También él tenía que ajustar cuentas; pero una casualidad sin sentido lo retenía firmemente allí; el destino lo había puesto poco a poco de parte de su enemigo.

—Todavía no me han interrogado —susurró en voz baja y lleno de rabia—. ¿Cuándo me llamarán para interrogarme?

—Si tiene usted suerte, es posible que pase aún mucho tiempo —opinó el más antiguo de la celda—. Quizá lo olviden a usted.

—Pero yo quiero ser interrogado. ¿No lo entiende? —exclamó Vittorin—. Exijo mis derechos, no otra cosa. Exijo mis derechos humanos.

El viejo levantó su mano con un movimiento de cansancio y desesperación.

—¿Qué significan estas palabras? —dijo—. ¡Derechos humanos! Quien está en esta casa ha perdido sus derechos humanos. En cuanto al interrogatorio, es mejor así: no espere usted demasiado de ese interrogatorio. Dura dos minutos; no atienden a lo que usted dice; si al juez que lleva a cabo la investigación no le gusta su cara, puede hacerlo fusilar en seguida. En esto consiste el interrogatorio.

Vittorin calló y se puso a mirar fijamente la ventana protegida con rejas.

—¡Derechos humanos! —prosiguió diciendo el viejo—. Mire a ése de ahí, a Bobronikov, el «muerto» que lo ha asustado a usted con su grito. Antes de la revolución regentaba una joyería. Lo trajeron aquí porque había hecho quizás algunos negocios prohibidos. No se dejó destruir fácilmente. «Bastante a menudo», decía, «obsequié en mi casa a los comisarios; mi mujer, Iraida Petrovna, ya dará los pasos necesarios…» Durante los primeros días estuvo confeccionando zapatos de corteza fibrosa y trenzaba pequeños cestos con varas de sauce que le traía su hermana de

la Cruz Roja; en ello encontró satisfacción y entretenimiento. Pero un día el comandante tuvo la ocurrencia de llamarlo: «¡Que se presente el ciudadano Bobronikov para ser interrogado!» Lo llevaron allí abajo, a los sótanos. Allí yacían los cadáveres de dos personas que habían sido fusiladas dos horas antes… «Bien, ciudadano, ahora le toca a usted», dijo el comandante. «Durante mucho tiempo le han ido bien las cosas: se ha cebado aquí, entre nosotros, comiendo pan y sopa de pescado.» Hizo que se arrodillara, se puso detrás de él con el revólver y disparó dos veces haciendo que las balas pasaran rozando su cabeza. «Bueno, por hoy es suficiente», dijo luego. Se divertía haciendo esta clase de bromas. Pero Bobronikov se quedó en el suelo: no gemía ni se movía; tuvieron que trasladarlo de nuevo a la celda. Y desde aquella hora su cabeza se quedó en el otro mundo: ya no piensa en sus derechos humanos; grita llamando a los «popes» y a los miembros de la coral religiosa; quiere que lo entierren.

Por un momento se hizo el silencio en el calabozo. Luego el viejo habló otra vez:

—Ahora duerme; quizá sueña que está en la eternidad y que allí, ante la mirada de Dios, confecciona pequeñas cestas y zapatos de corteza fibrosa. También para nosotros ha pasado el tiempo. Allí, en el rincón, hay un cántaro de agua; pero hoy no podrá usted ya conseguir pan.

Apagó la luz de la lámpara y regresó a tientas a su sitio. Mientras se tendía en el suelo para dormir, señaló el techo de la celda.

—¿No lo oye usted? —dijo susurrando—. Es el comandante. Se pasa toda la noche andando de un lado para otro en su habitación. No puede dormir. Los muertos no lo dejan en paz.

Hacia las siete de la mañana se abrió la puerta. El carcelero entró en la celda, iluminó con su lámpara de acetileno a la cara del que yacía en el suelo en primer término y dijo gritando:

—¡Ciudadano Bobronikov, apresúrese! ¡Debe ir a la estación con su equipaje!

Bobronikov, el «muerto», dio un salto, soltó un grito penetrante y se fue corriendo a un rincón. Allí se arrojó al suelo y se hizo un ovillo uniendo manos y pies. Al más antiguo de la celda, que quiso tranquilizarlo, le mordió un dedo. De la celda vecina, en la que se había recluido a las mujeres detenidas, llegaron gritos histéricos de miedo y de socorro. Dos soldados rojos, que se apresuraron al oír aquel alboroto, pusieron término a aquella escena. Se arrojaron sobre el hombre enfurecido, lo arrastraron y lo hicieron salir así por la puerta.

Ya nadie pensaba en dormir. Amaneció un día lleno de soledad y de desconsuelo. Vittorin encontró en su bolsillo un poco de pan, queso y dos cigarrillos. Cuando empezó a comer, se le acercó un hombre ya mayor, que se inclinó cortésmente diciéndole su nombre —Leonid Vassilich Avdochin— y su profesión. Era abogado. Las intrigas y las denuncias de sus propios empleados lo habían llevado a la cárcel. Con voz suave y en un tono agradable comunicó a Vittorin que, según las ordenanzas de aquel establecimiento, el que había llegado el último tenía que fregar siempre el suelo de la celda. Lanzando una mirada ávida a los cigarrillos de Vittorin, se ofreció a hacerse cargo de aquel trabajo. Sgún dijo, hacía siete días que no había fumado.

Una vez conseguidos los cigarrillos, insistió cortésmente, aunque también con resolución, en realizar aquel trabajo en lugar de Vittorin. Según explicó, un poco de movimiento le iría bien. Y mientras se arrodillaba en el suelo y empezaba a pasar la bayeta húmeda, un hombre bajo y calvo se plantó ante Vittorin y dijo gritando:

—¡Mirad al nuevo! Se cree que es un príncipe. Una vergüenza: esto es lo que es. Deja que los otros trabajen para él. ¿No le da vergüenza?

Aquel hombre calvo había sido anteriormente empleado del Soviet; a causa de varios fraudes cometidos y por el hecho de haber aceptado dinero como soborno, lo habían encarcelado. Vivía en constante discordia con todos aquellos compañeros de celda que no eran de origen proletario.

El abogado salió en ayuda de Vittorin.

—Debería quedarse en su rincón y callar; debería guardar silencio, Ivan Sergejevich —dijo—. Aquí lo conocemos todos; sabemos qué clase de trabajador ha sido. No voy a echarme a sus pies para venerarlo. Con una mano cogía los rublos y con la otra se los metía en el bolsillo. Ésta es la clase de trabajador que ha sido usted.

El antiguo empleado del Soviet se puso pálido de cólera y llenó de improperios al abogado. Lo llamó vulgar usurero, rata asquerosa y piojo que debía ser aplastado. Luego dirigió su cólera contra un joven de cabellos cuidadosamente peinados, un actor de Kiev, que había aprobado las palabras del abogado.

La discusión se hizo general. El maestro de la escuela de chicas de la ciudad, Semjon Andrejevich, se lanzó sobre su vecino, un viejo vagabundo y mendigo de conventos, le dio un codazo y dijo bramando:

—¡No te acerques a mí, fantasma, viejo repugnante que traes el cólera! Te voy a romper todos los huesos. Te sientas aquí, tan ancho, como si tuvieras dos culos. ¡Apártate, desaparece! Me gustaría no verte durante cien años.

El más antiguo de la celda se dirigió a Vittorin, frunciendo las cejas:

—Así ocurre todos los días. Han olvidado cómo hay que vivir entre personas. Se ladran unos a otros, como los perros.

La aparición de la enfermera de la Cruz Roja puso fin a aquel altercado. Fue acosada por todas partes con preguntas, ya que la enfermera significaba para los presos de la celda la única unión con la luz, con la vida, con un pasado más feliz. Con todo, le estaba prohibido entablar conversación con los

reclusos. Repartió en silencio las porciones de pan para todo el día. A Storochev, un antiguo terrateniente, que yacía en el camastro, envuelto en una manta con fiebre y tiritando de frío, le dio unas gotas que sacó de su botiquín. El vagabundo, que se había retirado al rincón más oscuro de la celda ante los golpes de su vecino, se quejó de que le dolían los ríñones. Pidió jugo de oxicoco con que frotarse la espalda. Según explicó a la enfermera, ese remedio era infalible: servía incluso para combatir hemoptisis y picaduras de abeja; se lo había enseñado un monje del monasterio de Jakovlev, que se llamaba Amfilogi, «el que agrada a Dios».

El actor se acercó al abogado. Se pasó la mano por la barba rojiza, que le había crecido durante su cautiverio, y le dijo en voz baja, lanzando una mirada a la enfermera que en aquel momento abandonaba la celda: —¡Ha visto usted, Leonid Vassiljevich, cómo me ha mirado! Me ama: lo sé ya desde hace algunos días. Viene sólo por mí.

Mientras tanto, el vagabundo empezó a charlar con gran animación.

—Ese Amfilogi, «el que agrada a Dios» —explicó—, vivía en el monasterio de Jakovlev, el que tiene tantas reliquias. La gente va a verlas con velas en las manos. Hace tiempo conseguí allí pan bendito, té, azúcar, harina de avena seca y cuarenta copeques. Cuando volví el último otoño vi que los mismos monjes no tenían nada; pedían limosna por los pueblos. Cerca, sin embargo, hay otro convento, donde se encuentran santos y grandes mártires; no dan mucho allí, pero cualquiera puede conseguir veinte copeques. Entonces me dije: «Hace tiempo que no has estado en el monasterio de Berdiczev». Pues bien, echo a andar y dirijo mis pasos ahí. Pero, ¿qué me encuentro? Han echado a los piadosos monjes y ahora se hallan allí algunos comisarios. Sin embargo, no sirven para nada; no son ni chicha ni limonada; no hacen ningún honor a los peregrinos.

—Te han encarcelado los rojos, los comunistas; te han hecho por lo menos este honor —opinó el actor. —No sé, excelencia, si han sido los rojos o los comunistas —dijo el viejo mendigo de conventos—. ¿Cómo podía saberlo, excelencia? Sólo Dios puede distinguirlos. Otros pueblos tienen sus costumbres, por las que es posible reconocerlos. Así, por ejemplo, yo estuve entre los alemanes y entre los tártaros, los famosos jinetes turcos. Los alemanes ponen tabaco en pipas cocidas al fuego por ellos mismos: se los conoce por eso. Por su parte, los tártaros llevan la cabeza rapada y tienen los ojos legañosos; se alimentan también de pescado. Los tártaros tienen esas costumbres.

Siguió hablando de los conventos, de cómo había sido obsequiado y de qué clase de dones había recibido. Pero hablaba ya sólo para sí mismo; sus palabras fueron convirtiéndose en un murmullo monótono y soñoliento; únicamente de vez en cuando podían captarse algunos términos sueltos: bacalao, miel, pasteles de crema, tortas de queso, ochenta verstas, el padre Porfirio, el bendito, fiesta del agua bendita, el diácono Aristarco… Los demás dejaron de escucharlo.

Por la tarde, el antiguo empleado del Soviet fue llamado con la siguiente indicación: «Debe ir al comandante con su equipaje». Al oír su nombre, se puso pálido; con todo, se puso en pie sin decir palabra y recogió sus cosas haciendo un paquete. El pequeño saco de paja, que había traído consigo a la cárcel, lo entregó a su vecino, un pescadero de Smerinka. Luego se despidió de sus compañeros de celda, incluso del abogado y del actor, con quienes había convivido en franca hostilidad.

El pescadero se instaló junto a Vittorin con el saco de paja.

—Dice que tuvo una discusión con su jefe —le dijo al oído —. Pero aceptó dinero como soborno. Ése no vuelve. Ya lo verá. A los demás que hay aquí, en la celda, les será difícil también conservar la vida. A mí, sin embargo, el comandante

me ha prometido que me dejará libre si le digo los nombres de seis contrarrevolucionarios.

Miró a Vittoin, examinando su cara, y luego le dijo en voz muy baja: —Ya tengo cuatro.

Al día siguiente trajeron a dos nuevos prisioneros. Se trataba de un soldado rojo, que había desertado del frente, y un ingeniero de la fábrica de maquinaria de Berdiczev, que había suspendido su funcionamiento a causa de falta de carbón y de material. El ingeniero, un hombre muy joven, de cara barbilampiña y ojos de mirada viva, se presentó en seguida a los demás presos y explicó en tono sereno y penetrante la causa de su encarcelamiento.

—Según dice, he socavado la autoridad del poder soviético, camaradas: ésta es la clase de demonio que soy. Le dije a mi director técnico: «Hay una sola jarrita de petróleo en toda Rusia, ¡y esta jarrita la tiene Lenin!».

Luego explicó que el personal de la checa no había conseguido aún detener a su mortal enemigo, el viejo terrorista Artemjev. Según dijo, noche y día se llevaban a cabo registros en las casas particulares de Berdiczev, de Shitomir, de Ovrutsch y de Kiev.

—Han interrogado a la camarada Vera Sjedojeva, que hace siete años llevó a cabo con él el atentado contra el general príncipe Urussov. Reconoció que había ido a Kiev para encontrarse con Artemjev. Sin embargo, no se ha puesto en contacto con ella, aunque se ha dado cuenta de que la vigilan. Con todo, es seguro ya que Artemjev está en Kiev. Hace dos días fue visto en uno de los barrios más populosos de la ciudad. Cuando se acercaron a él para detenerlo, desapareció de repente. Más tarde o más temprano, sin embargo, caerá en sus manos.

—¿Por qué ha de caer en sus manos? —opinó el maestro de escuela—. No lleva escrito en la frente que es Artemjev. —Lo lleva escrito en la frente —dijo el ingeniero—. Entre cien

grajos es fácil reconocer un halcón. Vi a Artemjev antes de la guerra, en Moscú, en el «proceso de los diecisiete». Lo conozco. Se mira su cara y se sabe que es Artemjev.

La conversación prosiguió. De repente el abogado, que se hallaba junto a la ventana, profirió un leve grito.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó—. ¿Qué han hecho con Bobronikov? ¡Han fusilado al «muerto»!

Con el rostro completamente pálido, señaló un hombre joven que se paseaba por el patio de la prisión haciendo resonar en el suelo el bastón de montar que llevaba en la mano.

—Ahí va el ayudante del comandante, y lleva la chaqueta de piel y la gorra de Bobronikov.

Al atardecer fueron internados en la celda ocho campesinos que habían sido apresados como rehenes en los pueblos de los alrededores. Uno de ellos tenía ochenta y dos años. Los prisioneros se sentaron en el camastro, apiñándose uno junto a otro, porque ya no era posible yacer tendido en él: Al abandonar la celda, el guardián dijo:

—Sólo es por esta noche, ciudadanos. El comandante ha dicho que mañana ya buscará un sitio más cómodo.

El terrateniente tuvo que abandonar su camastro; envuelto en su manta, se sentó cerca de la puerta. Durante todos aquellos días, nadie le había oído pronunciar una sola palabra; había esperado en silencio su fin; ahora, sin embargo, empezó a hablar con voz cavernosa:

—El «*staretz*», el gran santo que está enterrado en Zarskoje Selo, nos maldijo y desde entonces ya no brilla el sol sobre Rusia; ya no hay ninguna luz, ninguna vida. No lo abatió el veneno, no lo mató ninguna bala, sino que lo estrangularon con sus propias manos. Pero en el reino de Dios, donde

descansan los justos, levantó una queja contra Rusia, y Dios lo oyó.

—Dios no puede saber ni oír nada, porque no existe —aseveró el maestro de escuela.

—Usted, excelencia, ha estudiado y leído muchos libros; seguramente es uno de los sabios más doctos. Pero no puede ser verdad que no exista Dios. Puedo testificar que existe un Dios, del mismo modo que es verdad que Cristo es el Señor de todos nosotros. Juzgúelo usted mismo, excelencia. Voy por la carretera; he cobrado ochenta copeques de los campesinos, por el trabajo realizado en el campo. Pero veo una taberna y me digo: «Hace calor; entrarás, pero no beberás licor, sino únicamente té, hasta saciarte». El tabernero, sin embargo, tenía sólo aguardiente y abandoné la taberna sin un solo copeque en el bolsillo. Entonces me dije: «¡Que se hundan todas las tabernas! El viejo Satanás ha vuelto a embrujarme. Quisiera encontrar a alguien que me apaleara». Oiga, excelencia, lo que ocurrió a continuación. Veía ya las casas de la ciudad, cuando aparecieron por el camino dos mozos; empezaron a discutir conmigo y me golpearon con sus palos como si fuera un caballo de los que usan para llevar el correo. Tuve, pues, los palos deseados… ¿Quién pudo haberme oído, si no fue Dios, cuando los pedí? Por lo tanto, como usted mismo puede ver, excelencia, existe un Dios. —Yo sólo veo que estás más loco que una cabra; no veo nada más —dijo el maestro de escuela —. Con gusto cogería yo también un palo y te daría…

Se calló. Procedentes de las calles, se percibieron disparos y ruidos confusos.

A las seis de la mañana, la enfermera entró en la celda. Detrás de ella apareció un oficial que llevaba un lazo blanco en el brazo.

—Los soviéticos han sido abatidos. Los voluntarios han tomado la ciudad —dijo la enfermera—. Quien de entre

ustedes tenga parientes o bien amigos en la ciudad, que puedan responder por él, queda libre.

Nadie dijo una palabra; nadie se movió. De un ángulo del rincón se percibió un leve sollozo. De repente se levantó de su sitio el vagabundo. Apartó al actor, que se interponía en su camino, y se dirigió al oficial diciendo:

—Como veo, señor alférez, usted pertenece al tercer regimiento ucraniano de voluntarios. Acredíteme ante su comandante. Soy Artemjev. Respondo por todos.

De las oficinas, de las viviendas, de las cafeterías, de los tragaluces, de todos los rincones por los que alguien podía deslizarse, salieron corriendo personas a la calle. Se abrazaban y se felicitaban mutuamente; en todas partes se formaban grupos para discutir; por doquier se percibía el mismo grito jubiloso y entusiasta:

—¡Los soviéticos han sido abatidos!

Los comentarios eran múltiples:

—Los bolcheviques se han ido; se han marchado esta noche.

—Predije que podían permanecer aún tres semanas, pero por más tiempo, no; ya lo dije.

—Han apresado al jefe del comité ejecutivo.

—Me he despertado esta noche y he oído tiros de escopeta…

La calle principal de la ciudad se había convertido en un paseo. De pronto volvieron a verse los uniformes zaristas durante tanto tiempo olvidados, los sombreros de seda de las damas, las joyas, las prendas de pieles costosas… Era como si los habitantes de aquella ciudad quisieran demostrarse unos a otros que el terror bolchevique no había podido cambiar nada de lo que eran en esencia.

En la esquina de la calle Michailovich estaba, en la pose de un conquistador, el comandante de los grupos de voluntarios, saludando y dando las gracias por todas partes. Los cordones de plata de su chaqueta militar, de color azul, brillaban a la luz del sol de aquel invierno. Saffianikov, que había sido antiguo diputado de la duma y que había pasado dos meses escondido en la pequeña trastienda de una taberna, a causa de los bolcheviques, recibió el parabién de sus amigos. Ante la entrada del hotel «Passage», donde la orquesta del regimiento de caballería de voluntarios daba un concierto, había trineos elegantes y caballos de montar de los oficiales. Los judíos se mantenían escondidos. El teatro de la ciudad anunciaba una representación solemne. En la plaza del mercado se habían instalado cosacos, con sus tiendas de campaña. Y mientras la luz y la vida planeaban sobre la ciudad, en los arrabales seguía combatiéndose. En un almacén próximo a la estación de mercancías se habían atrincherado tres comunistas, que se defendían con granadas de mano y revólveres. Cuando dos de ellos fueron heridos, el tercero se entregó. Una maestra que daba clases a los soldados rojos fue detenida en el momento en que iba a vestirse con ropas de hombre. Se mató pegándose un tiro con un revólver. Ante el depósito de víveres de la calle Umanch había un soldado rojo que hacía vigilancia. No había abandonado su puesto de guardia. Sus jefes lo habían dejado solo; sin decir palabra y de forma titánica, ahuyentaba a la multitud dando golpes de culata. Sangraba por una herida que tenía en la frente. Se le ofreció perdón, pero no cedió. Un oficial de voluntarios que pasaba cabalgando por allí lo abatió con un disparo de su revólver reglamentario. Pasando por encima de su cadáver, la multitud asaltó el depósito de víveres. No encontró más que una canasta de cebollas y unas cuantas libras de harina morena, mezclada con paja triturada.

Hacia el mediodía se desencadenó una fuerte ventisca de nieve y las calles se vaciaron. Vittorin se encontró de repente solo en el bulevar enteramente desierto. Y entonces, cuando ya

no veía a su alrededor los rostros emocionados y resplandecientes, cuando ya no oía los gritos jubilosos, se dio cuenta de forma consciente de que él no participaba en modo alguno en la felicidad de la ciudad liberada. Había escapado a una muerte absurda; la cárcel ya no lo retenía; sin embargo, volvía a encontrarse allí donde estaba cuatro días antes, fuera de la frontera de la Rusia soviética, lejos de su objetivo. Todos los esfuerzos y peligros habían sido inútiles. El conde Gagarin había muerto sin ninguna finalidad y sin ningún sentido. Por un momento, Vittorin vio la imagen del joven oficial, que había sacrificado su vida por el asunto de Seljukov. Pálido y con los ojos cerrados, yacía sobre la nieve mientras un soldado rojo se inclinaba sobre él y registraba sus bolsillos.

«Era joven y tenía que morir, y su muerte no me ha hecho avanzar ni un solo paso», se dijo Vittorin profiriendo un gemido. Abandonado a sí mismo, desesperaba de poder llegar algún día a Moscú. Y, sin embargo, Seljukov debía de pasearse, con aire altivo y llevando en la mano el látigo de montar, por las calles de la ciudad construida con piedras blancas, por la calle Petrovka y por la calle Tverskaja; quizás estaba sentado en su despacho y se mofaba de los que venían a solicitar algo y esperaban humildemente: «¡Ah! ¿Es usted? ¡Qué casualidad tan grande! ¡Qué afortunada coincidencia el hecho de verlo! Me alegro de verdad. ¿Su padre? Esta misma noche lo han fusilado. Y ahora márchese. Ya ve que estoy muy ocupado. ¡*Paschol*l!».

O bien debía de cabalgar por los pueblos al frente de su departamento dedicado a requisar bienes: reúne a los campesinos, los abate de un disparo…

Y mientras Vittorin pensaba en todo eso le volvió de repente a la memoria el rostro de Seljukov, aquella cara odiosa que había olvidado. Los ojos de un ave de rapiña, una sonrisa burlona y cruel en sus

labios afilados; ningún rasgo humano; la máscara de Satanás: así veía ahora a Seljukov.

La nieve iba arremolinándose sin cesar. Vittorin se quedó de pie pensando. Ante todo tenía que encontrar alojamiento y dormir unas horas; también tenía hambre; durante todo el día no había comido nada. Lo que le quedaba aún de dinero lo llevaba cosido en el interior de la gorra. Siguió andando; en el umbral de la puerta de la primera casa que encontró quiso descoser el forro de su gorra, cuando le salió al encuentro un joven que vestía como un trabajador y le dijo:

—Perdone usted, camarada. ¿Tendría la bondad de venir conmigo? Desean hablar con usted.

—¿Quién desea hablar conmigo? —preguntó Vittorin.

—No se preocupe por nada: se trata de un amigo. Voy a llevarlo hasta él.

La habitación a la que Vittorin fue llevado estaba en el primer piso de una casa construida a modo de villa. Debía de haber servido de despacho a algún comisario bolchevique, ya que en las paredes colgaban, entre los retratos de Lenin, Trotsky y Liebknecht, toda suerte de proclamas y rótulos comunistas: «¡Viva el mundo hermanado de los obreros!»; «¡Pongamos la contabilidad en manos del proletariado!»; «¡Nosotros os forjamos armas, dadnos vosotros pan!»… Un suave humo de tabaco llenaba la estancia. Alrededor de una mesa redonda, cubierta de periódicos y folletos, estaban sentados tres hombres que discutían con viveza y que no parecían preocuparse en absoluto por todo lo demás que ocurría en la habitación. Una chica, vestida con el uniforme propio de una estudiante de bachillerato, tecleaba a toda prisa en su máquina de escribir. En el suelo había fundas de cartuchos y latas de conserva vacías.

—Camarada Artemjev, aquí le traigo al hombre que buscaba —anunció el acompañante de Vittorin.

Sólo entonces reconoció Vittorin a su compañero de celda. El viejo revolucionario estaba apartado de los demás, junto a

la ventana; se había afeitado la barba y, a pesar de que llevaba todavía la chaqueta rota propia de un campesino, su aspecto era enteramente el de un individuo de la Europa occidental. No atendió a Vittorin, sino que toda su atención estaba dirigida al maestro de escuela, que se hallaba ante él en una actitud de reverencia y con una expresión de miedo en el rostro, tendiendo sus brazos de un modo muy especial.

—Camarada Pochar, haga el inventario —exclamó Artemjev dirigiéndose a uno de los tres hombres que estaban sentados a la mesa—. En sus bolsillos se han encontrado dos mil rublos de la época Romanov, ochenta mil rublos del tiempo de la duma, un saquito de tela con ácido pícrico y un revólver de pequeño calibre, tipo «Cok». Reconozco que todas estas cosas son de mi propiedad. Por consiguiente, ya no hay ninguna duda de que me las ha robado en la cárcel.

—Es un error; se lo juro; soy inocente —gritó el maestro de escuela con voz lastimera—. No sé cómo estas cosas han llegado a mis bolsillos. Es un enigma para mí.

—¡Ah, cállese, Semjon Andrejevich! ¿Cómo puedo creerlo a usted? —dijo Artemjev, al tiempo que su rostro expresaba a la vez indignación y tristeza—. Usted ha robado por codicia, por maldad o por un viejo hábito. Abra su hatillo y déjeme ver… Veamos: aquí aparecen rublos soviéticos; no tienen demasiado valor, pero ni siquiera esto ha desdeñado. Ahora dígame usted mismo qué he de hacer con su persona.

El maestro de escuela se secó las gotas de sudor que perlaban su frente.

—No lo entiendo; debo de haberlo hecho mientras dormía —dijo gimiendo—. Por el amor de Cristo, tenga usted misericordia y déjeme marchar. Durante toda mi vida he sido un hombre honrado y únicamente ahora, en estos días malditos…

Artemjev levantó la mano y la dejó caer de nuevo.

—Bien, mi decisión es que se marche y se vaya usted al diablo —dijo en un tono lleno de desprecio—. ¡Alto! No vaya tan rápido; no se olvide su hatillo. Y no haga más experimentos de esta clase; de lo contrario, volverán a llevarlo al paredón. Siga mis consejos y abandone de una vez esas costumbres…

El acompañante de Vittorin arrojó de repente su gorra al suelo y profirió una carcajada sonora y estridente que contagió a los tres hombres que estaban sentados a la mesa. La chica que escribía a máquina estalló de risa, cubriendo su boca con un pañuelo. El maestro de escuela se detuvo en el umbral de la puerta, lanzó a la estudiante de bachillerato una mirada de cólera, escupió y un segundo después había desaparecido.

—Por fin lo ha comprendido —dijo la estudiante de bachillerato riendo todavía.

Artemjev sacudió la cabeza en señal de negación.

—No ha comprendido nada. En su alma hay un océano de estupidez.

Luego se dirigió a Vittorin.

—Bien, ya está usted aquí, camarada. ¿Quiere comprobar, por favor, si le ha sucedido a usted lo mismo?

Vittorin desató su mochila. Encima de todo estaba aún el cuaderno rojo con los vocablos rusos; debajo, sin embargo, observó con gran sorpresa que entre la ropa había un saquito de tela marrón que no era de su propiedad.

—Bien, entregúelo —dijo Artemjev—. No son más que rublos; pero, aunque no sirvan para gran cosa, me los quedaré también. Cualquier don viene de Dios.

La sangre subió a borbotones al rostro de Vittorin.

—¿Quiere decir usted que se los he robado? —exclamó, indignado.

Artemjev levantó ambas manos en señal de prevención.

—¡Ah, no! ¿Qué piensa usted? ¿Por qué iba a gastarle a usted una broma? Quiero simplemente darle las gracias por un pequeño favor y que me restituya lo que me pertenece; nada más. Pero imagínese la situación en que me encontraba y lo entenderá… ¡Lydia! ¡Lydochka! ¡Camarada! Deje de trabajar: no se puede hablar ni oír nada.

El tecleo de la máquina de escribir cesó. Artemjev cogió de las manos de Vittorin el saquito de tela y lo puso sobre la mesa.

—Mire usted —prosiguió diciendo—: llevaba conmigo toda clase de cosas; estaba a punto de abandonar la ciudad, cuando me detuvieron. No me registraron los vestidos. ¿Cómo hubieran podido llegar a pensar aquellos dos soldados milicianos que en los bolsillos de un vagabundo iban a encontrarse preparados explosivos y mechas para producir detonaciones? Me senté, pues, tranquilamente en la celda. Para una persona como yo, la cárcel constituye un lugar seguro. En la ciudad buscaban a Artemjev; pero en la cárcel nadie se preocupaba por mí. Ahora siga escuchando: supe el nombre del comandante de la prisión. Hace dieciséis años, cuando yo actuaba como agitador en Jarkov, en el cuartel de artillería, ese hombre era de la policía secreta. Luego se pasó a nosotros; se hizo revolucionario y estuvo a mi lado en las barricadas, en los combates llevados a cabo en Moscú. Desde entonces, él siguió su camino y yo el mío; hoy él es bolchevique y yo, sin embargo, vuelvo a ser un marginado, un individuo sin nombre. Si hubiera venido a la celda, sin duda no me habría reconocido. Con todo, un hombre como ése tiene mucha experiencia; ya me entiende usted. Podría haber dicho: «¡Eh, tú, mala pieza, acércate! Hay algo sospechoso en tus ojos. Vamos a ver lo que llevas en los bolsillos». Esta era la situación en que me encontraba. ¿Qué podía hacer? Fui repartiendo, pues, mis cosas y las fui poniendo en los bolsillos ajenos. Vittorin se puso pálido.

—¿Contiene un preparado explosivo este saquito de tela? —preguntó.

—Fulminato de mercurio —respondió Artemjev—. Pero no debe asustarse. Se ha humedecido y el peligro de explosión no era grande.

—¿Y si me hubieran encontrado a mí el fulminato de mercurio? ¿Y si me hubieran fusilado? —exclamó Vittorin en un tono lleno de indignación—, ¿Habría tenido usted entonces aún derecho a seguir viviendo?

—Me opongo al Estado con todo su aparato de poder —dijo Artemjev—. Entiende usted mal la revolución. Cuando en el año 1902 Stromfeld intentó hacer volar por los aires el edificio gubernamental de Moscú, perdieron la vida cuarenta personas que no tenían nada que ver con ello.

—El atentado de Stromfeld estuvo mal calculado y mal preparado. Resultó un fracaso —observó uno de los tres hombres que estaban sentados a la mesa.

—¡Ah, dejemos ahora de hablar de todo eso! —opinó Artemjev—. Veamos, camarada: si me permite decírselo…, siga buscando entre sus cosas. Una cajita blanca de cartón… Aquí está. Luego en su bolsillo izquierdo: un paquetito con cédulas de identidad y el sello oficial del comisariado militar. ¿No lo encuentra usted? ¡Por todos los diablos! Ahora me acuerdo: no lo tiene usted, sino aquel hombre, aquel ingeniero que habló de la jarrita de petróleo de Lenin. ¡Ve a por él, Aljochka!… No, espera; no hay prisa; está aquí cerca, en la fábrica de maquinaria; ya lo encontraré… Eso es todo, camarada. ¿Desea usted fumar, quizás? ¿Viene de Alemania? ¿Es prisionero de guerra? ¿Adonde piensa ir? —A Moscú —dijo Vittorin.

Artemjev se puso a silbar una melodía. Por primera vez, Vittorin oyó la canción que cantaba toda Rusia: la canción de la manzanita.

«¿Adonde vas, manzanita? Vas a caer en el agua… ¿A Moscú? ¿Se ha escapado usted de los lobos y quiere volver al

bosque?»

—Tengo que decir cuatro palabras a uno de esos lobos —respondió Vittorin.

Artemjev lo miró atentamente a la cara. Luego dijo con una inclinación de cabeza apenas perceptible:

—Ya me lo pensaba. No me equivoqué, por consiguiente. Cuando lo trajeron a usted a la celda, me dije: «Ese de ahí tiene la mirada de un fanático». Sin embargo, aún no me he aclarado del todo con respecto a usted: ¿a qué partido pertenece?

Se hizo el silencio en la habitación. Vittorin se dio cuenta perfectamente de que todos esperaban con tensión su respuesta, de que aquel minuto implicaba en sí mismo una decisión.

—No pertenezco a ningún partido —explicó, resuelto a decir la verdad, ya que tenía claro que no se podía engañar a un hombre como Artemjev—. Estoy solo y tengo mis propios objetivos. Y tras una pausa añadió:

—Para mí no hay más que una pregunta: si es posible ir a Moscú.

—Directamente, probablemente no; tiene que ser más bien dando un rodeo —dijo Artemjev con una leve sonrisa—. Bueno, dejemos que ruede la manzanita. El camarada Dolguchin abandona esta misma noche la ciudad. Lo llevará hasta la estación de ferrocarril Petcherka-Slava y desde allí…

En el fondo de la habitación, un hombre de barba negra saltó como un resorte de su silla.

—Permítame preguntarle, camarada Artemjev, qué significa todo esto. No conocemos a este alemán…

Artemjev lo interrumpió con un movimiento de su mano, —Desconfía de los intelectuales —dijo a Vittorin—. En este punto, ya es medio bolchevique… ¡Camarada Dolguchin! Cuando en el año 1911 el teniente Gromov vino a nosotros,

usted estaba allí y dijo: «No sabemos nada de usted. Muéstrenos lo que puede hacer». Al día siguiente se fue a Rostov y abatió en plena calle de un disparo al jefe del cuerpo de gendarmes. Usted dijo entonces…

—Entonces se trataba de actos terroristas, surgidos de iniciativas personales, que nos eran útiles —exclamó Dolguchin—. Pero hoy en día no aportan más que perjuicios al partido. Dan a nuestras acciones la apariencia de confusión y nos quitan las simpatías de Europa.

—¡Las simpatías de Europa! —exclamó Artemjev profiriendo una carcajada atronadora—. ¿Sigue esperando usted la ayuda de Europa? ¿De dónde ha de venir? ¿Debe venir, por ejemplo, de esa gente de la prensa que viaja por Rusia en los vagones lujosos de Trotsky y se alimenta con caviar? ¡Basta! Se dirigió a Vittorin.

—Hoy, a las nueve de la noche, esperará usted a Dolguchin en la calle Sucharov, ante la casa del carretero Jankel Hornstein. Hoy soy yo quien le dice: «Muéstrenos lo que puede hacer». ¿Cuánto tiempo necesita? ¿Cuándo volveré a saber algo de usted? Vittorin se levantó. Estaba ante Artemjev^como aquel teniente Gromov, que huyó a las minas de Siberia y que viajó hasta Rostov para abatir de un disparo al jefe del cuerpo de gendarmes. Entonces, como ya era seguro que llegaría a Moscú, le pareció que era fácil llevar a cabo la parte restante de su misión.

—Dentro de ocho días sabrá algo de mí —dijo al tiempo que cogía su mochila.

«La furiosa»

Moscú, arsenal y emplazamiento militar de la revolución mundial, vivió en aquellos días su Messidor del año noventa y tres.

Una niebla de sangre se extendía sobre el suelo ruso. En todos los frentes se combatió desesperadamente; en todos los frentes estaban los ejércitos blancos, los «mercenarios pagados a golpe de talonario extranjero y sus lacayos», en actitud de ofensiva. Orenburg y Ufa se habían perdido a manos del regimiento de cosacos de Kolchak; los checoslovacos avanzaron hasta el Volga y amenazaban Kazan. En el sur, la situación del gobierno soviético no era mejor. El general Denikin, que había sido apoyado por Francia, declaró en su proclamación que haría colgar a «Budjenny, el sargento mayor perjuro», junto con Trotsky, a quien llamaba el «judío de Leiba». Embestidas en Nikopol, derrotadas en Krementshug, las tropas rojas habían cedido el territorio de Donets, habían evacuado Poltava y habían abandonado Jarkov al enemigo. Las «bandas negras» de Machno, el anarquista campesino, que hasta entonces habían sido aliadas de los soviéticos, se unieron a la contrarrevolución. En Tula se amotinó el cuarto regimiento rojo de infantería: los soldados mataron a su comandante y se aliaron con los campesinos sublevados del distrito provincial de Vjenevch. En el norte, el ejército del general Judenich preparaba, bajo la protección de la flota inglesa, su ataque a Leningrado.

En medio de esta situación perentoria, los hombres del Kremlin tomaron medidas heroicas. Un decreto declaró que la república soviética se encontraba en estado de sumo peligro y llamó al ejército rojo a todos los trabajadores capaces de manejar armas. Los patios de las fábricas se convirtieron en lugares destinados a ejércitos militares. Los obreros textiles, los carpinteros y los trabajadores de las fábricas de papel constituyeron respectivamente un regimiento. Tras seis días de formación, estas secciones se fueron al frente entre el júbilo frenético de las calles. Oficinistas soviéticos, cloróticos y mal alimentados, que nunca habían tenido un arma en las manos, fueron movilizados y enviados a hacer frente al enemigo. Se llamó en ayuda a la flotilla destructora del Báltico. Consiguió lo que nunca se había considerado posible: remontó el Neva, atravesó los canales de Marinsky, llegó al Volga e inició un bombardeo, tan mortal como inesperado, sobre la línea frontal de los checoslovacos.

Acompañado por su estado mayor de antiguos oficiales zaristas, Trotsky viajaba de un frente a otro a la velocidad de un tren correo. Había once frentes y se divulgaba una frase del letón Vatsetis, que era consejero militar de Trotsky: «Pronto tendremos un nuevo frente: el hambre». Faltaban víveres y combustible. En los talleres de municiones, la situación tampoco era holgada. «Si no conseguimos carbón, calentaremos las calderas con los pianos de la burguesía», declaró Kamenev en una asamblea de los obreros metalúrgicos. Se hacían dos viajes en tren al día para conseguir un saco de patatas; los vendedores ambulantes, que habían puesto a la venta en las calles de Moscú hatos de ajos, bacalao seco y arándanos, desaparecieron de la noche a la mañana. Sólo podía comprarse aún botones, crema para el calzado y libretas de apuntes.

Un decreto exigió la entrega de todas las bicicletas que se encontrasen en posesión privada, como también de prismáticos y linternas eléctricas de bolsillo. Otro decreto ordenaba la movilización de la burguesía para la limpieza de las calles y de

los cuarteles. Al mismo tiempo, el Partido Comunista abrió sus filas a todos aquellos que quisieran entrar en él. Por espacio de tres días, sólo en Moscú se inscribieron en sus listas veinte mil personas. Se vieron obreros plantados en la calle, en largas e interminables colas: esperaron durante horas ante una ventanilla cerrada, no para obtener víveres, sino para entregar donativos destinados al armamento de los ejércitos rojos. El equipo directivo de una fábrica de cerillas tomó la resolución «de luchar contra el enemigo clasista con el aumento y la intensificación del trabajo». En la estación de Kazan fue observado durante mucho tiempo un hombre que entre las tropas que iban al campo de batalla repartía prendas de piel, zapatos, relojes de bolsillo, encajes de finos bordados y encendedores de bencina. Cuando fue detenido, confesó que durante varias noches había estado saqueando a transeúntes, a fin de «proporcionar», tal como dijo, «una alegría a los valientes soldados rojos con las riquezas arrebatadas a la burguesía».

Constantemente pasaban por la ciudad coches de transporte, cargados de soldados, ametralladoras y cajas de municiones. Dos baterías de artillería pesada, que fueron llevadas a la estación de Jaroslav, llevaban como leyenda esta inscripción: «Nos oirán hasta en París». Desde el techo de su vagón, el comandante de las baterías dirigió unas palabras a la multitud que las había escoltado hasta la estación de ferrocarril: «Aquí está el auténtico frente», gritó. «Aquí entre vosotros, en Moscú. Lejos de aquí no hacemos más que protegeros las espaldas.»

El pueblo lo entendió perfectamente. En Moscú no se había vencido aún definitivamente la contrarrevolución. Se decía que el edificio de la comandancia de la ciudad de Moscú había sido socavado por los conjurados blancos, que en una casa situada en el bulevar Smolensky tenía su sede secreta el estado mayor general de todas las organizaciones de la guardia blanca, que se planeaba una intentona en ocasión de una próxima celebración eclesiástica. Los encarcelamientos y las

ejecuciones en masa, que se producían diariamente, daban siempre nuevo pábulo a estos rumores.

Como no se podía apresar a todos los conjurados, la cólera revolucionaria de las masas se dirigió contra los símbolos de piedra de la época antigua. Las estatuas de los zares fueron arrancadas de sus pedestales. Cuando en las instalaciones de Sokolniki fue hecha añicos la estatua de Alejandro II, el vigilante del parque y dos mujeres de la pequeña burguesía protestaron a gritos y de forma vehemente, no porque fuera la efigie del «zar libertador», sino porque en su corona metálica habían construido su nido unos cuantos mirlos.

En todas partes se arrancaron del suelo monumentos y bustos de los grandes revolucionarios de épocas pasadas. Algunos de ellos desaparecieron tan rápidamente como habían surgido. Un busto de Bakunin, que un artista futurista, bajo el rechazo de los «medios de representación reaccionaria de la burguesía», había erigido a base de culos de botella, cajas de cerillas, bombillas, tapas de baúles, hilos telegráficos y zapatos de corteza fibrosa, fue arrojado al arroyo por una ráfaga de viento contrarrevolucionario. En la Plaza Roja, por el contrario, no muy lejos de la Madona ibérica, podía verse un monumento de la revolución, de carácter primitivo, aunque impresionante: se trataba de un hacha enorme colocada sobre un gigantesco bloque blanco, y encima del bloque se había escrito en grandes letras rojas: «La guardia blanca». Sobre los peldaños de la escalera que llevaba hasta aquel monumento fue encontrado una mañana el viejo príncipe Kotchubey con los temporales de las sienes atravesados por balas. Sus tres hijos cayeron en la guerra civil: uno como soldado rojo y dos como oficiales de Denikin. En los últimos días de su vida, aquel viejo se había dedicado a pegar carteles de propaganda…

Así era Moscú en marzo del año 1919. Y por las calles de aquella ciudad que se había vuelto loca andaba Vittorin, enfermo, cansado, hambriento, con la ropa destrozada y buscando a Seljukov.

Lo buscó por las calles que atravesaban el centro de la ciudad, en los restaurantes soviéticos, en los locales de baile donde se divertían los marineros y los miembros de la checa, como también en el montón de barracas instaladas fuera de la ciudad. Se detuvo ante el edificio del comisaxiado de guerra y se puso a mirar los rostros de los hombres que afluían a él. El dinero se le había acabado, incluso antes de llegar a Moscú. Vivía «de forma ilegal», pasando la noche en graneros vacíos y en cobertizos de madera que encontraba fuera de la ciudad, o bien bajo un puente. Cuando el hambre se hacía insoportable, interrumpía sus indagaciones para ganar unos cuantos rublos. En una imprenta soviética, a la que lo había mandado una agencia de colocación, esbozó carteles de propaganda; durante dos días estuvo dibujando sin parar burgueses de panza gruesa, que arrastraban sus sacos de dinero para llevarlos más allá de la frontera, y generales blancos, que emprendían la huida ante la bayoneta de un soldado rojo. Al tercer día dejó el trabajo en la estacada para buscar a Seljukov en el club privado de los oficiales revolucionarios. Cuando volvió a la imprenta, fue amonestado. Le advirtieron que para los que llegaban tarde, para los que no querían trabajar y para los saboteadores había los campos de concentración.

Buscó un trabajo que le dejara más libertad. Por media libra de pan y un plato de sopa colaboró como jornalero en una carpintería. Al mediodía se detenía ante la multitud que atravesaba el puente de Kusnetzky, en la plaza de Sujarov o en el bulevar de Strastny, para buscar a Seljukov.

Por una serie de conjeturas, que consideró como conclusiones lógicas indiscutibles, había llegado a la convicción de que Seljukov tenía que estar en Moscú y, basándose en esta convicción, pasó aún tres semanas dedicándose tenazmente a aquella búsqueda inútil. Con todo, entonces cambió el sistema de sus indagaciones. Se había enterado de que unos meses antes, por un decreto del Soviet, había sido ordenado el alistamiento de todos los oficiales del ejército antiguo. Y en lugar de estar parado en el puente de

Kusnetzky se pasó entonces horas en las oficinas de información de los ministerios soviéticos. Con la serenidad propia de un hombre que ya ve su objetivo muy cerca, esperó allí hasta que lo dejaron pasar. Fue escuchando con desconfianza, con impaciencia o con apática indiferencia; le pidieron su célula de identidad personal y su carnet de sindicato; fue sometido a un interrogatorio y luego despedido, concertándolo para el día siguiente o enviándolo a otro ministerio.

Finalmente llegó al sitio adecuado. Se le mandó escribir en una ficha de color blanco amarillento, pertrechada de un formulario, el nombre, los apellidos y los datos personales del oficial que buscaba. Un funcionario de aspecto gruñón arrojó la ficha, entre otras dos, en un plato lleno hasta el borde de migas de pan y de colillas, indicando a Vittorin que debía esperar o bien volver al cabo de una hora. Luego se dirigió, airado, a dos mujeres ya mayores que fregaban el suelo.

—¡Apresuraos! ¡Id de prisa! ¡Siempre tenéis que hablar en francés entre vosotras, charlando sin parar!

Al cabo de una hora, Vittorin volvió a tener la ficha entre sus manos. Allí estaba escrito en negro sobre blanco: «Michael Michajlovich Seljukov, antiguamente capitán del Estado Mayor en el regimiento de Semjenov; dirección: plaza de Tagansky, número 15, tercer piso», y la exactitud de estos datos estaba confirmada por la firma del funcionario que hacía esas funciones, por el sello oficial del registro correspondiente y por la impresión de un dedo pulgar grasiento.

Por la noche, Vittorin estuvo parado durante dos horas ante la casa número 15 de la plaza Tagansky. Por la ventana del tercer piso se veía brillar la luz de una lámpara: Seljukov estaba todavía despierto. Sin paz, con los ojos inyectados en sangre, mientras corrían detrás de su frente pensamientos asesinos, aquel enemigo de la humanidad se paseaba por su habitación, yendo de un lado para otro: los muertos no lo

dejaban dormir. ¿O es que sospechaba el peligro que lo acechaba? No. ¿A quién tenía que temer? Se había puesto del lado de la revolución… «Los antiguos oficiales del ejército zarista son nuestros mejores colaboradores», había dicho un día antes un orador bolchevique en un mitin celebrado en la plaza Arbat. «El año pasado nos ayudaron a reprimir la insurrección de los revolucionarios socialistas. ¿Qué les hemos quitado? Solamente las charreteras de oro: nada más.» Cierto: Seljukov ya no lleva las charreteras de oro ni la condecoración de Vladimir. Por esto corre por las calles de Moscú en su coche conducido por un marinero borracho; en su despacho, echa al suelo el abrigo de un soldado rojo, da órdenes, firma una sentencia de muerte, reúne en los cuarteles a burgueses indefensos, echa de su estancia a personas acongojadas que van a solicitarle algo. Envía a los pueblos a soldados borrachos armados con ametralladoras para quitar a los campesinos sus caballos o sus mujeres… Ese es Seljukov que ahora está ahí arriba, en la casa número 15; ése es el hombre que anda de un lado para otro en su habitación, inquieto, con el látigo de montar en las manos.

Vittorin tenía perfectamente claro en su mente que habría sido una locura llamar a la puerta de Seljukov sin armas, sin fuerzas coercitivas, sin testigos. Así le resultaría muy fácil a su enemigo humillarlo por segunda vez. ¿Pascholfí No, esta vez no. El asunto tenía que llevarse a cabo de otra manera y prepararse con sumo cuidado. Vittorin concibió un plan muy concreto y al día siguiente se dispuso ya a realizarlo.

Por segunda vez se presentó en la oficina de colocación. Había puestos de trabajo tanto para ingenieros como para obreros indoctos, tanto para personas que sólo supieran leer y escribir como para individuos que tuvieran conocimientos especiales de materias lingüísticas y económicas. Vittorin rechazó una colocación como tenedor de libros en un almacén de madera. Pidió hablar personalmente con el director de la agencia de colocación y, equipado con una recomendación firmada por aquel funcionario, se presentó en la sección

metalúrgica del comisariado de salud pública que había pedido un «especialista en lenguas europeas occidentales».

El jefe de aquella sección era un hombre bastante mayor cuyos rasgos agudos y penetrantes podrían haber hecho pensar en una persona docta y erudita, mientras que sus cabellos rizados y desordenados como los de una gitano podrían haber hecho creer que se trataba de un artista. Examinó los papeles de Vittorin, los encontró en orden e inició luego un diálogo que siguió este proceso: empezó hablando del déficit alimenticio de los estados balcánicos, pasó después a las cifras de exportación de los lingotes suecos y, tras haber abordado otros campos diversos, acabó debatiendo las ideas de Taine en el ámbito de la historia de la filosofía. Luego expresó su satisfacción por el hecho de que Vittorin fuera un alemán y no perteneciera a aquella clase de personas que, una vez han conseguido obtener un puesto de trabajo, ya no hacen nada más. Conocía bien a los alemanes, añadió; durante tres años estuvo trabajando, como simple obrero, en las dársenas de Hamburgo.

Vittorin tenía que hacer extractos de los suplementos de economía aparecidos en los grandes periódicos ingleses, americanos y alemanes. Cada día iba a la oficina a las ocho de la mañana e inscribía su nombre en la lista de control. Se quedaba allí durante todo el día, e incluso hasta avanzada la noche.

Estuvieron contentos con su trabajo. Al cabo de una semana, lo que obtuvo fue lo siguiente: una elevada ración de víveres, un certificado según el cual estaba al servicio del Soviet, una asignación especial para comprarse dos camisas y otras prendas de ropa, doscientos rublos soviéticos en billetes arrugados y, dado que no tenía alojamiento legal, una orden que le daba derecho a buscarse una habitación en cualquier vivienda de la población civil.

Esto último era precisamente lo que había querido conseguir. Para lograr esa orden se había sentado día tras día

junto a la mesa de trabajo, hasta altas horas de la noche. Era posible, no, era seguro que Seljukov poseía un salvoconducto que lo libraba de hospedar a nadie. Daba igual. A Vittorin no le interesaba ninguna habitación, no se preocupaba por el «alojamiento legal». Aquella orden, aquel pequeño trozo de papel maravilloso le daba el derecho y el poder de penetrar en la vivienda de Seljukov, de llegar hasta el capitán del Estado Mayor y decirle: «¿Es verdad lo que veo? ¿Es usted Michael Michajlovich? ¡Qué casualidad! De hecho, es magnífico: precisamente creo que tenemos que hablar los dos de unas cuantas cosas…»

Había llegado la hora: aquel sueño, el eterno sueño debía convertirse en realidad. Acompañado de dos soldados rojos, que llevaban pistolas Mauser en el bolsillo y bombas de mano en el cinturón, Vittorin se dirigió hacia la casa de Seljukov.

Cuando estuvo ante la puerta, en el tercer piso de la casa número 15 y leyó en el broquel de metal el nombre de Seljukov: «M.M. Seljukov», Michael Michajlovich, tuvo que tomar aliento: su corazón latía con tal fuerza que parecía querer hacerse añicos. No llamó aún al timbre de la puerta; dejó pasar el tiempo; esperó; su corazón tenía que tranquilizarse… ¡Se oye un violín! ¿Quién, diablos, está tocando en la casa de Seljukov una gavota de Bach? El corazón sigue latiendo todavía. ¡Qué estupidez! Todo había sido muy sencillo: una petición en la oficina de alistamiento, plaza de Tagansky número 15 y subir luego tres tramos de escalera; M.M. Seljukov… ¡Muy sencillo! Casi demasiado sencillo. Y ahora hay que apretar el timbre; ya está hecho… Detrás de esta puerta está Seljukov.

¡Detrás de esta puerta está Seljukov! De repente, a Vittorin le pareció extraordinario, casi increíble, que detrás de aquella puerta pudiera estar Seljukov. Todo había sido demasiado sencillo. Sin dificultades, ningún obstáculo en los últimos minutos. Tres tramos de escalera y una puerta como cualquier

otra. ¿Era posible que aquel momento tan solemne mostrara un aspecto tan prosaico? Allí estaba, en el broquel de metal: M.M. Seljukov. Seljukov, capitán del Estado Mayor en el regimiento de Semjenov: sólo hay uno; no hay más que ése. ¡Sigue oyéndose todavía el violín!

Vittorin pulsó por segunda vez el timbre de la puerta. Ahora lo hizo tranquilamente, sin emoción, con una mano que ya no temblaba…

Y entonces, en aquel momento, cuando el violín enmudeció y unos pasos lentos se acercaron a la puerta, Vittorin supo, sin que pudiera dar cuenta de dónde le había provenido aquel saber, supo con toda seguridad que detrás de aquella puerta no iba a encontrar a Seljukov.

El hombre alto y enjuto que apareció en el umbral, con su bata de color rojo brillante y zapatillas bordadas en los pies, tenía un aspecto un tanto ridículo. Al ver en la penumbra las figuras de los dos soldados rojos, dio un paso atrás, asustado. Por un momento permaneció de pie sin moverse y como petrificado. Con todo, en seguida recuperó el dominio de sí mismo. Se pasó la mano por las mejillas hundidas y pareció que únicamente el hecho de no haberse afeitado le procurara un disgusto. En tono cortés preguntó dirigiéndose a Vittorin:

—¿En qué puedo servirle?

—Me han mandado pedir alojamiento en su casa —dijo Vittorin, en cierto modo desconcertado—. Aquí está mi orden.

El hombre cogió el papel, lo mantuvo en sus manos sin echarle siquiera una ojeada y luego dijo con una sonrisa amable en su rostro decaído:

—Tiene una habitación a su disposición. Tenga la bondad de entrar.

—¿Se llama usted Seljukov? —preguntó Vittorin.

—Sí, soy Seljukov: Michael Michajlovich Seljukov.

—¿De cuántas habitaciones se compone su piso? —preguntó en tono severo uno de los soldados rojos.

—Tiene tres habitaciones: dos grandes y una pequeña, que propiamente es más bien un cuarto de vestir.

—¿Realiza usted algún trabajo que le dé derecho a tener una casa como ésta, con cuarto de vestir? —prosiguió diciendo el soldado rojo.

—No; no realizo ningún trabajo; vivo al día —dijo el hombre de la bata. Y luego, tras una pausa, añadió:

—Eramos tres aquí, pero ahora estoy solo.

—¡Vanjka! ¡Dame la luz! —exclamó de repente el otro soldado rojo, que hasta entonces había permanecido en silencio en le peldaño superior de la escalera. Tomó la linterna de bolsillo de la mano de su camarada y proyectó el rayo de luz a la cara del dueño de aquella vivienda. Luego dijo riéndose de un modo ronco y desagradable:

—¡Que tenga usted muy buena salud, excelencia!

La luz de la linterna de bolsillo se apagó.

—¿Eres Kolja? —preguntó el hombre de la bata de color rojo brillante, sin que su voz denotara sorpresa ni emoción—. Y, como veo, no estás borracho… Bien, has ido a parar a buen sitio; esta vez no te has equivocado de puerta.

—Reciba mis más calurosos saludos, excelencia —exclamó el soldado rojo, riéndose todavía—. Lo he reconocido a usted en seguida.

—Llegas un poco tarde, Kolja —prosiguió diciendo el hombre de la bata—. Ya no encontrarás a Natalja Alexejevna ni a la pequeña Lusja. Pero yo sí que estoy aquí. Escupe, pues, en tus manos de satisfacción y vete corriendo lo más rápidamente que puedas. Pagarán por mí el precio que han puesto; no te quedarán a deber nada.

—¡Camarada jefe! ¿Desea usted alguna otra cosa con respecto al asunto de su habitación? Si no desea nada más, me marcharé… ¡Vamonos, Vanjka! ¡Que tenga usted muy buena salud, excelencia!

—Acaba usted de ser testigo de un reencuentro extraordinario —dijo el hombre de la bata, cuando estuvo solo con Vittorin—. Ese Kolja fue una vez mi criado y lo eché de mi casa porque no paraba de robar. Desde luego, no debe haber conservado un buen recuerdo de mí. Se vengará; bueno, que lo haga… No; no me llamo Seljukov. Soy el barón Pistolkors, antiguamente gentilhombre de Cámara. Los bolcheviques me hicieron el honor de poner precio a mi cabeza y tuvieron razón al hacerlo, puesto que fui miembro del «Comité de salvación de la patria» y puse al Soviet en ciertas dificultades… Usted es extranjero aquí. ¿Ha venido para observar de cerca nuestra revolución? ¿Ha venido a buscar un Danton, un Robespierre? Créame: los que aquí podrían considerarse como un Danton y un Robespierre, vistos de cerca, no tienen absolutamente ninguna relevancia… ¿Este piso? Lo compré a un oficial del regimiento de Semjenov, junto con sus documentos personales… Cierto: se llamaba Seljukov. En San Petersburgo me conocía todo el mundo; aquí, sin embargo, podía esperar desaparecer entre la multitud; por esto compré esos documentos. Entonces vivía aún Natalja Alexejevna.

Su rostro se volvió todavía más sombrío, más decaído. Permaneció un minuto sin decir palabra y con la mirada fija hacia adelante.

—Difteria, dijeron los médicos —prosiguió diciendo—. Y se llevó consigo a nuestra pequeña Lusja. Quizás es mejor así. Mi alma era demasiado infeliz para ella… ¿El oficial? Sí, se marchó al frente con su regimiento. Abandonó Moscú. Quizá no haya ido al frente. ¿Quién puede saber hacia dónde ha rodado la manzanita?

Pidió a Vittorin si de momento se conformaba con la más pequeña de las dos habitaciones. Al cabo de pocos días, todo el piso estaría a su disposición.

—Me encarcelarán —dijo—. Ese Kolja fue siempre una rata. Irá corriendo a la checa y me denunciará; esto es seguro.

—¿Y va usted a dejarse detener? —exclamó Vittorin—. ¿No se protegerá? ¿No va a defender su vida? Tiene que marcharse esta misma noche; no puede quedarse aquí. Quizá tenga usted un amigo que puede acogerlo esta noche en su casa y así mañana podrá abandonar la ciudad y ponerse a buen recaudo…

El que una vez fuera chambelán lo escuchó cortésmente con gran atención; sólo un leve movimiento de su mano permitió advertir cuan poco valor otorgaba a aquellos consejos.

—Se lo agradezco; Dios lo bendiga —dijo—. Pero, ¿por qué tengo que seguir defendiendo esta vida tan vacía? Desde aquella mañana en que puse el cuerpo de la pequeña Lusja sobre un trineo… Bueno, desde entonces me convertí en un hombre un tanto solitario, olvidado de Dios, sintiéndome como una carga para mí mismo… ¿Fuma usted? Tome, se lo ruego: son antiguas provisiones que me quedan todavía. Permítame que fume yo también.

Encendió un cigarrillo. Luego la conversación tomó otro giro.

¿La revolución? No veía en ella más que una afortunada rebelión de esclavos. Habló con desprecio de los dirigentes bolcheviques, a quienes llamó «expropiadores de la dignidad humana». Su odio se dirigía sobre todo contra Lenin. Se acercó a la ventana abierta y señaló las torres del Kremlin, que resplandecían doradas y purpúreas bajo la luz del sol poniente.

—Allí arriba está sentado Vladimir Ilich afilando la hoz de hierro —dijo—. Entre los campesinos se aducía una vieja profecía: «Un pope y un gitano se sentarán en el trono dorado

del zar»… Bueno, Vladimir Ilich no es ningún gitano, sino más bien un pope: no lleva casulla, pero va envuelto con mucho incienso. Ha embaucado Rusia con bellas palabras; ha envenenado a la juventud con el veneno propio de esta época: «Libertad, justicia, el poder creador de las masas; el pueblo anónimo surge de la oscuridad de los siglos y aparece en esta nueva época»… Sin embargo, si todo eso no es más que estupidez y mentira, ¿qué ocurrirá luego? ¿Qué va a suceder después?

Aquel hombre, para quien la gran misión de Vittorin se había convertido en su destino, fumó su cigarrillo hasta el final guardando silencio. Luego preguntó:

—¿Conoce usted a nuestro Baratynski? ¿No conoce a Jevgeny Baratynski, sus elegías?

«Una vez fuiste, ciudad orgullosa, dominadora de la tierra.
Ahora, ante el esplendor de tus ruinas,
el peregrino se detiene sólo con gestos de queja.
¿Te abandonan los guardas valientes de la victoria?
Muda te elevas sobre el tiempo
cual sarcófago de generaciones muertas.»

Baratynski llamó a su elegía «Roma», pero hoy tendría que llamarse «San Petersburgo». Poseo el original de este poema, escrito por la propia mano de Baratynski.

Sacó de un escritorio una cajita de madera de ébano. Contenía, según sus propias expresiones, «restos del naufragio de los siglos» que había «recogido» durante sus viajes, «curiosidades y objetos preciosos de todas las épocas y de todos los países». Con devoto afecto extendió sus tesoros sobre el escritorio. Eran cosas de valor desigual: alfileres de color ingleses, trozos de madera japonesa, miniaturas persas;

un grabado de Durero, un dibujo hecho a mano por Rembrandt. Un autorretrato de E.T.A. Hoffmann de su época pasada en Bamberg. Una carta de Talleyrand, dirigida al rey de Ñapóles, y una carta de Balzac, dirigida a una señora de la aristocracia polaca. Dos órdenes militares del general Skobelev. Una cuenta de hospedería que correspondía al alojamiento, por una noche, en Tilsit, de Stendhal, a una taza de chocolate que había tomado y a la petición que había hecho de un coche: por todo ello el escritor había pagado la suma de dos táleros y ocho monedas de diez céntimos de plata. Una cuartilla con notas musicales escritas a mano que correspondían a una obra de juventud perdida de Mussorsky y, por último, un paquete de cartas, instancias, hojas de diarios particulares y versos de poetas rusos, juntamente con una lista de nombres.

Cuando el propietario de esa colección advirtió que Vittorin concedía muy poca atención a sus explicaciones e intentaba una y otra vez dirigir la conversación hacia un oficial llamado Seljukov, introdujo sus «curiosidades y objetos preciosos» en la cajita y volvió a meterla en el escritorio. Luego se dirigió a la habitación que le había quedado.

Ése fue el curso que siguió el diálogo de Vittorin con el barón Pistolkors, un severo defensor del orden antiguo, que en enero de 1917 había dado al zar el consejo funesto de no recibir a la delegación de los miembros liberales de la duma.

Durante los días que siguieron entonces, el barón permaneció encerrado en su habitación y tocaba el violín, la mayoría de las veces piezas de Bach y las melodías melancólicas y apasionadas de los antiguos músicos italianos. Vittorin ya no consiguió verlo ni en una sola ocasión. Quizá el barón Pistolkors, deshabituado al trato con las personas, se arrepentía de haberse confiado aquella tarde de un modo tan completo a un simple extraño. Quizá no quería mostrar

tampoco que aquella bata de color rojo intenso era la única prenda de vestir que poseía.

Desde primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche tocaba el violín. Tocaba precisamente la sonata llamada «*La furiosa*», de Tartini, cuando vinieron los de la checa para llevárselo.

Un pope, que unos días antes había abandonado la prisión de la Lubianka, trajo a Vittorin una nota del barón Pistolkors. Junto a la fecha, como indicación del lugar de procedencia, había escrito la frase «del patio interior de la vida». El que en otro tiempo había sido chambelán pedía su violín, unos cuantos libros y una manta de lana marrón que había usado como cortina para tapar la ventana. El mundo de los hombres, escribía, es estúpido y cruel. La maldad, la sed de venganza y los sentimientos bajos constituyen la santísima trinidad de esta época. Pedía también cigarrillos a fin de poder mantener «unas relaciones soportables» con sus compañeros de cárcel.

La manta de lana no se encontraba entre las pertenencias del barón. Vittorin decidió entregarle su propia chaqueta de piel. No obstante, cuando a la

i mañana del día siguiente compareció con su paquete en la prisión de la Lubianka, se enteró de que el hombre a quien iban destinadas aquellas cosas había sido fusilado dos horas antes en el patio de la escuela del zar Alejandro.

Vittorin vendió el violín del barón en al mercado de baratijas. No volvió ya a su oficina de trabajo. Día tras día se paseaba por las calles y observaba a los soldados que volvían del frente. Ahora estaba en Moscú exactamente igual como si se encontrara en su casa. Sabía en qué días podían comprarse vestidos y zapatos en los cobertizos instalados en la plaza Sujarevka. Sabía distinguir perfectamente entre el papel moneda propio de la república del Don, de la república letona, y los rublos soviéticos emitidos en la época de Kerenski. Llevaba una blusa de estilo ruso. Sabía dónde era posible

conseguir víveres y cuándo se habían acabado; al mismo tiempo consiguió hablar en su propia lengua con los soldados que habían estado en el frente e incluso lograba hacer hablar a aquellos que eran más reticentes de entre ellos.

Por lo que respecta al asunto de Seljukov, sin embargo, no hizo ningún progreso. Los informes que consiguió no podían ponerse de mutuo acuerdo. Si un día se decía que el regimiento de Semjenov se había cubierto de gloria en la toma de Orsk, al día siguiente Vittorin tenía que constatar que hacía ya meses había sido disuelto por las fuerzas contrarrevolucionarias. En un solo y mismo día le dijeron que avanzaba victorioso hacia el territorio siberiano y que se encontraba en el frente del norte totalmente incapaz de luchar, diezmado por el escorbuto. Le contaron que el mismo Seljukov había sido nombrado comandante de división en Jarkov, que había caído en Kupyansk como batidor de artillería, que en Juryev se había pasado al enemigo llevándose el dinero propio del regimiento, y todo ello en el espacio de una sola semana. Los soldados a quienes Vittorin preguntó estuvieron únicamente de acuerdo en el hecho de que encontraron en el frente a Seljukov, el capitán del Estado Mayor. Pudieron reconocerlo sin esfuerzo gracias a la descripción que Vittorin les dio de él.

A pesar de todos esos fracasos, no cedió en sus investigaciones. No veía otro camino para alcanzar su objetivo. En las proximidades de las estaciones se dirigía siempre a aquellos soldados que buscaban alojamiento para una noche. Los invitaba a pernoctar en su casa, los obsequiaba con té y cigarrillos, y les compraba encendedores que habían sido elaborados con cartuchos. Cuando tras largas horas de charla y poco sueño emprendían de nuevo su camino, dejaban en la vivienda del barón un tufo de tabaco basto, de piel de oveja mojada, de chaqueta de cuero, excremento de caballo, anís, cebolla, sopa de berzas y hierba mojada por la lluvia.

Esa fue la vida que llevó Vittorin hasta que una tarde se dirigió a un hombre que volvía de otro frente de combate.

Cuando Vittorin se le acercó en las proximidades de la estación de mercancías, el hombre estaba metiendo en la mochila los restos de la comida que acababa de tomar de pie: un pedazo de pan negro y un pepino en salmuera. Se distinguía de los demás soldados que volvían del frente únicamente por el hecho de que llevaba gafas. El botón de su vieja gorra de artillería aparecía coloreado con tinta roja. Por razón de sus gafas, Vittorin lo tomó por un escribiente de la oficina de cualquier batallón, que había estado viajando de un frente a otro.

Supo que aquel hombre no tenía alojamiento. De camino hacia la plaza Tagansky, a las preguntas de Vittorin respondió sólo con monosílabos; parecía estar muy cansado a causa de un largo viaje en ferrocarril. En el recibidor del piso se sacó el abrigo marrón, bastante deteriorado: Vittorin consideró este detalle como un signo de costumbres y forma de vivir que no eran proletarias, un detalle que no había observado en los anteriores visitantes.

Entraron en el despacho del barón y entonces la conducta de aquel hombre cambió de un modo peculiar y sorprendente. Ya no aparecían en él indicios de timidez ni de cansancio. Mientras Vittorin calentaba el agua para el té, observó detenidamente la estancia: el escritorio y la librería parecieron atraer especialmente su interés. Luego, como si no fuera huésped, sino amo de la casa, se dirigió al dormitorio pasando por el vestidor, mientras iba silbando levemente… Tras haber inspeccionado todo el piso, se acercó a la ventana y echó una mirada escrutadora a la calle.

—¿Qué hora es, camarada? —preguntó sin mirar a Vittorin.

—Son las siete.

—Las siete —murmuró el hombre situado aún junto a la ventana—. ¡Esos diablos sarnosos! Siguen siendo los mismos. La vieja Rusia ha desaparecido, ha sido inundada por el

torrente de la época actual; sin embargo, esos hijos de pope aún están ahí, no han cambiado. Lo único diferente es que hoy van detrás de mí en nombre del Soviet, mientras que entonces, cuando yo estaba en las barricadas, cantaban todavía «Dios salve al zar». Son unos cobardes: se echan a temblar incluso ante un ganso.

—¿Quién se echa a temblar? —preguntó Vittorin que, ocupado en el samovar, había oído sólo las últimas palabras.

—Cobardes y estúpidos. También son estúpidos, tan necios como las suelas de sus botas.

—¿De quién está usted hablando, camarada?

—De los policías de la checa; ¿de quién, si no? Precisamente ahora, en este momento, esos mentecatos están registrando el apartamento en el que he permanecido hasta esta misma mañana.

—¿Tiene un apartamento? —preguntó Vittorin—. ¿No ha venido, pues, del frente?

El forastero se volvió lentamente hacia Vittorin.

—¿Por qué disimula usted, camarada? ¿Es que no se ha dado cuenta de que hace siete días que lo estoy observando? Si no se ha dado cuenta, ¿qué clase de persona ilegal es usted entonces?

Vittorin intentó echar mano a su revólver, pero no lo encontró en su bolsillo.

—Quédese donde está —espetó de pronto—. No se acerque a mí. No sé qué pretende usted de mi persona.

—Deje tranquilo en el bolsillo al camarada Mauser —dijo el forastero—. Quiero saber a qué organización pertenece, quién lo ha colocado en este puesto.

Nada más. Usted intenta ponerse en contacto con el ejército. Trabaja siguiendo un plan concreto: esto es ya cosa segura. Durante los últimos días ha estado manteniendo aquí,

en esta habitación, conversaciones con miembros de siete regimientos.

—Bueno, ¿y qué? Han estado aquí siete regimientos. ¿Y esto qué le importa a usted? —exclamó Vittorin, azorado.

El forastero frunció las cejas.

—Quizá tenga razón Artemjev de convertirlo a usted en miembro de una organización oficial jurídicamente establecida —opinó—. Hubo aquí una cierta «Alianza de renacimiento», pero no logramos ponernos en contacto con ella.

Entonces, al oír un nombre que ya conocía, Vittorin consideró que la situación se había aclarado finalmente.

—Es usted, pues, uno de los partidarios de Artemjev —dijo—. Tendría que habérmelo dicho en seguida. Conozco a Artemjev. Tuve tratos con él. ¿Dónde se encuentra ahora? ¿Está en Moscú?

—Está en Moscú. ¿No ha leído el atraco al coche que transportaba dinero de la central de distribución de pieles? Fue obra de Artemjev. Veo que está usted ya un poco menos inquieto. Nos vamos a entender. Quizá me va a ofrecer incluso una taza de té.

—¿En qué hemos de entendernos, camarada? —preguntó Vittorin cuya desconfianza se había suscitado de nuevo.

Con un movimiento de la mano, el hombre invitó a Vittorin a que se sentara. A continuación ocupó el asiento que había frente a él.

—Si consideramos la situación —empezó diciendo—, el cuadro que se nos ofrece, camarada, es el siguiente: las fuerzas antibolcheviques están dispersas. Lo que les faltaba son líneas y normas precisas, una dirección unitaria. Tomemos, por ejemplo, su organización. Trabaja en el ejército, busca aquí y allí establecer contactos. Ahora observe usted que a nosotros nos interesa también crear facciones dentro de los regimientos rojos, poner a nuestros miembros en sitios directivos

destacados. He ahí, pues, dos cajas del mismo pimentón para sazonar el pescado. ¿Por qué, sin embargo, dos cajas? Porque su organización, en lugar de trabajar paralelamente con nosotros…

—No pertenezco a ninguna organización —replicó Vittorin.

—Bueno, digamos sus amigos, si prefiere usar más bien este calificativo…

—No tengo ningún amigo en Moscú.

—No vamos a discutir por meras palabras. Digamos los camaradas que lo dirigen…

—En este asunto no hay ningún camarada que dirija —explicó Vittorin poniendo mucho énfasis en lo que decía.

—¿Quiere usted decir con esto que detrás de sus acciones no hay ninguna fuerza impulsora, ningún partido, ningún movimiento político?

Por un momento, Vittorin vio el rostro grueso, enrojecido, eternamente sudoroso de su viejo camarada Feuerstein.

—Lo hago todo solo —dijo, movido por un abatimiento súbito—. No tengo a nadie que me ayude. Existió al principio una organización, pero se descompuso.

—No puedo esperar que confíe en seguida en mí —dijo el forastero tras una pausa—. Usted debe proceder con mucho cuidado frente a todo el mundo, incluso frente a mí: esto está claro.

—Es como yo digo —insistió Vittorin—. Encarcelaron al mejor hombre que tenía. Y el último que estaba conmigo se pegó un tiro. Era el conde Gagarin. ¿Conoce usted ese nombre?

—No. Lo desconozco. Quizá diga usted la verdad, camarada. Sin embargo, si su organización se ha disuelto…, pondere usted la situación en que se encuentra: ¿qué sentido

tiene su trabajo aislado? Pronto se verá impulsado a hacer una elección: a entrar en nuestras filas o suspender su actividad. No mueva la cabeza en señal de duda o vacilación: será así sin duda alguna. Usted no puede permanecer por mucho tiempo en Moscú…

—No me quedaré en Moscú —lo interrumpió Vittorin—. No tengo nada que buscar aquí. Me voy a ir al frente.

—¿Se marchará? —preguntó el hombre de las gafas y, por un segundo, su rostro manifestó sorpresa—, ¿Es ya una cosa enteramente segura? Lamento su decisión, camarada: quizá le habríamos propuesto tareas más importantes. ¿Cuándo piensa abandonar Moscú?

—Aún no puedo decirlo hoy. Quiero ir al frente, pero a un regimiento muy determinado. Pero ahí está la dificultad: ya lo comprende usted.

—¿Dónde está la dificultad, camarada?

—No creo que la comisión del distrito atienda a deseos personales.

“

—¡Qué ideas tan curiosas tiene usted! —dijo el hombre de las gafas—. ¿Para qué necesita la comisión del distrito? Tenemos los sellos distintivos de todos los regimientos, los sellos distintivos de las cancillerías, del comité de cada regimiento, de las divisiones del Estado Mayor, de las escuelas militares y del comisariado de guerra; tenemos formularios en blanco de todas clases: pases, cédulas credenciales e incluso el consejo ejecutivo del soviet moscovita ha tenido que cedernos su sello oficial. Ya le entregaremos a usted un papelito de esos… ¿No tiene otra salida este piso? ¡Qué lástima!

Al cabo de dos horas Artemjev, que pasaba aquella noche en un albergue del barrio de Presnja, recibió el siguiente informe garabateado en el margen de una hoja de periódico:

«Por lo que respecta al local, he podido cerciorarme bien de que el piso del alemán sería muy apropiado para fabricar bombas y esconderlas allí. Desde su ventana puede verse incluso la plaza Tagansky, donde se encuentra la oficina central de lanería y el lugar de pago de las subvenciones para enfermos. Esto me parece importante teniendo en cuenta la situación material de nuestra organización, ya que esta circunstancia nos permite observar con atención y ver cuál es el momento oportuno para realizar una expropiación. Conozco al presidente del comité de ese establecimiento. Acepta dinero: por su parte, no hay que esperar dificultades. He hablado con el alemán. Aunque ha evitado dar una explicación, he podido constatar que se trata de un grupo jurídicamente establecido que aspira a la formación de un gobierno burgués. Un detalle significativo de eso lo constituye el hecho de que en una de las habitaciones se hallan cuadros con retratos del antiguo ministro Goremykin, del general Efimovich y de otros representantes del régimen imperial. La cuestión referente a la colaboración práctica con ese grupo hay que descartarla por completo. Se halla en plena disolución: sus mejores hombres están en la cárcel. El alemán está decidido a abandonar su actividad conspiradora y dejar Moscú. Por lo demás, según mi opinión, habría podido utilizarse a lo sumo para el servicio de observación y vigilancia».

En una taberna, instalada en la bodega de lo que anteriormente había sido la casa del príncipe Kudachev, Vittorin se encontró con Artemjev. Allí se servía sopa de pescado, remolacha cocida y algunos días también un café claro, sin azúcar, que se presentaba a los clientes en unas tacitas de loza. Durante las primeras horas de la tarde, aquel local estaba casi siempre lleno de personas, que venían de las tiendas y de los despachos de los alrededores y consumían apresuradamente su comida para dejar sitio a los demás que esperaban de pie en la maltrecha escalera de madera. En

aquella hora, sin embargo, las doce del mediodía, Artemjev y Vittorin eran los únicos clientes.

El viejo revolucionario, con la gorra tirada hacia la nuca y el cigarrillo a un lado de la boca, estaba sentado a horcajadas en un banco y observaba a Vittorin, aunque sin apartar del todo los ojos de la entrada a la bodega. Parecía que allí era conocido, ya que al hacerle una seña el camarero, con el rostro señalado por la viruela, desapareció en el compartimiento que servía de cocina.

—Moscú es grande y, sin embargo, he logrado encontrarlo a usted —empezó diciendo Artemjev—. Me alegro de volver a verlo vivo. Ha trabajado mucho; no ha andado con miramientos; ha reunido cuidadosamente todas las noticias que le llegaban de las tropas rojas y de su Estado Mayor. Es una actividad útil, camarada. ¿Pero no ha llevado a cabo el plan, tal como hablamos en Berdiczev, de una acción práctica contra alguno de esos que ostentan el poder del Soviet?

Vittorin miró fijamente la superficie de la mesa.

—Todavía tengo ese plan —dijo—. No lo he abandonado nunca.

—Dolguchin —prosiguió diciendo Artemjev—: ¿se acuerda usted del hombre que lo acompañó a la estación de ferrocarril? Dolguchin me dijo al volver: «Sé, camarada, lo que es el terrorismo. Ese alemán no matará a Lenin ni a Rakovski. Irá a Moscú y emprenderá toda suerte de cosas, pero no llevará a cabo nada. No tiene en sí mismo esta clase de fuerza». Dolguchin lleva treinta años en nuestra organización de combate tendiendo cables para explosivos: es especialista en hacer saltar puentes de ferrocarriles. No le gustan los intelectuales; no confía en ellos en absoluto. Cuando dijo eso, la nieve cubría la tierra rusa; pero hoy ya han cortado la hierba…

—He perdido mucho tiempo —dijo Vittorin con aire de profundo abatimiento—. Y mi trabajo aquí ha sido

completamente inútil.

—¿Y cuáles son, camarada, sus próximos propósitos?

Vittorin miró fijamente la superficie de la mesa y frunció las cejas. Su rostro adquirió de pronto una expresión de cansancio y apatía.

—Sé lo que son esas horas de amargura —dijo Artemjev —. En días como esos me ha dado la impresión a mí también de que me envolvían de manos y pies con sudarios. Entonces me decía: «Nada resulta bien. La suerte es para los demás. Caeré y no habrá nadie que me sustituya. Y si me entierran, ¿qué va a quedar de mí? ¿Va a entender mi vida y mi combate el gran pueblo ruso, el pueblo de los villorrios, de las estepas y de las fábricas, este pueblo que amo?» En esas horas sentí en mi interior el vacío de la muerte. Pero amanecía un nuevo día y me traía nuevo coraje. Me decía: «Aún vivo; el pope no reparte todavía las velas del entierro; no me han untado aún la frente con óleo ni me han echado todavía tierra sobre el pecho».

Vittorin levantó la cabeza. —Tiene usted razón. Me marcharé de Moscú y empezaré de nuevo mi trabajo.

—Abandona, pues, Moscú. ¿Estaría dipuesto quizás a ir a los pueblos y actuar allí en un movimiento vivo y radical?

Vittorin meneó la cabeza en señal de negación. —Quiero ir al frente.

—¿Por qué precisamente al frente? —preguntó Artemjev —. ¿Cree usted que lo esperarán allí con pastelitos de miel? El trabajo en los pueblos es importante. Nuestra fuerza continúa estando en las hermandades de campesinos.

—Tengo que ir al frente —replicó Vittorin con

énfasis. —¡Tiene que! También yo decía antes: «Tengo que, tengo que». Sin embargo, cuando hoy me pregunto por qué «tenía que», no encuentro ninguna respuesta. Usted quiere ir la frente. Bien. No voy a impedir que crezca el arbolito. Por

lo tanto, por mí puede ir al frente. Tengo formularios y timbres como un comisario cualquiera. Voy a extenderle una orden para viajar. ¡El comisariado de guerra la ratifica! ¿Cuáles son su nombre y apellido, así como el nombre de su padre?

—Georg Vittorin. Mi padre se llama Karl.

—Georg Karlovich Vittorin… «El comisariado de guerra autoriza al camarada G.K. Vittorin, nacido en el año…»

—1889.

—«… 1889, de origen proletario, a desempeñar el servicio…» ¿En qué regimiento?

—En el regimiento de Semjenov.

—Este regimiento —dijo Artemjev— se llama hoy regimiento rojo «Liebknecht» y pertenece a la segunda división moscovita de defensa, que ocupa la línea Jarkov-Bielograd. ¿Y en qué puesto concreto, camarada, quiere prestar sus servicios en ese regimiento? ¿Debo ponerlo a disposición de los que llevan el mando de los medios de transporte? ¿Sabe usted conducir un coche, montar, tratar con caballos?

—Sé montar y también conducir coches —respondió Vittorin en tono apocado.

—Bueno, no se puede saber todo —opinó Artemjev—. Si el lobo pudiera volar, Dios no habría creado al águila. Quizá sería mejor ponerlo como especialista en el manejo de granadas de mano… ¿Estaría usted conforme con eso? —No tengo los conocimientos técnicos —opinó Vittorin.

—¡Seguro que sabrá componérselas con las granadas de mano! —exclamó Artemjev—. ¡Piense además en los especialistas que hay en el frente! Tome usted, por ejemplo, el departamento de sanidad: un individuo que fregó una vez el suelo de una farmacia ya se llama ahora médico… Aquí está la orden para viajar. Aquí está el billete militar. Aquí está la autorización certificada del distrito militar de Moscú. Gracias

a este certificado obtendrá en la comandancia de la ciudad una ración para tres días de pan y de azúcar para el viaje. Y una última cosa, camarada: no vuelva ya a su piso.

—Me ha sido otorgado legalmente. Tengo derecho a …

Artemjev echó una mirada al camarero, que había vuelto del compartimiento convertido en cocina.

—Desde ayer por la noche su piso está bajo vigilancia —dijo con voz un tanto apagada—. Tengo la obligación de advertirle que en la plaza Tagansky hay apostados tres policías de la checa. Quieren arrestarlo a usted.

—¿Por qué podrían detenerme, camarada?

—¡Vaya pregunta! La policía de la checa se ha enterado de sus actividades. Nunca ha tomado usted una precaución especial.

—Pero allí tengo mis vestidos, mi ropa… Todas mis cosas están ahí arriba.

—¿Y por esas cosas quiere arriesgar su vida? Recibirá de nosotros todo lo que necesite. Lo mejor es que viaje esta misma noche. En nigún caso debe aparecer por los alrededores de su piso. ¡Prométamelo! Bien. Tengo su palabra… Tome sus papeles.

Vittorin recogió aquellos papeles y en el mismo momento quedó convertido en soldado del ejército rojo.

Tenía todo lo necesario para ir al frente: el equipo, los papeles, el abastecimiento para el viaje y, en el bolsillo, el revólver para la gran hora del ajuste de cuentas con Seljukov. Sin embargo, demoró el paso definitivo como algo postrero y terminante que, una vez emprendido, ya no podría corregirse ni permitiría volverse atrás. Por dos veces emprendió el camino hacia la estación Kursk y por dos veces hizo el camino de vuelta. Al cumplimiento de su resolución se oponían siempre las mismas consideraciones. ¿Estaba seguro de que

Seljukov se encontraba aún actualmente en el regimiento con el que había sido arrastrado a la guerra civil? ¿No podía haber abandonado el servicio el antiguo capitán del Estado Mayor? ¿No podía haber ocupado mientras tanto otro puesto, un cargo de comandante en alguno de los nuevos regimientos, o haber sido trasladado a uno de los puestos superiores del Estado Mayor? Vittorin quería estar seguro sobre todo eso antes de abandonar Moscú para siempre.

Durante dos días estuvo buscando a soldados con permiso, a heridos e inválidos, que pertenecieran al regimiento «Karl Liebknecht». Pero ninguno de los soldados rojos que encontró llevaba el signo del regimiento en los galones de las hombreras: las iniciales K.L. Vittorin no volvió a su piso: pasó la noche en un cuartel situado en la avenida Leningrado. Por la mañana del tercer día se unió a un grupo de obreros que trabajan en una fábrica de los arrabales: cantando canciones revolucionarias, marchaban hacia el Kremlin para participar en un mitin.

Aquel día había fiesta en las fábricas. Vittorin se enteró de que en Milán los obreros se habían hecho con todo el poder y de que en Elberfeld se habían producido combates en las calles. En el mismo momento de su llegada, esas noticias hicieron comprender que el estallido de la revolución mundial era inminente. En honor del proletariado que luchaba en la Europa occidental, aquel día tenía que dedicarse a celebrar un mitin, a hacer manifestaciones revolucionarias, a hacer desfiles, con una parada militar de las tropas rojas, y a participar en muestras públicas de gran regocijo.

La mayoría de las oficinas soviéticas estaban cerradas: únicamente en los despachos superiores se mantuvo el servicio hasta las primeras horas de la tarde. En la Plaza Roja, que antiguamente había sido la plaza del teatro imperial, Vittorin se separó de sus acompañantes. Logró llegar sin dificultades al comisariado de guerra.

A esa hora, en el departamento de registro del personal en activo estaban sólo presentes dos de los funcionarios que trabajaban allí. Uno de ellos era un hombre mayor, calvo y con perilla rala, que aparentemente era el jefe del departamento, ya que estaba leyendo el *Pravda*, y el otro funcionario era una chica manifiestamente cansada, aunque muy joven, que estaba examinando ciertos documentos numerados de carácter oficial.

Vittorin se dirigió a la chica joven.

—Necesito una información, camarada. Me interesaría saber los nombres de los comandantes de un regimiento determinado que está en el frente, tanto de los batallones como de los que están al mando de la artillería y la infantería.

—Lo siento, camarada —dijo la chica joven con una voz suave y agradable al oído—. No se confiere esta clase de informaciones.

Vittorin estaba resuelto a no dejarse rechazar. Por un momento pensó en mostrar sus papeles y hacer comprender a aquella chica que, como estaba a punto de irse al frente, quería saber los nombres de sus futuros superiores. Pero apartó esa idea de su cabeza temiendo que sus papeles pudieran ser reconocidos como falsos. Eligió otro camino que le pareció menos peligroso.

—Quizá sus instrucciones le permitan, camarada, hacer una excepción en este caso —dijo en un tono conmovedor y suplicante—. Se trata de una circunstancia que merece verdaderamente una consideración. La familia en la que he requerido una habitación se encuentra en una situación desesperada: la señora de la casa está enferma; tiene tres hijos y su marido está en el frente. Hace tres meses que no ha tenido ninguna noticia de él. Póngase, camarada, en el lugar de esa mujer.

Vittorin se dio cuenta de que su historia había causado impresión. Aquella chica joven pareció vacilar, reflexionar;

echó una mirad escrutadora a su jefe, que seguía ensimismado en la lectura del periódico sin permitir que nadie lo molestara.

—Esa mujer se preocupa también por los padres de su marido —prosiguió diciendo Vittorin—. ¡Y desde hace dos meses no tiene ninguna noticia de él! Me pidió que consiguiera informaciones. Últimamente ocupaba el cargo de comandante de artillería en el regimiento rojo llamado «Liebknecht». Su nombre es…

—No, es enteramente imposible —le espetó aquella chica joven—. No podemos darle información.

En aquel momento, el jefe del departamento soltó el periódico.

—¿Por qué no se le puede dar ninguna información? —opinó dirigiéndose a Vittorin—. ¿En qué regimiento ha dicho usted que está ese comandante?

—En el regimiento rojo llamado «Liebknecht», que antiguamente era el regimiento Semjenov.

—Cálmese. Obtendrá la información deseada. Espere aquí. Voy a buscar en seguida lo que necesitamos.

Abandonó la estancia. La chica joven echó una mirada de temor a la puerta y comprobó que sólo estaba entornada. Al cabo de un segundo se había colocado junto a Vittorin.

—¡Márchese, por el amor de Dios! —le dijo susurrando—. Va a traer la desgracia a personas inocentes. Vaya por el pasillo a la derecha, luego dos tramos de escalera abajo y está usted en la calle. ¡Márchese en seguida! No… Demasiado tarde.

Con el jefe del departamento entró en la estancia un hombre regordete, rechoncho, de cara ancha, pómulos prominentes y pequeños ojos de besugo, sin ningún resplandor. Llevaba una gorra verde, plana, y en la americana de su uniforme aparecían galones rojos, así como la estrella dorada del Soviet. La chica joven se inclinó sobre su escritorio

y, con expresión enteramente impasible, se puso a escribir números en el margen de los documentos oficiales para ordenarlos. El jefe hizo una señal a Vittorin para que se acercara.

—¿Cómo se llama el comandante de que habla usted?

—Michael Michajlovich Seljukov.

—¿Dónde está su casa?

—En la plaza Tagansky, 15… Pero está en el frente.

—Esto ya lo sé —dijo el jefe.

Luego se dirigió al hombre que llevaba los galones rojos:

—Coja a tres de sus hombres. Sigan al camarada hasta la casa ya indicada por él. Detenga a todas las personas que se encuentran en la vivienda. Llévelas a la «comisión extraordinaria» para que sean interrogadas. Se trata de los familiares de un desertor.

Y echando una mirada al rostro consternado de Vittorin añadió:

—Hace cuatro días, el antiguo regimiento Semjenov se ha pasado al enemigo con todos sus oficiales.

Ante la puerta del piso, en cuyo rótulo de latón aparecía escrito el nombre de Seljukov, Vittorin hizo aún otro intento para evitar las consecuencias de su aventura.

—Les repito, camaradas, que es totalmente inútil —dijo—. No encontrarán a nadie en el piso. Me han entendido mal.

Los tres soldados rojos permanecían de pie, apoyados en sus armas, y esperaban que les dieran alguna orden. En sus caras anchas y barbudas, propias de campesinos, no había más que indiferencia. Uno de ellos se había quitado la gorra y se secaba el sudor de la frente.

El comandante fijó en Vittorin sus ojos redondos, sin ningún resplandor.

—Ya lo veremos —dijo en un tono áspero y seco—. Déme la llave. ¿No la tiene? Si el piso está vacío, hará usted una visita a la Lubianka. Entonces ya dirá dónde se encuentra esa gente.

Pulsó el timbre de la puerta.

Se oyó un sonido agudo, que en seguida se convirtió en un gemido de queja. Una sola vez había oído Vittorin el sonido de aquel timbre. Fue cuando estuvo de pie ante la misma puerta, con la orden requisitoria en el bolsillo, mientras su corazón palpitaba y en el interior de la vivienda el barón Pistolkors tocaba una gavota de Bach… ¿Qué se había hecho de aquellos sonidos? Habían sido barridos por el viento. Las habitaciones estaban ahora desiertas y ya no se oía respirar a nadie. En algún lugar del mercado de baratijas estaba el violín. En algún lugar cualquiera del patio de la cárcel habían enterrado el cadáver del antiguo chambelán, que se había despedido del mundo tocando la melodía melancólica y apasionada de «*La furiosa*». Se había despedido así de sus recuerdos.

Vittorin se sobresaltó de repente. En el interior del piso abandonado se oyeron pasos.

Los pasos se acercaron a la puerta y por la mente de Vittorin cruzaron pensamientos absurdos… El chambelán muerto había vuelto para recoger su violín; no, para buscar su manta de lana, de color marrón, porque se muere de frío bajo la tierra… ¡Qué absurdo! Es Seljukov. Seljukov está en Moscú; está en su casa; ha vuelto del frente…

—¿Quién está ahí?

Era una voz extraña, desconocida, que no había oído nunca anteriormente.

El comandante golpeó la puerta con la culata de su pistola Mauser.

—Abra la puerta en seguida. Venimos a registrar la casa.

La puerta no se abrió. En lugar de obtenerse una respuesta, se oyó una maldición y luego una señal de alarma: dos silbidos breves, agudos, penetrantes.

—¡Rápido! ¡Golpead! ¡Echad la puerta abajo! —gritó el comandante.

Bajo los golpes de culata de los soldados, la puerta cayó hecha pedazos. Se oyó un disparo; la bala rozó uno de los hombros de Vittorin: a él iba destinada. Los guardias rojos se precipitaron en el vestíbulo, se arrojaron sobre un hombre que se defendía furiosamente y lo hicieron caer el suelo. Dejándolos a un lado, el comandante entró corriendo en la habitación contigua, con al arma de fuego en la mano.

La estancia estaba vacía. Lo primero que vieron sus ojos fue una minerva. Junto a ella había un bote lleno de folletos acabados de imprimir. Sobre el escritorio había un polvo amarillento, extendido para que se secase; sobre las sillas había latas, vainas de metal, piezas de plomo y probetas.

El hombre de la checa se acercó al escritorio, tomó un poco de polvo del que había allí extendido y lo olió. Un leve ruido le hizo levantar la vista. En el umbral de la puerta abierta que daba a la habitación contigua estaba Artemjev.

El hombre de la checa no lo reconoció. Vio en él a un hombre que había caído en sus manos y en quien podía hacer sentir su poder. Se limpió la pólvora de la punta de sus dedos. Luego inició el interrogatorio.

—¿Es usted el propietario de este piso? ¡Acerqúese! Aquí hay una minerva y folletos: por consiguiente, ha instalado aquí una imprenta clandestina.

Artemjev observó con atención el rostro de aquel funcionario de la checa.

—¿Eres ruso? —preguntó—. Pareces más bien un calmuco o algo parecido… ¿No es así?

—Quien pregunta soy yo; usted debe responder —le dijo autoritariamente el hombre de la checa—. ¿Qué clase de pólvora es ésta?

—Es sémola —explicó Artemjev—. Es lo que me alimenta.

—Parece que le gusta a usted gastar bromas. Pero este buen humor le pasará en seguida. Queda usted detenido.

—Dices «detenido». He ahí una palabra vacía. Pero con simples palabras no puedes siquiera atrapar un polluelo. Tendrás que decidirte a realizar alguna acción. Soy Fiodor Artemjev.

El hombre de la checa se volvió pálido. La mano que mantenía agarrada a la pistola Mauser tembló y la frente se le volvió húmeda. Sabía que no iba a abandonar vivo aquella habitación. Miró fijamente la mano cerrada de Artemjev. Empezó a hablarle con voz ronca:

—Tenga en cuenta que la casa está rodeada. Comprenda que su situación es desesperada y que no tiene ninguna salida. El gobierno soviético no desea derramamientos de sangre; quizá decida imponerle una pena leve, si usted explica que está dispuesto a ponerse al servicio de las masas proletarias… Conozco a Chershinsky; conozco también a Steklov; los dos me conocen; hablaré con ellos e intercederé por usted… ¡Quédese donde está! ¡No mueva la mano! Morir de un disparo no es una muerte agradable…

—Si al menos quisieras callar… Pero no haces más que charlar constantemente —dijo Artemjev.

Los guardias rojos entraron en la habitación con sus armas dispuestas para disparar. Y de repente sobrevino a Artemjev un deseo salvaje: escapar de nuevo de sus enemigos, sumergirse en la multitud, empezar otra vez su obra. Por un segundo, unos planes ladinos, temerarios e insensatos cruzaron por su mente vigilante.

Pero los rechazó todos.

—¡Saludos! —dijo a los soldados rojos—. Habéis llegado en una mala hora, hermanos.

Dio un paso hacia adelante y arrojó en medio de la habitación un pequeño cilindro de metal, que tenía guardado en la mano y que brilló con un resplandor rojizo.

En el momento en que se produjo la detonación, Vittorin ya había abandonado la casa. Fue arrojado de súbito contra una farola de gas; se levantó; vio a una mujer que corría hacia un portal, gritando y con los brazos levantados; en medio de la plaza Tagansky vio a un cochero que apaleaba a toda prisa sus caballos; al mismo tiempo, oyó el chasquido de los cristales de las ventanas que saltaban destrozados por los aires.

Se puso a correr sin volverse para mirar atrás; tenía que marcharse: no tenía otro pensamiento. Se metió en una maraña de calles que le eran desconocidas; pasaba con la cabeza gacha junto a las personas que le salían al encuentro: todas le parecían miembros de la policía secreta, espías y soldados disfrazados o vestidos de paisano.

Sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró ante una iglesia. Como no podía seguir adelante a causa del cansancio, entró. En una capilla lateral, bajo una imagen del milagroso san Nicolás, se acurrucó y cerró los ojos.

Eran las cuatro de la tarde cuando abandonó la iglesia. Se había tranquilizado; el peligro de poder ser reconocido y detenido le pareció entonces menor. Encontró a una mujer joven que vendía cerillas en una esquina; cada caja costaba sesenta rublos; le preguntó por el camino que llevaba a la estación.

En aquella hora, la fiesta soviética había llegado a su punto culminante. Por la calle Sadovaja avanzaba un cortejo fúnebre bajo los tañidos de una extraña música funeraria: iban a enterrar el parlamentarismo. Detrás del sarcófago marchaban a pie unos actores de teatro, silbados y escarnecidos por la

multitud, que iban disfrazados de generales, de popes, destiladores de licores y magnates de las finanzas. América, simbolizada por un saco de dinero enorme, era arrastrada por el bulevar Smolensky. Desde los peldaños más latos de la escalinata de la iglesia de san Pablo, un poeta proletario recitaba sus versos revolucionarios, cantos de lucha contra los tiempos antiguos, contra la burguesía, contra los ejércitos del zar muerto. En la plaza Arbat se había improvisado un circo: los monarcas y los hombres de Estado europeos eran expuestos como hienas, lobos, caimanes, gatos salvajes y monos que meneaban la cola; Wilson, Vandervelde y Lloyd George hacían el papel de payasos.

Ante la estación Kursk, Vittorin percibió por última vez las voces de Moscú. Unos megáfonos invitaban a participar en la representación masiva de una pieza revolucionaria: «El asalto al palacio de invierno», y daban además las últimas noticias. La ciudad de Perm había sido tomada por las tropas soviéticas. Detrás del ejército de Koltchak, un grupo de partisanos rojos había hecho descarrilar un tren cargado de municiones. El contrarrevolucionario Artemjev, un encarnizado enemigo del Soviet y mercenario del capital extranjero, había encontrado la muerte al intentar huir de la detención y del justo castigo.

La noticia del fin de aquel gran rebelde, extendida con voz atronadora por plazas y calles, dejó a Vittorin sin habla. No tenía ninguna idea de cómo se habían relacionado las cosas; no sabía que él mismo había entregado a Artemjev a manos de sus enemigos. Lo único que le parecía chocante y extraño era el echo de que el destino hubiera concedido aún tiempo a Artemjev para ayudarlo a él, a Vittorin, a viajar hacia el frente, como si precisamente éste hubiera sido el sentido de aquella vida aventurera.

No tenía tiempo para reflexionar más sobre aquel asunto. De la caña de una de sus botas sacó la orden de viaje y el billete militar, y con aquellos papeles en la mano entró en el vestíbulo de la estación.

Orden de asalto

El tercer regimiento rojo de defensa de la división Pensa había sido organizado e instituido en el mismo frente, bajo el fuego de la artillería enemiga, en los últimos días de junio del año 1919. Durante la campaña de verano había participado en seis combates y en la defensa de Jarkov; en Valki había interceptado el avance del ejército enemigo y por dos veces había sido nombrado con honor en los informes de la oficina general rusa del comisariado de guerra. A principios de noviembre, cuando amainaron las lluvias interminables, el regimiento se encontraba al sudeste de Miropol, con gran parte de efectivos prestados, frente a una brigada blanca.

El comandante del regimiento era un viejo capitán que había estado siempre en el frente y que se servía de la mano izquierda para firmar sus órdenes, ya que la mano derecha la había perdido en los combates llevados a cabo en los Cárpatos. Al frente del primer batallón estaba el marinero Stassik; el camarada Storochev, fumista de oficio, mandaba el segundo batallón. Ambos habían aprobado en Moscú un curso de mando militar y ambos poseían también la condecoración de la bandera roja.

El tercer batallón estaba todavía por organizar de forma práctica.

Subordinadas al mando del regimiento, había una batería ligera y una sección de reconocimiento, que estaba compuesta de hombres con una formación especial. El comandante de esta sección era un estudiante universitario de Moscú, que se

había alistado voluntariamente para ir al frente. Se llamaba Beresin. En Moscú tenía a su madre anciana y a su novia.

Una mañana fría y húmeda de noviembre volvió de la ronda hecha con su patrulla al alojamiento que compartía con los jefes representantes de la primera tropa.

El alojamiento era una granja que, con una mesa carcomida y unas cuantas sillas, se había transformado por necesidad en una vivienda para personas. Una vela colocada en el cuello de una botella rota iluminaba con su luz vacilante una parte de la estancia. Ante la pequeña estufa de hierro colado, se acurrucaba el soldado rojo Jefimov e iba echando al fuego tablas húmedas que procedían de un baúl de madera destrozado.

Beresin tendió su abrigo estrujado y salpicado de barro para que se secase. Luego se acercó a la estufa y se puso a calentar las manos.

—¿Dónde está el alemán? —preguntó—. ¿Se ha marchado?

—Duerme. Se ha echado ahí —respondió Jefimov indicando por encima de sus hombros un rincón que quedaba en la oscuridad. —¿Tiene todavía fiebre? —quiso saber Beresin. Jefimov frunció las cejas.

—Quzás es fiebre o quizás es alguna otra enfermedad —opinó—. Siempre está tiritando, siempre tiene frío. El ayudante sanitario estuvo aquí y quiso hacerle tomar unas gotas, pero él las rechazó.

Beresin empezó a quitarse las botas. Jefimov puso el agua para el té encima de la estufa de hierro y siguió informando:

—Por lo que respecta a la comida, camarada, hoy no han dado pan, sino sólo conservas: un bote para dos hombres; no tienen más. Pero le queda una ración para usted, porque el alemán no quiere comer. Sólo tiene sed: se ha pasado toda la noche pidiendo de beber… ¿Cómo van las cosas al otro lado,

entre los blancos? Ayer tiraron obuses; también oí fuego de fusilería. ¿Es que les han salido de nuevo dientes de lobo?

—Saben apañárselas bien esos condenados diablos: comen sémola con leche —dijo Beresin—. Después de sonar el toque de retreta se les oye rezar y cantar. Hay popes en su regimiento, como en el tiempo del zar; incluso tienen cantores de salmos.

Vittorin se despertó en su rincón. Se restregó los ojos inflamados, se quitó de encima el abrigo y la manta y se incorporó.

—¿Es usted, Beresin? ¿Por qué han cerrado la puerta? Este calor es insoportable. ¡Dejen entrar el aire! Bueno…, ¿lo ha visto usted?

Beresin se arrodilló en el suelo. Sacó de su mochila una taza cuya asa estaba rota. La limpió cuidadosamente con la punta de su chaqueta. Luego echó té en ella.

—¿No quieren abrir la puerta? ¿No quieren dejar entrar aire fresco? —preguntó Vittorin.

—Porque tiene fiebre cree usted que ahí fuera ya ha venido el verano —dijo Beresin—. De todos modos, el viento pasa por las rendijas; no hace calor.

—Ya estoy bien; no me pasa nada… ¿No lo ha visto usted entonces?

—¿A quién?

—Al oficial blanco, al que sus hombres llaman

«pífano».

—No. A ése no lo he encontrado. Detrás del terraplén, entre los arbustos, nos ha pasado por delante una patrulla, a unos veinte pasos. Después, hacia la madrugada, me he encontrado con una segunda patrulla que casi ha tropezado conmigo: tan densa era la niebla.

Vittorin cerró los ojos. ¿Cuándo oyó por primera vez que aquel oficial blanco llevaba a sus hombres al ataque silbando y empuñando el látigo en su mano? ¿Cuándo le contaron que pasaba revista a las filas de prisioneros silbando, que hacía dar un paso al frente a los oficiales rojos y que los abatía de un disparo? Bajo el peso de un odio bronco, Vittorin lo había buscado; había interrogado a todos los desertores. Sin embargo, sólo entonces, cuando estaba en aquella granja yaciendo con fiebre y entregado a aquellas ideas que perforaban sin cesar su mente, llegó a la convicción de aquel oficial era Seljukov. Era el mismo Seljukov, que solía ir por la vida con el látigo de montar en la mano, bien aseado y a la vez ensangrentado: el asesino perfumado…

—¡Beresin! —dijo con un gemido—. ¿Cómo fue entonces, cuando dispararon a su caballo y…? —Ya lo sabe usted —respondió Beresin—. Hace diez días. Habíamos disparado a su caballo, a la parte baja del cuerpo, pues queríamos cogerlo vivo. El, sin embargo, con su rostro altivo y fumando un cigarrillo, disparó sin parar su revólver. Maruchin cayó a mi lado.

¡El rostro altivo! Fuma su cigarrillo mientras dispara… ¿Quién ha visto a Seljukov sin un cigarrillo?

—¡Siga! ¿Qué pasó después?

—Nada. Ya lo sabe usted: nos disparaban por los flancos y tuvimos que retroceder.

Profiriendo otro gemido, Vittorin se dejó caer sobre la paja; le dolían los ojos; la granja estaba completamente llena de una niebla rojiza… Tuvieron que retroceder. Si él hubiera estado allí entonces, Seljukov no se le habría escapado. No habría retrocedido. Si disparan por los flancos, uno se cubre y sigue combatiendo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se levantó; se puso encima el abrigo y, dominado por la inquietud, empezó a

pasearse de un lado para otro dentro de la granja como si fuera un animal enjaulado.

Estaba enfermo: lo sentía. Le había subido la fiebre. Durante la noche le habían dolido todos los miembros. «Mañana o cuando sea me van a llevar al hospital. Y cuando vuelva…, ¿dónde estará el regimiento? El regimiento se marchará; Storochev, el comandante del batallón, ha dicho que se van a otro frente; en Miropol ya están preparados los coches de transporte. ¿Adonde va la manzanita? La revolución lleva sus tropas de un frente a otro: Storochev ha dicho que la revolución gana sus batallas con sangre y con bencina.

»Y al otro lado, detrás de la fábrica de azúcar destruida por la artillería, está Seljukov. Mañana me llevarán ya quizás al hospital. Hay que actuar; hay que tomar sea como sea una resolución.»

—¡Beresin!

No lo ha oído. Está sentado en el suelo; se ha colocado ante sí la vela encendida y lee el periódico *Soldados rojos en el frente*.

—¡Beresin! ¿Va a salir otra vez hoy?

—Por la tarde patrullaré con cuatro hombres —respondió Beresin—. Queremos ver cómo pasan el tiempo los vecinos del otro lado. Por la noche pondré sólo puestos de vigilancia… Ahí puede leerse todo lo que saben esos periodistas. Uno de ellos escribe: «El ejército se siente como la resultante de las fuerzas sociales, políticas y económicas que nos dominan». Pero ése escribe únicamente lo que ha oído en los mítines; tendrá poca aceptación en el frente… Camarada Jefimov, no deje apagar el fuego. Es una orden… A mis hombres no les hablo de fuerzas económicas. Les digo: «Sois unos héroes; sois invencibles», y me siguen.

—Lo sustituiré a usted, Beresin, en la ronda que va a hacer hoy con la patrulla; iré en su lugar. Está cansado y no ha dormido.

—Pero usted está enfermo, camarada —opinó Beresin—. No puedo cargar con esa responsabilidad.

—¡No estoy enfermo! —gritó Vittorin, sacudido por la fiebre—. Necesito viento, lluvia, aire fresco, movimiento: eso es todo. Aquí dentro, en esta granja, me estoy pudriendo; me están devorando los piojos; ésta es mi enfermedad. ¡Déjeme que vaya en su lugar, camarada!

—Bueno, está bien; por todos los diablos, vaya usted —dijo Beresin.

Bostezó; miró una vez más el fuego con los ojos entornados y luego se echó a dormir.

Inmediatamente después de oscurecer, Vittorin regresó de hacer la ronda con la patrulla. Envió en seguida a sus hombres a su alojamiento, mientras él prosiguió a pie su camino, que atravesando un vallado y un bosquecillo de alisos llevaba hasta la cuenca del valle.

De las copas de los árboles caían gruesas gotas; todo olía a tierra y a agua estancada. En medio de la oscuridad brillaban las luces de la casa de campo enjalbegada, en la que se había instalado el equipo de mando del regimiento.

—*¡Stoj! ¡Kto takoj!* —se oyó exclamar a media voz y en tono cantarín al guardia del puesto de vigilancia.

Vittorin se detuvo.

—*Svoj*… Uno de los vuestros.

—¿Contraseña?

—«*Komintern*.»

Ante la puerta del despacho del Estado Mayor, Vittorin encontró al comisario del regimiento, un hombre joven de aspecto atlético, cuyos cabellos caían en rizos castaños sobre la frente y hasta la nuca.

—Tengo que dar una información, camarada —dijo Vittorin manteniendo el dedo fijo en la visera de la gorra—. Al otro lado, entre los blancos, pasará la noche hoy uno de los miembros superiores del Estado Mayor.

El comisario, que había tomado parte en dos campañas y en el gran combate llevado a cabo por las calles en Kiev, miró atentamente a Vittorin y echó una mirada escrutadora a su rostro.

—¿Qué clase de observaciones ha hecho usted, camarada?

—He visto a dos oficiales con uniformes franceses —informó Vittorin—. Luego caballos con aparejos ingleses. He observado también a lo lejos una tropa de caballería destinada a telégrafos, que tendía ante el edificio de la escuela una línea telefónica.

—¿A qué hora ha sido eso?

—A las cinco de la tarde.

—¿No ha visto ninguna otra cosa extraordinaria?

—Nada… ¡Ah, sí! Unos ordenanzas que entraban en el edificio de la escuela.

—¿No ha percibido movimientos de tropas?

—No.

¿No había un resplandor perverso y burlón en los ojos del comisario? El suelo parecía mecerse bajo los pies de Vittorin; le dio la impresión de que los cabios de madera iban a derrumbarse sobre él; sin embargo, apretó los dientes; conservó el dominio sobre sí mismo; no se movió y mantuvo la mirada quieta; su voluntad era más fuerte que la fiebre.

—Quizá se trate de un mando superior que inspecciona el frente blanco —dijo el comisario tras permanecer un momento en silencio—. ¿Desde qué punto ha estado usted observando?

—Desde el tejado de aquel cortijo que la semana pasada acribillamos con nuestro fuego de artillería.

—¿Le ha sido posible llegar hasta allí entre los puestos de defensa enemigos?

—Lo he conseguido.

—¿Ha habido bajas?

—Ninguna. Hice que mis hombres regresaran y fui hasta allí solo.

El comisario se calló. Su silencio parecía no tener fin. ¿Alguna otra pregunta? ¿Algún nuevo detalle? La sangre bullía en las sienes de Vittorin; sus dientes castañeteaban unos contra otros; en las rodillas y en todas las articulaciones sintió un dolor profundo. No podría permanecer más tiempo en pie; lo notaba; quizás unos cuantos segundos más y luego…

—Está bien. Pasaré su informe al mando superior —dijo el comisario.

Son las once de la noche. En el despacho del mando superior del regimiento arde una lámpara de petróleo, sobre la cual hay una espesa nube de humo de tabaco, de color gris. En la pared penden abrigos, gorras, un cinturón de cartuchos y una carabina. Sobre la mesa hay extendido un mapa; cruzando transversalmente el mapa se extiende una doble cadena de banderas rojas y azules. Más allá de las banderas, en el territorio ocupado por las tropas contrarrevolucionarias, hay una navaja y el reloj de repetición de plata del comandante del regimiento.

Tres hombres están sentados junto a la mesa y miran el mapa.

El comandante del regimiento está junto a la ventana; la manga derecha de su chaqueta pende lánguidamente hacia el suelo. El fuego de la estufa chisporrotea débilmente y está a punto de apagarse. El marinero Stassik, jefe del primer batallón, señala con su cigarrillo apagado el aparato telefónico

y da curso libre a su rencor contra los oficiales del Estado Mayor de la división.

—Todavía no se han puesto de acuerdo: tienen que discutir primero la situación estratégica y operativa de todo el frente en conjunto —dice soltando una carcajada sarcástica—. Quizás alguno ha hecho ya una propuesta, pero los demás se le han echado encima y le han demostrado con sus libros que su plan no sirve para nada. Se trata de una simple acción militar, pero con las gafas sobre la nariz ven dificultades por todas partes: la época del año no es favorable, los campos están encenagados, el regimiento cuenta tan sólo con ciento once fusiles, las tropas están equipadas de modo insuficiente…

—Si añade usted —dice el comandante del regimiento— que los blancos tienen al otro lado alambradas y ametralladoras y que además su artillería es superior a la nuestra, habrá enumerado por completo las objeciones que hace una hora he hecho saber al jefe del Estado Mayor de la división.

El silencioso Storochev, que está al frente del segundo batallón, asiente con la cabeza indicando que comparte las dudas del comandante. No le gustan las empresas temerarias; prefiere el golpe bien preparado y seguro que aniquila al enemigo; su coraje no tiene nada que ver con la impetuosidad. El marinero Stassik es de una naturaleza diferente. En todas partes: en el campo de batalla, en el juego, con las mujeres y en las discusiones, busca las decisiones rápidas. En aquel momento pone su mano ancha y roja sobre la mesa y se inclina hacia adelante.

—Quizás ha comunicado usted también, camarada comandante —dice gritando—, que no existe una disciplina propia de camaradas, que los soldados rojos no se atreven a avanzar, ¿no es así?

—La disciplina es buena —responde tranquilamente el comandante del regimiento—. Pero la disciplina propia de camaradas no es suficiente para hacer que la posición del

enemigo sea madura para el asalto. —Casi da la impresión de que su voluntad consiste en que su excelencia blanca que hay al otro lado se largue cuanto antes —dice Stassik a media voz a Storochev, hablándole por encima de la mesa.

El capitán, que sólo tiene un brazo, lo ha oído. Su rostro empalidece y da dos pasos hacia el marinero. Sin embargo, el comisario del regimiento se le adelanta.

—¡Camarada! —dice en tono severo a Stassik—. Tiene usted la obligación de tratar con respeto al comandante del regimiento. Me hago responsable de todas sus acciones. Si no le presenta inmediatamente sus disculpas, informaré por vía oficial sobre este incidente.

El marinero Stassik, que en Valki había tomado dos cañones enemigos en medio de la lluvia más espesa de balas, mira al comisario con el rostro infeliz de un chico de escuela regañado. Quiere hablar, pero el capitán hace un gesto de rechazo y de indiferencia y vuelve a su sitio junto a la ventana. En aquel momento suena el teléfono. El capitán coge el auricular y se presenta:

—Tercer regimiento rojo de defensa de la división Pensa: aquí el comandante.

Permanece de pie con el auricular pegado al oído y no se mueve; sus ojos están dirigidos hacia los abrigos y las gorras que penden de la pared, como si desde allí proviniera la voz que le está hablando. Se endereza y repite la orden que ha recibido:

—A las seis de la mañana, la brigada blanca de Markov, situada entre Zirky y Ivanivka, será atacada por los flancos por nuevas tropas aportadas allí desde la dirección Jamnoje-Sobolevsk. A las cinco y cuarenta minutos, el regimiento rojo de defensa simulará un ataque para atraer sobre sí la atención del enemigo.

El capitán cuelga el auricular y se dirige hacia el comisario del regimiento y a los dos suboficiales:

—Ya lo han oído. Ahora hay que tomar las medidas correspondientes. Su batallón, camarada Stassik…

Los tres hombres se inclinan en silencio sobre el mapa.

Los árboles y los arbustos se van desprendiendo de las sombras de la noche. El cielo va coloreándose lentamente; amanece sobre las colinas descoloridas. Los soldados rojos se acurrucan detrás de los parapetos levantados a toda prisa; sus abrigos chorrean; en las cavidades de la tierra se ha acumulado un agua de lluvia turbia, amarilla. Sobre sus cabezas pasan silbando las balas; cuando van a parar contra piedras o troncos de árbol, se produce un sonido similar al restallido de un látigo. La artillería tienta el terreno. Se percibe a lo lejos un estampido y un trueno; luego algo pasa aullando por el aire; los cuerpos se arriman estrechamente a los parapetos y en cualquier parte, entre los surcos del campo labrado, se levanta una columna de tierra de color marrón.

Vittorin se ha enderezado un poco detrás del terraplén bajo; observa la azada de hierro, a la que se pega la tierra húmeda del campo, bajo la cual se atrinchera una cabeza. Al otro lado, por la parte del oeste, se entabla el combate de artillería; los cañones pesados del enemigo no cesan de bramar. Nubarrones negros y amarillentos se ciernen sobre las cimas más altas. Caen sobre ellas hierro y fuego. Con todo, la línea de defensa sigue ganando terreno. No es posible ver muchas cosas: sólo una cadena interminable de pequeñas nubes blancas, a baja altura, que el viento dispersa, y a veces pueden divisarse algunas figuras diminutas, que bajan corriendo por la ladera, se echan al suelo y desaparecen en las cavidades formadas por la tierra.

Vittorin sabe que lo decisivo ha de ocurrir allí, al otro lado. Cierra los ojos y en seguida se produce una confusión de carácter onírico en su mente. Los que allí corren y disparan son sus aliados; todos se encargan personalmente de su asunto; él puede yacer en tierra y descansar. Hoy al mediodía ha

llegado un telegrama de Moscú con el sello del Kremlin, para difundir inmediatamente en todos los frentes…: hay que arrestarlo. «Allí delante está él, con sus pantalones de montar y sus botas altas de charol; lleva el látigo en la mano; está completamente solo; pero su rostro no puede verse: una enorme nube amarillenta se ha posado sobre sus hombros; nadie sabe que es Seljukov… ¡Hay que arrestarlo! Allí están ya los soldados rojos, que han crecido de la tierra; lo conocen; se acercan a él por todas partes; lo han rodeado. Pero él sigue de pie; no retrocede; su aliento es igual que el fuego y de la nube que hay sobre sus hombros les salen al encuentro estampidos y truenos: ¡*Paschol*!»

El hilo fantasmagórico del sueño se rompe. Vittorin recobra la conciencia. Un casco de granada ha pasado silbando por encima de su cabeza: a diez pasos del parapeto ha estallado una granada. Una salva furiosa de fusiles ha azotado el terraplén. Y entonces, cuando el fuego calló por unos segundos, surgió del suelo, al otro lado, entre los enebros, una figura. Corrió, se echó al suelo, desapareció en un surco del campo labrado; volvió a aparecer; ahora podía reconocerse la cara: era Beresin. Corrió de nuevo, dio un salto por encima del terraplén y se quedó tendido al lado de Vittorin.

Venía de zona neutra; conocía el terreno. Recuperó el aliento haciendo grandes esfuerzos. Y luego, en medio del fragor del combate, explicó a Vittorin la situación.

—Las cosas no van bien. El ala derecha ha retrocedido; los blancos pasan al contraataque. ¿Ve usted esas balas luminosas? Los nuestros piden fuego de artillería.

Se sacó del bolsillo la libreta de apuntes y escribió unas anotaciones. Con unos cuantos trazos rapidísimos dibujó el plano de la situación en que se encontraban; además, había descubierto la posición de dos ametralladoras enemigas. Pasó la nota a Vittorin. Entonces abandonó el parapeto, ya que al otro lado lo esperaban sus hombres metidos en un hoyo. Se deslizó con precaución por el terreno acribillado por las balas

y desapareció de repente entre los enebros de la misma manera como había surgido de ellos.

Unos cuantos pasos detrás del punto en que la línea de defensa formaba un ángulo obtuso se había atrincherado el jefe de las tropas rojas. Era joven y tenía un cabello rubio y liso; en el regimiento lo llamaban «Sonietska», a causa de su tez delicada, semejante a la de una muchacha. Hacía siete días que había ido al frente; de simple corneta se había convertido en oficial rojo.

A él entregó Vittorin la nota de Beresin. Sonietska la leyó y plegó el papel. Luego inspeccionó con los prismáticos el terreno ocupado por el enemigo.

—Hemos de avanzar y quitar de en medio esas ametralladoras. No hay tiempo que perder —dijo Vittorin con voz ronca dirigiéndose al jefe de las tropas.

Sonietska depositó los prismáticos en el suelo, a su lado, y movió la cabeza en señal de denegación.

—Esto es asunto de la artillería —dijo—. Camarada, tiene usted el mismo aspecto que un pollo vivo metido en agua hirviendo. ¿Está usted enfermo?

—Tengo fiebre. Pero tanto el médico militar como yo hemos decidido conjuntamente que no es nada —dijo Vittorin con un leve intento por sonreír. No obstante, al cabo de un momento, sus rasgos adquirieron de nuevo su expresión tensa y fanática. En su frente enfebrecida se había aferrado la idea de que tenía que llegar con su tropa hasta el pueblo y cortar a Seljukov la línea de retirada—. No podemos permanecer por más tiempo aquí —prosiguió diciendo—. Parece que nuestra ofensiva se haya acallado. ¿No nos pondremos finalmente en marcha y entraremos en combate?

—No he recibido ninguna orden en este sentido —respondió Sonietska—. El terreno no es bueno. Hay trescientos pasos sin parapeto en una zona que asciende. No

podremos avanzar. Seguro que permaneceremos aquí hasta que la lluvia nos arrastre y nos eche fuera… ¡Eh, tú, camarada!

Hizo una señal a un soldado para que se acercara desde la línea de defensa.

—Toma este papel. Ve saltando como una liebre y llévaselo al Estado Mayor de la división.

Se incorporó y entregó el papel al soldado rojo. Vittorin se levantó también y, entre sus dientes fuertemente apretados, susurró:

—O sea que no quiere usted avanzar. Tiene miedo. Con razón le han puesto a usted un nombre de mujer.

Pero Sonietska no lo oyó. Había sido alcanzado en una cadera. Los rasgos de su cara languidecieron. Sus manos palparon el suelo y quedó tendido sin fuerzas.

—Al Estado Mayor de la división —repitió susurrando—. Estoy acabado, camarada. Tome usted el mando. Ahorre las municiones. Responda con fuego únicamente si hay un ataque. La línea actual…

Empezó a tener estertores e intentó abrir con ambas manos su abrigo. Luego cayó de nuevo su cabeza, inerte, y ya no volvió a moverse.

—¡Sanidad! —gritó Vittorin. Pero ni el médico militar ni su ayudante podían verse por ninguna parte.

El soldado rojo se inclinó sobre Sonietska y le abrió el abrigo, como también el blusón que llevaba debajo.

—Este no necesita a los sanitarios, camarada —dijo—. Éste ya no bailará en ninguna otra boda. Sus días han terminado. Y emprendió la tarea de sacarle las botas al muerto. La bala que había alcanzado a Sonietska decidió el destino de toda la tropa. Vittorin se puso al frente de ella.

—¡Tomo yo el mando! —gritó—. ¡Camaradas! Vamos a avanzar. Vamos a aniquilar a los traidores que hay al otro lado.

La patria proletaria lo exige; la patria proletaria está en peligro. ¡Camaradas! ¡Salvemos a Rusia!

Ninguna voz respondió al llamamiento. Los soldados rojos más experimentados en el campo de batalla vieron ante sí aquel terreno desprovisto de parapetos en el que el enemigo podía percibir cualquier movimiento, incluso el más ínfimo. Sin embargo, obedecieron. En silencio se dispusieron a saltar de sus trincheras.

—¡Bayonetas preparadas! —ordenó Vittorin.

Un leve chasquido recorrió la línea de defensa. Luego se hizo el silencio; sólo se oía silbar las balas. De repente, sin embargo, se oyó una melodía procedente de las filas de aquellos que iban a exponerse a una muerte segura. Al principio la silbaba una sola voz; pero luego siguieron otras voces; la melodía fue subiendo de tono, hasta que alcanzó el carácter de una coral, y de pronto todos se pusieron a cantar:

«¿Adonde vas, manzanita?

Ya no volverás jamás.

Mañana, en la lista de muertos,

se inscribirán cien soldados rojos».

—¡Adelante! —gritó Vittorin, mientras la canción seguía oyéndose entre el zumbido y el estampido de las granadas lanzadas desde la otra línea de fuego. Sólo una parte de los que se lanzaron adelante consiguió atravesar aquel fuego aniquilador. A medio camino del pueblo se interrumpió aquel ataque demencial. Rodeados por todas partes, los soldados rojos se defendieron durante un rato detrás de los setos y de los árboles de un pequeño huerto. Cuando se les acabaron los cartuchos, retrocedieron hasta una casa de campo acribillada por las balas, ante cuya puerta yacía el cadáver de un gran perro hirsuto. Allí consiguieron rechazar de nuevo al enemigo

lanzando granadas de mano y dando golpes con las culatas de sus fusiles. Al cabo de unos minutos, cuando el tejado de la casa empezó a arder, decidieron entregarse.

Entre los prisioneros, que salieron de la casa medio aturdidos por la humareda que había invadido los escombros, aunque no había llamas, se encontraba Vittorin.

Estaba echado entonces en el patio de la fábrica de azúcar destruida cuyos muros ennegrecidos por el humo, al surgir de la niebla por la mañana, le dieron la impresión de ser algo lejano y misterioso, inalcanzable, como si en aquel sitio en que se encontraban empezara un mundo diferente. Allí yacía entonces, al mismo tiempo que los demás prisioneros de aquel combate, permanecían acurrucados a lo largo de los muros con rostros cansados, desesperados y romos. En medio del patio había dos guardias, vestidos con el uniforme de los cosacos y apoyándose en sus carabinas; un tercer guardia estaba sentado en el pértigo de un carro con adrales y tocaba la armónica.

Había llegado entonces el fin de su aventura. Había querido salir al encuentro de Seljukov con la frente alta, como un hombre libre… Pero el destino dijo: «¡Eso no puede ser!», y lo arrojó de nuevo al campo de concentración de Chernavjensk. Allí yacía entonces, metido en el mismo círculo: de nuevo era un prisionero y Seljukov volvía a ser el amo y señor de la situación. Tenía que ser así: estaba predeterminado. Enfermo, atrapado, oprimido, indefenso: así lo quería el destino en la hora del ajuste de cuentas.

No. No estaba indefenso. Entonces, cuando se encontraba en Chernavjensk, había pensado en su patria y en la casa de su padre; quería volver a ver todo aquello; pero ahora lo había dejado atrás y no había sucedido nada. Había llegado al amanecer del tiempo y su vida ya no valía nada para él. Si ahora llegaba Seljukov, estaba preparado.

Se vio a sí mismo ante Seljukov… Es él, con la condecoración de Vladimir y la cruz de san Jorge sobre su

pecho… «¡Michael Michajlovich! ¿No me reconoce usted?» Sí, Seljukov lo había reconocido, sabía lo que le esperaba y se puso pálido. Un golpe dado a aquel rostro altivo, del que se desprendían todo el lastre del mundo y toda la perversidad de una época infame. Un golpe y otro golpe. Seljukov retrocedía tambaleándose y sacaba el sable… Pero Vittorin ya no estaba allí; el campo de concentración de Chernavjensk se había abolido ya hacía mucho tiempo… ¿Dónde estaba ahora? Se encontraba de pie en una casa de campo en cuyas contraventanas de madera se habían pintado girasoles y rosas blancas, y ante cuya puerta yacía un perro hirsuto que no dejaba entrar a nadie… «Es un muerto y custodia a los muertos»: dijo una voz, que resonó como las notas tocadas por una armónica. ¿De dónde viene ese dolor, que perfora constantemente sus sienes y su pecho? Las balas pasaban silbando; Vittorin se arrodilló detrás de un montón de leña y se puso a disparar; y de repente Beresin estaba junto a él, con el rostro demudado… «¿Quién ha dado esta orden? ¿Usted? ¿Por qué ha hecho esto…?» «¿Por qué? Tenía que ser así. Estaba predeterminado. ¿Es que no lo ve usted? Todo el lastre del mundo se desprende y se expande de ese rostro…»

Los párpados de Vittorin se habían vuelto pesados como el hierro; los ojos se le cerraban. Los sueños se le presentaban y lo arrastraban consigo. Lo arrastraban a través de torrentes helados y a través de la arena ardiente del desierto; hacían que fuera arrebatado por ciclones y lo precipitaban hasta las profundidades más oscuras. Luego se cansaban de atacarlo y lo dejaban libre, de manera que entonces emergía de nuevo a la luz del día.

Desde el centro del patio se oyó una orden de mando, pronunciada en tono cantarín:

—¡Levantaos! ¡Reunios aquí!

El sueño y el dolor dejaron a Vittorin, igual que la sanguijuela cuando ya ha bebido bastante. Había llegado la hora. Se levantó y se puso en posición de firmes, enteramente

erecto. A izquierda y derecha de él se ordenaron los prisioneros, formando una fila.

—Los comisarios, los oficiales rojos, los comunistas organizados, que den un paso al frente —mandó el suboficial.

Con otros cuatro, Vittorin se destacó de la fila formada por los prisioneros. Tras un momento de vacilación, les siguió un quinto hombre. Detrás de ellos se cerró la fila.

—¡Alto!

Se detuvieron. El hombre que estaba al lado de Vittorin le dijo en voz baja:

—Nos van a fusilar, a nosotros seis: esto es seguro. Bueno. Ya pueden arar la tierra sobre mi cuerpo, si quieren… Ahí está ya: «el pífano». —¿Dónde? —preguntó Vittorin. —Allí anda, el maldito. ¿No lo ve usted? —Son veintisiete prisioneros, excelencia —se oyó que decía la voz del suboficial—. Seis de ellos son comunistas organizados, los jefes responsables.

A través de un velo de niebla roja que se extendía ante sus ojos, Vittorin vio el rostro del demonio que perseguía; vio a Seljukov; lanzó un grito y se precipitó hacia adelante.

—¡Michael Michajlovich! ¿Me reconoce usted? El oficial volvió la cabeza y vio a un hombre que se le acercaba tambaleando como un borracho. Levantó el revólver y lo dejó caer de nuevo.

—¿Usted? ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó, conmovido—. ¿Se ha hecho usted bolchevique?

—Me he hecho bolchevique —repitió Vittorin, sin comprender dónde se había metido Seljukov, por qué había desaparecido y por qué en su lugar había otro hombre, uno que conocía: aquel capitán de caballería que había barrido el suelo en Novochlovynsk… ¿Qué hacía allí y dónde estaba Seljukov?

—¡Dígame la verdad, por el amor de Dios! —exclamó el capitán de caballería—. ¿Lo han obligado a usted a ir al frente? ¿Por qué lucha contra Rusia?

—He venido voluntariamente al frente —dijo Vittorin balbuceando. Miraba fijamente al vacío, por encima del capitán de caballería, y buscaba a Seljukov. Pero no lo encontró… No estaba allí. Había desaparecido.

—Está bien —dijo el capitán de caballería—. Puede irse. Incluso con una persona como usted, un oficial ruso mantiene su palabra. Puede irse: no he olvidado lo que hizo. ¿No lo entiende? Queda libre; puede irse.

Vittorin había entendido. Dio un paso, pero la fuerza que hasta aquel segundo lo había mantenido en pie se desvaneció por completo. Se tambaleó y cayó al suelo; la noche y el silencio se abatieron sobre él envolviéndolo por entero.

El suboficial le quitó el abrigo y la chaqueta.

—Es lo que me había imaginado, excelencia —informó—. Nos están enviando el tifus desde el otro lado. Ya tiene la erupción en el pecho.

El capitán de caballería se apartó haciendo un gesto de repulsión.

—Envenenado por fuera y por dentro —dijo—. Tifus y bolchevismo son exactamente lo mismo. ¡Lléveselo!

Con todo, inmediatamente después volvió a su conciencia la idea de que los restos humanos que yacían en el suelo, ante él, habían sido su amigo en días pasados.

—¿Lo llevo al hoyo, excelencia? —le preguntó el suboficial.

—A Lebjedin, al hospital —dijo el capitán de caballería llamado Stackelberg, en un tono de voz enérgico y airado, como alguien que se avergüenza de una palabra, de un pensamiento o de una lágrima.

¿Adónde vas…?

Desde su cama, Vittorin podía ver las ramas sin hojas de una acacia y un pequeño trozo de cielo cubierto por nubes de nieve. Conservaba un recuerdo confuso de sueños terribles, desconcertantes, de sed, de la muerte de Sonietska, de sensaciones de miedo torturantes, de la melodía de una armónica, de una niebla roja, de un ruido que zumbaba al oído y de un agua estancada, caliente hasta el grado de la ebullición. Su encuentro con el capitán de caballería de Novochlovynsk se le había borrado enteramente de la memoria.

Por la enfermera se enteró de que desde hacía tres semanas se encontraba aislado en aquel barracón, de que dos cosacos lo habían traído una noche en volandas y de que había sido depositado para él un sobre cerrado, de que los médicos habían predicho precisamente para aquel día el descenso rápido de la curva de la temperatura, de que las manchas marrones que tenía en sus manos no constituían nada inquietante, como también de que le devolverían sin duda alguna sus papeles y sus trajes.

Eso fue todo lo que la enfermera pudo decirle. El sobre dejado para él tampoco le proporcionó ninguna explicación sobre los sucesos que lo habían traído al hospital. El sobre contenía doscientos francos franceses en billetes pequeños y nada más.

Durante los días que siguieron, Vittorin tuvo tiempo de decidirse sobre los pasos que debía dar en el futuro. El asunto

de Seljukov no se había terminado. Tenía muy clara la idea de que había seguido un camino equivocado. Había seguido una pista falsa y esto significaba empezar desde el principio.

No estaba desanimado; sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Esperaba, lleno de inquietud, que le dieran el alta en el hospital. Llegó antes de lo esperado.

En los últimos días de diciembre se decidió el destino de Rusia. Las tropas rojas tomaron Novotscherkask en la parte oriental, y Balta y Tirasol en la parte occidental. El frente blanco se mantenía aún entre Poltava y Jarkov. Pero en el cuartel del Estado Mayor del general Denikin se preparaba la retirada.

En los primeros días de enero, el hospital fue evacuado. Y mientras los regimientos blancos huían hacia el sur, hacia Crimea y el Cáucaso, para reemprender allí por última vez la lucha por la causa perdida, Vittorin se dirigió hacia el pueblo de Staromjena, que quedaba al sur del río Donets, en el distrito federal de Jarkov.

En su libreta de notas estaban escritas estas palabras:

«Gricha, ordenanza de Seljukov. Grigorij Ossypovich Kedrin (¿o Kadrin?), del pueblo de Staromjena; estación de ferrocarril de Slavjansk, en el distrito federal de Jarkov».

A últimas horas de la tarde, Vittorin llegó al término de su viaje. El pueblo de Staromjena se extendía de forma interminable a ambos lados de la carretera, que era tan ancha como un río. Cornejas negras volaban graznando por encima de los huertos cubiertos de nieve. Detrás de las casas se veían la chimenea y el horno circular del ladrillar en que Gricha, el criado de Seljukov, había trabajado antes de la guerra. El campesino más viejo del pueblo, un hombre barbudo y alto como un castillo, informó a Vittorin.

—Grigorij Ossypovich Kedrin: sí, lo conozco —dijo—. No está aquí; está al servicio de un oficial. El año pasado, el

día de los diez santos mártires de Creta, vino de la gran guerra civil y armó un altercado porque Asja Timofejevna se había casado con el herrero. Apaleó a la chica y se abalanzó también sobre el herrero. Pero el motivo principal de todo ello fue el alcohol. Vino a mi casa borracho y lo metí en el cuartelillo municipal; allí estuvo hasta que fue a recogerlo su madre. Por lo que respecta al alcohol, sin embargo, es mejor no hablar. Aquí lo engullen todos; son igual que osos.

Tuvo palabras amargas sobre los habitantes de Staromjena. Habían elegido en secreto una comisión ejecutiva del pueblo y esperaban sólo la llegada de los primeros bolcheviques para echarlo a él, que era el principal representante de la población.

—Hoy se santiguan, pero mañana escupirán ante las imágenes sagradas. Dios echó al mundo diez medidas de maldad y nueve de ellas las recogieron los campesinos de aquí, en Staromjena. Ese Gricha es ya de la misma clase de bribones. Sí, su madre vive aquí, entre nosostros. Le escribió una carta; quizá sepa dónde se encuentra. Voy a llevarlo a usted a verla.

La vieja campesina estaba de pie ante la puerta de su pequeña casa y daba de comer a las gallinas. Como era domingo, cubría su cabeza con un pañuelo. Cuando oyó que había venido un señor de la ciudad que deseaba ver a su hijo Gricha, se le iluminó el semblante.

—Es mi hijo —dijo a Vittorin—. Lo he educado en el temor de Dios. Entre en mi casa, excelencia; hágame este honor.

En el interior olía a leche, a madera húmeda quemada, a arenques y a patatas hervidas. Un ganso macho, perturbado en su paz y tranquilidad, bajó de la mesa y, con el cuello bien erecto, avanzó cloqueando hacia Vittorin. Junto al hogar, estaba tendido un campesino muy viejo; se había echado la gorra de piel de liebre sobre las orejas y dormía. Ante una imagen decrépita de san Sergio ardía aceite en una lamparilla de cristal azul.

—Me escribió, pero de esto hace ya tiempo —informó la anciana—. Vi al cartero con su cartera de cuero y desde lejos me gritó ya: «¡Agrafena Matvejevna! Ha llegado una carta para usted». Cogí la carta y las piernas me temblaban. Pensé en mi interior: «¿Dónde puede estar? Quizá no tiene siquiera ni un pequeño rincón para dormir y rezar». Luego salí de casa y fui a buscar a Pantelej, el hijo del sacristán; tanto puede leer libros como escritos a mano. De noche trabaja de vigilante en el ladrillar.

Se agachó y se puso bien los calcetines rojos, de lana, que se le habían caído. Luego prosiguió:

—En la carta, mi hijo Grigorij Ossopovich me escribía diciendo que yo tenía que vender el caballo y el trineo. Pero los oficiales me quitaron el caballo y también el trineo. Los pagaron con rublos falsos. Antiguamente, todas las cosas tenían su precio; pero hoy en día hay que coger lo que te dan. Luego seguía diciendo mi hijo en la carta: «No se preocupe: volveré. Pero ni yo mismo sé cuándo podré volver. Proteja la casa, mi querida madre, y no malvenda nada». Escribía también explicando cosas sobre la lluvia y el frío, como también que en la ciudad donde sirve a su señor se encuentran tanto ortodoxos como turcos y que esta ciudad está junto a un puerto. Me pregunta igualmente si había encontrado su reloj.

La anciana ya no podía acordarse del nombre de aquella ciudad. Empezó a buscar la carta en el cajón de la mesa. Aparecieron manzanas podridas, un montón de plumas de gallo, una fotografía descolorida del padre de Gricha, pedazos rotos de un espejo, un «Éxodo de Egipto» pintado sobre madera, monedas de cobre, dos pipas, un saquito lleno de papeles del que se desprendió una nube de yeso, un cinturón de cuero y una sartén que estaba completamente abollada.

—¡Santa Madre de Dios que intercedes por nosotros! —se quejó la anciana—. No está aquí. Perdóneme, excelencia; la culpa es mía: no encuentro la carta. No sé dónde se habrá metido. Finalmente se encontró la carta, envuelta en un

pañuelo para cubrir la cabeza, en el fondo de una caja en la que la campesina guardaba té, azúcar y velas de cera. Una ojeada a la parte posterior del sobre dijo a Vittorin todo lo que deseaba saber. Seljukov y su criado Gricha se encontraban en Batum y vivían en la calle Kutaiskaja, en la casa del comerciante Karabadjian.

—¡Mira adonde lo ha llevado el diablo! —dijo el representante principal de la población moviendo la cabeza en señal de admiración—. ¡Batum! No he oído hablar nunca de esta ciudad. Pero su excelencia puede ir a preguntar al pope: tiene un libro en el que están descritas todas las regiones del mundo.

Vittorin explicó que ya sabía algo sobre Batum y que esperaba estar allí dentro de tres días. En su imaginación se vio ya de retorno a su patria. Dejaba Rusia a sus espaldas. Batum era sólo un pequeño rodeo: nada más. En esta ocasión, el destino se había puesto a su lado.

La anciana sacó de debajo del almohadón de su cama un reloj de tumbaga.

—Respetable señor, excelencia —dijo a Vittorin en tono suplicante—: si ve usted a Gricha, entregúele este reloj. Le pertenece. Cuando se marchó de aquí, se enojó mucho porque no lo encontró. Estoy segura de que usted se lo entregará: confío totalmente en su excelencia. Y dígale que podré pasar hasta marzo con las provisiones que tengo, pero que luego tendré que vender un cordero. Al herrero se le ha ido su mujer. Diga también a Gricha que me paso horas sentada aquí llorando por él. He comprado un nuevo cedazo. Pero no tengo a nadie que me remueva el suelo del jardín. Dígale todo eso.

Acompañó a Vittorin hasta la iglesia, donde esperaba su trineo. La campana anunciaba la hora del ángelus: las mujeres permanecían de pie a la puerta de sus casas y se santiguaban. Vittorin subió al trineo y se envolvió con su manta. Hasta la estación de ferrocarril había que recorrer doce verstas. El campesino viejo, el representante principal de la población,

que esperaba alguna propina, guardó silencio rascándose la nuca. Y la anciana se puso a gritar detrás del trineo que ya emprendía su marcha:

—Su padrino, Gavrila Ivanych Chikulin, ha muerto. Ahora no tengo a nadie que me remueva la tierra del jardín. Al herrero lo han llevado al gobierno civil, porque vendía caballos robados. Diga a Gricha que no malvendo nada…

Es mediodía: el calor empieza a ser insoportable. El griterío de los vendedores, que ofrecen a los transeúntes fruta, helados, barquillos de miel y pasteles de pistachos, disminuye un poco. Vittorin está de pie sobre el puente del sultán Validé, que une Gálata con Estambul; ha encontrado por fin el buque de vapor «Aurora». Allí está el barco con la bandera griega: cruz blanca y tiras blancas sobre fondo azul. Al día siguiente por la mañana, a las siete, el «Aurora» zarpa para Trieste, haciendo escala en Brindissi, si tal como Vittorin lo ha sabido en la agencia de viajes marítimos. Una plaza en el entrepuente, sin manutención, cuesta sesenta liras; en los buques de vapor griegos, los pasajeros que viajan en el entrepuente han de pagarse ellos mismos la alimentación. Vittorin no tiene dinero ni pasaporte. Su dinero lo perdió jugando la pasada noche: diecisiete francos y media libra turca. No se hizo rico precisamente. Pero hoy ganará: está seguro de ello. Por otra parte, sólo necesita sesenta liras, y se puede pasar muy bien cuatro días viviendo sólo de pan y cigarrillos; la cosa resulta: ya lo ha comprobado.

Lo que le preocupa más es cómo conseguirá para mañana a las siete los documentos necesarios para hacer el viaje. Tiene dos pasaportes y ha obtenido también una cédula de identidad de fugitivos rusos extendida por la comisión de alianza internacional en Batum. Pero todos sus papeles los guardaba Lucette en depósito y la chica vacilaba en entregárselos. Vittorin empezó a hablar ayer de ello, diciendo que quizá tendría que hacer un viaje, por dos días solamente, y que no se

trataba en modo alguno de una acción abominable por su parte (Lucette le hizo una escena en este punto); no tenía ninguna intención de largarse ahora ni se trataba de lo más vil que había en el mundo (lágrimas, reproches)… ¡Y esos camareros de este condenado hotel, que no hacen más que correr de un lado para otro por el pasillo!

La chica es joven y guapa; es bailarina y encontraría a la vez cien amantes. Pero no le gustan los griegos, con esos «perfumes tan recargados», y detesta a «todos esos levantinos que nunca se lavan». Voluntariamente, la chica no lo dejará marchar: esto es seguro.

Hoy por la mañana, mientras la chica dormía, Vittorin ha registrado la habitación. En el armario ha encontrado la cajita de madera de nogal y luego, con gran precaución, como si fuera un ladrón, ha sacado la llave de debajo de la almohada de Lucette.

Pero la cajita contenía únicamente la correspondencia comercial de la cadena de cabarets «Toledian-Dancing-Girls»: las cartas de su agente en Milán; las cartas de los propietarios de la cadena de cabarets «Tingel-Tangel» de Esmirna, Atenas, Alejandría y Port-Said; trozos de periódico con las fotografías del «Toledo-Girls»; cintas estrujadas, restos de flores marchitas y un montón de cartas que aparecían firmadas por un tal «Pancrace». Ethel y Adele, las compañeras de baile de Lucette, habían hablado repetidas veces de un señor con ese nombre. Pero Vittorin no sabía quién era ese tal Pancrace ni qué papel desempeñaba en la vida de Lucette. Sólo sabía que ese nombre lo había oído ya anteriormente.

Vittorin no ha encontrado sus pasaportes en la cajita. Lucette debe tenerlos escondidos en algún otro lugar de la habitación. Allí donde la chica guarda sus cosas para engalanarse están también sus papeles. Son las doce y media; Lucette está acostumbrada a que Vittorin le haga compañía durante el desayuno. Si no se apresura, llegará demasiado tarde. Un funicular lleva a la cumbre de Pera; en diez minutos

podría estar arriba; pero no tiene los veinte chavos para el billete. Lo ha perdido todo jugando durante la noche. Hacia la una se levanta Lucette; después del desayuno fuma un cigarrillo de ámbar y luego se baña; a continuación hace un solitario o juega con el papagayo de Ethel: así pasa todo el día. Cuando viene el rumano, el propietario del café Elisée donde bailan las «Toledian-Girls», Lucette lo recibe con un traje de vestir normal, cerrado hasta el cuello. De este modo no consigue ver gran cosa el pobre señor Lupescu.

Vittorin la conoció en Batum. Aquel día había ganado precisamente tanto dinero, trabajando en el puerto como mozo de cuerda, que pudo disfrutar de una buena comida en un café situado en la plaza Mariinskij. La lluvia hizo que las tres «Toledian-Girls» entraran en aquel local bastante pobre y miserable. Aquel fue su primer encuentro con Lucette. Ahora las cosas van bien a Vittorin; la época de hambre ya ha pasado. Toca el violín en el café Elisée. Allí donde se presenta, Lucette es capaz de conseguir que lo contraten como miembro de la orquesta. Cuando las «Toledian-Girls» bailan por la noche —como españoles, como mariposas exóticas, como sacerdotisas del dios Shiva o como dandis con pechera blanca y monóculo—, Vittorin mira a Lucette por encima de su partitura, sigue con sus ojos cada uno de sus movimientos y, a pesar de que hace ya muchas semanas que viven juntos, sigue sorprendiéndose sobremanera de que aquella mujer le pertenezca a él y a nadie más. Cuando está solo con ella y se arrima con fuerza a su cuerpo tan flexible y móvil, tiene que decirse una y otra vez que se trata de la bailarina Lucie d'Aubry, aquella a quien por la noche, en el café Elisée, se dirigen cientos de miradas llenas de avidez y codicia. Cuando la chica reposa en sus brazos en silencio, a causa del cansancio, con los ojos cerrados y la boca medio abierta, Vittorin sueña entonces con su voz y su risa alegres.

Tiene que marcharse. No le ha sido nada fácil tomar esta resolución. No puede imaginarse cómo le será posible vivir sin ella. Pero la obligación que se le impone exige de él un último

sacrificio. Cuando el asunto de Seljukov esté resuelto, volverá al lado de Lucette; la encontrará, tanto si está en Constantinopla como si está en Rustchuk o en Esmirna. Entonces ya no se moverá de su lado.

No encontró a Seljukov en Batum. Desde hacía cinco meses, Seljukov se había trasladado a Constantinopla. Vittorin fue en su búsqueda: preguntó por él en todos los hoteles de la ciudad, en los restaurantes de lujo, en las tabernas, en los bares, en los cafés; lo buscó en todos los tabernuchos de Gálata y en todos los garitos de Pera. Desde hace tres días sabe que Seljukov está en Roma.

Roma, Via Nationale, Hotel Royal de los extranjeros. Allí lo encontrará Vittorin. Ya no ve en Seljukov al altivo oficial ruso que lo ofendió. Seljukov es el mal espíritu de una época degenerada. En él, Vittorin odia todo lo infame que ven sus ojos; en él odia los chanchulleros, los buitres que cambian de camisa, los hombres semejantes a bestias carniceras que se han apoderado del mundo. La ciudad de Constantinopla está llena de esas figuras sombrías, llena de hombres cuyas huellas digitales están registradas en los despachos de la policía. Por todas partes se ven sus rostros codiciosos y viles, sus caras nebulosas y degeneradas. Sacan sus ganancias de la guerra, de la política, del espionaje. Al otro lado, en Crimea, el ejército del general Wrangel lleva a cabo su último combate. Los que actúan detrás chalanean, estafan, colaboran tanto con los blancos como con los rojos: pertenecen sólo a aquel que paga más. Proporcionan toda clase de cosas: arreos, clavos de herradura, pistoleras, ropas de adorno, lubrificantes, carne en conserva podrida… Una vez hechos sus negocios, lo celebran destapando botellas de champaña.

Son numerosos, inexpugnables; están por todas partes: en París, en Bucarest, en Vladivostok… Vittorin sólo puede vengar en uno de ellos la humanidad que traicionan, el mundo que han apestado, y ese hombre no es otro que Seljukov.

Hay un calor sofocante sobre las calles de la ciudad. Ahora Vittorin está en la Calle Mayor de Pera. Allí abajo, en Gálata, son los carabineros los que hacen el servicio policial; aquí arriba lo hacen bobbys ingleses, con brazales de color blanco y azul. En la terraza del hotel de Londres están sentados, entre oficiales griegos e ingleses, los chanchulleros, los moscardones, los buitres que comen carroña: hombres de nacionalidad indeterminada que van con sus mujeres engalanadas (porque también a sus mujeres venden cuando el precio les resulta apetecible; consideran todo eso como un negocio como cualquier otro).

En los balcones de las casas ondean al viento banderas con los colores de los Estados vencedores. Por las calles de Pera no puede verse ni un solo fez, ni un solo tarbuj. Los turcos permanecen encerrados en sus casas; se han convertido en extranjeros en su propia ciudad.

Ante el pequeño hotel, en cuyo primer piso se alojan los artistas que trabajan en el café Elisée, se halla de pie un hombre joven: su rostro es afeminado; sus cabellos rubios y lisos se extienden por su frente; agita su bastoncillo y lleva un cigarrillo colocado oblicuamente a un lado de la boca. Saluda a Vittorin de un modo familiar, llevándose rápidamente dos dedos a la punta de su gorra deportiva. Con una sensación de malestar, Vittorin se acuerda de que conoció a ese hombre durante la noche pasada, en la mesa de juego. ¿Qué hace aquí ese hombre? ¿Qué pretende? ¿Por qué está ante el hotel? Vittorin perdió todo su dinero, pero no quedó a deber ni un solo céntimo a ninguno de sus contrincantes. ¿Entonces? ¿Qué desea ese caballero?

Parece que aquel caballero no desea nada. El caballero se vuelve y se marcha; agitando su bastoncillo, se pone a caminar lentamente calle abajo.

Mientras subía la escalera, Vittorin percibió ya la voz irritada de la bailarina. Entró en la habitación y vio ante sí al señor Lupescu, que había logrado meter su voluminoso cuerpo

en un sillón y en esta situación desamparada había tenido que aguantar sobre sí una tempestad furibunda de agravios y de reproches apasionados.

—Lo que no entiendo es que haya tenido el coraje de venir aquí —dijo gritando Lucette, que temblaba de indignación—, ¡Verdaderamente, hay que tener cara! Entra como si no hubiera pasado nada. Se ve que es algo corriente y normal para usted el hecho de que una artista como yo, que se toma en serio su oficio, sea objeto de burla por parte de la chusma por culpa de sus periodistas. ¡Qué individuos tan nefastos, tanto el uno como el otro!

La cara del señor Lupescu tenía la expresión de un conejo asustado. Se sentía culpable. La nota aparecida en el *Courier de Pera*, que constituía el motivo de indignación de la bailarina, había sido encargada y pagada por él, pero desgraciadamente había dejado de examinar el texto antes de que se imprimiera. Y, puesto que se sentía culpable, intentaba apaciguar a la estrella de su conjunto manifestando que en parte estaba de acuerdo con ella.

—Hay que admitir —dijo— que lo que ha escrito sobre usted ha resultado realmente un poco mezquino.

Con ello, sin embargo, lo único que consiguió fue empeorar un poco más el asunto.

—¿Mezquino? —gritó la bailarina, presa de irritación—. ¿Cómo lo llama usted? ¿Mezquino? ¡Ah, no, señor mío! No es posible poner más perfidia en dos frases tan cortas. Se trata de algo vil, de algo infame, y usted lo llama mezquino. ¡Y lo peor de todo es que usted todavía defiende a ese individuo asqueroso! ¡Tome! ¡Léalo, si le da placer ver cómo injurian a una artista!

Se arrojó como un águila sobre la hoja de periódico que yacía estrujada en el suelo. La desplegó con la punta de los dedos y puso la nota, que la chica ya se sabía de memoria, ante las narices del señor Lupescu.

—¡Mire! ¡Léalo usted! Y luego atrévase a decir aún una palabra a favor de ese sujeto despreciable. ¡Estos son sus amigos, señor mío! ¡Aquí! Lea: «A animar el programa contribuyeron también», ¡también!, «las "Toledian-Girls". Actuaron lo mejor que supieron y gustaron igualmente». Es inaudito. Yo en su lugar me moriría de vergüenza.

—El *Courier de Pera* —dijo el propietario del café Elisée en voz muy baja— es un diario financiado que no tiene ninguna relevancia, que nadie lee.

—Pues, precisamente porque escribe lo que nadie lee, ese señor no tiene ningún derecho a insultarme de este modo tan infame. ¡Qué educación tan refinada es la que ha recibido ese señor! Puede decirle usted que, si le queda todavía un poco de coraje, se presente de nuevo en el café… ¿Era quizás un individuo alto y muy delgado, que llevaba perilla y unas gafas de concha?

La chica se acordó de que había visto a una de sus compañeras de trabajo, miss Morrison, la graciosa del café Elisée, en compañía de un caballero que llevaba perilla y unas gafas de carey, pero sólo entonces vio claramente que se trataba de un periodista. —Le juro a usted que no tengo ni idea de quién ha escrito eso —aseveró el señor Lupescu.

—¡No tiene ni idea! Usted no ha oído nada, no ha visto nada, no ha notado nada. ¿Y tengo que creerlo a usted? ¡Está usted haciendo el papel de tonto! Naturalmente que sabe que hay un trasfondo en todo este asunto. Usted no es idiota. Pero le gusta ver cómo se me trata de una forma canallesca. Y ahora que pienso: ¿por qué sigue ahí sentado como un mandril en una caseta de feria? ¿Le interesa mucho que yo pierda el tiempo con usted? ¡Se ha terminado! ¡Fuera! ¡Ya lo he aguantado bastante!

Y detrás del desgraciado señor Lupescu, la chica cerró la puerta de un portazo. Inmediatamente se volvió hacia Vittorin con una expresión radiante en la cara.

—En realidad no tiene ni idea de lo que pasa. No sabe absolutamente nada. Pero, ¿sabes?, a veces es muy necesario hacerle ver que no se pueden gastar bromas conmigo. Fue cosa de la Morrison; ya lo he averiguado. Como aún no le ha renovado el contrato, le ha jugado esta mala pasada. Lo único que quisiera saber es qué individuo de la prensa se interesa por ella. De lo contrario, el tipo ése no lo hubiera hecho: esto está claro. ¡Si al menos su forma de comportarse fuera tan bonita como la fealdad que muestra en su exterior…!

—Yo no la encuentro muy simpática, desde luego —espetó Vitorrin—. Pero no puede decirse que sea fea.

Mirándolo por encima de los hombros, Lucette le dirigió una mirada de compasión.

—¡Peor para ti si tienes un gusto tan vulgar! —dijo—. Tiene unos brazos como los de un mozo de cuerda, jovencito, y una cara de un color parecido al del zumo de frambuesas. Si te gusta, basta que me digas que te vas con ella. Se tienen las mujeres que se eligen, amigo.

Se acercó a la ventana y miró a la calle. De repente dio un leve grito.

—¿Qué pasa? —preguntó Vittorin.

—Nada. ¿Qué ha de pasar? Me ha picado un mosquito. Se acerca tormenta: el cielo está completamente cubierto de nubes. Hay que cerrar los postigos. No te molestes: lo haré yo misma.

La chica había visto en la calle a su antiguo amante; lo reconoció, a pesar de que no levantó hacia ella la cara. Por su figura, su gorra deportiva, sus guantes de color gris y su modo de agitar el bastoncillo, lo había reconocido. Con manos temblorosas cerró los postigos. Ya sabía anteriormente que estaba en la ciudad, pero hasta entonces no lo había visto todavía. Sus sentidos le correspondían aún, pero su razón le prohibía vivir junto a un hombre que la había tratado tan mal, que la había robado y engañado, que había malgastado su

propio dinero con otras mujeres. Ahora estaba allí; merodeaba por los alrededores del hotel; la observaba; buscaba una ocasión para hablar con ella. Un leve temor se apoderó de la chica… Miedo de él y miedo de sí misma. Y no pensó más que en refugiarse en Vittorin. Se acercó suavemente a él, como si fuera una gata. Le pasó la mano por los cabellos y reclinó su cabeza sobre sus hombros.

—¿Recuerdas aún aquel pequeño café en Batum? —le preguntó—. Fue muy bonito nuestro primer encuentro. Para ti es quizá sólo un recuerdo vago, pero yo, ¿sabes?, pienso a menudo en ello. Te vi y supe en seguida cómo te iban las cosas; me di cuenta al instante de que no tenías ni dos chavos en el bolsillo. Pero a mí me daba lo mismo. Te tomé por un oficial ruso. No puedo decir hoy lo que me gustó de ti entonces: quizá fue el uniforme, quizá… *¡Comme tes yeux sont grands!* ¿Te acuerdas? Cuando silbaste aquella melodía, lo supe en seguida: «Esto es el comienzo de algo». Pero has olvidado, pequeño, que fui yo quien te dirigió la primera palabra. No me sabe mal lo que hice. ¿Y a ti? ¿Y a ti?

Vittorin no respondió; la atrajo hacia sí y la apretó con fuerza entre sus brazos. La chica cerró los ojos y dijo en tono suave:

—Se cierra la puerta cuando se quiere… ¡No piensas nunca en ello! Siempre he de decirte yo primero las cosas, jovencito.

A la una de la noche, cuando ya se habían ido los últimos clientes y los camareros se dedicaban a juntar sillas y mesas haciendo mucho ruido, Vittorin tuvo una entrevista con el propietario del café Elisée. Tuvo lugar en el guardarropa de los artistas, donde Fred Musty, el cómico que hacía de payaso, se quitaba los coloretes con ayuda de vaselina. Tras una larga discusión, en cuyo transcurso intervino también el cómico que actuaba de payaso, Vittorin consiguió un adelanto de quince francos, en lugar de los veinte que había pedido.

Con el dinero en el bolsillo, se puso en camino. Subió por la calle principal de Pera y luego se metió en una callejuela estrecha y mal iluminada, que llevaba hasta el hospital de la marina. Se detuvo ante una casa de un solo piso y pulsó el timbre.

Un decreto de la comisión de alianza internacional había dispuesto que todos los establecimientos de los barrios de la ciudad, correspondientes a Pera, Fondukli, Top Hané y Gálata, cerraran a la una de la noche. Pero siempre había en algún sitio locales ocultos en los que podía pasarse la noche tras las puertas cerradas. El tabernucho en que entró Vittorin vivía de los clientes que iban pasada la una.

Allí se sentaban de nuevo las mismas figuras extrañas con las que Vittorin había estado jugando la noche anterior. Se trataba quizá de contrabandistas de joyas, de traficantes de cocaína, de marineros que habían desertado… ¿Quién podía saberlo?

Aquel individuo bajito con la cara arrugada, que llevaba unos dijes enormes, se llamaba Coco. El hombre de más allá, de hombros anchos, que pedía a gritos su vaso de «ron mezclado con comino», fue llamado con el nombre de Drapp-Drumm. El que llevaba la banca era un tal «Sedeeboy», un hombre muy delgado de tez amarillenta y nariz achatada. El individuo de pelo rubio, que Vittorin había encontrado ante el hotel, también estaba allí: entre aquellos aventureros parecía el representante de una refinada vida de placer; bebía champaña griego y fumaba un «Cercle de Bosphore». En aquel espacio estrecho se olía a alcohol, a pomada vulgar, a perfume de almizcle y a tabaco de Maryland. No se hizo mucho caso de la llegada de Vittorin. La partida ya estaba en marcha.

Vittorin empezó a apostar con cuidado. Hay que ahorrar el dinero cuando no se tienen más que quince francos en el bolsillo. Al primer envite se hizo con toda la banca… Pero luego la perdió. La siguiente partida le resultó pasable. Cuando el que llevaba la banca obtuvo dos veces seguidas la carta que

superaba a todas las demás y fue llamado «*le brutal*», Vittorin fue muy comedido en sus apuestas, convencido de que no podía lucharse contra tanta buena suerte. A las tres de la madrugada había doblado su capital. Al cabo de un cuarto de hora, sin embargo, poseía ya sólo tres francos. A las cuatro le faltó una minucia para llegar a aquella suma que le habría hecho posible retirarse del juego. A las cuatro y cuarto había perdido su último franco.

—Hace mucho calor aquí; parece una sala de máquinas —dijo el hombre a quien daban el nombre de Drapp-Drumm—. Pongámonos cómodos. Si abrimos la ventana, la policía se echará al cuello del tabernero.

Se sacó la chaqueta y continuó jugando en mangas de camisa. Sedeeboy siguió su ejemplo y dejó ver en su antebrazo derecho un tatuaje complicado, que estaba compuesto de una luna en cuarto menguante, de un puño cerrado, de un animal parecido a una liebre y de una cabeza de muchacha. Coco arrojó sus cartas sobre la mesa, señaló el ocho de corazones y gritó triunfalmente:

—¡*O lala*! He ahí una carta escondida que nadie esperaba: podría llamarse *Madame la timide*.

Había ganado la partida. Sedeeboy echó dos billetes arrugados sobre la mesa y murmuró con ávida resolución:

—Sigo jugando.

—¿No apuesta usted ya, caballero? —dijo el individuo de pelo rubio dirigiéndose a Vittorin.

Vittorin movió la cabeza en señal de denegación.

—No debería abandonar la partida que viene ahora —opinó el del pelo rubio—. Si nuestro amigo Sedeeboy arriesga su dinero, no hay nada tan seguro como que lo perderá también. Le aconsejo a usted que aproveche esta ocasión.

—No tengo dinero en efectivo —dijo Vittorin en un tono de voz que pretendía aparentar indiferencia, pero que permitía

reconocer claramente su apuro y su deseo de continuar jugando—. Si la banca me hiciera el favor de prestarme diez francos…

—Lo siento mucho, pero no puedo aceptar partidas sin fundamento real —aclaró Coco, que llevaba la banca.

El individuo de pelo rubio encendió un cigarrillo.

—Permítame poner en orden su situación —dijo en tono ligero—. Aquí tiene veinte francos, señor.

Vittorin lo miró, sorprendido.

—Se lo agradezco mucho —dijo, confuso—. Pero, en el supuesto de que pierda…, no sé si me será posible devolver a usted el dinero esta misma noche.

El billete de veinte francos estaba ya en su mano.

—No perderá —afirmó, muy decidido, el caballero del pelo rubio—. Con todo, empeñe su chaqueta. ¿Por qué no quiere empeñar su chaqueta?

—¿Mi chaqueta? —preguntó Vittorin—. ¿Es una broma?

—Hablo muy en serio. Todos lo hacemos cuando jugamos y tenemos mala suerte. Trae buena suerte… ¿Me entiende usted? A veces parece cosa de brujas: voy perdiendo durante dos horas más o menos… Bueno, entonces empeño mi chaqueta y en seguida cambia la situación.

—¡Que se vaya al diablo! Por mí, ya puede quedársela. Voy a intentarlo… ¡Aquí la tiene! —exclamó Vittorin.

El caballero de pelo rubio tomó la chaqueta de las manos de Vittorin, la puso riendo sobre la silla que tenía a su lado y prosiguió el juego.

A las seis de la mañana, la partida fue interrumpida. De la calle llegaba el ruido de los coches que transportaban la leche y de los carros que llevaban verduras. A través de las rendijas y de los agujeros que había en la madera de los postigos penetraba ya la luz del día.

Vittorin poseía entonces treinta francos: no era dinero suficiente para pagar el billete del barco y todo lo demás le resultaba indiferente. Quiso devolver su deuda, pero el individuo de pelo rubio ya no estaba allí; hacía ya una hora que se había marchado; en medio de la emoción del juego, Vittorin no se había dado cuenta de su desaparición.

Cogió su chaqueta. Coco y Sedeeboy bebían una taza de café solo de pie ante el mostrador; Drapp-Drumm, que había ganado, pagaba la cuenta de todos. El tabernero abrió la puerta de su establecimiento. De los jardines de la ciudad llegó un viento fresco, que llevaba consigo el olor propio del césped y el aroma de las acacias.

En la esquina de la calle Kabristan, unas personas se estrechaban apresuradamente la mano diciendo:

—Hasta luego.

—Hasta la tarde.

Y se separaban.

Sólo cuando estuvo en el corredor del hotel, Vittorin descrubrió que no tenía la llave de su habitación. Registró sus bolsillos. ¿A dónde había ido a parar aquella llave? ¿Habría caído del bolsillo de la chaqueta? ¿Tenía que volver al garito para buscarla? ¿O debía esperar, acurrucado en el suelo, a que Lucette se despertara y le abriera la puerta? Estaba cansado y quería dormir: no pensaba en otra cosa. Tenía que despertar a Lucette: no le quedaba otro remedio. Llamó a la puerta con los nudillos. Primero lo hizo suavemente, pero llamó más fuerte la segunda vez.

Dentro de la habitación reinaba el silencio, pero la puerta de la habitación contigua se abrió. Vittorin se volvió. Era Ethel. En su rostro había sorpresa, admiración e indignación a la vez.

—¿Es usted? ¿Qué busca aquí todavía? ¡*You are a nice one you are! ¡A beauty*! ¡Menudo pájaro está hecho usted! Hay que reconocerlo. ¿Qué quiere usted hacer aquí todavía?

—¿Qué quiero? Dormir: ¿qué, si no?

—¡*You devil you! ¡Living on women! ¿What did you get for it*? ¿Cuánto le ha pagado por la llave?

—¿Pagado por la llave? ¿Quién? ¿A quién?

—¡*You rotter! ¡You bully! You are*… ¿Cuánto le ha pagado el señor Pancrace por darle la llave?

—¿El señor Pancrace? —exclamo Vittorin, consternado—. ¿Es quizás un rubio con cara de mujer?

—¡*You have played a low down trick!* Ha sido un negocio sucio. ¿No se avergüenza usted? —Me ha quitado la llave del bolsillo. —¡Ah, sí! Y usted no lo ha notado, ¿verdad? Me parece que usted es un… ¿A dónde pretende llegar?

Vittorin sacudió furiosamente la puerta cerrada. Ethel se echó a reír de un modo breve, perverso y sarcástico.

—¿A dónde pretende llegar? ¿Qué se imagina, qué se propone: un idilio entre tres? Está con ella, naturalmente. Vino hace una hora; ella se puso a gritar pidiendo auxilio… Pero luego se reconciliaron. Es lo mejor que podía suceder. Márchese.

Vittorin se apartó de la puerta y miró fijamente al suelo.

—Si se han puesto de acuerdo —dijo—, es evidente que aquí sobro. Ya no tengo nada que hacer aquí. Me marcho… ¡Mi pasaporte! ¡Mis cosas!

Ethel desapareció en el interior de su habitación y regresó con los papeles de Vittorin y con la mochila que lo había acompañado en todo su viaje por Rusia.

—Le deseo que siga teniendo muchos éxitos de esta clase —dijo la chica—. Yo de usted no me asustaría. Con su cara y su talento, se las apañará siempre para vivir de las mujeres.

No respondió nada. Abrió el pasaporte: entre sus páginas había un billete de cien francos y una nota en la que estaba escrito simplemente: «¡Desaparezca usted!». Se sintió presa de

la ira; percibió un dolor de indignación por la amante perdida y un deseo ardiente de sacar de la habitación a aquel hombre y darle un puñetazo en su rostro liso, semejante al de una mujer. Pero pensar en Seljukov fue más fuerte que todo eso. Dentro de una hora zarpaba el «Aurora»; si se apresuraba, llegaría a tiempo. Guardó el pasaporte, como también el dinero y la nota escrita. Luego se despidió de Lucette.

—Salúdela de mi parte —dijo a Ethel—. Yo no he hecho nada. Pero da lo mismo.

Se marchó y entonces se dio cuenta de que, sin embargo, había hecho algo… Había hecho algo desde el momento en que había cogido los cien francos. Pero le daba lo mismo. Había cosas que eran más importantes que aquel señor Pancrace.

Al cabo de una hora se encontraba de pie a bordo del «Aurora», que se apartaba lentamente del puerto. Sorprendido, contempló la imagen de la ciudad en la que había vivido. Vio las terrazas con sus jardines, los minaretes y las cúpulas verdes de las mezquitas; vio los palacios de mármol blanco y los cipreses de los antiguos jardines del cementerio, como también las murallas de la ciudad con sus grandes puertas… Vio todo aquello por primera vez precisamente en el momento en que estaba desapareciendo de su vista.

La pista de Seljukov iba de Roma a Milán y en esta última ciudad se perdía. En una pequeña casa de huéspedes, en la Via Cappelari, el capitán del Estado Mayor había pasado cuatro días con su criado Gricha. Hacia dónde habían viajado los dos, Vittorin no pudo averiguarlo.

Como ya no tenía dinero, le fue necesario suspender sus investigaciones y buscar un trabajo. El huracán de la vida lo arrastró consigo y lo impulsó de una ciudad a otra. En el puerto de Genova, Vittorin trabajó de carbonero. En Barcelona se puso a trabajar de escribiente para despachar correo. En Narbona fue ayudante de un pintor de brocha gorda. El tiempo

pasaba. Pero aprendió varias cosas: que, cuando no hay trabajo, se puede vivir también de corteza de queso y de fruta caída del árbol; que los trenes no solamente existen para la gente que posee un billete; que en ciertos tugurios infames de los arrabales de una ciudad se pueden cambiar las colillas de los cigarrillos que se han recogido durante el día por los bulevares por un pedazo de pan y un vaso de vino (a veces, si el acopio ha sido bueno, incluso se puede conseguir un pedacito de carne en conserva, aunque esos días son raros).

En Tolón le robaron la mochila; en Marsella pasó catorce días en el cuartelillo. Supo lo que era la sopa de pan de los asilos y se habituó al olor propio de los vapores de azufre con que se desinfectan los vestidos de los que no tienen casa. Pero Seljukov seguía estando infinitamente lejos, quizás en Argelia, quizá en Ginebra, quizás en Buenos Aires.

Entonces llegó un día en que el destino de Vittorin cambió de rumbo, un día que le devolvió la libertad que había perdido en la lucha cotidiana por conseguir un pedazo de pan.

Un coche, que cruzaba el bulevar de la Corderie, lo atropello. El conductor del automóvil, un americano, lo llevó al hospital y le pagó tanto los costes de la curación como una suma de dinero por daños y perjuicios. Vittorin había recibido un golpe en las costillas y tenía unas cuantas heridas en ambos brazos. Cuando al cabo de cuatro semanas abandonó el hospital, le fueron abonados seiscientos francos. El mismo día se marchó a París.

Existía un medio para saber dónde se encontraba Seljukov, un medio para averiguar su lugar actual de residencia. Vittorin supo por un compañero de hospital que en París aparecían diarios de distintas tendencias políticas: diarios de los ultraconservadores, de los monárquicos liberales y de los nuevos partidos; diarios que propugnaban la idea de una intervención violenta en Rusia y otros que abogaban por una reconciliación con el régimen soviético: un diario de los

mencheviques, un diario de los comunistas; incluso un pequeño grupo de anarquistas rusos, que se llamaban a sí mismos «gente sin partido», tenían un órgano que se publicaba cada día. Y no había ningún fugitivo ruso que no intentase mantener el contacto con su patria y con todos sus amigos diseminados por el mundo adquiriendo uno de esos diarios.

Una mañana nublada de invierno, Vittorin apareció en la redacción del diario *Poslednije Nvosti*, publicado por Miljukov. Era la onceava visita de esa clase que emprendía. Pero en aquella ocasión tuvo éxito. El nombre de Michael Michajlovich Seljukov figuraba en la lista de los abonados. Desde hacía ocho meses, el diario era enviado al capitán del Estado Mayor, a la misma dirección. Esta dirección era: Viena, avenida Wahringer 124, piso segundo, puerta 16.

Avenida Wahringer 124. Habría bastado quedarse tranquilamente en casa, esperar y atravesar un día una calle, para torcer en la primera esquina. No habría sido necesario hacer nada más.

El funcionario del periódico levantó la vista, sorprendido, de la lista de abonados que tenía ante sus ojos, cuando oyó reír de forma breve y ronca a Vittorin.

—Disculpe —dijo Vittorin, apretando los dientes con fuerza—, pero hay realmente para echarse a reír. Tifus, piojos, hambre, guerra, cárcel. Atravesar Rusia, recorrer media Europa, pasar por todos los sitios más infernales de esta época. He dormido sobre paja podrida; en Moscú quisieron detenerme; mis camaradas fueron fusilados en una maldita fábrica de azúcar… ¡Marsella! ¡Constantinopla! Me he relacionado con criminales de todas partes del mundo y sólo ahora veo que… habría podido propiamente… ¡Hay para echarse a reír!

Se calló y se quedó mirando fijamente, con expresión apática, la trémula llama de gas.

—No lo entiendo —dijo el funcionario—. Si quiere usted presentar alguna queja, éste no es el lugar adecuado. Tiene que dirigirse a la embajada de su país. Aquí no podemos hacer nada… ¿Desea usted alguna otra cosa?

La señorita Fifí ha ido al teatro. Es la tercera vez que lo ha hecho durante esta semana: anteayer estuvo en el «Châtelet»; el martes, en la revista del «Olympia»; hoy, en el Trianon. Tras el segundo acto se marcharon: en el vestíbulo se entabló una pequeña discusión entre Mario y sus amigos; estos italianos están siempre discutiendo y, al fin y al cabo, se trataba solamente de decidir a dónde se iba a cenar, si al «Fantasio» o al «Chez moi». Finalmente se pusieron de acuerdo en ir al «Adrienne», a causa de la famosa especialidad de la casa: el coq en páte. Mario conoce todos los locales. Ahora se encuentran sentados en el bar del hotel y el ambiente es aburrido. Mario y sus amigos hablan de negocios, de las acciones de la bolsa: acciones de las empresas Creusot, Hotchkiss, Randfontein… Si las Randfontein o las Tanganika suben durante los próximos días, la señorita Fifí tendrá su brazalete de platino: lo sabe muy bien… En el salón que hay al otro lado se está bailando: pueden verse las parejas a través de la puerta abierta. El pequeño belga ha estado allí, pero propiamente sólo para saludar a Fifí; se ha disculpado; tenía que marcharse por un asunto urgente; dijo que dentro de media hora volvería. Es un chico muy guapo, atento, agradable, de muy buenos modales y bien educado. Su único defecto es que no es puntual. Dice que volverá dentro de media hora y luego… Sin embargo, la media hora no ha pasado todavía. Ha invitado a Fifí a hacer un viaje a Bruselas: allí hay un cantante de ópera, amigo suyo, que examinará su voz. Le ha dicho: «Con su voz se hará usted rica y famosa; créame, señorita Fifí. El material está ahí; sólo falta la formación». Bruselas debe de ser una ciudad hermosa. ¡Hacer escalas cada día para practicar el canto! ¿Por qué no? Sin duda, en ningún otro lugar del mundo se está tan bien como en París. Pero Mario sólo quiere

quedarse una semana más en París. El bueno de Mario no sabe todavía que regresará solo a Milán. Pero él mismo ha dicho siempre: «Alguna vez hay que separarse».

Si quiere, Fifí puede ahora ir a Bruselas, a Londres o a Mantua. Tiene un montón de amigos. A Londres quiere llevarla el arquitecto cuyo nombre no logra retener. Pero Londres no la atrae demasiado. ¡Londres, ahora, en esta época del año! El barón es el más listo de todos: se queda en París. Mario ha dicho que no debe de ser muy rico. Lo mantiene su padre con una paga escasa. Fifí no irá a Milán en ningún caso. Milán es una ciudad muy aburrida. Sería divertido, si ya estuviera allí el pequeño belga, se dice a sí misma.

El vaso está vacío, pero el camarero acude en seguida y saca del cubo la botella de champán. Mario sigue hablando de las acciones de East-Rand y de créditos mobiliarios. El camarero debe de ser un auténtico conde. Lo llaman conde Wolkonski. El barón sólo es un barón. Se tutea con Mario. ¿De dónde le viene propiamente a Mario el hecho de tener amistad con la aristocracia? Mario es fabricante de zapatos. Tiene un aspecto muy cómico cuando se pone smoking, con su perilla negra como el betún y su cara gruesa, enrojecida.

Fifí bebe un poco, sólo para pasar el tiempo, y de repente se pone triste. Las lágrimas afloran a sus ojos; lo que le gustaría rnás sería reclinar la cabeza sobre el hombro de Mario; la chica sabe perfectamente por qué está llorando: durante todo el día ha estado nevando y lloviendo; no se ha visto el sol ni por un momento. Llora porque no irá con Mario a Milán, porque no ha visto el tercer acto, porque el pobre camarero es conde, un auténtico conde, y sin embargo ha de trabajar de camarero; ¡qué triste es la vida!; ¡qué triste y qué bella es!; además, el tiempo pasa tan rápidamente…

Pero también la tristeza pasa; las lágrimas desaparecen. La señorita Fifí vuelve a estar de pronto de buen humor y casi entusiasmada. Es bonito sentarse allí y mirar a la gente; le divierte imaginarse de dónde provienen todos esos hombres y

qué hacen durante el día. Aquí hay gente de las clases más diferentes. Hay pintores y otra serie de genios, parisinos del mundo galante, turistas americanos y burgueses venidos de provincias. Aquel caballero pálido y bien afeitado parece un actor, probablemente de cine. Aquel gordo con el cigarro viene de Holanda y es comerciante al por mayor de mantequilla. ¿Hace buenos negocios en París el señor Vanderbeek? Si es así, me alegro mucho. Aquel hombre que hay allí, con el traje raído, es un estudiante del barrio Latino; hoy tiene un día frivolo y ha venido a tomar el café aquí, en lugar de hacerlo en cualquier cafetucho; ¿por qué me mira tan fijamente? ¿Es que le gusta mi vestido? Está hecho en el «Atelier Madeleine», en la rué Rougemont, si le interesa saberlo. ¿Pero qué quiere? ¿Por qué me mira tan fijamente?

El rostro de la señorita Fifí tiene ahora una expresión de perplejidad y de desamparo; está a punto de volverse hacia Mario y preguntarle: «Dime, ¿qué quiere de mí ese hombre que está ahí?», pero en este momento aquel hombre levanta la cabeza y se aparta los cabellos de la frente; la señorita Fifí se levanta y, sin saber aún por qué, se dirige hacia donde está aquel hombre, sentándose luego a su mesa.

—¡Georg! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Eres tú realmente, Franzi? Te he estado observando continuamente y no sabía si eras tú o no lo eras.

—¿Es que he cambiado tanto? Y tú… ¿de dónde vienes? ¡Explícalo en seguida!

Se hablaron los dos al mismo tiempo, se hicieron mil preguntas, se respondieron a la vez. La chica echó una mirada a Mario, pero seguía discutiendo y no había advertido que ella había abandonado su mesa.

—Espera; me sentaré junto a ti —dijo Franzi—. ¡Y ahora explícalo todo bien!

—Primero hazlo tú. Cómo has venido de Viena, dime cómo está mi padre. ¿Le va bien todo? ¿Y a mis hermanas?

—No lo sé. Supongo que bien. Ya hace mucho tiempo que me fui de allí. Al principio, ¿sabes?, fue sólo un viaje de vacaciones, pero luego… me gustó.

—¿Tienes aquí un puesto de trabajo? —preguntó Vittorin.

Movió la cabeza en señal de negación.

—No. Viajo mucho; Mantua, Bruselas… Quizás estudiaré canto; se decidirá en los próximos días. Uno de mis amigos…

Vittorin le dirigió una mirada hostil.

—Se trata del barón, ¿no?

La chica se queda completamente sorprendida.

—¿Sabes tú…? ¿De qué lo conoces?

Pero luego comprende: se acuerda de un día, hace mucho tiempo, de unos muñecos hábilmente construidos con toallas y prendas de vestir, sentados en un sofá… La chica ríe.

—Sí; el barón también está aquí. Lo veo de vez en cuando. Pero mi hombre es aquel caballero que está allí…, el que lleva perilla negra. Es un gran industrial de Milán. Lo conocí en Lugano.

Vittorin no ve aún el asunto claro. Sólo sabe que la ha perdido, quizá para siempre… Pertenece a otro.

—¿Te gusta? —preguntó Vittorin—. ¿Vas a casarte con él?

—Sí. Es decir…, quizá. En realidad, eso importa poco, ¿no? Su matrimonio ha sido anulado por la Iglesia católica.

Vittorin se calla.

—Es maravilloso París, ¿no es verdad? Es fabuloso, es muy interesante —dice la chica—. ¿Te gusta estar aquí?

Vittorin no responde.

—No debes mirarme nunca las manos —prosigue diciendo ella—. Ya sé que no son bonitas. Mira, en cambio, las pieles que lleva aquella dama que hay allí. Es chinchilla.

Vittorin ha tomado ahora una resolución. Mira la cara de Franzi.

—Y si ahora te pregunto, Franzi: ¿quieres volver conmigo? ¿Quieres empezar de nuevo la vida conmigo? ¡Responde! ¡Ahora!

La pregunta resulta inesperada a la chica; en medio de su confusión, no sabe qué decir.

—¡Si me lo preguntas! Pero no te atreverás a preguntármelo.

—¡Sí! Quiero saberlo. Dentro de dos días habré terminado el asunto que me ocupa. Dentro de dos días estaré libre. Trabajaré; me crearé un puesto en la vida. Así están las cosas. ¡Y ahora respóndeme!

¡De nuevo en la miseria de la vida cotidiana! ¡De nuevo el trabajo ante la máquina de escribir! Preparar el café del desayuno por la mañana a las siete, utilizando el sistema más rápido de ebullición. Una pequeña habitación para dos con vistas a un patio interior… ¿Es todo eso posible? ¿Es concebible? El sigue sin sospechar nada.

Con todo, la chica evita el «no» brusco y seco.

—¿Tengo que decidirme en seguida, Georg?

—Cierto. Tienes que hacerlo. No puedo esperar.

—Sería bonito —dice ella—. Pero no iría bien.

—¿Por qué no ha de ir bien?

—¡Ya puedes suponértelo tú mismo! ¿Qué dirían mis amigos, si me separo de ellos sin más? Por otra parte…

—¿No quieres, pues?

—No, Georg. Realmente no irían bien las cosas. ¡No te enfades conmigo!

Ahora se han vuelto de repente extraños el uno para el otro. Ninguno de ellos dice una sola palabra. Vittorin mira su

reloj: ya no le queda mucho tiempo. Franzi mira hacia donde está Mario y no sabe bien cómo debe despedirse. Ya no tienen nada que decirse. En aquel momento llega el pequeño belga. Permanece de pie junto a la puerta y vacila, ya que la señorita Fifí está acompañada de un hombre que no conoce y, además, se trata de un caballero que no cae nada bien a la chica, por lo que ve.

—Perdóname, Georg —dice Franzi apresuradamente—. Me vienen a buscar. ¿Nos volveremos a ver?

Vittorin se ha levantado.

—Creo que no. Dentro de cuarenta minutos sale mi tren.

—¿De verdad? —dice ella, sorprendida—. Dentro de cuarenta minutos. Sigues siendo exactamente el mismo; siempre tienes que marcharte con el próximo tren… ¡Que te vaya todo bien, Georg!

Franzi se va con el pequeño belga al salón de baile. Ante la puerta abierta, la chica vuelve a saludar rápidamente con un movimiento de cabeza; luego toma el brazo del compañero con el que va a bailar; otras parejas se interponen en medio; Vittorin ve todavía la cinta de color malva que adorna el vestido de Franzi y el brillo de sus cabellos; pero luego ya ha desaparecido.

Vittorin se ha quedado de pie. Quiere verla otra vez. Espera. Cuatro minutos. Seis minutos. Ahora tiene que marcharse. Muchas parejas han atravesado la puerta llevadas por el ritmo del baile: rostros extraños lo han mirado al pasar junto a él con aire de indiferencia; quizás entre ellos estaba también el rostro de Franzi; no lo sabe con certeza.

Seljukov

Desde Innsbruck, Vittorin estuvo sólo con tres personas en el departamento. La vieja que llevaba cubierta la cabeza con un pañuelo se dirigía al palacio episcopal para ocupar allí un puesto como cocinera en la fonda. El caballero gordo, calvo y con aire satisfecho era representante de un comercio al por mayor de vinos; en su maleta de muestras llevaba botellines de todos los lugares donde se producían vinos en la parte sur del Tirol. Cuando acabaron de pasar Innsbruck, el hombre pidió a la cocinera de fonda que le diera un pedazo de pan. Lo cortó en cuatro trozos iguales, sacó de su maleta un vaso e hizo que sus compañeros de viaje probaran el sabor de su «Terlaner», de su «Traminer» y de su «St. Magdalener». El joven que llevaba un vestido deportivo era ingeniero en una central de electricidad. Explicó que el próximo año se iría a América del Sur: a Brasil, que según él era el país del futuro.

El viajante de vinos asintió con la cabeza. Dijo que en América del Sur podía ganarse aún mucho dinero. Había tenido un pariente en Lima, un tío abuelo por parte de madre, y los envíos de dinero de ese pariente, a quien estaría agradecido eternamente, le habían hecho posible realizar sus estudios. No habían sido más que cinco cursos en el instituto, pero habían constituido una base importante. Era necesaria cierta formación como presupuesto para su oficio: se necesita saber hablar con la clientela; se necesita averiguar lo más pronto posible lo que interesa a cada persona, lo que escucha con gusto… Entonces el negocio va sobre ruedas. Según

explicó, hacía ya cinco años que trabajaba en el ramo vinícola. Anteriormente había sido representante de una fábrica de máquinas de escribir; pero, según sus propias palabras, «Dios me libre de una cosa así».

—¿Va a Viena en viaje de negocios? —preguntó luego dirigiéndose a Vittorin.

Vittorin no respondió en seguida. Miró ante sí y vio una habitación con cortinas rojas en las ventanas; en aquella habitación estaba Seljukov; sobre el escritorio había una novela francesa con una dama desnuda en la cubierta, como imagen para acompañar el título… ¡Un disparo! Ha sido Seljukov quien ha disparado; la bala ha ido a incrustarse en el entrepaño de la puerta; la madera se ha astillado. Tras un segundo disparo, ya no tiene nada que hacer; ahora le toca el turno a Vittorin. Pero, si hay una mujer en la habitación…, ¿qué ocurrirá entonces? Seljukov tiene una mujer en su casa; esto es seguro; la tiene escondida detrás del biombo. La mujer gritará, pedirá auxilio. ¡Ya puede hacerlo! ¡Ya puede gritar! ¡Ya puede telefonear a la policía! Da lo mismo lo que suceda después. Allí yace Seljukov; no se mueve; al caer ha arrastrado consigo el biombo.

—Voy a Viena por un asunto puramente personal —respondió Vittorin.

En Salzburgo hubo una parada más larga. Un señor bajito, que llamaba la atención por su palidez, andaba de un lado para otro en el andén tiritando de frío y con los hombros encogidos. Sus elegantes y finos zapatos de charol contrastaban enormemente con su sombrero pasado de moda, con su chaquetón mal confeccionado y con sus pantalones excesivamente anchos, que permitían advertir solamente algunos restos de su raya originaria. Al andar, iba hablando consigo mismo. Vittorin lo saludó; el caballero pálido lo miró fugazmente, se sacó el sombrero para devolver el saludo y prosiguió su paseo. Vittorin fue tras él.

—¿No es usted el doctor Bamberger? ¿No me reconoce?

El caballero se detuvo.

—Sí, creo que sí, es decir… Mi memoria no es una de mis mejores cualidades. ¿No podría ayudarme usted?

—Me llamo Georg Vittorin.

—Georg Vittorin. Naturalmente. Perdóneme que no lo haya reconocido en seguida… ¿En qué puedo servirle, señor Vittorin?

—Hace años tuve con usted una entrevista, señor doctor. He pensado a menudo en usted. Propiamente, ahora sólo quería preguntarle si ha tenido éxito en su campaña.

—¿Mi campaña? —preguntó el doctor Bamberger sin entender absolutamente nada.

—Sí. Usted predijo entonces el desmoronamiento del valor de la moneda y tuvo razón. Habló de que era inminente una guerra de todos contra todos y de que usted estaba decidido a ganarla.

—Perdone, pero todavía no sé… ¿Cuál ha dicho que era su nombre y apellido?

—Georg Vittorin… Entonces tenía usted alquilada una habitación en casa de mi padre.

El doctor Bamberger se golpeó levemente la frente con la mano.

—Ahora sé finalmente de qué me está hablando. ¿Cómo están sus hermanas, señor Vittorin?

El ingeniero de la central eléctrica pasó por allí en aquel momento y saludó respetuosamente, pero el doctor Bamberger no se dio cuenta de ello.

—Una se casó: la mayor; pero supongo que ya lo sabe usted —dijo Vittorin—. ¿O es que ya no tiene ningún contacto con mi familia?

—Desgraciadamente he perdido todo contacto —dijo el doctor Bamberger cortésmente.

—¿No le prometieron la habitación para todo el tiempo que usted quisiera?

—Sí, pero luego me trasladé; tuve que alquilar una pequeña vivienda que estaba cerca de mi oficina… ¿Y a usted cómo le han ido las cosas, señor Vittorin?

—He estado viajando durante algunos años. Estuve en Francia, España, Turquía, Rusia…

—¿Era un viaje de estudios?

—Propiamente no. Tuve que arreglar en el extranjero unos asuntos personales.

—¿Y ahora? ¿Cuáles son sus planes de aquí en adelante?

—Sobre esto me gustaría hablar con usted, señor doctor. No quiero volver al trajín normal de la vida; aborrezco la palabra «estable» respecto a una colocación, a un modo de vivir. Quiero ser libre, independiente; quiero trabajar para mí mismo y no para el bolsillo de los demás.

El doctor Bamberger se calló y se puso a mirar pensativamente ante sí. Luego dijo:

—Quiere usted saber mi opinión, ¿no es verdad? Bien, si he de darle a usted un consejo…

Lo interrumpieron. Se había acercado un joven, elegantemente vestido conforme a la moda actual; le hizo una inclinación de cabeza e informó:

—Disculpe; seguiremos parados aquí aún durante ocho minutos. La comunicación con Viena se establecerá dentro de dos minutos por vía telefónica. He de…

—Gracias —lo interrumpió el doctor Bamberger—. Hablaré yo mismo.

Luego se dirigió a Vittorin. —Tendrá que perdonarme. He de hablar urgentemente con Viena. Trasmita, por favor, mis saludos a su familia… ¡Ah, bueno! Me pedía usted consejo. No veo con demasiado optimismo el futuro inmediato. Soplan

malos vientos. Si quiere usted saber mi opinión… Para los años que se aproximan, creo que lo mejor es una colocación modesta y segura en una empresa firmemente establecida. Me he alegrado mucho de verlo a usted, señor Vittorin. Bese de mi parte la mano de las damas.

Y se dirigió hacia el interior de la estación. El ingeniero estaba de pie, esperándolo, en la puerta del departamento.

—¿Conoce usted personalmente al presidente Bamberger? —preguntó cuando Vittorin ocupó de nuevo su asiento.

—Sí, un poco —respondió Vittorin—. ¿Es presidente? ¿Qué significa este título?

—Presidente de la agrupación industrial C.L.F. ¿No lo sabe usted? Es uno de nuestros jefes económicos más importantes.

—¿Ah, sí? ¿Y quién era el joven que lo acompañaba?

—Probablemente, su secretario particular. Se trata de un puesto envidiable. Hay algunas personas que saben conseguir, ciertamente, esa clase de puestos. Cobra probablemente un sueldo de ministro, hace viajes magníficos y viaja siempre en coches de ferrocarril lujosos…

—¿En coches lujosos?

—Naturalmente. Por esto llevamos seis minutos de retraso, porque hemos tenido que esperar en vía muerta a que pasara el tren especial del presidente Bamberger. Es dudoso que podamos recuperar hasta Linz el tiempo perdido.

Vittorin se apartó los cabellos de la frente y guardó silencio. Tenía sólo un recuerdo fugaz de la figura de aquel joven elegante a quien había cedido su propio sitio en la mesa bien cubierta y abastada de la vida.

—Tiene millones de dólares —siguió diciendo el ingeniero —. La semana pasada leí en un periódico que se ha convertido también en el accionista mayoritario de nuestra empresa. Yo

trabajo en la Electrounión. ¿Cómo lo conoció usted exactamente?

—Me ofreció en cierta ocasión una plaza, de trabajo en su tren lujoso —dijo Vittorin, perdido en sus pensamientos—. Pero yo no acepté. El objetivo de su viaje era completamente distinto al mío.

Sobre los tejados y las ventanas de las casas de los arrabales caía la luz de una mañana nublada de invierno. Los copos de nieve se habían transformado durante la noche en una espesa capa de hielo. Vittorin caminaba rápidamente; tiritaba de frío bajo su abrigo delgado; el viento le arrojaba a la cara copos de nieve que casi eran agua helada. Con todo, no se daba cuenta de la fría humedad que penetraba a través de sus vestidos. Su hermano Oskar se empeñó en acompañarlo y hacer el mismo camino que él. Lanzaba de vez en cuando una mirada inquisidora al rostro de aquel que había vuelto a casa; lo inquietaba un rasgo rígido y extraño que se manifestaba en su cara. En aquellos instantes intentó por tercera vez iniciar un diálogo.

—A esta hora suelo estar ya en la oficina —dijo señalando con un movimiento involuntario de la mano la empalizada que tenía a su derecha—. Empezamos el trabajo a las ocho, pero hoy me han concedido el día libre. El correo tubular es una instalación magnífica: se escriben dos líneas: gripe o cualquier otra excusa, y ya quedas dispensado de toda obligación… Pero la gripe no es ninguna broma. Hace seis semanas, un compañero mío de la escuela murió de gripe. El domingo por la noche estuve todavía con él en su casa y el martes ya lo habían enterrado. Así de rápida va esta enfermedad. Yo no tenía ni idea; aún estaba pensando para mis adentros: ¿dónde se habrá metido ése, que no se lo ve por ninguna parte?… Oye: ¿Qué quería decirte? No tienes más que escribir una solicitud adjuntando tu *curriculum vitae*; no tienes que hacer nada más, yo me encargo de todo el resto; allí me consideran *persona gratissima*. En la solicitud, sin embrago, no has de mencionar para nada el hecho de que hace seis años que estás

sin puesto de trabajo. No pongas nada de eso: podría causar una mala impresión a aquella gente. ¿Resulta realmente tan difícil encontrar una colocación en el extranjero?

—Nunca me quedé mucho tiempo en el mismo lugar —respondió Vittorin—. Ya lo sabes… Soy un vagabundo y un holgazán. Lo ha dicho Ebenseder y, por tanto, debe ser verdad.

—Lo que dice ése te ha de importar muy poco —dijo Oskar—. Me cae tan mal como a ti. Ya se lo repetí a menudo a Lola: «No lo aceptes. No te cases con él». Pero entonces, cuando jubilaron a nuestro padre, se limitaba a decir: «¿Qué otra salida me queda? He de pensar en nuestro padre y en el futuro de Vally». Ahora padre está realmente preocupado: lo que gana de vez en cuando con sus pequeños negocios le llega únicamente para sus gastos personales. Y Vally estudia en el Conservatorio. El hombre no es malo: sólo que no es simpático. Quizás actualmente le cae incluso bien a Lola; con las mujeres no se sabe nunca qué puede pasar.

Allí estaba la casa, una casa como cualquier otra. A la derecha de la entrada, un vidriero tenía instalada su tienda y, a la izquierda, había una floristería y un puesto donde se expendía lotería. Un pequeño rótulo de porcelana anunciaba que en el entresuelo tenía su despacho un especialista en enfermedades internas. Una mujer de edad avanzada, con una bolsa para hacer la compra, estaba de pie bajo un remendado paraguas de algodón y acariciaba un pequeño perro negro que jugueteaba con otros perros en mitad de la calle. Estaban descargando barriles de un coche de reparto. Vittorin se detuvo.

—¿Escribirás hoy mismo la solicitud? —preguntó Oskar.

—No lo sé.

—Si la tuviera hoy mismo, quizá podrías presentarte ya pasado mañana.

—Creo que es mejor no hacer ningún plan por ahora —dijo Vittorin.

—Podrías ocupar ese puesto el primero de mes. —No puedo decirte con certeza dónde estaré el primero de mes.

—¿Volveré a verte hoy? —Tampoco esto puedo decírtelo. Oskar miró a su hermano con inquietud. —¿No quieres que te acompañe? —se atrevió a proponerle.

Vittorin movió la cabeza en señal de negación. —No. Allí arriba he de ir solo. En este asunto no puede ayudarme nadie.

—Entonces me quedaré aquí —explicó Oskar—. No voy a volver a casa. Voy a sentarme allí enfrente, en aquella cafetería.

—Bien —dijo Vittorin—. Pero, si dentro de media hora no estoy de vuelta, no es necesario que me esperes por más tiempo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Oskar—. No te entiendo. ¿Qué te propones exactamente? Quiero decirte una cosa: si dentro de media hora no has vuelto, subiré arriba y veré qué ha ocurrido contigo. —Puedes hacerlo, si quieres —dijo Vittorin.

En una especie de visión percibió la imagen de la calle transformada. Todas las ventanas estaban abiertas; se asomaban muchas cabezas; ante la casa se agolpaba la multitud. En la puerta de entrada había un policía alto como un castillo y no dejaba entrar a nadie.

—¡Sigan andando! ¡No se detengan!

—¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente?

—¡Asesinato! En casa del doctor ha disparado un paciente.

—No, ha sido en el segundo piso.

—¿El ruso?

—No, el otro. Muerto.

—Eran dos antiguos oficiales. Ha sido un duelo sin testigos.

—El ruso está herido.

—Déjeme pasar; vivo en esta casa.

—¡Sigan andando! ¡No se detengan!

—Está bien —dijo Vittorin—. Si dentro de media hora no he vuelto, puedes subir y venir a buscarme.

Y estrechó la mano de Oskar con gran ardor, como nunca lo había hecho anteriormente.

La escalera de la casa estaba a oscuras. Una leve sensación de temor se apoderó de él; era como si de repente no estuviera subiendo solo aquella escalera abrupta. ¿No se movía algo en la oscuridad? Se oían pasos sigilosos… A su alrededor aparecían sombras. ¡Eran los muertos! Habían venido los muertos de aquel combate; querían estar allí, en aquel momento, cuando todo llegaba a su fin. Apoyado en la baranda de la escalera, estaba de pie el antiguo chambelán, con su bata de color rojo, y lo saludaba moviendo la cabeza..

—Caído en el combate como víctima —dijo una voz, y por un momento Vittorin vio el rostro juvenil y sonriente del conde Gagarin.

De la oscuridad surgió la voz de Artemjev que le decía susurrando:

—¿Es usted, camarada? Lo estaba esperando. Muéstrenos usted ahora lo que es capaz de hacer. Percibió un leve murmullo: gemidos y quejas… Eran los soldados rojos que en Miropol había llevado hasta la primera línea de fuego, donde estallaban las granadas, a causa de Seljukov. Habían venido también; estaban de pie, apiñados unos junto a otros y dispuestos a seguirlo de nuevo.

Por la ventana del primer rellano entraba un poco de luz, iluminando a medias la escalera, la baranda manoseada y la pared enjalbegada. Vittorin subió lentamente y con esfuerzo los últimos escalones. Ahora estaba de pie ante la puerta.

En el rótulo que había sobre la puerta leyó un nombre extraño, desconocido, inocuo. Sintió de repente un sobresalto…Quizás había llegado demasiado tarde… Quizá Seljukov ya se había marchado: había emprendido ayer un nuevo viaje y nadie sabía ya a dónde había ido… Sin embargo, mientras estaba pensando todavía en todo eso, sucedió que percibió un olor fino, de naturaleza extraña, que se advertía a través de la puerta cerrada; conocía aquel olor; lo conocía de Siberia, del campo de concentración de Chernavjensk; era el aroma del tabaco chino, el aroma de los cigarrillos que fumaba Seljukov; y entonces cerró los ojos y aspiró con una satisfacción indecible la fragancia de un tiempo pasado.

Luego llamó. Ahora estaba seguro de que detrás de aquella puerta estaba Seljukov.

En el interior, frente a la puerta, había una cama cubierta con una manta listada. El espacio que había entre la cama y la ventana estaba ocupado por un mueble extraño, una especie de mesita con dos ruedas y un pedal. A la derecha, junto a la pared, había una estantería que era demasiado grande para los libros que contenía. En el espacio que quedaba libre había un infiernillo con un jarro de loza para hervir agua para el té. En la habitación había por todas partes figurillas talladas en madera: sobre el armario, sobre la cómoda, sobre el alféizar y en todos los rincones; había representados músicos de pueblo pintados con múltiples colores, cosacos que blandían sus sables, campesinos que bebían, una troica, herreros trabajando en un villorrio, osos que bailaban y, sobre el lavabo, junto a la jarra de agua para lavarse, había una iglesia con cúpulas azules y numerosos peregrinos, de estatura muy pequeña.

Sobre una mesa, en el centro de la estancia, había pequeños cuchillos con hojas torcidas de diferentes maneras, entre potes de pintura y trozos redondos de madera. Junto a la mesa estaba sentado un hombre que llevaba gafas; no iba

afeitado y llevaba encima una americana vieja y muy gastada; aquel hombre era Seljukov.

Vittorin sostenía aún en la mano el picaporte y miraba fijamente las figuras de madera pintadas, la manta raída que cubría la cama, el hombre que llevaba gafas y el lavabo medio roto. Hacía frío en aquella habitación; no había fuego en la estufa de hierro colado.

Seljukov se levantó. Seljukov llevaba unas zapatillas ensanchadas por el uso y sus pantalones aparecían subidos hasta las rodillas. La mesa con las ruedas y el pedal era un torno.

—¿Me reconece usted, Michajlovich? —preguntó Vittorin tras un largo silencio. No. Seljukov no lo reconocía. —Teniente Vittorin del campo de concentración de Chernavjensk, que era entonces prisionero de guerra; pabellón 4.

El hombre que tenía el rostro de Seljukov sonrió y habló con la voz propia de Seljukov:

—¡Chernavjensk! Han pasado muchos días desde entonces. En aquellos tiempos yo era oficial del ejército y servía a Rusia. —¿Y hoy?

—Ahora, ya lo ve usted. Vivo simplemente. Construyo juguetes y un camarada, que fue mi criado durante la gran guerra, los vende por las calles. A veces vende, pero en algunas ocasiones regresa muy tarde por la noche y no trae dinero.

Vittorin buscó alguna palabra adecuada y no se le ocurrió ninguna. Sentía un gran vacío en su interior; miró fijamente a la calle a través de la ventana. *Pascholl*… ¿No era ésta la palabra: Pascholft Seljukov se encontraba de pie ante él; llevaba zapatillas y no se había afeitado. ¿Dónde estaba la cruz de san Jorge? ¿Dónde estaban los cigarrillos? No había visto nunca a Seljukov sin un cigarrillo. ¿Dónde estaba el aroma del tabaco chino? Olía sólo a laca, a cola y a pintura fresca.

—¿Fuma usted, Michael Michajlovich? —le preguntó con voz ronca y oprimida.

—No. Había fumado anteriormente, pero ahora ya no fumo.

—¿No acababa de fumar un cigarrillo cuando yo he llegado? ¿No era tabaco extranjero…?

—No —dijo Seljukov—. Desde hace un año que no fumo. Pero, si usted me permite…

Cogió uno de los cigarrillos que Vittorin le ofrecía y lo encendió. Mientras lanzaba al aire los anillos azules del humo, sostenía el cigarrillo de una forma inimitable, entre dos dedos de la mano izquierda. Y por un momento a Vittorin le pareció que se encontraba ante el capitán del Estado Mayor Seljukov, con la cruz de san Jorge y la condecoración de Vladimir…

—¿Está usted contento con su vida? —preguntó en un tono de voz que en esta ocasión era frío y duro—. ¿Le van bien las cosas, Michael Michajlovich?

—¿Contento? Quizás estoy incluso aún más que contento. Siempre he tenido suerte. Mis camaradas decían: «Seljukov tiene suerte en todo; hasta en el infierno encontrará un rincón que estará frío». Me van bien las cosas. Le contaré sólo un detalle: en Moscú tuve una amiga; era cantante de ópera. Ahora, mire usted por dónde, ella también está aquí y vive incluso enfrente de mí, allí en aquella casa. Ella no sabe que yo estoy aquí ni tampoco lo sabrá. No debe verme del modo que soy ahora. Pero puedo verla desde una ventana cuando se sienta al piano de cola y se pone a cantar; la veo todos los días. La acompaña un caballero joven. Pero me he informado… No es su amante, sino solamante uno que la ayuda a practicar… ¿Por qué no tendría que estar contento?

Vittorin permaneció en silencio. Sin saber por qué, suspiró levemente.

—Me ha hecho el honor de venir a visitarme —dijo Seljukov—. ¿Puedo preguntarle… qué es lo que desea?

Vittorin se enderezó, volviendo a la realidad. Había estado muy lejos de allí con sus pensamientos: en la estepa rusa, en medio de la tempestad de nieve; por las calles de Moscú; en el campo de batalla, al descubierto, entre las balas que silbaban; en el barracón aislado de un hospital donde curaban enfermos del tifus; en París, en un salón magníficamente iluminado, donde tocaba con fuerza una orquesta de jazz y una muchacha, que él amaba, se despedía de él y se marchaba dando el brazo a otro… Este viejo que hay aquí ha preguntado algo…: qué buscaba aquí, por qué había venido…

—Yo quería… —dijo Vittorin balbuceando—, yo pensaba… Me han dicho que aquí podían adquirirse juguetes rusos. Necesito juguetes rusos; quisiera comprar unos cuantos.

—Sírvase usted, por favor —dijo Seljukov, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su sorpresa y su alegría—. Coja los que necesite. No son caros; pero, usted ya me entiende…, el material, las pinturas, *les petits frais*… Mi camarada se los llevará a su casa. Escogió varias figuras: un cosaco pintado de un color chillón, un pope de barba blanca, dos liebres con orejas movibles, un san Juan y una campesina que llevaba una jarra de leche. Vittorin se las llevó todas.

En el vestíbulo, Gricha estaba de pie y se inclinó hasta el suelo haciendo una profunda reverencia.

—*Sdravstvuj*, Gricha —dijo saludándolo Vittorin, que se encontraba como si se hubiera despertado de un sueño.

—¡Tenga usted muy buena salud, respetable señor!

—Estuve en tu pueblo, Gricha, en Staromjena. Hablé con tu madre y me dijo que pasa muchas horas sentada en su casa llorando por ti.

—Así reirá cuando yo vuelva —dijo Gricha mirando sus manos rojas, hinchadas a causa del frío.

—Gavrila Chikulin, tu padrino, murió. Al herrero lo llevaron al gobierno civil —siguió informando Vittorin.

—¡A ése ya le pueden caer mil ladrillos sobre la cabeza! —murmuró Gricha—. O sea que Gavrila Ivanych murió; ya no lo verá nunca más. Fue mi padrino. Pero Dios lo ha determinado así; se cumplió su santa voluntad.

—El herrero vendió caballos robados. Tu madre me mandó decirte que no malvende nada. Con las provisiones que tiene podrá pasar hasta marzo. Sin embargo, no tiene a nadie que le remueva la tierra del jardín.

—Debe encargar esa tarea a Katiuska, la hija del sastre. Katiuska tiene sólo un ojo, pero es una chica fuerte y sabe hacer ese trabajo. Le basta hablar con el sastre sobre este asunto —dijo Gricha mirando a Vittorin como si fuera evidente que aquel caballero iba a volver en seguida a su pueblo, a Staromjena, en el distrito gubernamental de Jarkov, para dar ese consejo a aquella anciana mujer.

—Y aquí tienes tu reloj —dijo Vittorin—. Te lo envía tu madre.

Gricha cogió el reloj y sonrió hasta el punto de ensanchársele por completo su amplio rostro. Acarició su cubierta abollada, luego lo levantó y se lo puso sobre el oído.

—¡Ah, mi madrecita! —exclamó—. Piensa en todo. Sí, es mi reloj. Ya sabía yo que me lo enviaría. Me lo había prometido.

Cuando estuvo fuera, en la calle, el viento arrojó a la cara de Vittorin un copo de nieve; pero por suerte, para llegar al otro lado, hasta la cafetería, había que dar pocos pasos.

Cuando entró en el establecimiento, Oskar saltó de su silla y fue corriendo a su encuentro. —¿Cómo ha ido? —preguntó. —Asunto concluido —respondió Vittorin—. ¡Qué tiempo tan

asqueroso! Estoy completamente empapado. Ya habría podido elegir otro día para hacer esta visita.

—¿De qué se ha tratado entonces allí arriba? ¿Qué ha pasado?

—Nada especial. No sé por qué te has inquietado tanto. He traído a un campesino ruso recuerdos de su madre y unas cuantas noticias de su pueblo… ¡Ya son las once! Con este asunto he perdido ya prácticamente toda la mañana.

Y con un simple movimiento de la mano Vittorin borró dos años de su vida durante los cuales había sido aventurero, asesino, héroe, carbonero, jugador, chulo y vagabundo…, con un movimiento de la mano de absoluta indiferencia, como si se refiriera únicamente a una mañana perdida y a un abrigo completamente empapado, sin manifestar nada más.